LILY BENNET

Una

HERENCIA INESPERADA

UNA COMEDIA ROMÁNTICA DE MAPLEWOOD FALLS



UNA HERENCIA INESPERADA

MAPLEWOOD FALLS, LIBRO UNO

LILY BENNET

Este libro es una obra de ficción. Cualquier referencia a hechos históricos, personas o lugares reales se utiliza con fines ficticios. Los demás nombres, personajes, lugares y sucesos son fruto de la imaginación del autor, y cualquier parecido con hechos, lugares o personas reales, vivas o fallecidas, es pura coincidencia.

Una herencia inesperada, Maplewood Falls, Libro uno
Copyright © 2026 por Lily Bennet
Diseño de portada de Kim Richardson
Editado por Ana Desiree Baehr
Todos los derechos reservados, incluido el derecho de reproducción en su totalidad o en cualquier forma.

ÍNDICE

1. Sarah
2. Sarah
3. Sarah
4. Alex
5. Sarah
6. Sarah
7. Alex
8. Sarah
9. Alex
10. Sarah
11. Sarah
12. Alex
13. Sarah
14. Alex
15. Sarah
16. Sarah
17. Sarah
18. Sarah
19. Sarah
20. Alex
21. Sarah
22. Sarah
23. Sarah
24. Alex
25. Sarah
26. Alex
27. Sarah
28. Sarah

El desastre del agente inmobiliario
Libros De Lily Bennet
Sobre La Autora

1

SARAH

—¿Qué esperabas? Has engordado.

Claro, porque nada dice «te quiero» como «has engordado». No es precisamente la frase que imaginaba oír de boca de mi prometido esta mañana. "Estás guapísima" … no. "¿Te sirvo café?" tampoco. Directo a juzgar apariencias antes del café. Impresionante, la verdad.

En cambio, lo que me encontré fue una vista completa, desnuda y de 360 grados de Simón y nuestra vecina veinteañera, la del departamento del otro lado del pasillo, esa cuyo nombre nunca conseguía recordar porque había estado demasiado ocupada fingiendo que ella y sus pechos perfectos no existían.

Durante cinco segundos enteros me quedé allí parada, tratando de asimilar la escena que tenía delante. La morena tenía un cuerpo esculpido por los dioses o por un implacable instructor de Pilates: todo firme, todo turgente, el tipo de pechos que se ríen de la gravedad. No te preocupes, cariño. La gravedad siempre gana.

Simón se quedó paralizado a mitad de movimiento, como un ciervo atrapado frente a los faros de una enorme camioneta. Ella chilló, él tartamudeó y yo… parpadeé. Una vez. Dos veces. Luego añadí mentalmente «gotas para los ojos» a mi próxima lista de la compra.

Llorar habría sido un cliché. Gritar y tirar algo habría sido darle demasiado crédito. Y, sinceramente, discutir con un hombre que no sabía distinguir entre el amor y un baile erótico me parecía indigno de mí.

Lo admito, me dolió. Todo el discurso de «has engordado» fue horrible, pero ¿la traición? Esa fue la guinda del pastel de mi desastre emocional.

Claro, había notado que Simón estaba actuando raro últimamente. Noches largas, misteriosas «cenas de trabajo», de repente usando una colonia que costaba más que nuestro alquiler. Y sí. Se había estado acostando con las dos. Qué elegante, el muy cabrón. Multitarea romántica simultánea, qué eficiente. La idea me revolvió el estómago. El hombre ni siquiera tuvo la decencia de terminar las cosas antes de presentarse a la audición para el club de cine para adultos del barrio.

Aun así, me negué a ahogarme en la autocompasión por un hombre que claramente pensaba que la monogamia era una sugerencia, no una promesa. Me merecía algo mejor.

Así que hice lo que haría cualquier mujer de treinta y dos años que se precie y al borde de un ataque de nervios. Hice las maletas con mi orgullo, mi portátil y mi dignidad, junto con ropa para una semana, y me fui directamente de Nueva York.

Después de conducir unas dos horas hacia el norte, impulsada mitad por el café, mitad por la rabia pura, ya me había imaginado la cabeza de Simón explotando al menos de cuatro formas cinematográficas diferentes. Mi favorita incluía una sartén justo cuando mi teléfono empezó a vibrar.

Mi viejo Volkswagen Jetta 2015 no venía precisamente con el lujo del manos libres, a menos que contara el soporte del teléfono, sujeto con cinta adhesiva a la rejilla de ventilación. Toqué la pantalla con un dedo, casi invadiendo el carril contiguo.

—Sí, sí, lo sé —le dije al altavoz—. Lo estoy intentando.

—¿Lo estás intentando? —dijo una voz irritada al otro lado de la línea—. Sarah, cariño, llevas más de un año intentándolo. No estamos construyendo las pirámides. Estamos escribiendo ficción romántica.

Margarette Tardif: mi editora y mi hada del estrés personal. Esa mujer tenía la compasión de un usurero y la paciencia de un niño pequeño que se ha tomado un espresso.

—Solo necesito un poco más de tiempo —dije, lo cual era cierto. Cuatro meses. Quizá cinco.

—Tienes cuatro —espetó—. Si tu libro no está en mi escritorio para entonces, Orson & Fig Publishing te liberará de tu contrato con mucho pesar. Y *«con mucho pesar»* es, en realidad, un eufemismo para decir que nunca más responderemos a tus correos.

—Margarette, estoy teniendo una crisis emocional —le dije—. Tenme un poco de paciencia.

—Tú pasas por las crisis con tus parejas como yo me cambio de zapatos. Escribe sobre ello. Canaliza el dolor. Conviértelo en un villano con disfunción eréctil. De nada.

—Eres fantástica.

—Por eso soy la jefa de la división de romance, cariño. Arruino vidas para que otros puedan encontrar el amor.

—Adiós, Margarette.

Deslicé el dedo por la pantalla del teléfono y me quedé mirándolo, y luego la carretera que tenía delante, que parecía tan tentadora como mi futuro. Genial. Cuatro meses para terminar un libro que odiaba, un prometido al que me dan ganas de estrangular y un Jetta de apoyo emocional que traqueteaba cada vez que pasaba de los cien.

Genial.

Eché un vistazo al sobre de manila que había en el asiento del copiloto. Langley & Pierce, Abogados, el tipo de nombre de bufete que gritaba «dinero de toda la vida» y tarjetas de Navidad pasivo-agresivas. Había llegado ayer por correo certificado, lo que normalmente significaba que iba a ser elegida para ser jurado, tenían cientos de multas de aparcamiento atrasadas o había una catástrofe inminente. No se lo había contado a Simón, sobre todo porque me parecía demasiado ridículo para ser verdad.

Pero ahí lo tienes.

Resulta que mi tía-abuela Edna me había dejado su posada en Maplewood Falls.

Lo sé. Un giro total. En algún lugar, el canal de televisión Hallmark, el de las novelas ridículas, acaba de entrar en combustión espontánea.

Había estado en Maplewood Falls una vez de niña. El pueblito de postal estaba enclavado en el recodo de Connecticut, con vallas blancas, mercados de agricultores y chismes que volaban más rápido que el wifi. Era el tipo de lugar donde la gente horneaba tartas por diversión.

Y luego estaba la tía Edna. La recordaba sobre todo porque me aterrorizaba. Bajita, siempre envuelta en una nube de humo de cigarrillo y con un pintalabios que, al mediodía, ya se le había corrido media cara. Sus gafas eran tan gruesas que probablemente podrían provocar incendios bajo la luz directa del sol. Había trabajado como secretaria para DuPont allá por los años en que las mujeres fumaban en sus escritorios y los hombres las llamaban «cariño» y les daban palmadas en el trasero.

Nunca pensé que me dejaría nada, a menos que contaran el trauma de segunda mano y el miedo a los trajes pantalón de poliéster. Pero, al parecer, según la carta, ella pensaba que «nunca llegaría a nada».

Sus palabras exactas resonaban en mi cabeza, sin que las invitara y a todo volumen, como si estuviera sentada en el asiento del copiloto criticando mi forma de conducir.

Sarah,

Siempre me has recordado a tu padre. Grandes ideas, poca resistencia. Él nunca llegó a ser gran cosa, y tú tampoco. El gen del fracaso es cosa de familia. No es del todo culpa tuya, así que te dejo la posada.

Haz con ella lo que quieras. Piérdela rápidamente o demuéstrame que me equivoco.

—Edna

Mis dedos se aferraron al volante.

Así es. Me dejó una posada entera. Una posada. Un regalo de despedida desde el más allá o un insulto final, dependiendo de cómo se mirara.

—Gracias, Edna —le dije al sobre—. Vaya manera de mantener la fe.

Aun así, ¿qué se suponía que debía hacer? No podía permitirme el alquiler en la ciudad, mi prometido se había cambiado a un modelo más nuevo y mi editor estaba dispuesto a prescindir de mí.

Así que me quedé con la posada: espeluznante, posiblemente encantada y en medio de un pueblecito de Connecticut. Quizá era justo lo que necesitaba para estimular mi creatividad e inspirarme. ¿Quién sabe?

Suspiré y apreté un poco más el acelerador.

—¿Qué tan malo puede ser?

Exhalé un largo suspiro y me hundí más en el asiento del conductor. La autopista había dado paso por fin a onduladas colinas verdes y carreteras bordeadas de árboles. La luz del sol se derramaba a través del parabrisas en rayas doradas, reflejándose en lagos y estanques que brillaban como láminas de diamantes.

Debería haberme sentido relajada, pero no era así. Estaba furiosa. Con Simón, conmigo misma, con toda esa cadena de malas decisiones que me habían llevado hasta allí. Al menos ya no podía hundirme más. A partir de ahí, la única dirección posible era hacia arriba. ¿No?

Al tomar la curva, el aire cambió. El aroma salado del océano se coló por la ventanilla entreabierta, y una extraña sensación de calma sustituyó al pánico que se había aferrado a mí como un perfume barato. Más adelante, la costa se extendía bajo el sol del atardecer con pintorescos pueblecitos, barcos blancos balanceándose en la bahía y faros.

Por primera vez en días me sentí más tranquila. Mi corazón incluso dio un pequeño y cauteloso vuelco. ¿Esperanza? No. Posiblemente gases.

Entonces lo vi: un gran cartel de madera tallado con una hilera de casitas de colores pastel y un velero que se deslizaba perezosamente por una bahía pintada: BIENVENIDOS A MAPLEWOOD FALLS.

Sonreí a pesar mío.

—Vaya, tía Edna. A ver qué nuevo infierno me tienes preparado.

Justo cuando crucé el límite de Maplewood Falls, mi Jetta dio una violenta sacudida.

—No te atrevas —gruñí, agarrando el volante. Las luces del salpicadero parpadearon al unísono, como si estuvieran formando un mensaje de despedida en código Morse, y entonces llegó el olor a goma quemada.

—Oye, oye.. ya casi llegamos —le dije al coche, dándole unas palmaditas al salpicadero como si unas palabras de ánimo pudieran sustituir el aceite del motor—. Te has portado muy bien, vieja amiga. Aguanta solo unos kilómetros más…

El motor resopló, tosió una vez y se apagó con un sonido que solo podía describirse como una traición mecánica.

Me deslicé hasta la acera y el coche se detuvo con un triste y silencioso chirrido.

—Perfecto.

Salí del coche, tragando el aire húmedo de julio, con la camiseta ya pegada a la espalda por el sudor y fue entonces cuando me acordé. Me había ido sin ducharme. Sin desodorante, sin peinarme, sin siquiera echar un vistazo de cortesía al espejo. Me olí las axilas. Sí. Allí dentro se estaba librando una guerra y, a juzgar por el nudo salvaje que llevaba en la nuca, había pasado oficialmente de estar ligeramente despeinada a convertirme en una criatura del pantano, un sasquatch apestoso, así que, naturalmente, hice lo único que sabía hacer. Tiré del pestillo del capó, lo abrí de golpe y me incliné como si tuviera la menor idea de lo que estaba haciendo. No la tenía.

Una ola de calor y humo gris me golpeó en la cara. Entrecerré los ojos para mirar el amasijo de metal y tubos.

—Sí. Eso es, sin duda... un motor. Con cosas de metal. Un montón de cosas de metal.

Toqué algo con la uña. Me siseó.

—Tú tampoco me caes bien.

Tomé el móvil para buscar un taxi o un Uber, pero la ausencia total de barras en la parte superior de la pantalla me dijo todo lo que necesitaba saber. No había ni una maldita señal.

—Perfecto. Simplemente perfecto. Me quedé allí, con las manos en las caderas, tratando de decidir si llorar, gritar o sacrificar el Jetta a los dioses del mal momento.

Así que, en lugar de eso, le di una patada a la rueda delantera como una loca. Ya sabes, para descargar toda esa rabia. ¿Me hizo sentir mejor? Un poco. Pero también me dolió como el carajo.

No sé cuánto tiempo estuve allí, achicharrándome al sol. ¿Media hora? ¿Una hora? Lo suficiente como para empaparme de la cabeza a los pies y oler como si me hubiera calentado mi propio sudor en el microondas.

Y fue justo entonces cuando oí el suave rugido de otro motor acercándose: suave, seguro de sí mismo y caro. Ni siquiera tuve que darme la vuelta. Podía sentir lo caro que era.

Aun así, me giré. Levanté una mano esperanzada para pedirles ayuda e inmediatamente me golpeó en la cara un ciclón de polvo con toda su fuerza.

No fue una polvareda cualquiera. Fue un evento bíblico.

Por supuesto, tenía la boca abierta, porque ¿por qué no?, así que lo inhalé todo. Profundamente. Polvo, suciedad, gravilla microscópica, probablemente algún excremento seco de animal y cualquier pobre criatura que se hubiera arrastrado hasta allí para morir y asarse lentamente bajo el sol.

Me enderecé, parpadeé para sacarme la arena de los ojos y me limpié la boca con el dorso de la mano. Mal hecho. Ahora tenía la mano llena de arena, la cara llena de arena y olía a sudor caliente y a animal atropellado.

Medio cegada, oí el chirrido de los frenos seguido del bendito e inconfundible golpe seco de una puerta de coche al cerrarse.

La grava crujió bajo unos pasos que se acercaban, lentamente, como si alguien no tuviera prisa y, desde luego, no tuviera miedo de cualquier criatura misteriosa de la carretera con la que estuviera a punto de encontrarse.

Entrecerré los ojos, que me ardían, y me limpié la cara con el dobladillo de mi camiseta, ya arruinada por el sudor. Todo se manchó. Polvo, rímel, lágrimas. Parpadeé de nuevo y escupí hacia un lado, un impresionante chorro arenoso que habría horrorizado a

mi madre. En ese momento, me daba igual. La supervivencia estaba por encima de la dignidad.

Tosí una vez más, agité vagamente una mano delante de la cara como si eso fuera a ayudar y traté de enfocar la vista. Poco a poco fueron surgiendo formas. Un par de zapatos clavados en la grava. Apenas podía distinguir un Range Rover negro aparcado delante de mí, a un lado de la carretera.

El dueño de dicho todoterreno parecía haber sido creado en un laboratorio específicamente para empeorar mi día.

Alto, de hombros anchos, piel bronceada, cabello rubio oscuro despeinado que le rozaba la mandíbula cuadrada… el paquete completo y exasperante. Ese tipo de atractivo natural te hacía mirarlo fijamente sin que te dieras cuenta. Era demasiado guapo. Y yo estaba demasiado sudada para esta tontería.

—¿Problemas con el coche? —preguntó con voz suave y tranquila, como si se tratara de un anuncio de una colonia para hombres llamada «Paciencia». Quizás con un yate de fondo.

Lo miré parpadeando.

—¿Tú qué crees?

Él esbozó una sonrisa burlona, sin mostrar ni una pizca de remordimiento. Ese tipo de sonrisa decía que sabía perfectamente qué aspecto tenía y que lo había convertido en un arma. Sentí un calor que me subía por el estómago, lo que solo me enfureció más porque ni hablar. No íbamos a hacer eso.

—Por cierto, gracias por el torbellino de polvo —añadí—. Me acabo de ahorrar una fortuna en una exfoliación de spa.

—¿Qué?

—¿No me viste parada al lado de la carretera?

—Sí —dijo—. Por eso paré.

Sin darse cuenta en absoluto de que acababa de lanzarme por los aires con tierra, grava y lo que estaba bastante segura de que había sido un roedor.

—Eres uno de esos. ¿Verdad?

El tipo-torbellino frunció el entrecejo.

—¿Uno de qué?

Yo era una sasquatch de Nueva York empapada en sudor y cubierta de polvo y escupitajos, de pie al borde de una carretera pasando el peor día de la historia. Estaba tan furiosa que ni siquiera me importaba lo increíblemente guapo que era este hombre. Una parte profundamente inmadura de mí quería empujarlo y abrazar agresivamente su ropa de aspecto caro hasta que estuviéramos igual de sucios. Ja. Eso ayudó. Excelente imagen mental.

Señalé con el dedo su torso y dije, con mi mejor voz exagerada de dibujos animados:

—Mírame. Soy guapo y musculoso, así que no importa si acabo de ahogar a una desconocida en polvo y caca de bichos.

Él arqueó una ceja.

—¿Siempre hablas así?

—Soy escritora —dije, encogiéndome de hombros—. Se supone que debo estar un poco loca. Si no lo estuviera, sería preocupante desde el punto de vista médico.

Unos ojos color avellana bajo la capucha me observaban con evidente diversión. Me miró fijamente un instante más antes de acercarse a la capucha, arremangarse y mostrar unos músculos duros cubiertos por un tatuaje tribal oscuro —aunque la verdad es que no me fijé mucho— mientras se asomaba al interior.

—Hmm —dijo.

Crucé los brazos.

—¿Qué? ¿*Hmm* qué? Ese no es un sonido mecánico tranquilizador. Suena como el médico antes de decirte que te sientes para darte malas noticias.

Me miró.

—Tu radiador está hecho polvo —dijo—. Probablemente la correa también. No vas a ir a ninguna parte con esto.

—Ya me lo imaginaba —espeté—. Ya sabes, por el… humo.

El tipo del torbellino asintió una vez, servicial y con una calma exasperante.

—Puedo llevarte al pueblo.

Genial. Que me lleve la versión humana de un anuncio de coches.

—Gracias, pero no me subo a vehículos con desconocidos —dije —. Así es como acabas troceada, envuelta en plástico y tirada en el bosque, hasta que te encuentra alguien que salió a caminar con su perro.

El tipo torbellino apoyó una cadera contra el coche —porque, claro, tenía caderas, de esas estrechas y bonitas— y cruzó los brazos.

—¿De dónde eres?

Arqueé una ceja.

—De una galaxia muy, muy lejana.

Otra sonrisa burlona.

—Estás en Maplewood Falls. Lo peor que pasa aquí es que Samantha, de la panadería, se olvide otra vez de etiquetar las magdalenas sin gluten.

Entrecerré los ojos.

—Pareces alguien que tendría un congelador para cadáveres, así que sigo sin estar segura.

Su sonrisa se amplió dos milímetros, y odié cómo el sol hacía que su piel brillara como si fuera un maldito hada masculina.

—Alex —dijo, tendiéndome la mano, como si eso fuera a resolver algo—. ¿Ves? No soy un desconocido.

Me quedé mirando la mano que me ofrecía. Callosa, con algunas cicatrices. Definitivamente, no tenía la suavidad de un modelo.

—Sarah —dije, pero no se la estreché.

—Encantado de conocerte, Sarah —dijo, y su voz tenía esa molesta dulzura que me hacía sentir como si tuviera que disculparme por algo, aunque no había hecho absolutamente nada malo, salvo existir y olvidarme de ponerme desodorante.

Señaló con la barbilla hacia su Range Rover.

—Vamos. Te llevaré al pueblo. La grúa puede recoger esto.

Dudé.

—Estoy bien— dije, mientras sacaba el móvil.

—Llamaré a una grúa.

Me quedé mirando la pantalla. Seguía sin haber señal. Lo levanté, lo incliné y di tres pasos dramáticos hacia la cuneta. Seguía sin haber señal.

—Aquí no hay cobertura —dijo, con demasiada calma.

—Me gusta comprobarlo dos veces —respondí—. A veces los teléfonos mienten.

Giré lentamente sobre mí misma, con el brazo levantado como si estuviera invocando a un satélite. Una barra parpadeó y luego se apagó.

—Oh, bien —murmuré—. Falsas esperanzas. Mis favoritas.

—El pueblo está a diez minutos por ahí —dijo—. Hay cobertura cerca de la gasolinera.

Suspiré.

—De acuerdo, pero si desaparezco, tú serás mi principal sospechoso.

Sonrió lentamente.

—Tranquila, neoyorquina.

—¿Perdón?

Asintió con la cabeza hacia mi coche.

—Las matrículas.

Y entonces, sin esperar respuesta, se dio la vuelta y se dirigió hacia su Range Rover.

Y así, sin más, a pesar de que toda mi vida estaba en llamas, me di cuenta de algo horrible.

El tipo del torbellino iba a ser un problema.

2

SARAH

Fue el viaje en coche más incómodo de mi vida.

No solo el tipo del torbellino no hablaba, sino que yo estaba hecha un desastre y empapada en sudor, con el trasero pegado a lo que estaba segura al noventa y cinco por ciento de que eran unos asientos de cuero carísimos. De esos que no deberías profanar con tus fluidos corporales.

Y no era solo sudor. Apestaba. Sí, así de grave. Si yo podía olerlo, el tipo del torbellino también, seguro. No había forma de fingir que eso no estaba pasando.

Así que hice lo único que podía hacer.

Pegué los brazos al cuerpo con todas mis fuerzas, como si así pudiera contener la situación. Como si, apretándome lo suficiente, el olor quedara atrapado en mis axilas y ambas pudiéramos fingir que nada de esto era real.

Obviamente, no funcionó. Lo más probable es que solo pareciera estreñida. O como si estuviera haciendo un esfuerzo heroico por no soltarme un gas. O las dos cosas.

El silencio se prolongó. El aire acondicionado zumbaba y el retrovisor me juzgaba.

—¿Estás bien? —preguntó el tipo del torbellino, lanzándome una mirada rápida antes de volver a fijarse en la carretera.

—Sí —dije, rígida como una estatua y definitivamente nada bien.

—¿Eres escritora de Nueva York? —preguntó—. ¿Vienes a visitar a tu familia en Maplewood Falls?

Me acomodé en el asiento, lo que solo me hizo más consciente de que mi trasero sudado estaba cometiendo crímenes contra su tapicería de cuero. Además, escritora. Claro que también se había dado cuenta de eso. Tenía pinta de alguien que se pasa la vida mirando pantallas y discutiendo con gente imaginaria dentro de su cabeza.

—Me voy a mudar aquí —admití.

—Ah. —Pareció hacerle gracia—. Eso explica las matrículas.

—Y la actitud —añadí.

Eso me valió una sonrisa. Una esquina de su boca se levantó, como si aprobara mi autoconciencia.

—¿Por qué Maplewood Falls? —preguntó—. ¿Inspiración para tus escritos?

Dudé, en parte porque odiaba tener que explicarlo, pero sobre todo porque estaba sucia, pegajosa y todavía un poco furiosa porque me había lanzado arena antes. Y encima ahora me hacía preguntas personales como si esto fuera una primera cita y no una situación de rehenes en la que el aire acondicionado era el único incentivo para quedarse.

—Mi tía —dije al final—. Me dejó la posada.

Eso captó toda su atención. Esta vez me miró detenidamente, el tiempo suficiente como para que casi le dijera que mantuviera los ojos en la carretera, antes de que los dos acabáramos muertos en una cuneta y él demostrara que tenía razón sobre los desconocidos.

—¿La posada Hartwell? —preguntó.

—Esa misma.

Soltó un silbido sordo.

—Así que tú eres esa sobrina.

Esa frase sonó rara. *Esa sobrina*. Como si fuera una entidad conocida, un tema de conversación.

—Al parecer —dije—. ¿Debería preocuparme?

—No —respondió con naturalidad—. Es solo que… la gente habla.

Genial. Ni siquiera había desempaquetado ninguna caja y ya era el chisme del barrio. Fantástico.

Miré al frente.

—Parece un lugar divertido para vivir.

El tipo del torbellino soltó una risita entre dientes.

—Ya te acostumbrarás.

Lo dudo. Esperé un momento y luego me obligué a devolverle la pregunta, porque el silencio más el sudor más la curiosidad era una combinación peligrosa.

—Entonces… ¿a qué viene esa cara?

El tipo del torbellino me miró de reojo.

—¿Qué cara? ¿Tengo cara?

Volvió a esbozar esa sonrisa burlona. Ya sabes, la que dice que sabe perfectamente el efecto que tiene en las mujeres.

—¿Y a qué te dedicas? —pregunté en su lugar—. ¿Aparte de lanzar tormentas de polvo a desconocidos?

Volvió a sonreír. Diablos, qué labios tan sexys.

—Compro y vendo casas. Invierto en el sector inmobiliario.

Claro que sí. Encajaba. Demasiado bien. La tranquila seguridad en sí mismo. El coche caro. Las manos que parecían haber hecho cosas de verdad. ¿Y qué más podrían hacer…?

No. Por ahí no voy.

—Ah —dije, concentrándome—. O sea que compras problemas y los conviertes en algo bonito.

—Algo así.

Lo miré de reojo.

—¿Y también rescatas a neoyorquinas abandonadas y sudorosas como trabajo extra?

—Solo a las dramáticas.

Solté una risita antes de poder evitarlo y enseguida me arrepentí, porque al reírme moví el cuerpo y, sí. Seguía sudando.

Crucé los brazos con más fuerza y miré por la ventana, sintiendo cómo el calor me subía por el cuello.

Esto era malo. No el coche. No la ciudad.

El tipo del torbellino.

Condujo en silencio un momento, como si dejara que el pueblo hablara por sí mismo.

O como si se estuviera esforzando mucho por no comentar que yo olía a cadáver atropellado.

—Bueno —dijo con naturalidad—, ¿piensas quedarte con la posada?

Ahí estaba.

Me moví en el asiento, lo cual fue un error, porque el cuero sudado no perdona.

—¿Por qué? —pregunté, manteniendo un tono desenfadado mientras mi cerebro se ponía en guardia.

Se encogió de hombros, sin apartar la vista de la carretera.

—Simple curiosidad.

—Esa no es una respuesta.

Se le levantó una comisura de los labios.

—No me pareces alguien que haga las cosas a medias. La posada es un proyecto grande.

Entrecerré los ojos mirando al parabrisas.

—¿Cuánto tiempo hace que me conoces? ¿diez minutos? La mitad de los cuales estuve cubierta de polvo.

—Aun así, cuenta.

Puse los ojos en blanco.

—Todavía no lo he decidido.

Y era la pura verdad. ¿Qué demonios sabía yo de posadas? ¿De llevar una posada? Absolutamente nada, eso es lo que sabía.

Asintió como si se lo esperara.

—Me lo imaginaba.

—Y antes de que preguntes —añadí—, nadie me ha ofrecido una maleta llena de billetes por ella. Si es adonde quieres llegar.

Eso por fin me valió una mirada.

—No iba a preguntarlo.

—Claro.

—Iba a preguntarte si la venderías porque el lugar necesita reformas. Muchas reformas.

Sentí cómo se me tensaba la espalda. Ahí estaba otra vez. Esa palabra. Arreglar.

—Perdona, pero es vieja, no se está cayendo a pedazos.

¿Se estaba cayendo a pedazos? Mierda. No tenía ni idea.

—No he dicho que se esté cayendo a pedazos —dijo con calma —. He dicho trabajo. Y tú no tienes pinta de dedicarte a la construcción.

Oh. Oh, no. No acababa de decir eso.

Me giré lentamente en el asiento, el cuero crujiendo bajo mi trasero sudoroso como si se preparara para el impacto.

—¿Perdona?

Me miró de reojo, claramente desconcertado por el repentino aumento de temperatura.

—¿Qué?

—No tienes pinta de dedicarte a eso —repetí, con un tono tan dulce como el ácido. Vaya. Qué atrevimiento. Qué equivocación. Y encima. machista.

Levantó las cejas.

—¿Qué? No…

—¿O sea que como ahora mismo no llevo botas con puntera de acero ni estoy manejando un martillo, no soy capaz de encargarme de las reformas? —Me señalé a mí misma—. ¿Es por el polvo? ¿Por el sudor? ¿O por el hecho de que tengo tetas?

Sonrió al oír la palabra «tetas». Típico.

—No me refería a eso.

—Porque te aseguro —continué, envalentonada— que soy perfectamente capaz de hacer demoliciones. Una vez arranqué una estantería entera de una pared en Nueva York con nada más que rabia y una palanca.

Parpadeó.

—¿En serio?

—Sí. Y se lo merecía. —En realidad se me cayó encima por accidente, pero eso él no tenía por qué saberlo.

Se le crispó la comisura de los labios, pero yo no había terminado.

—He pintado, he lijado y he montado muebles de IKEA sin llorar. La mayoría de las veces.

—No estoy dudando de tu…

—Y que conste —añadí— que puedo usar las manos para algo más que escribir. Soy muy capaz.

Negó con la cabeza sin dejar de sonreír.

—Venga ya, Nueva York. No me refería a eso.

—Pues acláralo —dije, cruzando los brazos, arrepintiéndome de inmediato porque… las axilas.

—Lo que quería decir —dijo con cuidado— es que pareces alguien acostumbrada a pensar las cosas detenidamente. A planificar. A ver el panorama general. Las reformas son una pesadilla si no sabes en lo que te estás metiendo.

Hice una pausa.

—Sé trabajar. Lo que no quiero es que se haga mal.

—Exacto —dijo—. Eso es todo lo que quería decir.

Miré fijamente a través del parabrisas, muy consciente de repente de que había pasado de una furia justificada a un silencio incómodo en menos de diez segundos.

—Aun así —murmuré—, podrías haber empezado por ahí.

—Sí, señora.

—Y que conste —añadí— que sé manejar un martillo.

—Te creo —dijo—. Pareces… intensa.

Sonreí con rigidez.

—Soy muy accesible.

Se rio de nuevo, y maldita sea, odiaba que eso funcionara. Ese retumbo suyo hizo que mi medidor de sudor se disparara.

Volví a apretar los brazos contra los costados.

—Bueno, ¿de qué tipo de trabajo estamos hablando?

Si era un pozo sin fondo, dinero que no tenía, tendría que vender.

El tipo del torbellino dio un golpecito en el volante.

—Los cimientos son sólidos, pero el tejado está envejeciendo. Las ventanas son originales en algunas zonas. Las tuberías son una mezcla de reparaciones antiguas y más recientes. Tiene encanto. Es solo que… está desgastada.

Lo miré fijamente.

—¿Has estado fisgando en mi posada?

Sonrió.

—Vivo aquí y me dedico al sector inmobiliario.

Claro. Lo de comprar y vender casas.

—Ah —dije despacio—. O sea que ahora me dices que quieres comprarla, vaciarla, convertirla en apartamentos de lujo y borrar hasta la última pizca de carácter.

Se le torció la boca.

—¿Eso es lo que crees que hago?

—No lo sé —dije—. Tienes el coche para ello.

—Ay, Nueva York. Eso duele.

—Mentiroso.

Se rio entre dientes.

—No me dedico a revender posadas.

—Todavía.

—Si me interesara —dijo—, te lo diría. No me quedo con herencias familiares. Y la posada tiene historia. La historia de Maplewood Falls. Ya nadie construye cosas así.

Estudié su perfil, tratando de decidir si le creía. Parecía tranquilo. Abierto. Irritantemente sincero.

—Bien —dije con cautela—. No estás merodeando por mi posada como un buitre.

Era curioso cómo ya la llamaba *mi posada*, aunque nunca la había visto.

—No.

—Ni piensas abalanzarte en cuanto parezca que me está superando.

Lo pensó un momento.

—Bueno… puede que dando vueltas. Pero abalanzarme, no.

Resoplé sin querer y enseguida me arrepentí, porque la risa y el sudor seguían sin ser mis mejores amigos.

—Me la quedo —dije con firmeza—. Al menos por ahora.

Asintió de nuevo.

—Bien.

Parpadeé.

—¿Bien?

—Sí —dijo—. Te queda bien.

Miré por la ventana, de repente muy absorta en el paisaje que pasaba ante mis ojos.

—No sabes nada de mí.

Sonrió.

—Dale tiempo, Nueva York.

Y algo en mi pecho se apretó de una forma que no tenía nada que ver con el calor.

Tras una pequeña subida, la carretera descendió, y fue entonces cuando Maplewood Falls apareció por fin a la vista.

Tenía exactamente el aspecto que recordaba. Las casas victorianas se alineaban a lo largo de la calle, altas y estrechas, con tejados a dos aguas y amplios porches que las rodeaban como brazos abiertos. La pintura se había desvanecido en suaves tonos costeros: gris niebla, azul pálido, verde vidrio marino; nada brillante ni nuevo, todo ligeramente desgastado y querido. Al pasar, capté destellos de campanas de viento tintineando en algún lugar, ropa tendida al sol y sábanas blancas que se agitaban perezosamente con la brisa.

Aquí nada parecía apresurado. Incluso la carretera se negaba a seguir recta, curvándose y desviándose hacia el agua que aún no podía ver, pero que de alguna manera sentía cerca: firme, paciente y a la espera.

Era un pueblo pintoresco. Sin duda, de los que inspiran.

El tipo del torbellino redujo la velocidad al entrar en un estacionamiento de grava junto a un edificio bajo que parecía haber sido remendado una y otra vez durante décadas. Un letrero descolorido decía TALLER DE HUGH, con las letras comidas por el sol y apenas torcidas, como si hasta ellas estuvieran cansadas.

Aparcó y apagó el motor.

En cuanto abrí la puerta, me golpeó el olor: aceite, grasa, metal y algo vagamente inflamable. Era… agresivo. También reconfortante, en el sentido de «este lugar ha visto cosas».

Un tipo salió del taller secándose las manos en un trapo que hacía tiempo que había dejado de estar limpio. Tendría unos cuarenta años, más o menos una década, con un mono manchado de aceite, las manos permanentemente sucias y una sonrisa a la que le faltaban algunos dientes. Pero era simpático. De esa forma que te

dice que sin duda te ayudaría, pero también te juzgaría sin piedad el coche.

—Hugh —dijo el tipo del torbellino, adelantándose de una vez—. Tengo un Jetta averiado. Se sobrecalentó. Sale vapor. No se puede manejar.

Hugh asintió, poniéndose serio de repente.

—Ah, ¿sí? Esas cosas suelen hacer eso. Seguramente se ha reventado el radiador.

—Perfecto —dijo el tipo del torbellino—. Lo dejé a un lado, en un lugar seguro. Tal vez haga falta una grúa.

Me aclaré la garganta con ganas.

—Puedo hablar por mí misma.

Los dos hombres se detuvieron y se volvieron a mirarme. La sorpresa les cruzó la cara, como si de repente hubiera hablado con fluidez el idioma de las ardillas.

—Lo sé —dijo el tipo del torbellino con cuidado—. Solo estaba…

—Explicando lo de mi coche —terminé yo—. Que es mío. Que yo conducía. Y que se me ha estropeado.

Hugh nos miró a los dos y luego sonrió, con los dientes que le faltaban y todo.

—¿Estás bien, señorita?

—Estoy genial —dije—. Aparte de estar sudada y llena de polvo, de maravilla—. Le di un pulgar hacia arriba.

Hugh se rio entre dientes.

—Eres una chica peculiar.

El tipo del torbellino frunció los labios, como si estuviera haciendo un esfuerzo heroico por no volver a sonreír.

—Está en Maple Drive —añadió de todos modos.

Le lancé una mirada.

—Maple Drive —repitió Hugh—. Mando una camioneta. ¿Cuál es tu número? Te llamo cuando esté lista.

—Gracias —dije, y le di mi número. Hugh lo anotó en un bloc de notas manchado de aceite, con sus dedos gruesos dejando tenues marcas al escribir. Tenía suciedad negra incrustada bajo las uñas, de esa que viene de años con motores y que nunca se va del todo.

Hugh me hizo un gesto de asentimiento.

—Perfecto.

Le lancé una mirada al tipo del torbellino, esperando que añadiera algo.

—¿Algo más?

—Todo tuyo. —Dio un paso atrás levantando las manos.

—Bien —dije—. Porque como sigas interrumpiendo, voy a empezar a narrar en voz alta.

Con eso bastó. Hugh se rio, y el tipo del torbellino también.

Genial. Ya era el entretenimiento del pueblo.

Mientras estaba ahí parada, sintiéndome fuera de lugar con mi aspecto polvoriento y mi olor a sudor, mis ojos se posaron en el tipo del torbellino. En cómo le quedaban esos jeans, ajustados a los muslos y las caderas.

Y entonces, lentamente, mi mirada se deslizó hacia su entrepierna. ¿Por qué estoy mirando fijamente ahí abajo?

Cuando levanté la vista, el tipo del torbellino me estaba mirando con una sonrisa cómplice.

¡Mierda!

Me tapé los ojos con la mano.

¡Pero qué hice!

Ahora parecía que lo había hecho a propósito.

Demasiado tarde. El daño ya estaba hecho. Era oficialmente la loca que se queda mirando las partes íntimas de los hombres.

—Gracias por traerme —dije rápidamente, con la cara ardiendo y el bochorno bien visible—. Creo que de aquí en adelante iré andando hasta la posada.

El tipo del torbellino pareció a punto de discutir. Pero, en vez de eso, solo asintió una vez, con esa calma que me sacaba de quicio.

—Como quieras, neoyorquina —dijo—. No está lejos.

Lo cual no me decía nada, pero bueno.

Me eché la mochila al hombro con más confianza de la que sentía. La correa se me clavaba en la clavícula y el peso me tiraba ligeramente hacia un lado, pero seguí adelante porque el orgullo es un motivador terrible, y yo tengo de sobra.

—Preguntaré por el camino —añadí, haciendo un gesto vago con la mano—. Sé más o menos dónde está.

Era mentira. No tenía ni idea de adónde iba. Solo sabía que la posada existía en algún lugar de esta ciudad tan agresivamente encantadora.

Me di la vuelta y me alejé antes de que pudiera ofrecerse a ayudarme, decirme algo amable o volver a mirarme así. Volví sobre mis pasos hasta su todoterreno, abrí el maletero de un tirón, saqué el sobre y lo metí en el bolso antes de coger la maleta.

Levanté el asa hasta que las ruedecitas encajaron con un clic definitivo y la hice rodar detrás de mí, traqueteando.

Y sí, era consciente —profunda y vívidamente consciente— de que había muchas posibilidades de que el tipo del torbellino me estuviera viendo alejarme. Mirándome el trasero, para ser exactos.

Mantuve un ritmo constante, ni paso enérgico ni marcha de pánico. Solo una mujer caminando por la ciudad con dignidad. Y sudor. Muchísimo sudor.

Diez minutos más tarde, seguía caminando.

La ciudad se desplegaba a mi alrededor en tranquilos fragmentos de postal. Las tiendecitas tenían letreros pintados a mano en la fachada. Una panadería olía a azúcar y a arrepentimiento. Una librería lucía una campana en la puerta. Tenía toda la intención de visitarla en cuanto dejara de oler a accidente de tráfico.

La gente me saludaba con la cabeza al pasar, amables pero curiosos, como si ya me estuvieran catalogando de recién llegada. Por supuesto que lo hacían.

Finalmente me detuve cerca de un banco donde un anciano estaba sentado dando de comer a los pájaros. Llevaba una gorra calada sobre el cabello blanco y un rostro marcado por los años y la diversión.

—Disculpe —dije—. ¿Me puede decir dónde está el Hartwell Inn?

Levantó la vista despacio y luego soltó una sonrisa de oreja a oreja.

—Ah —dijo—. Esa.

Arqueé una ceja.

—¿Sí?

Señaló la carretera que había detrás de él.

—Siga por Main Road hasta el final. La verá al instante.

—Genial —dije, aliviada—. Gracias.

Se rio entre dientes; no una risa de cortesía, sino una risa cómplice.

Fruncí el ceño.

—¿De qué se ríe?

—Oh, ya lo verá —dijo, sin dejar de sonreír—. Bienvenida a Maplewood Falls.

Genial. Nada decía «todo irá bien» como un hombre riéndose de tu futuro.

Seguí caminando, con una inquietud trepándome por la espalda a cada paso. La carretera se estrechaba, las casas se iban espaciando y el aire cambiaba. Ahora podía oír el agua: olas, lejanas pero constantes.

Unos minutos más tarde, llegué al final de la calle.

El terreno caía en picado hacia un acantilado, con el océano extendiéndose más allá, amplio, infinito e impresionante.

Y allí, encaramada justo al borde, estaba la posada.

Era grande. Antigua. Majestuosa.

Y rosa.

No un rosa pálido y suave. No un rosa elegante.

Rosa, *rosa.*

Me quedé clavada en el sitio, con el bolso resbalándome por el hombro mientras la miraba fijamente.

—¿Qué diablos es esto?

La posada Hartwell se alzaba contra el cielo, con sus torretas, sus porches envolventes y su color sin complejos, como si hubiera decidido hace décadas que la sutileza era cosa de cobardes.

La risa del anciano resonaba en mi cabeza. *La verá al instante.*

No. Realmente no. Incluso con los ojos cerrados, ese rosa seguía grabado en mis retinas.

Mi tía me había dejado una posada en un acantilado.

El infierno era real.

Y era de un rosa Pepto-Bismol.

3

SARAH

Después de arrastrar mi maleta hasta llegar a esa locura rosa, maldiciendo todo el camino, por supuesto, y de subirla por los escalones del porche victoriano, que eran sorprendentemente robustos y, sinceramente, mi primera sorpresa agradable del día, rebusqué en el sobre. Había visto un juego de llaves ahí dentro y las saqué de un tirón.

La pintura rosa del revestimiento de madera se había descolorido, probablemente por los años de sol y aire salino que la habían ido desgastando. Ahora era ligeramente menos llamativa, pero seguía siendo rosa, muy rosa.

Sobre el porche, un cartel decía: Posada Hartwell.

Sillas de balancín blancas se alineaban en el porche que rodeaba la casa, meciéndose suavemente con la brisa. Las jardineras rebosaban de flores que no solo estaban muertas, sino agresivamente muertas: crujientes, olvidadas y tristes.

Suspiré. «Si el interior es rosa, me voy a suicidar».

Después de probar tres llaves, porque, por supuesto, no era la primera… ni la segunda, por fin encontré la correcta. Empujé la puerta principal con el hombro y le di un empujón antes de que se abriera con un chirrido.

Los suelos de madera oscura original crujieron bajo mi peso al entrar en el vestíbulo. Me recibieron paredes pintadas de beige, y casi me desplomé de alivio.

—Gracias a Dios—, suspiré.

Un revestimiento de madera noble cubría las paredes, a juego con los marcos de las puertas y ventanas. Frente a mí había un mostrador que parecía sospechosamente una vieja cómoda reconvertida en algo funcional. La luz del sol entraba a raudales por las altas ventanas, iluminando motas de polvo flotantes como si formaran parte del ambiente.

De momento, todo bien. Podría vivir con esto.

Seguí caminando, con las ruedas de la maleta traqueteando detrás de mí, y giré hacia la sala de estar a la izquierda del vestíbulo.

La sala de estar era realmente encantadora, con una gran alfombra persa que dominaba la estancia. Cómodas sillas y sofás se disponían en cuidadosas agrupaciones alrededor de mesitas auxiliares y de centro de madera que parecían lo suficientemente pesadas como para servir de armas. Un papel pintado floral a rayas rosa claro cubría las paredes. Una gran chimenea se alzaba vacía frente a mí, digna y serena.

Y encima de ella —no miento— había un cuadro a tamaño real de mi tía-abuela Edna, con su metro y medio de estatura.

Estaba de pie, rígida, con una mano agarrada a su bastón y la otra sosteniendo un cigarrillo como si fuera una declaración de principios. Sus ojos saltones miraban fijamente a través de unas gafas gruesas, y su boca formaba el mismo ceño fruncido permanente que recordaba de mi infancia. No sonreía. Nunca sonreía: ni en Navidad, ni en las bodas, ni siquiera cuando ganaba al bingo.

Pero eso no fue lo que me dejó con la boca abierta.

Junto al sofá había una estatua de bronce de tamaño natural de ella. La misma pose. La misma expresión.

—No puede ser —susurré, acercándome. Extendí la mano y toqué la estatua con un dedo; estaba fría y dura.

—Dios mío —suspiré—. Se ha clonado a sí misma.

Di un paso atrás, mirando alternativamente el cuadro y la estatua, casi esperando que uno de los dos se moviera. O hablara. O encendiera otro cigarrillo.

—Me ha parecido oír a alguien— dijo una voz a mis espaldas.

—*¡Ahhh!*— grité como una loca y me di un golpe en la nuca contra la repisa de la chimenea mientras me daba la vuelta en un torbellino de movimientos descoordinados y pérdida de dignidad. El dolor me estalló detrás de los ojos y me agarré la cabeza.

—Ay. Ay. Ay.

Había una mujer de pie en la puerta del salón, observándome con tranquilo interés, como si no fuera la primera vez que asustaba a alguien hasta causarle una lesión leve.

Parecía tener más o menos mi edad, unos treinta años, y era guapa. No, guapa se quedaba corto. Era el tipo de rubia guapa que hacía que los espejos se sintieran inseguros. Llevaba el pelo recogido con pulcritud, lo que acentuaba sus grandes ojos verdes y sus labios carnosos. Su traje probablemente costaba más que mi alquiler mensual en Nueva York.

—No era mi intención asustarte— dijo—. Tú debes de ser Sarah.

La miré fijamente. Luego miré la estatua, y volví a mirarla a ella.

—O tengo una conmoción cerebral —dije—, o tú no deberías estar aquí.

Ella sonrió, amable e imperturbable.

—Soy Becca Hartwell.

Ah.

—Claro que lo eres— le dije—. ¿Por qué no iba a haber otra Hartwell escondida en mi pesadilla rosa?

Nunca la había visto antes, pero había oído mencionar su nombre a lo largo de los años: una prima. Y aún no estaba segura de si me caía bien.

Dicha prima se adentró más en la habitación, con sus tacones resonando suavemente sobre el suelo de madera.

—Prima segunda. O prima primera en segundo grado. O algo así. El árbol genealógico es… complicado.

—Claro.

Su mirada se posó brevemente en la estatua de bronce de mi tía-abuela y luego volvió a mí. —Conociste a Edna.

Asentí.

—La conocí cuando aún estaba viva. Ahora está muy… presente —dije—. En múltiples formatos.

Becca soltó una risa leve.

—Sí. Apuesto a que lo hizo a propósito. —Me miró un momento —. Entonces tú eres la escritora. ¿Has publicado algo que yo conozca?

Y ahí estaba: la pregunta temida de cualquier autor. Tragué saliva.

—Probablemente no. —No estaba de humor para una conversación amable sobre mis libros. No era famosa, ni de lejos, pero ganaba lo suficiente para vivir y, hasta ese momento, eso me bastaba.

Me froté la nuca y al instante me arrepentí porque, sí, ya me había salido un chipote digno de caricatura.

—Bueno —dije despacio—, ¿qué haces en mi posada?

—Oh. —Lo dijo como si la respuesta fuera obvia—. Soy agente inmobiliaria. Edna me pidió que evaluara el lugar, preparara el papeleo y me mantuviera al pendiente.

Parpadeé.

—¿Al pendiente de qué?

Ella dudó apenas una fracción de segundo.

—Opciones.

Ah.

—Nadie me habló de opciones —dije—. ¿Qué clase de opciones?

—Supuse —dijo Becca con cautela— que la venderías.

Solté una risa breve, medio desquiciada. Sonó a loca.

—Vaya. Ok. Llevo en Maplewood Falls… —miré el reloj— quizá cuarenta minutos, y el pueblo ya tiene planes para mí.

Ella levantó un poco las manos.

—No te estoy presionando. Solo estoy… aquí. Nuestra tía quería que todo estuviera listo por si no querías hacerte cargo.

Así es. La querida tía Edna pensaba que era una perdedora. ¿Y qué hacían los perdedores? Se largaban de las situaciones

complicadas. Eso es lo que hacían.

Becca siguió mi mirada.

—Esa ala lleva años cerrada— añadió con naturalidad—. No abras la puerta que hay junto a las escaleras a menos que te guste el moho. La caldera a veces chilla, pero solo por la noche. Y el techo del lado este gotea cuando hay tormenta.

Mi traicionero cerebro se desvió inmediatamente hacia el tipo del torbellino. Hacia su rostro perfecto y luego hacia su trasero tan bonito. Después, de forma molesta, hacia lo que había dicho sobre el estado de la posada. Y luego, como no tenía autocontrol, de vuelta a su delicioso trasero.

Sí. Necesitaba terapia.

Me dio un tic en el ojo.

—Tengo la sensación de que esta posada lleva mucho tiempo cerrada. Hay mucho polvo.

Becca asintió.

—Seis meses.

—Seis —repetí, porque a veces mi cerebro necesitaba subtítulos —. Meses.

—Ajá.

Seis meses. Era tiempo suficiente para que las arañas se sindicalizaran. Tiempo suficiente para que el polvo formara su propio ecosistema. Tiempo suficiente para que la posada desarrollara un trastorno de personalidad.

Maldita sea. Miré más allá de ella, hacia el pasillo, como si pudiera detectar el momento exacto en que el lugar se había rendido.

—Así que… ha estado aquí. Vacía. Y rosa.

—Sí.

—¿Y a nadie se le ocurrió mencionar ese detallito en, no sé… la carta, el testamento, una señal de humo?

Becca me dedicó una sonrisa comprensiva.

—A nuestra tía no se le daba muy bien… comunicarse.

Eso es quedarse corto. Volví la mirada hacia la Edna de bronce y su cigarrillo de juicio. —Se comunicaba exclusivamente a través de la intimidación y la decoración.

Los ojos de Becca se desviaron hacia la estatua. —La mandó a hacer después de que el pueblo le pusiera una placa. Le pareció que era demasiado pequeña.

—Me lo imaginaba.

Me froté la frente e intenté ordenar el caos de mi cabeza en partes manejables. Al instante se convirtió en confeti.

—Bueno —dije—. Preguntas básicas. ¿Tengo agua corriente?

—Sí.

Mis hombros se relajaron de alivio tan rápido que casi vuelvo a dar gracias a Dios.

—¿Electricidad?

—Sí.

—¿Calefacción?

Becca hizo un pequeño gesto de dolor.

—Técnicamente.

La miré fijamente.

—La caldera funciona —aclaró rápido—, pero es… un poco caprichosa.

—Claro—apreté los labios. —Entonces, el agua y la electricidad están bien.

La calefacción no es realmente un problema en julio, pero puedes apostar lo que quieras a que lo sería en septiembre. Aun así, un lugar tan grande necesitaba mucho dinero para mantenerse en marcha. Dinero que yo no tenía.

—¿Cómo se están pagando esas facturas si ha estado cerrada? —pregunté.

La expresión de Becca se suavizó.

—Tu tía las dejó pagadas por adelantado. Un par de meses. Ella… no quería que te cortaran la luz mientras llegabas y te instalabas.

—Qué detalle.

No me lo esperaba. Y menos viniendo de Edna Hartwell, la reina de las miradas fulminantes a los niños.

Becca se rio y luego se adentró en el salón como si ese fuera su lugar. Se sentó en el borde de una silla con la naturalidad de quien no teme estropear la tapicería antigua.

—Cerró la posada cuando se enfermó —continuó—. Cuando ya no pudo seguir sacándola adelante. Y luego… bueno… ya sabes el resto. He estado echándole un ojo al lugar, asegurándome de que no… ya sabes, se viniera abajo.

—¿Y supongo que Edna también te dio las llaves?

—Sí.

Dejé mi maleta de pie cerca de la puerta porque necesitaba algo que hacer con las manos que no fuera agarrarme la cabeza o saludar a los fantasmas. Las ruedas traqueteaban contra el suelo.

Becca me observó un instante.

—Bueno —dijo con cautela—, si decides quedarte… ¿sabes… cómo se maneja una posada?

Ahí estaba. La pregunta.

Debería haberla hecho antes de que mi tía me atara legalmente una casa victoriana rosa a la espalda como si fuera una mochila maldita.

Mi cerebro repasó rápidamente todo lo que sabía sobre posadas, que básicamente era: la gente duerme allí, hay llaves y puertas, ¿y pastelitos? A veces.

Sí, no tenía ni idea.

—Quiero decir —dije en voz alta, ganando tiempo como toda una profesional—, ¿tan difícil puede ser?

Las mentiras me salieron disparadas de la boca.

Becca arqueó las cejas.

—Les registras —añadí—. Les das las llaves. Finges que no los juzgas por llevar chanclas en público. ¡Y listo! Una posada.

La sonrisa de Becca se amplió, pero sus ojos siguieron penetrantes.

—Sabes que hay mucho más que eso.

—Como… limpiar— dije, y luego hice una mueca mientras echaba un vistazo a la habitación— lo cual puedo hacer. Tengo manos. Tengo rabia. Tengo una relación profunda y personal con la lejía.

Me imaginé la cabeza de Simón explotando de nuevo y a mí limpiando el desastre.

Becca ladeó la cabeza, aún divertida.

—Y las reservas, el mantenimiento, el desayuno… y el personal.

—El personal.

Maldita sea. Me había olvidado de eso. Solté un largo suspiro y volví la vista hacia el vestíbulo. La posada estaba en silencio, iluminada por el sol, engañosamente tranquila. Como si me estuviera atrayendo hacia una falsa sensación de seguridad antes de atacar.

El pánico revoloteaba en mi pecho. No sabía qué demonios estaba haciendo.

Era escritora. Mi mayor emergencia solía tener que ver con un agujero en la trama y una fecha límite. Podía manejar el caos imaginario. El caos real, sin embargo, venía de la mano de las tuberías.

Pero entonces algo más se agitó bajo el pánico: algo obstinado y eléctrico.

Quizá no sabía cómo llevar una posada, pero sabía cómo resolver las cosas. Había construido mundos enteros de la nada. Había manejado personajes, líneas temporales y escenas.

Además, ya estaba aquí y no tenía ni un solo centavo. Si huía ahora, sería exactamente la persona de la que mi tía me acusaba: una perdedora.

No. No iba a huir.

Levanté la barbilla.

—¿Cuántas habitaciones tiene la posada?

Además, necesitaba desesperadamente una nueva aventura.

La expresión de Becca se volvió totalmente profesional.

—Doce.

Mi cerebro se atoró.

—Doce.

—Más la suite de la dueña.

—¿Me toca suite? —pregunté, animándome.

Becca miró hacia el pasillo.

—Si no te importa el polvo, un olor un poco raro y una bañera que puede que tenga… historia. Era la habitación de Edna.

Me dejé caer en el sofá más cercano. Este soltó un suspiro como si ya estuviera agotado.

—Dime que no hay cadáveres entre las paredes.

—No hay cadáveres —prometió Becca. Luego, como si se le ocurriera algo, añadió—: Al menos, que sepamos.

Volví a mirar a mi alrededor, al papel tapiz, a los muebles, a las figuras gemelas de Edna.

—Y ¿en qué estado está todo? O sea… ¿está de verdad asqueroso o solo asqueroso por estar abandonado?

Becca frunció los labios.

—Depende de tu definición de asqueroso.

—Ratas. Arañas. Termitas. Chinches. Cucarachas. Inodoros que gotean. Cualquier cosa que se arrastre, pique, se multiplique o salga de una pared.

Becca resopló y sacó una carpeta delgada de su bolso.

—Hice un recorrido. Tomé notas. Nada oficial. Solo… la realidad.

—Ok —dije, inclinándome hacia delante sin poder evitarlo—. Cuéntame.

Becca sonrió como si hubiera estado esperando eso.

—Muy bien. Los sistemas básicos funcionan. Edna mantuvo los servicios activos. Hizo que alguien viniera una vez por semana para asegurarse de que las tuberías no se congelaran y el lugar no se inundara.

—¿Alguien?

Becca dudó.

—No estoy segura quien, pero puedo averiguarlo si quieres.

—Sí. Gracias.

Becca pasó una página.

—La cocina necesita una remodelación.

—Por supuesto que sí.

—El techo del lado este tiene goteras.

—Sí, ya me lo habías dicho.

—Las escaleras traseras están… en mal estado.

—¿Qué tan mal?

Becca me lanzó una mirada.

—Se tambalean.

Me imaginé sufriendo una caída espectacular, rodando por las escaleras y muriendo de la forma menos glamorosa del mundo mientras la caldera chillaba de alegría.

—Ok —dije, levantando una mano—. Entonces lleva cerrado un tiempo.

Mañana no va a llegar nadie esperando una habitación. Podía vivir con eso.

Podía tomarme mi tiempo y decidir qué hacer. Quedarme en la posada, dar una vuelta por el pueblo, inspirarme, ese tipo de cosas. Totalmente factible.

—Mañana no —dijo Becca.

Entrecerré los ojos.

—¿Por qué dijiste eso así?

Becca volvió a echar un vistazo a sus notas.

—Porque ya hay un par de personas que preguntaron cuándo vas a reabrir.

La miré fijamente.

—¿En serio?

Becca asintió.

—El pueblo ha estado esperando.

Abrí la boca y luego la cerré.

—Están *esperando* —dije, con la voz entrecortada.

—Les encanta la posada —dijo Becca, como si eso lo explicara todo—. Es parte del pueblo. Bodas, visitantes, la temporada de verano. Es… toda una institución.

Eché un vistazo al salón, a la estatua, al papel tapiz y a las flores marchitas de afuera.

—¿Esto es una institución?

—No la juzgues por la Edna de bronce —dijo Becca con una sonrisa.

—Intento no hacerlo —dije—. Pero la verdad es que se presta.

Los ojos de Becca volvieron a posarse en la estatua.

—Sí. Se presta. Odiaba que la ignoraran. Creo que era porque era menudita y la gente pensaba que podía mangonearla. Se llevaban una sorpresa tremenda.

Inspiré lento, obligando a mi cerebro a no salir corriendo.

—Ok —dije—. Entonces… mis opciones son vender y dejar que alguien más se encargue de todo esto. O…

—O —intervino Becca— puedes remodelar y reabrir.

Remodelar. Reabrir. Mi corazón dio un pequeño y extraño vuelco de esperanza del que desconfié al instante.

—O —añadió— puedes hacer una apertura parcial. Abrir solo unas cuantas habitaciones. Probar. Y arrancar desde ahí.

Parpadeé.

—¿Eso se puede?

—Se puede —dijo Becca—. Y probablemente sea la opción menos aterradora.

La menos aterradora seguía siendo aterradora. Volví a mirar hacia el vestíbulo, como si la posada fuera a responder por sí misma. Permanecía en silencio, engreída y rosa.

—De acuerdo —dije, tragando saliva—. Si optara por la inauguración preliminar…

Becca sonrió.

—Entonces empezaríamos por las habitaciones más seguras. Las que están menos estropeadas, las que tienen mejores vistas y las que no... huelen.

—¿Huelen mal?

Becca hizo una mueca.

—Algunas sí. Otras no. No como el sótano.

La miré fijamente.

—¿El sótano?

—Huele, pero los sótanos siempre huelen.

—Porque ahí siempre se muere algo —respondí. Entonces se me ocurrió algo—. Edna esperaba que vendiera, ¿no?

La mirada de Becca se suavizó.

—¿Sinceramente? Sí.

Arqueé una ceja.

—Porque no creía que pudiera con esto.

Becca no tuvo que responder. Se le notaba en la cara. Mi tía Edna nunca imaginó que yo me haría cargo de este lugar. A sus ojos, yo era una perdedora. No tenía propiedades. Básicamente no tenía nada, salvo esta posada, y solo me la había dejado porque le daba lástima.

Y eso me repugnaba.

Volví a mirar a mi alrededor. El silencio, las motas de polvo, la luz del sol. El olor a madera vieja, aire viciado y algo vagamente floral que no tenía derecho a estar vivo.

No me sentía atrapada. Me sentía… desafiada. Sentía como si el universo me hubiera lanzado un reto ridículo, rosa y chirriante.

Y quizá era estúpida. Quizá era impulsiva, e incluso quizá era el tipo de persona que tomaba decisiones vitales mientras estaba sudada y aturdida. Pero había pedido una nueva aventura.

Esta era esa aventura.

Me eché hacia atrás y solté una risa temblorosa.

—Bueno —dije—, qué pena por ella.

Becca arqueó las cejas.

—¿Por qué?

—Porque no vine hasta aquí solo para vender y largarme —dije. Luego, más bajo, casi para mí misma, añadí—: Vine porque necesitaba algo nuevo. Necesitaba alejarme de mi vida anterior, de mi ex y de esa instructora de yoga flacucha con la que se estaba acostando.

Becca apretó los labios.

—Eso suena a una conversación para más tarde, con una botella de vino.

Le sonreí. No la conocía bien, pero tenía la sensación de que nos íbamos a llevar muy bien.

—Que sean dos botellas.

Becca echó la cabeza hacia atrás y se rio.

—Bueno. Te reto a que me cuentes historias todavía más escandalosas. Pero primero: estás agotada. ¿Dónde vas a dormir esta noche?

Eché un vistazo al salón. Si la suite era la mitad de horrible que esto, podía quedarme aquí.

—Aquí —dije.

—¿Te vas a quedar aquí? —preguntó mientras se levantaba.

—Quiero decir —dije, esforzándome por sonar alegre—, es mi posada, ¿no?

Becca me miró, divertida.

—Así se habla.

Y me di cuenta de que tenía razón. Sí, estaba decidida.

—Sabes —dijo Becca mientras salía del salón, y yo iba detrás de ella arrastrando la maleta—, no tienes que decidir nada ahora mismo. Date tiempo para pensarlo.

—Bien —dije—. Porque ahora mismo estoy sudada, llena de polvo, ligeramente herida y siendo juzgada en silencio por una mujer de bronce con un cigarrillo.

Puede que mi vida se estuviera yendo al garete, pero yo no era una perdedora.

Y se lo iba a demostrar a mi tía Edna, incluso desde el más allá.

Lo haría.

4

ALEX

Después de quedarme viendo el buen trasero de Nueva York mientras se alejaba por la calle —porque seguía siendo humano, no estaba muerto—, hice lo que siempre hacía cuando algo amenazaba con distraerme.

Harbor Lane. Mi adquisición más reciente. Una casa americana sólida, de cuatro habitaciones, con buena estructura, balcones decentes y los problemas justos para mantener el interés sin volverse un pozo sin fondo. Necesitaba cariño, un garaje extra y sistemas actualizados. ¿Pero la arquitectura? Intocable. Conservas el alma, modernizas el resto, y la gente hace fila con la chequera en la mano.

Esta se vendería en una semana.

El equipo estaba recogiendo cuando llegué: las herramientas apiladas, el lugar limpio y sin desechos. Recorrí la propiedad como siempre: despacio, metódicamente, con la mirada en todas partes. Tenía un calendario, y si iban retrasados, lo hablaríamos. Si eran unos vagos, lo hablaríamos con más ganas.

Un buen trabajo significaba que no tenía que decir mucho. Eso me gustaba. No contrataba a idiotas sino a tipos que sabían lo que hacían y no me hacían perder el tiempo.

Odiaba las sorpresas y las interrupciones. Odiaba los problemas que aparecían de la nada, así que me molestó profundamente salir de Harbor Lane y descubrir que estaba girando hacia Main Road en lugar de irme a casa.

No necesitaba levantar la vista para saber adónde iba. Se veía la posada desde medio kilómetro de distancia.

Era difícil no verla, imposible, en realidad. Ese maldito rosa te daba una bofetada en toda la cara, quisieras o no: llamativo y agresivo, como si el propio edificio te estuviera retando a decir algo. Odiaba ese color.

Una vez le dije a Edna Hartwell, con mucha calma, que se lo repintaría gratis. Un bonito gris. Quizá blanco. Algo digno.

Me golpeó con su bastón.

—Métete en tus malditos asuntos —me gritó, con un cigarro colgándole de la boca como si fuera un signo de puntuación.

Me reí. Todavía podía olerle el humo en el aliento cuando lo recordaba. Era malvada. Afilada. Una mujer derecha a la que le daba igual caerte bien. Respetaba el trabajo, el esfuerzo y a la gente que cumplía lo que prometía.

Por eso su sobrina me tenía confundido.

Nueva York era… diferente.

Hablaba demasiado rápido, pensaba aún más rápido y parecía que la hubieran dejado en esta ciudad por error. Cubierta de polvo y actitud, arrastraba su equipaje, fingiendo que no pesaba nada.

Además, estaba sola en un lugar que se la iba a tragar viva si se dejaba.

Reduje la velocidad al pasar por delante de la posada. Me sentía como un maldito acosador, espiándola así. No paré, solo quería confirmar que las luces estuvieran encendidas. Y lo estaban.

Un BMW SUV blanco estaba estacionado en la entrada. Lo reconocí al instante. Becca Hartwell, agente inmobiliaria local. Le había comprado un par de propiedades a lo largo de los años. Tratos justos. Sin rodeos. No éramos amigos, pero nos saludábamos con un gesto de cabeza. De esos que se hacen en los pueblos chicos cuando ya te has topado suficiente con alguien como para confiar en su papeleo.

Así que Nueva York no estaba completamente sola. Bien. Me dije a mí mismo que eso era todo lo que necesitaba: una comprobación, nada más.

Luego seguí conduciendo.

Ella no era mi problema.

No me metía en líos con mujeres raras que cargaban con maletas emocionales más grandes que las de verdad. Reformaba casas, arreglaba cosas y me marchaba. Esa era la regla.

Sin embargo…

Seguí manejando, con la mandíbula apretada, encabronado como el demonio porque una posada rosa y una mujer de Nueva York ya se me habían metido bajo la piel en menos de veinticuatro horas.

Maldita sea. Justo por eso no me permitía distracciones. Y justo por eso tenía la sensación de que esta no me la iba a quitar de encima tan fácil.

La carretera principal se extendía ante mí, oscureciéndose a medida que el pueblo se iba quedando atrás. Las farolas dieron paso a largos tramos de sombra. El océano estaba en algún lugar a mi derecha. No podía verlo, pero podía olerlo: sal, algas y ese aliento húmedo y viejo que la costa traía consigo como si te poseyera.

Moví los hombros e intenté sacármela de la cabeza.

No funcionó.

No era solo su aspecto, aunque me fijé en eso: ojos azules, pelo oscuro, labios carnosos, un trasero estupendo. Era su forma de moverse, como si el mundo le debiera una pelea. Como si fuera a recibir un golpe, reírse de él y negarse a pedir ayuda por muy mal que se pusieran las cosas.

Ya había visto eso antes. Normalmente acababa mal.

Mantuve las manos firmes en el volante e hice lo que siempre hacía cuando algo amenazaba con convertirse en un problema.

Lo metí en una caja. Nueva York: guardada. La posada rosa: guardada. Las ganas de dar la vuelta y volver a mirar: guardadas.

Pasé de largo el desvío hacia mi casa y ni siquiera me di cuenta hasta que vi la señal bajo los faros.

—Maldita sea.

Corregí el rumbo en el siguiente cruce y tomé la circunvalación que me llevaría de vuelta a donde pertenecía.

Lo que pasa con las rutinas es que funcionan. Hasta que dejan de hacerlo.

Había construido mi vida en torno a reglas que me mantenían cuerdo y mantenían mi negocio limpio. Las reglas se aseguraban de que no acabara enredado en el lío de otra persona, arrastrándola detrás de mí como una maleta con las ruedas rotas.

Reglas.

No compraba casas porque fueran «encantadoras», sino porque los números cuadraban, la estructura era buena y podía tomar algo abandonado para devolverle su valor antes de venderlo. Esa era la clave: no te enamorabas de los paneles de yeso.

Regla número dos: no rescates a gente que no ha pedido que la rescaten.

Ofrecías ayuda una vez; si decían que no, los dejabas con sus decisiones. Eso te impedía convertirte en el tipo que arreglaba los problemas de todos mientras los tuyos se pudrían en silencio, al fondo.

Regla número tres: nunca mezcles los negocios con los sentimientos.

Los sentimientos te hacían descuidado. El descuido salía caro.

Regla número cuatro: no persigas a las mujeres.

Si una mujer te quería, lo sabrías; si no, no insistías. No te quedabas merodeando ni rondando por ahí como un maldito perro callejero.

Y regla número cinco, la más importante: no empieces algo que no puedas terminar.

Esa última me había salvado el pellejo más veces de las que podía contar. El problema era que ya había empezado algo.

No a propósito, pero estaba ahí. El comienzo de un hilo, suelto y tentador, y odiaba que mi cerebro no dejara de tirar de él.

Maldita sea.

Ella me había mirado como si yo fuera el enemigo y la solución al mismo tiempo, como si no confiara en mí, pero quisiera hacerlo,

como si estuviera al borde de algo y fingiera que no era un precipicio.

Había oído su voz en mi cabeza —inteligente, divertida, rápida— y me molestaba eso porque yo no llevaba a gente en la cabeza. Llevaba números, horarios, listas de materiales.

Giré hacia mi calle y reduje la velocidad; los neumáticos crujieron sobre la grava al entrar en mi camino de entrada.

Mi casa no era lujosa, pero estaba limpia, era tranquila y era mía.

Apagué el motor y me quedé allí sentado un segundo, con las manos aún en el volante, escuchando el tictac del metal al enfriarse. La noche se cernía sobre mí, tranquila y oscura, el tipo de tranquilidad que me había ganado.

Entonces mi cerebro, porque al parecer era un traidor, me lanzó una imagen vívida: Nueva York dentro de esa posada, tambaleándose en la penumbra, tropezando con una tabla suelta del suelo, a lo mejor hablando sola, seguramente insultando a un cuadro.

Exhalé, salí del todoterreno y caminé hacia la puerta principal. La abrí y entré, moviéndome ya en piloto automático. Las llaves en el gancho, las botas junto a la puerta, las luces en su sitio. La rutina era consuelo. La rutina era control.

Me serví un vaso de agua y me bebí la mitad. La casa estaba en silencio. Solo se oía el zumbido de la nevera y el viento fuera.

La mayoría de la gente llamaba a eso soledad. Se equivocaban.

Dejé el vaso y me apoyé en la encimera, mirando fijamente hacia la oscuridad.

Está bien, me dije a mí mismo.

El todoterreno de Becca estaba allí. Becca conocía la ciudad y la posada. No dejaría que Nueva York acabara muerta en su primera noche.

No me gustaba la idea de que Nueva York estuviera sola en ese lugar, no porque me importara, sino porque la situación era absurda: una mujer como ella, de ciudad y acostumbrada a tenerlo todo bajo control a su manera, entrando en un edificio con seis meses de polvo y rutinas rotas, era un accidente a punto de pasar.

Y ella era propensa a los accidentes. Lo sabía.

Salí de la cocina y recorrí la casa, comprobando las cerraduras igual que comprobaba las obras: puerta principal, puerta trasera, ventanas. La memoria muscular evitó que mi mente diera vueltas en círculos.

Pero cuando llegué al dormitorio, los pensamientos volvieron de todos modos.

Maldita sea. Me tumbé y me quedé mirando al techo, con los brazos detrás de la cabeza.

El caso es que no tenía tiempo para esto.

Tenía proyectos, plazos que cumplir, un equipo que dependía de que yo fuera constante y tuviera la cabeza despejada. Tenía que tramitar permisos, concertar citas con los inspectores y lidiar con subcontratistas que, sin duda, intentarían tomarme el pelo si no les vigilaba de cerca.

No tenía tiempo para mujeres con pasado o problemas. No era un maldito adolescente, no estaba aburrido ni me sentía solo, y no necesitaba que una mujer con una maleta y la boca llena de sarcasmo viniera a meterse en mi cabeza.

Además, no era mi tipo.

Mi tipo no aparecía sudada, enojada y cubierta de polvo para luego mirarme como si quisiera pelearse conmigo y besarme en esos mismos cinco segundos.

Mi tipo no se quedaba mirándome la entrepierna como si estuviera intentando resolver un misterio.

Mi tipo no me hacía reír.

Maldita sea. Basta. Ya basta.

Me pasé los dedos por el pelo, pensando en esa fea posada rosa. Confiaba más en los cimientos de aquel lugar que en la pintura. Había visto cosas peores. Había arreglado cosas peores.

En lo que no confiaba era en lo que ese lugar le hacía a la gente.

Las atraía. Les exigía cosas: tiempo, dinero, atención. No era una casa. Era una criatura, y Nueva York había entrado directamente en su boca como si estuviera buscando una historia.

Quizá ese fuera su problema… o su don. Era escritora.

En cualquier caso, no lo necesitaba en mi vida.

Mis ojos se desviaron hacia el techo y volví a ver aquella posada rosa. Me imaginé a Nueva York dentro, mirando aquella estatua de Edna a tamaño real, y casi sonreí.

Casi.

Edna había sido un pelo en la sopa. Había tenido más discusiones con esa anciana testaruda que con cualquiera de mi equipo. Le importaban las apariencias, pero no las opiniones de la gente. Dirigía esa posada con mano de hierro y un cigarrillo.

Y, de alguna manera, se la había dejado a Nueva York. ¿Por qué? El porqué de eso todavía no me cuadraba. Edna no cedía su reino a menos que tuviera alguna intención al hacerlo.

Lo que significaba que Nueva York no estaba allí por casualidad. Estaba allí porque Edna la había querido allí.

Maldita sea. ¿Qué demonios estaba haciendo? No me lo preguntaba. No me distraía una mujer a la que conocía desde hacía medio día.

Además, nunca se quedaría. Vendería, me repetí a mí mismo.

¿Seis meses cerrado? ¿Una caldera que chirriaba? ¿Un techo con goteras? Ese tipo de líos no los resolvía una escritora con una maleta, unas tetas estupendas y una barbilla obstinada.

Nueva York no sabía en lo que se estaba metiendo. Se daría cuenta enseguida.

La pondría a la venta, Becca la anunciaría y alguna pareja de fuera de la ciudad la compraría, la pintaría de blanco y la convertiría en un lugar típico para bodas.

Y Nueva York se iría. Así era como funcionaban las cosas.

La verdad era que no quería verla fracasar, no porque la quisiera a ella, sino porque no me gustaba ver cómo devoraban a alguien en vivo y en directo cuando ni siquiera sabía que los dientes estaban ahí.

Y si se quedaba… si decidía luchar por esa posada…

Eso la convertiría en una testaruda como su tía abuela. Y ser testaruda era peligroso.

La gente obstinada te atraía, te hacían preocuparte y romper las reglas.

Exhalé por la nariz y fijé la mirada en el suelo. No. No era mi problema.

—Joder.

Cerré los ojos. Así era como empezaba todo, prestando atención donde no debía.

Ella vendería, no duraría.

No me iba a meter en algo con fecha de caducidad.

No era mi problema.

5

SARAH

Me despedí de Becca mientras se subía a su elegante todoterreno; la puerta se cerró con un golpe suave y lujoso que probablemente costaba más que toda mi maleta. Se alejó y las luces traseras desaparecieron por la carretera, como si la competencia misma se estuviera largando del pueblo.

Había sido un detalle pasar a verme, un detalle de verdad. Al menos ahora podía decir que había conocido a un ser humano funcional que quizá terminara convirtiéndose en amiga dentro de mi nueva pesadilla rosa: alguien tranquila, capaz y lo bastante sensata como para no instalarse en mi cabeza sin pagar renta antes de que acabara el primer día.

El tipo del torbellino no contaba.

No creía que pudiera ser amiga de un hombre que parecía recién salido de un anuncio de Polo y que te miraba con esa irritante media sonrisa, como si tuvieras algo entre los dientes y él disfrutara demasiado de tu sufrimiento como para decírtelo. Tampoco ayudaba que su mirada me alterara más de la cuenta y me dejara sintiendo cosas que no me interesaba sentir.

Y entonces, porque al universo le encanta la humillación, me puse a mirarle demasiado abajo.

Estaba en el infierno.

Todo esto tenía pinta de ser el comienzo de una distracción peligrosamente tentadora, y yo no tenía tiempo, energía ni ancho de banda emocional para eso. Ya tenía el plato lleno, y encima era un plato rosa, descarapelado, con una caldera chillona y posibles colonias de moho incluidas.

Además, yo ya había cerrado el capítulo de las relaciones, con mayúsculas y todo. Los hombres eran un desastre, punto final. Ya había hecho suficiente esfuerzo emocional, suficientes concesiones y suficiente teatro de fingir que algo no me dolía cuando en realidad me importaba muchísimo. Estaba retirada, emocionalmente y quizá también en un plano espiritual.

Y, por si fuera poco, tenía un libro que escribir y una posada con la que todavía no sabía qué demonios iba a hacer. Ni una idea vaga, de hecho.

Pero lo primero era lo primero: antes de permitirme una crisis existencial, necesitaba un lugar donde dormir que no oliera a polvo, a caca de ratón ni a mi propio sudor. Eso significaba limpiar o, por lo menos, practicar una negación agresiva a nivel superficial.

Tomé una decisión, agarré mi bolso y mi única y fiel maleta, y me encaminé hacia el segundo piso.

Las escaleras se alzaron ante mí en toda su gloria: escalones y más escalones, como si la casa hubiera decidido que el sufrimiento debía ser vertical.

—Por supuesto —suspiré—. ¿Por qué no iba a haber como mil escalones? Este lugar ya me odia.

Las escaleras crujieron de forma inquietante mientras yo avanzaba peldaño por peldaño, arrastrando la maleta, con la mochila resbalándome del hombro y todo mi cuerpo protestando. Cuando llegué al segundo tramo, respiraba como si acabara de escapar de una horda de zombis y ya daba por hecho que la suite de la dueña estaría en el último piso, con las mejores vistas y el acceso más inhumano.

Subí la maleta al primer escalón, pero las ruedas se atoraron de inmediato. Tiré con más fuerza y la maleta se resistió, como si estuviera considerando seriamente quedarse abajo y empezar una vida nueva sin mí.

—No hagas esto —le advertí en voz baja—. Estamos juntas en esto.

Y, aun así, maldita sea, iba a llegar.

En algún punto entre jadear y maldecir, mi cerebro decidió traicionarme y, sin que nadie lo invitara, volvió al tipo del torbellino.

Volví a pensar en su estúpida voz tranquila, en sus estúpidas manos anchas y en esa estúpida forma de pararse como si el mundo entero estuviera bajo control. Me lo imaginé subiendo esas escaleras de dos en dos, sin sudar una sola gota, y al instante le agarré más coraje.

—Ya basta —me dije—. No es más que una distracción con jeans caros.

Cuando por fin llegué arriba, me dejé caer contra la pared con la maleta plantada a mi lado.

—Ok —jadeé—. Ahora vivimos aquí.

El pasillo del tercer piso se extendía ante mí, más estrecho que los de abajo. El techo se inclinaba lo justo para dar la sensación de que la casa se estaba inclinando hacia dentro. La luz era más suave aquí arriba, filtrada a través de pequeñas ventanas al fondo, y el polvo flotaba perezosamente en el aire como si no tuviera un lugar mejor donde estar. Las tablas del suelo crujían bajo mi peso, viejas y ruidosas, anunciando mi presencia me gustara o no.

La posada se sentía diferente aquí, menos pública y más privada, como si hubiera cruzado una línea invisible de huésped a "ahora eres la propietaria, acéptalo".

Me enderecé, enderecé los hombros y me limpié las manos en los jeans.

—Puedo hacerlo.

Pasé por delante de las dos primeras habitaciones y eché un vistazo al interior. Ambas eran claramente habitaciones de huéspedes. Una tenía papel pintado floral descolorido y una cama de latón con una colcha de aspecto abultado, de esas que huelen a lavanda y a naftalina. La otra estaba sorprendentemente impecable, con paredes blancas, cortinas de encaje y muebles desiguales que parecían haber sido reunidos poco a poco, en subastas de objetos usados una tras otra.

Seguí adelante. Al final del pasillo, divisé la última puerta. Había algo en ella que me parecía… intencionado.

Tiene que ser esta, jadeé, porque la esperanza es peligrosa, pero persistente.

Abrí la puerta y la empujé. Algo chilló, la puerta cedió, se salió de las bisagras y se estrelló contra la pared.

Genial. Simplemente genial. La rodeé y entré en la suite. Oh, demonios, no. Parecía que mi pesadilla rosa apenas estaba empezando.

Mirara donde mirara, el rosa me devolvía la mirada: las paredes, el techo, las cortinas, hasta las malditas pantallas de las lámparas. El papel tapiz floral explotaba por todas partes como si hubiera perdido una pelea con la sutileza y hubiera decidido vengarse.

—Edna —dije—, me estás matando.

Una enorme cama con dosel dominaba la habitación, cubierta con una tela rosa. Contra una de las paredes había una cómoda a juego, y junto a ella se alzaba un armario tan grande que ahí dentro cabríamos tres como yo, o quizá una como yo y el tipo del torbellino.

Pero eso no fue lo que me dejó con los ojos como platos.

Fue el hecho de que otro retrato a tamaño natural de mi diminuta tía Edna colgaba justo encima del cabecero.

En este, fumaba un cigarro, llevaba un traje sastre rosa que combinaba demasiado bien con la habitación y miraba fijamente al frente con esa expresión particular que tienen algunos retratos, de las que te siguen sin importar dónde te pares. ¿Del lado izquierdo? Observando. ¿Del derecho? Juzgando. ¿Acostada boca arriba en la cama? Activamente decepcionada.

Me moví. Los ojos se movieron conmigo.

Dormir bajo la mirada de una antepasada fumadora de puros y desaprobadora no formaba parte del plan.

A la mierda. Metí la maleta en la habitación y la dejé caer a los pies de la cama, sin atreverme a tocar nada más. El cuarto olía a viejo, pero limpio, tal vez a jabón de rosas mezclado con décadas de perfume aferrado a las paredes. Aun así, había otro olor de fondo, como a calcetines viejos.

Me olí las axilas. Mierda. Era yo.

Una puerta a un lado me llamó la atención.

—Por favor, que sea un baño.

La abrí. Benditos sean los dioses de la fontanería.

Me quedé mirando un baño privado con una tina con patas y regadera fija, un lavabo de pedestal, azulejos blancos —afortunadamente neutros, como si hasta la casa supiera que esta habitación necesitaba límites— y un espejo con bordes dorados. Estaba ligeramente empañado por el paso del tiempo, y gracias a Dios, porque nadie necesitaba una versión en alta definición de mí en ese momento.

Volví al dormitorio y lo contemplé todo de nuevo: el rosa, los muebles, la abrumadora sensación de que mi tía había decorado este espacio con intención y, posiblemente, con rencor.

Me dejé caer en el borde de la cama, con los muelles crujiendo bajo mi peso, y me quedé mirando el armario como si fuera a abrirse solo.

—Bueno —dije a la habitación vacía—, al menos nunca perderé mi ropa.

Primero tenía que encontrar productos de limpieza para poder darle al baño una buena y enérgica pasada. Decidida, me levanté de nuevo y volví allí. Me llamó la atención un armario alto y estrecho empotrado en la pared, algo que sin duda no había visto antes.

Lo abrí de un tirón. Bingo.

Dentro había una pila de sábanas cuidadosamente dobladas y un par de bolas de naftalina que claramente habían perdido las ganas de vivir. Pero, oye, las sábanas limpias eran sábanas limpias. Y en el fondo había una caja polvorienta de productos de limpieza, incluyendo una jarra con letras rojas en negrita que decía LEJÍA.

Arrastré todo de vuelta al dormitorio. Luego agarré el viejo edredón, lo levanté y desaté el infierno.

Una espesa nube de polvo explotó en el aire como si la cama hubiera estado conteniendo la respiración durante décadas y finalmente hubiera decidido exhalar directamente en mi cara. Me cubrió el pelo, la blusa y, como soy una idiota, la boca abierta.

Y lo inhalé.

Me incliné hacia delante, tosiendo violentamente mientras agitaba los brazos como si intentara echar a volar.

—Dios mío— jadeé—. Qué asco. Qué asco. Qué asco. Acabo de inhalar tres generaciones de piel muerta.

El polvo volvió a caer lentamente, posándose de nuevo por todas partes, tranquilo y satisfecho, como si hubiera ganado.

Escupí en la papelera, me limpié la boca con el dorso de la mano y miré con ira hacia la cama.

—Te estás metiendo con la mujer equivocada, amigo.

Conteniendo la respiración, tiré del edredón hasta quitárselo por completo, sujetándolo con el brazo extendido como si fuera a explotar de nuevo, y lo lancé a la esquina, donde cayó con un golpe triste y derrotado.

Cinco minutos más tarde, tras un breve ataque de tos y lo que esperaba que no fuera un daño pulmonar precoz, tenía la cama hecha con sábanas limpias y una colcha que no parecía haber sido testigo de un asesinato.

Pequeñas victorias.

Mientras alisaba las sábanas, mi traicionero cerebro decidió que era el momento perfecto para imaginarme al tipo del torbellino.

Él allí de pie, junto a la cama. Mirando. De pie, mirando, sin ropa. De pie, mirando, sin ropa, con su varita de hombre erguida y apuntándome.

Sí. Estaba excitada y tenía serias alucinaciones.

Ahuequé la almohada con más fuerza de la necesaria. No. Hoy no. No iba a pensar en el tipo del torbellino mientras hacía la cama e imaginaba nuestros cuerpos bailando un tango horizontal.

Di un paso atrás y respiré hondo. La habitación olía ahora ligeramente a lavanda.

Siguiente parada: el baño.

Primero, saqué la botella de agua de mi bolso y me bebí la mitad de un trago, esforzándome mucho por no pensar en todas las porquerías históricas que había inhalado hoy: polvo, células de piel, posiblemente un fantasma. Había leído en alguna parte que los probióticos eran esenciales para la salud intestinal. A estas alturas,

estaba bastante segura de que mi sistema inmunológico se merecía una medalla.

Como mínimo, probablemente no estaría estreñida.

Hidratada y ligeramente más tranquila, me lancé a la batalla contra el baño. Aunque había diluido la lejía de una de las botellas con pulverizador, me hice una máscara improvisada con una toalla de mano porque no podía permitirme freírme el cerebro esta noche. Necesitaba hasta la última neurona en funcionamiento para sobrevivir a esta posada.

Treinta minutos después, di un paso atrás y examiné mi trabajo.

Limpio. Más o menos limpio. Lo suficientemente limpio como para que nadie contrajera nada de inmediato.

—Por fin— dije, imaginándome ya el agua caliente cayendo sobre mí y lavando el sudor, el polvo y el trauma. Me sentí como en el cielo, como si me perdonaran, como si el universo me dijera: «Ya has sufrido bastante».

Me quité la ropa, haciendo una mueca de dolor cuando mis hombros protestaron. Me sentía como si hubiera estado cargando ladrillos cuesta arriba todo el día, no arrastrando una maleta por dos tramos de escaleras y fregando un baño.

Me metí en la bañera con patas, cerré la cortina y giré el grifo.

Las tuberías carraspearon, literalmente carraspearon.

Entonces la ducha chisporroteó y lanzó un chorro de agua de color marrón anaranjado, como si la posada me estuviera vomitando óxido directamente encima.

—¡Ah! —grité y di un salto hacia atrás, a punto de resbalarme y darme un golpe en la cabeza contra la bañera. Morir desnuda en una bañera victoriana con patas no era una imagen muy atractiva. Giré el grifo para cerrarlo.

—Ni hablar. No vamos a hacer esto.

Me quedé allí de pie, presa del pánico, chorreando agua de color óxido sin querer pensar de dónde había salido. Mi imaginación se apresuró a ofrecerme varias opciones horribles, así que respiré hondo y me obligué a calmarme de una vez.

—Esta es una casa antigua— me dije a mí misma—. Tuberías viejas sin usar desde hace tiempo. Totalmente normal.

Volví a coger el grifo y lo abrí de nuevo, retrocediendo hasta el fondo de la bañera y mirando fijamente el agua teñida de naranja que salía a borbotones del cabezal de la ducha. Poco a poco, con recelo, el óxido desapareció y el agua finalmente salió limpia.

Bien. Crisis evitada. Un pequeño incidente de óxido. Podía vivir con eso.

Me metí bajo el agua de la ducha.

Hielo.

Jodidamente helada. Ártica. Aprobada por los osos polares.

Volví a chillar, revolviéndome mientras giraba el grifo en sentido contrario. No pasó nada. Lo intenté de nuevo. Seguía helada.

Levanté la vista y miré con ira el cabezal de la ducha.

—Escucha —dije, señalándolo—. He tenido un día de locos. He respirado el polvo de un siglo, me he quedado mirando la entrepierna de un hombre y he quitado las sábanas de una cama encantada. Dame agua caliente, por el amor de Dios.

Las tuberías respondieron con un gemido, como si lo estuvieran considerando. Entonces, sin previo aviso, el agua volvió a salir a borbotones, hirviendo.

—¡Ah!— grité, di un salto hacia un lado y volví a cerrar el grifo de un golpe, con el corazón a mil. Me quedé allí, desnuda, temblando y furiosa.

—Odio este lugar.

Respiré hondo, me armé de valor y lo intenté una última vez, despacio y con cuidado.

El agua se estabilizó en una temperatura más o menos tibia y soportable.

Me dejé caer aliviada y volví a meterme bajo el chorro.

Bien. Podía arreglármelas con eso. La posada no había ganado.

Todavía.

Fue entonces cuando me di cuenta de algo importante.

Me había olvidado del champú…y del acondicionador…y del gel de baño.

Maldita sea.

En mi prisa por escapar de Nueva York, de mi vida y, posiblemente, de mi cordura, había metido un cepillo de dientes y

pasta de dientes de repuesto en mi equipaje de mano. ¿Pero jabón? El jabón no había pasado el corte.

Miré alrededor de la bañera, esperanzada y profundamente ilusa. Nada. Ni una botellita. Ni obsequios de cortesía. Ni nada con aroma a lavanda esperando para salvarme.

Entonces lo vi.

Un pequeño cuenco colocado en el borde de la bañera contenía una sola pastilla de jabón. Cuadrada. Beige. Sin etiqueta. Sin aroma. Sin personalidad visible. Parecía que la hubieran fabricado durante la Gran Depresión.

La miré fijamente y ella me devolvió la mirada.

¿Cuántos años tienes?, susurré, y lo tomé con cuidado, como si fuera a desmoronarse en mis manos o a echarme una maldición. Después de enjuagarlo rápido y con saña, porque una tiene sus estándares, suspiré.

—Vaya —le dije al jabón—, vas a hacer doble servicio: cabello y cuerpo.

Me froté con él de pies a cabeza, y mi pelo chirriaba en señal de protesta mientras el jabón me quitaba no solo la suciedad, sino probablemente también algunos mechones. El aroma era… neutro. Ni floral ni nada por el estilo.

—Esto está bien —me dije, frotando con más fuerza—. La gente ha sobrevivido siglos enteros así.

Para cuando terminé, sentía la piel tirante, como si me la hubiera exfoliado a fondo, el pelo parecía paja y olía vagamente a internado.

Pero estaba limpia. Y, en ese momento, eso me pareció otra victoria.

Salí del baño y me puse una camiseta extragrande para dormir. Mi estómago rugió de inmediato, fuerte y dramáticamente, como si tuviera todo un ejército de gremlins dando un golpe de estado ahí dentro.

—Lo siento, chicos —le dije a mi estómago—. Ahora mismo estoy demasiado cansada para comer. Mañana vemos eso.

Respondió con otro rugido amenazante.

Arrastré el cuerpo hasta la cama de mi tía, que al parecer ahora era mía, aparté las sábanas y me dejé caer de bruces sobre el

colchón.

Estaba agotada en todos los sentidos: emocional, física y espiritualmente. Acababa de vivir uno de los días más raros de toda mi vida. Había dejado a mi prometido, me había quedado tirada en la cuneta, me había juzgado en silencio un desconocido ridículamente atractivo, había heredado una posada rosa al borde de un acantilado, había conocido a una prima agente inmobiliaria que ni sabía que tenía y casi me mato desnuda en una bañera con patas.

Entonces me di cuenta de que ni siquiera había derramado una sola lágrima por ese cabrón infiel de Simón. ¿Qué demonios significaba eso?

En medio de la niebla del cansancio, mi mente volvió a mi tía. Ella esperaba que fracasara. Me había dejado este lugar sabiendo que se estaba cayendo a pedazos, que era demasiado, que me sentiría abrumada, fuera de mi elemento y tentada a huir. Quizá esta fuera su última prueba. O su última broma.

Pensé en el tipo del torbellino, en su voz tranquila, en su mirada perspicaz y en la forma en que me había visto cuando le hablé de la posada, como si ya conociera todos sus secretos. Me dio la impresión de que había sacado alguna conclusión sobre mí sin decirla en voz alta.

Me di la vuelta y me quedé boca arriba, mirando el techo, demasiado cansada para moverme o siquiera pensar. Ni me molesté en bajar el retrato espeluznante de mi tía a tamaño real que se cernía sobre el cabecero. Eso era problema de la Sarah del día siguiente.

El sueño me tumbó rápido y sin ceremonias, arrastrándome al fondo antes de que pudiera seguir dándole vueltas al asunto.

Lo cual, si lo hubiera hecho, probablemente habría agarrado su bastón y le habría dado un golpe en las rodillas.

6

SARAH

Me desperté a la mañana siguiente sintiéndome como si mi cuerpo hubiera pasado por una picadora de carne. Tenía el cuello rígido y me dolían músculos que ni siquiera sabía que tenía. Si no fuera por los gruñidos ruidosos y agresivos de mi estómago, me habría quedado en la cama, posiblemente hasta el mediodía o tal vez hasta la jubilación.

Gemí y me di la vuelta boca arriba, arrepintiéndome al instante.

No. Así estaba peor.

Tomé el móvil y entrecerré los ojos para mirar la pantalla. Las siete de la mañana me devolvían la mirada. Tenía un único mensaje del taller de Hugh.

El coche está listo.

—Un hombre de pocas palabras —murmuré—. Todo un poeta.

Dejé caer el teléfono sobre la cama y me quedé mirando al techo un momento. —Por favor —susurré, sin dirigirme a nadie—, que haya café en este lugar.

Decidida, bajé las piernas de la cama y me puse de pie, con las articulaciones protestando como si se hubieran sindicalizado de la noche a la mañana. Me puse unos leggings de yoga —el uniforme universal de las mujeres que ya se rindieron, pero todavía tienen pendientes—, me lavé los dientes, fui al baño y me miré en el espejo

lo suficiente para confirmar que no estaba en condiciones de salir a la calle.

Primero, café. Todo lo demás venía después.

Si no le metía cafeína a mi sistema en los siguientes diez minutos, iba a matar a alguien.

Mis zapatillas resonaban suavemente contra el suelo de madera mientras bajaba las escaleras, moviéndome con cuidado porque la casa ya había demostrado que disfrutaba la traición. La luz de la mañana se colaba por los ventanales altos y bañaba la posada en un resplandor dorado y suave. A esa hora, el lugar tenía… buen aspecto. Incluso resultaba encantador.

Me detuve a mitad de la escalera y entorné los ojos. El interior, la verdad, se veía mejor de mañana: más cálido y menos crítico, como si estuviera fingiendo que no había intentado asesinarme desnuda la noche anterior.

Interesante.

Todavía no había explorado la cocina, así que no tenía idea del tipo de desastre que me esperaba: una colonia de mapaches, un apocalipsis de hormigas, moho… simplemente moho por todas partes.

—Solo quiero un maldito café —murmuré.

Encontré la cocina en la parte trasera de la posada, en la planta baja, detrás de una puerta blanca y pesada. Y me frené en seco.

—Ah, vaya.

Y fue porque de verdad me sorprendió. La cocina estaba… limpia. No limpia para llevar seis meses abandonada. No limpia de "hicimos lo que pudimos". Limpia de verdad.

Era una cocina amplia y profesional, con electrodomésticos industriales de acero inoxidable, una isla enorme al centro y ollas y sartenes colgadas de una barra superior. El salpicadero de azulejo blanco combinaba con los gabinetes blancos que llegaban hasta el techo, y el piso de barro cocido conseguía, de algún modo, sentirse cálido en vez de sucio.

No había animales salvajes, no había rastros de excremento y, lo más importante, no era rosa.

Exhalé despacio, como si acabara de alejarme del peligro. Crucé la habitación y abrí el refrigerador, aunque lógicamente sabía que no iba a encontrar nada comestible si la posada llevaba seis meses cerrada. Pero mi estómago seguía aferrado a una esperanza ilusoria y peligrosa.

Vacío. Maldita sea.

A continuación, revisé los armarios.

—Tal vez haya una caja de cereal —susurré—. Algo sellado. Algo olvidado.

Cinco minutos después, todos los armarios estaban abiertos, burlándose de mí con sus estantes vacíos.

Nada. Ni siquiera una lata de salsa de tomate. Ni una migaja para los ratones.

Me desplomé contra la encimera.

—Era de esperarse.

Y entonces, en la encimera del fondo, medio escondida detrás de una pila de tazas sin usar, la vi.

—Hola, guapa —le dije con reverencia, agarrándola como si fuera un artefacto raro.

En unos pocos y benditos minutos, sostenía con ambas manos una taza humeante de café caliente, inhalando el aroma como si fuera oxígeno.

Di el primer sorbo y sentí el cielo, la salvación pura y sin adulterar.

—Bueno —le dije a la cocina vacía—. Ahora sí puedo sobrevivir a cualquier cosa.

Lo cual, pensándolo bien, era tremendamente optimista.

Di otro trago a ese delicioso café.

—Con el estómago vacío no puedes —dijo una voz.

—¿Perdón? —grazné—. ¿Quién eres y qué demonios haces aquí?

La voz pertenecía a una mujer de unos cincuenta años, con el pelo rubio oscuro recogido en un moño desordenado y sujeto con lo que parecían, de forma sospechosa, dos palillos. Sus pies descalzos asomaban por debajo de una falda larga y vaporosa; llevaba una blusa de mezclilla remangada hasta los codos y un pañuelo envuelto holgadamente alrededor del cuello, como si hubiera vivido varias

vidas. Irradiaba una confianza bohemia, de esas que te hacen pensar que confía más en las hierbas que en las leyes.

Luchó por colocar dos bolsas de tela repletas sobre la isla y las dejó caer con un fuerte golpe, deteniéndose para recuperar el aliento.

—Bueno —dijo, con las mejillas sonrojadas como si hubiera venido corriendo hasta aquí cargando medio mercado.

— Soy Dottie, la cocinera del desayuno. O lo fui, durante quince años, hasta que tu tía… —Se pasó un dedo por la garganta con un gesto rápido y eficiente—. Así que aquí estoy.

Parpadeé. Una vez. Dos veces.

—Estoy bastante segura de que la puerta principal estaba cerrada con llave —dije despacio.

Dottie sonrió, sin inmutarse lo más mínimo.

—Tengo una llave, tonta. Vine en cuanto supe que estabas aquí. —Hizo un gesto con la mano como si eso lo explicara todo—. Vas a necesitar una cocinera, una con experiencia. O sea, yo.

Mi cerebro se bloqueó.

—Espera, espera, espera. —Levanté una mano—. Ni siquiera he decidido si me voy a quedar con la posada. ¿Quién demonios eres tú?

—Claro que sí —dijo Dottie de inmediato, mientras ya descargaba las bolsas como si estuviera preparando un programa de cocina.

Huevos, queso, tomates, lechuga, cebollas, champiñones, pimientos rojos y verdes. Hierbas frescas que no reconocía y en las que, sinceramente, no confiaba. Cogió un cuenco.

—Puede que mi tía me haya dejado la posada —dije, ahora en voz más alta—, pero eso no significa que vaya a abrirla. La verdad es que todavía no lo tengo claro. Necesito más tiempo para pensarlo, y todo esto está pasando demasiado rápido.

Dottie resopló, haciéndome un gesto con la mano.

—No seas tonta.

—No estoy siendo tonta. Estoy siendo realista.

Observé cómo Dottie sacaba un trozo de tela enrollado, lo desplegaba de un tirón y se ataba un delantal blanco a la cintura. En

la parte delantera se leía en letras negras y llamativas: «ESTO PODRÍA SER VENENO».

De acuerdo, entonces.

Dottie rompió un huevo con una sola mano en el bol, y la cáscara cayó limpiamente en la basura.

—Edna te dejó la posada porque sabía que la mantendrías.

—Eso es… totalmente inexacto —dije—. Me la dejó para ponerme a prueba. O para castigarme. O ambas cosas. Quería, o esperaba, que fracasara. Eso era seguro.

Dottie batía como si estuviera en una audición.

—Edna no regalaba cosas. Las dejaba ahí a propósito.

No tenía ni idea de si eso era cierto. Apenas conocía a esa mujer.

—Ni siquiera sé cómo llevar una posada —dije—. No sé nada de reservas, ni de huéspedes, ni…

Dottie encendió la cocina, tarareando. Estaba tarareando, por Dios.

—Desayunos —continué—, o normas sanitarias, o…

Vertió los huevos en una sartén.

—Seguros, o calderas, o…

La mantequilla cayó en la sartén y chisporroteó.

Mi estómago me traicionó con un ruidoso y traicionero gruñido.

Dottie sonrió sin mirarme.

—¿Hueles eso? —preguntó.

—No.

Mentira. Mentira descarada.

La tortilla ya estaba haciendo magia: mantequilla, huevos y queso derritiéndose en algo rico y reconfortante. Las rodillas me fallaron un poco, y me odié por ello.

—No he comido desde… ayer —dije, dándome cuenta a mitad de la frase. No era de extrañar que los duendecillos de mi estómago estuvieran peleándose allá adentro.

—Mm-hmm. —Dottie echó cebollas y hierbas con destreza—. Pareces alguien que necesita proteínas y que le pongan los pies en la tierra.

—No necesito que me pongan los pies en la tierra —dije con voz débil—. Necesito un plan.

—Necesitas desayunar. Confía en mí. Tu cerebro necesita alimento. Esto es alimento para el cerebro.

Deslizó la tortilla con destreza, le dio la vuelta y la emplató antes de que me diera cuenta de lo que estaba pasando. Luego la puso frente a mí, sobre la isla, como si fuera una ofrenda.

La miré fijamente. Luego la miré a ella. Y volví a mirar la tortilla.

—Esto no significa que me esté comprometiendo a nada —dije—. Aunque huela de maravilla.

Dottie hizo un gesto con la mano para que no me preocupara.

—Come.

Me incliné sobre la isla de la cocina, agarré un tenedor y le di un bocado.

—Oh, Dios mío —gemí—. Esto está buenísimo. De verdad, buenísimo.

Casi se me salen los ojos de las órbitas. Esta mujer sabía cocinar, y de qué manera.

— Esto no es una tortilla. Es un abrazo con huevos.

Era perfecta: esponjosa, sabrosa, reconfortante. El tipo de comida que te hacía creer que quizá la vida no estaba ahí para destruirte.

—Lo sé.

Dottie sonrió como si hubiera estado esperando esa reacción toda su vida.

—¿Ves? Estás en casa.

La observé mientras empezaba a vaciar el resto del contenido de las bolsas y a llenar las estanterías. Era curioso cómo parecía tener tanta fe en mí cuando yo sentía que estaba desbordada.

—Bueno, he oído que eres escritora —dijo Dottie, moviéndose por la cocina como si llevara toda la vida ahí y supiera dónde estaba todo. Probablemente así fuera.

—Lo soy.

—¿Estás trabajando en algo ahora mismo? —preguntó Dottie—. Yo leo sobre todo guías de viaje y enciclopedias de plantas. Siempre hay algo nuevo que descubrir en una enciclopedia de setas.

—Eh… sí. —Asentí como si eso tuviera sentido—. Escribo, romance paranormal.

Dottie abrió mucho los ojos, encantada.

—Bueno, no sé nada de eso —dijo alegremente—, pero sí sé esto: has venido al lugar adecuado. Por aquí hay un montón de cosas interesantes. Ya lo verás.

Desde luego, eso esperaba, porque, de lo contrario, me quedaría sin un contrato que me reportara derechos de autor y, posiblemente, sin mi cordura.

De repente, la puerta de la cocina se abrió de golpe.

—Ah. Ahí estás —dijo una voz suave y segura.

Una mujer entró contoneándose, arrastrando una enorme maleta con ruedas como si fuera un accesorio y no equipaje. Se detuvo justo en el umbral y recorrió con la mirada la habitación, a mí, a Dottie, la tortilla y el café, con la indiferencia de quien sabe que ella es lo más interesante de todo aquello.

Era impresionante. Cabello rubio peinado en ondas sueltas y brillantes que parecían intencionales, pero naturales. Su atuendo era moderno y elegante, con pantalones a la medida, una blusa de seda que caía en todos los lugares adecuados y tacones que resonaban con seguridad contra las baldosas como signos de puntuación. Era voluptuosa de una manera que parecía calculada, no accidental. Cada centímetro de ella decía que tenía espejos y sabía usarlos.

Sus labios rojos perfectos esbozaron una sonrisa.

—Necesito una habitación —anunció con amabilidad.

Me tragué el último bocado de mi tortilla.

—Y tú ¿quién eres?

—Esa es Lola, la calamidad del pueblo —dijo Dottie con una sonrisa.

Ay.

Esperé a que Lola respondiera con algo, pero la preciosa rubia se limitó a encogerse de hombros.

—Lola Sinclair. Prefiero leyenda local, o experiencia de lujo.

Era demasiado temprano para esto.

Lola me miró de arriba abajo, lentamente. Resistí el impulso de enderezarme la postura, acomodarme el pelo y reorganizar toda mi existencia. Al menos estaba limpia… limpia como el papel de lija, pero limpia al fin.

—Y tú debes de ser la sobrina de Edna —dijo Lola—. Sarah, ¿verdad?

—Sí —dije automáticamente—. Hola.

—Maravilloso. —Se acercó y me tendió una mano perfectamente cuidada—. Me gustaría ver mi habitación.

—¿Tu habitación?

—Vivo aquí.

Parpadeé.

—Tú… vives aquí.

—Desde hace mucho tiempo —aclaró—. Muchísimo tiempo, de hecho. Edna y yo teníamos un acuerdo. —Se tocó la nariz con la mano libre, como si eso explicara algo.

Le estreché la mano, que era cálida y segura y, de alguna manera, íntima, como si ella ya hubiera decidido que nos conocíamos.

—Se aloja en el ala este, en el segundo piso —dijo Dottie, dejando correr el agua sobre la sartén que acababa de usar. A continuación, empezó a frotar con jabón lavavajillas y un estropajo que no estaba allí hacía un segundo. ¿Se lo acababa de sacar de la manga?

Lola hizo un gesto con la mano para restarle importancia.

—Cualquier habitación que tenga buena luz y espacio para mi ropa. —Señaló la maleta, que parecía contener toda una boutique—. Tengo más cosas en el coche.

Eché un vistazo a Dottie.

—No me había dado cuenta de que había… residentes.

Lola se rio, con una risa grave y melodiosa.

—Ay, cariño. Siempre hay residentes. —Se apoyó contra la isla, cruzando una pierna sobre la otra con una facilidad experta—. ¿Es demasiado temprano para tomar vino?

La miré fijamente. Parecía tener mucho dinero, a juzgar por esos aretes y anillos de diamantes.

—¿No tienes una casa o un departamento?

Lola soltó una risita.

—¿Y para qué iba a querer una propiedad, si puedo cambiar de habitación y de hombre cuando se me antoje?

Dottie resopló.

—Te lo dije. La descarriada del pueblo.

Lola se echó el pelo hacia atrás, sonriendo.

—Prefiero que me llamen entusiasta.

Me froté las sienes con fuerza.

—Escucha. No sé quién te dijo que la posada está abierta, pero no lo está. Quiero decir, todavía no he decidido qué voy a hacer. —Miré a Dottie—. Y aunque ya lo hubiera decidido, no puedo pagarte con dinero que no tengo.

—Puedo ayudarte con eso —dijo Lola. Metió la mano en su bolso de cuero acolchado, con correa de cadena dorada, y sacó una chequera como si estuviéramos en 1998. Garabateó algo sin dudar ni un segundo, arrancó el cheque y lo deslizó por la isla hacia mí.

—Toma. El alquiler de un año. Es lo que solía pagarle a Edna por adelantado. Odiaría tener que hacer nuevos cálculos.

Me quedé mirando el cheque. Luego lo miré con más intensidad.

Lo tomé, con los dedos repentinamente entumecidos. Las piernas me fallaron, así que agarré el taburete más cercano y me senté antes de que la gravedad decidiera por mí.

—Esto son… —Tragué saliva—. Esto son treinta y ocho mil dólares.

Maldita sea. Era un montón de dinero.

Lola sonrió.

—Sí.

¿Quién demonios extendía cheques por treinta y ocho mil dólares? Al parecer, mujeres con blusas de seda, cero vergüenza y una rotación sentimental bastante activa.

Mi cerebro empezó inmediatamente a hacer cálculos sin mi permiso. Treinta y ocho mil dólares significaban que podía pagarle a Dottie. Y no con huevos. Con dinero de verdad. Significaba que podía contratar a una persona de la limpieza, quizás incluso a dos. Significaba que podía conseguir a alguien que revisara la caldera antes de que volviera a chillar, arreglar mi puerta, cambiar una bisagra. Posiblemente quitar al menos un retrato a tamaño natural.

Significaba… opciones. De verdad.

Levanté la vista lentamente.

—Estás diciendo que te quedarías.

Lola se encogió de hombros de nuevo.

—Ya vivo aquí. Es solo que me gustan las cosas oficiales. Y limpias. Y funcionales.

Dottie asintió con entusiasmo.

—Es muy poco exigente. Excepto con los hombres y el vino.

Lola ladeó la cabeza.

—Ambas son necesidades básicas.

Sí, en cuanto al vino. Un rotundo no en cuanto a los hombres.

Apreté los labios, mirando fijamente la cuenta como si fuera a desaparecer si parpadeaba. La voz de mi tía susurraba en mi mente. Deshazte de ella rápidamente, o demuéstrame que me equivoco.

Exhalé.

—Bueno —dije lentamente—. Supongamos que… si… si fuera a abrir la posada…

Los ojos de Lola brillaron.

Dottie se inclinó hacia mí.

—Podría dejarte en el equipo —continué, señalando a Dottie—. Y quizá contratar a alguien más. Empezar a arreglar las cosas poco a poco, con cuidado y sin que el edificio intente matarme.

Dottie aplaudió.

—Oh, lo sabía. Conozco a alguien que puede ayudar con las reparaciones —añadió, haciendo girar el dedo como si fuera una varita mágica.

—No he dicho que sí —le advertí.

Lola hizo un gesto con la mano para restarle importancia.

—Sí que lo has dicho. Es solo que todavía no te has dado cuenta.

Volví a mirar el cheque. Treinta y ocho mil dólares. Mis hombros se hundieron cuando el agotamiento por fin me cayó encima.

—Está bien —suspiré—. Temporalmente. Lo llamaremos… una prueba. O una apertura parcial —añadí, recordando lo que había dicho Becca. No podía creer que estuviera haciendo esto.

—Así es como empieza —dijo Lola con una sonrisa cómplice—. Y luego se pone difícil. Muy difícil.

Sin embargo, antes de que pudiera preguntarle a qué se refería, un timbre estridente resonó por la posada y rebotó desde el pasillo

que daba a la cocina.

Fruncí el ceño.

—¿Qué es eso…?

Dottie ladeó la cabeza, escuchando.

—Es tu teléfono.

Me quedé boquiabierta.

—¿Mi teléfono? —repetí como una tonta.

Lola se rio y ya estaba negando con la cabeza.

—Para hacer reservaciones, cariño.

El timbre volvió a sonar, esta vez más fuerte, desde algún punto cerca de la recepción.

Me quedé ahí parada.

—¿Por qué? —pregunté despacio—. ¿Por qué llamaría alguien para reservar habitaciones en una posada que ni siquiera está abierta?

Dottie se encogió de hombros, sin preocuparse en lo más mínimo.

—Las noticias vuelan.

Lola sonrió con aire burlón.

—Sobre todo cuando hay sangre fresca.

El teléfono seguía sonando. Ding, ding, ding.

Mi corazón empezó a latir con fuerza.

—¿Cómo demonios sabe la gente que estoy aquí?

Dottie empezó a limpiar la barra como si fuera un día perfectamente normal.

—Es un pueblo chico. Alguien vio las luces encendidas. Alguien vio a Lola volver.

Lola se pavoneó.

—Soy todo un acontecimiento.

El teléfono volvió a sonar, ahora con insistencia, casi exigiendo atención.

Negué con la cabeza.

—No sé cómo contestar. Yo escribo, no atiendo teléfonos.

Dottie se detuvo a mitad de la limpieza y me miró.

—Dices "hola".

—Claro. ¿Y luego?

—Sonríe —añadió Lola—. Aunque no puedan verte. La gente huele el pánico.

—Estoy entrando en pánico —solté. Maldita sea. Maldita sea. ¡Maldita sea!

El timbre me atravesó como una sirena.

Dejé el café sobre la mesa y me di cuenta de pronto de que me temblaban las manos. —¿Y si me hacen preguntas? ¿Y si quieren fechas, precios o habitaciones que todavía no están listas? —solté de golpe—. Maldita sea. Ni siquiera sé dónde están los catálogos ni la lista de precios.

Dottie me dio una palmadita en el brazo.

—Yo te enseño. Todo eso está en la recepción, lo vas a hacer muy bien.

Me quedé mirando la cocina. El café, el plato vacío. Las mujeres que, al parecer, habían decidido mi vida por mí. De alguna manera, aunque pareciera imposible, contra todo pronóstico, me lo estaba planteando.

Era el momento que mi tía había estado esperando: el momento en que o le daba la razón, o le demostraba que estaba muy, muy equivocada.

Me quedé mirando la cocina: el café, el plato vacío, las mujeres que al parecer ya habían decidido mi vida por mí. Y, de algún modo, aunque pareciera imposible, contra todo pronóstico, me lo estaba planteando de verdad.

Dottie sonreía radiante, como si acabara de ganar la lotería.

—Hola, Hartwell Inn, ¿en qué puedo ayudarle?

Y así, sin más, la posada había reabierto oficialmente.

7

ALEX

—Los nuevos propietarios podrán pintarla del color que quieran una vez que sea suya —le dije a Tim, mi capataz en la remodelación de Harbor Lane—. Diles a los pintores que usen los colores que ya dejé especificados.

—Entendido —respondió Tim, ajustándose ya el cinturón de herramientas mientras salía de nuevo hacia la cuadrilla que lo esperaba en el jardín.

Las mujeres solían tener mejor ojo para el diseño y los colores. No era un insulto. Era una observación basada en años de vender casas. Para no arriesgar, yo siempre elegía tonos neutros: blancos suaves, grises cálidos. Nada que espantara a los compradores ni los obligara a vivir con el gusto de alguien más. Las modas iban y venían. Lo clásico se vendía.

Si los nuevos dueños querían una pared roja, azul marino o cualquier otro color de moda ese año, era asunto suyo.

Yo no trabajaba con colores llamativos. Y, definitivamente, no con rosa.

La Posada Hartwell se me cruzó por la cabeza sin invitación. Esa cosa ridículamente rosa seguía encaramada en el acantilado como si estuviera buscándole pleito a todo el maldito pueblo. Odiaba ese color.

Aparté el pensamiento. Concéntrate.

Y entonces, porque al parecer mi cerebro estaba descompuesto, pensé en Nueva York.

Su cara. Esos ojos azules que siempre parecían estar a media discusión con el universo. Ese pelo oscuro y espeso que se echaba hacia atrás como si le estorbara. La forma en que se le movían las caderas al caminar, segura sin proponérselo, como si no se diera cuenta de que alguien podía estar mirándola.

A mí siempre me había gustado ver caminar a una mujer con curvas.

Carajo. Fruncí el ceño y me pasé una mano por la mandíbula. No venía al caso.

Me pregunté si habría dormido en la posada o si se habría largado y habría buscado un hotel. No es que Hartwell tuviera muchas opciones. Teníamos unas cuantas casas de huéspedes y dos posadas, una de las cuales era ahora suya.

Excepto que, cuando había pasado por delante del Garaje de Hugh esta mañana de camino aquí, su Jetta estaba aparcado justo delante. Seguía allí, lo que significaba que no se había ido a ningún sitio. Seguía en la posada.

No sabía por qué me importaba. No debería haberme importado. Ella no era mi responsabilidad. Era una interrupción temporal, una mujer con equipaje, literal y en otros sentidos, en medio de un lío que aún no entendía.

Yo trabajaba con casas. Con problemas que se podían medir, arreglar y controlar.

La gente era diferente. Las mujeres eran diferentes.

Volví a la pared de yeso, repasando mentalmente los siguientes pasos. Pintar, molduras, suelos, calendario, presupuesto. Ceñirse al plan.

Y dejar de pensar en una maldita mujer que olía a polvo, sudor y terquedad, pero que, de alguna manera, seguía calándome hondo. No tenía tiempo para distracciones. Tenía un calendario que cumplir. Los plazos se alargaban. Los costes subían. Eso era malo para el negocio.

Exhalé y me dirigí hacia la puerta.

El trabajo es lo primero. Siempre. No podía interrumpirlo.

Mi teléfono sonó y lo saqué del bolsillo.

El nombre de Dottie Goodwin apareció en la pantalla. Me quedé mirando su nombre durante medio segundo, como si al ignorarlo el tiempo suficiente, ella se aburriera y llamara a otra persona. Dottie no se aburría. Dottie se enfadaba y luego se ofrecía a prepararte unos huevos Benedict.

Pensé en colgar, pero luego deslicé el pulgar por la pantalla.

—Hola, Dottie.

—¡Alex! —Su voz sonó alegre y fuerte, como si hubiera estado esperando junto al teléfono con un cronómetro—. Bien, contestaste.

Tim y el equipo de pintores me miraron al mismo tiempo, sonriendo. Apreté el teléfono con más fuerza contra la oreja. —Estoy trabajando —dije, porque si no le ponías límites a Dottie desde el principio, se metía en tu vida y empezaba a reorganizarte los órganos por niveles de energía.

—Lo sé —dijo alegremente—. Lo oigo. Todo ese… ruido de obra. En fin, te necesito. La posada te necesita.

Maldita sea. Cerré los ojos un instante. —Así no funcionan las cosas.

—Hoy sí —respondió ella, sin inmutarse lo más mínimo—. Edna siempre te ponía a arreglar cosas. La posada está despertando. Ven a ver.

Abrí los ojos y me quedé mirando el camino de grava, los camiones y al equipo moviendo el material como si la vida normal siguiera existiendo.

—La posada está despertando —repetí despacio—. Como si se hubiera echado una siesta y ahora estuviera de malas.

—Está de malas —dijo Dottie—. Y también hace mucho ruido. Muchísimo ruido.

Apreté la mandíbula. —Dottie, estoy en medio de un trabajo.

—Y Sarah está en medio de una posada —replicó ella—. Lo cual es peor. Necesita ayuda. ¿Ya la conociste? ¿La sobrina de Edna? Es guapa, ¿sabes? Y no le vi ningún anillo en el dedo.

Exhalé despacio. Me había dado cuenta de que le faltaba el anillo en cuanto movió las manos. No significaba que me importara. No

significaba que estuviera interesado. Y desde luego no significaba que fuera a meterme en el asunto.

Eché un vistazo por encima del hombro, a través de la puerta abierta del salón. Tim estaba hablando con los pintores. Todo iba según lo previsto. No había ningún problema.

—No soy el manitas de la posada —dije.

Dottie resopló. —Llevas siendo el manitas de la posada desde que tenías veintidós años y Edna te dio un bastonazo por sugerirle que cambiara los canalones.

—Eso fue una sola vez.

—Fueron tres veces —me corrigió Dottie—. Y te lo merecías porque dijiste «canalones» como un hombre que no sabe distinguir entre un canalón y un bajante.

Me tragué una risa. Dottie era muchas cosas, pero no se le escapaban los detalles. Por aquel entonces tenía veintidós años y estaba lleno de opiniones. No sabía una mierda. Creía que sabía de construcción porque tenía un cinturón de herramientas. Edna lo vio claro. Una anciana perspicaz. Y malvada, además.

—No voy a ir —dije, porque decirlo en voz alta me parecía importante. Oficial. Definitivo.

Dottie ni siquiera se detuvo.

—Sí vas a venir.

Me quedé mirando el piso.

—No voy a ir. Déjalo ya. Estoy hasta el cuello con esta remodelación. No tengo tiempo para meterme en otro proyecto. Busca a alguien más.

Saqué de mi cabeza la imagen de Nueva York haciendo equilibrio en una escalera, tambaleándose y maldiciendo mientras intentaba sostener una lámpara que no tenía por qué estar tocando. No era mi problema.

—Alex —dijo Dottie, de pronto más suave, todavía con su voz de siempre, pero usando ese tono insoportablemente sincero con el que pretendía atropellarte a punta de amabilidad—. No sabe lo que está haciendo. Me preocupa que se vaya a lastimar.

—No es mi problema.

—Sí lo es, si la caldera vuelve a chillar —añadió Dottie—, y va a volver a hacerlo. Además, la puerta principal se atora. Las escaleras traseras se tambalean, la puerta de su cuarto se salió de las bisagras. Creo que puede haber madera podrida por ahí. Ni siquiera puede cerrar la puerta de su habitación, Alex. Y ya le están entrando reservaciones por el teléfono de recepción como si estuviera rematando cuartos.

Se me tensaron los hombros.

—¿Reservaciones?

—Ah, sí —dijo Dottie, otra vez encantada—. La gente está llamando. Lola le soltó un cheque. Esto ya se echó a andar.

Lola Sinclair resolvía la mayoría de los problemas con dinero y seguridad en sí misma, por lo general en ese orden. Seguro le había aventado dinero al problema y lo había llamado solución.

—¿Y qué se supone que quieres que haga? —pregunté, aunque ya sabía la respuesta.

La voz de Dottie se volvió seca. La Dottie de negocios. La Dottie peligrosa.

—Quiero que vengas a echar un vistazo. Haz una lista, dile a Sarah qué hay que arreglar ya y qué puede esperar. Está hablando de una apertura parcial, y yo no voy a darle de desayunar a la gente en un edificio que podría intentar tragárselos.

—¿Quiere abrir? —pregunté, y odié cómo sonó eso. Demasiado interesado.

Dottie ignoró mi tono por completo.

—Claro que sí. Es terca. Como Edna, pero mucho más guapa y con mejor pelo.

Me pasé una mano por la cara.

—Dottie…

—Necesita un plan —continuó Dottie, arrollándome—. Y lo necesita de alguien que sepa de casas viejas. Alguien que conozca esta casa. Edna confiaba en ti.

Edna no confiaba en nadie. Pero a mí… me toleraba. Y viniendo de Edna, eso era prácticamente una declaración de amor.

Exhalé con fuerza.

—Te das cuenta de que, básicamente, me estás ordenando que vaya.

Dottie se rio.

—Sí. Sé un buen chico.

—Eso no fue muy amable.

Dottie hizo un sonido de fastidio.

—Soy cocinera de desayunos. No se supone que tenga que ser amable. Cocino y hago que la gente coma, soy útil.

—Eso está en debate.

—Ni lo intentes —dijo ella—. Pásate. Diez minutos. Luego te vuelves a tu adorada agenda. Hasta te doy café gratis.

—No necesito…

—Y huevos Benedict —añadió Dottie—. Tus favoritos.

Maldita sea esa mujer. Dottie sabía exactamente lo que estaba haciendo.

—Me estás sobornando con huevos —dije secamente.

—Y está funcionando, ¿o no? Ándale. ¿Hace cuánto que no pruebas mis famosos huevos Benedict?

Más de seis meses. Volví a cerrar los ojos porque esto era ridículo. No tenía tiempo. No tenía espacio en mi día para una posada rosa y una mujer de Nueva York que hablaba como si siempre estuviera a un segundo de sufrir un colapso o soltar un chiste.

Aun así.

Dottie tenía razón en una cosa, la posada era un monstruo. Si Nueva York de verdad iba a intentar domarla, iba a necesitar un plan. Uno de verdad. Y la ayuda de alguien que supiera lo que hacía y no intentara verle la cara. Si contrataba a cualquier tipo de por aquí —y yo los conocía a todos—, en cuanto vieran la desesperación en su cara, les aparecerían signos de dólar en los ojos. Para cuando terminaran con ella, estaría ahogada en deudas.

Podía hacerle una lista. Darle prioridades. Mantener todo en un plano profesional. Solo negocios. Todo en menos de diez minutos.

—Está bien —dije—. Voy a pasar.

La victoria de Dottie fue inmediata.

—Lo sabía. Eres un buen hombre, Alex.

—No lo soy —murmuré—. Es solo que las mujeres mayores me manipulan con facilidad.

—Ja. Sí lo eres —dijo Dottie con alegría, como si fuera un cumplido—. Entra por la puerta de atrás. La de adelante se atora.

—Lo sé —dije, porque una vez esa puerta me hizo sangrar.

—Nos vemos pronto —dijo, contenta—. Ah… y no asustes a Sarah. Ya está bastante nerviosa.

—Siempre está nerviosa —dije.

Dottie soltó un murmullo satisfecho.

—Sí. Es adorable.

—Es un peligro —la corregí.

Hubo un silencio. Entonces su tono cambió.

—Oh. ¿Ya la conociste?

Fruncí el ceño.

—¿Qué?

—No dices "siempre" de alguien a quien no conoces.

Suspiré.

—Se le descompuso el coche. La llevé al pueblo. Eso es todo.

—Mm-hmm —dijo Dottie, sin creerse ni una palabra—. Claro que sí. Bueno, adiós.

La llamada se cortó.

Me quedé ahí un momento, con el teléfono todavía pegado a la oreja, escuchando la nada y sintiendo cómo el día se me desacomodaba bajo los pies.

Diez minutos, me dije. Entrar y salir. Hacer una lista, arreglar algo pequeño si hacía falta. Irme.

Me guardé el teléfono en el bolsillo y regresé con el equipo.

Tim levantó la vista cuando me acerqué.

—¿Todo bien?

—Sí —dije—. Tengo que salir un momento. Hay algo que debo atender.

Tim arqueó una ceja.

—¿Ahorita?

—Sí—. Levanté una mano antes de que hiciera más preguntas—. Mantén a los pintores trabajando. Que hoy terminen la sala y el

pasillo, y asegúrate de que no se vayan por lo barato en los acabados.

Tim asintió.

—Entendido.

Caminé hasta mi todoterreno, me subí y encendí el motor. Mientras salía de Harbor Lane, me repetí una vez más que no estaba haciendo esto por Nueva York. Lo hacía porque Dottie había llamado, porque la posada era vieja, porque Edna se revolcaría en su tumba si su edificio se viniera abajo por falta de mantenimiento.

Puros negocios.

Salí con cuidado a la carretera y apreté la mandíbula, con las manos firmes en el volante. Ya había hecho favores antes. Muchos. Esto no era distinto. Era un edificio que conocía, tuberías que ya había purgado, escaleras que había ajustado más de una vez. La casa de Edna. La cocina de Dottie. Historia. Responsabilidad. Eso era todo.

Por lo que había dicho Dottie, parecía que Nueva York iba a quedarse. O al menos quería intentar lo de la posada.

Yo había pensado que ella vería esa monstruosidad rosa encaramada al borde del acantilado, se reiría como si fuera un reto salido mal y regresaría por donde vino. Esa era la decisión sensata. La inteligente. Joder, era la que yo habría tomado.

Pero ella no había huido.

No sabía qué pensar de eso. Tampoco hacía falta. Los sentimientos eran opcionales. Las decisiones, no.

Me repetí que iba a entrar, decir lo necesario y largarme. Sin quedarme. Sin dejarme arrastrar por el caos que ella estaba armando con optimismo y café. Ayudar no significaba quedarme y ayudar no significaba involucrarme.

La carretera se curvaba hacia el pueblo, el océano destellaba entre los árboles, y mantuve la vista al frente.

Líneas duras. Reglas claras.

Lo hacía por la posada, por Dottie, por Edna. Esa era la historia, y me iba a aferrar a ella.

No iba a involucrarme. Solo iba a ayudar y luego me iría.

La carretera seguía curvándose, los árboles se desdibujaban a los lados. La vía principal se abría frente a mí, y mientras más me acercaba a la costa, más se colaba ese olor familiar a sal. Iba más rápido de lo que pretendía. Eso tampoco me gustó.

La posada apareció sobre el acantilado como un remate imposible de esquivar.

Ese rosa. Por Dios.

Bajé la velocidad al girar y los neumáticos crujieron sobre la grava. El BMW blanco de Becca ya no estaba.

Vi un par de coches estacionados enfrente que no reconocí. El porche tenía el mismo aspecto de siempre: firme, amplio, imponente, con las mecedoras alineadas como si fueran testigos. Las jardineras de las ventanas estaban completamente secas, abandonadas a su suerte.

Apagué el motor y me quedé ahí sentado, con las manos todavía en el volante. La camioneta crujía mientras se enfriaba, un sonido demasiado fuerte en medio del silencio.

Una apertura parcial.

La gente no tomaba decisiones así a menos que pensara cumplirlas. A menos que fuera lo bastante terca como para meterse en una pelea perdida solo para demostrar que alguien estaba equivocado. Yo conocía a ese tipo de gente. Joder, yo era ese tipo de gente.

Debería haberme ido. Todavía podía hacerlo. Meter reversa, decirle a Dottie que me había salido algo, decirme a mí mismo que con aparecer ya había cumplido.

Pero me quedé.

Porque ya estaba ahí. Porque irme en ese momento me iba a dejar peor sabor de boca que quedarme. Porque la idea de que Nueva York intentara manejar una posada vieja y una apertura parcial sin nadie que evitara que el lugar se le viniera abajo me caía mal.

No quería cargar con eso. No quería involucrarme. No quería preocuparme.

Y, aun así, ahí estaba yo, estacionado frente a un edificio rosa que no tenía ningún derecho a importarme.

Exhalé fuerte por la nariz.

Mierda.

Abrí la puerta y bajé; la grava crujió bajo mis botas. La posada se levantaba frente a mí, brillante, obstinada y viva, como si me estuviera retando a dar media vuelta.

Cerré la puerta con más fuerza de la necesaria.

Esto no iba a resolverse en diez minutos.

Y también tenía la sensación de que sería solo la primera… de múltiples visitas.

8

SARAH

Escribir un libro es difícil. Intentar sacar adelante una posada… bueno, eso ya es deporte de contacto.

Ayer me desperté felizmente ajena a lo mucho que puede cambiarte la vida en veinticuatro horas. Si en ese momento me hubieras preguntado si alguna vez iba a manejar —y mucho menos a ser dueña de— una posada, me habría reído en tu cara. No con educación. Una carcajada de esas escandalosas. Hasta con un poco de saliva, quizá. Luego te habría mandado al diablo y, de paso, habría puesto en duda tu salud mental.

¿Yo? ¿Llevando una posada? Ni en un millón de años. Ni en un millón de años bien organizados.

Y, aun así, ahí estaba yo, parada detrás del mostrador de recepción de la posada Hartwell haciendo exactamente eso. O intentándolo. Fracasando, en su mayor parte.

Entrecerré los ojos para descifrar el libro de reservas de mi tía, que parecía haber sido escrito durante una sesión espiritista por alguien que odiaba las vocales. Junto a él había una pila enorme de libros que, al parecer, ya debería haber leído.

Estaba *Gestión de posadas para principiantes*, que me sonaba un poco condescendiente. *Cómo llevar una posada sin sufrir una crisis nerviosa*, ambicioso, en el mejor de los casos. *Los secretos de una*

posada, que no me decía absolutamente nada salvo que a alguien le fascinaban los títulos flojos. Y mi favorito personal: *Cómo no convertir tu posada en un pozo sin fondo*.

Sí. Una lectura encantadora. Súper reconfortante. Cero presión.

—Deberías tomarte una copa de vino para calmar los nervios —anunció Lola, recostada con elegancia en una silla junto a la recepción, bebiendo vino tinto como si estuviera viendo una obra de teatro en vivo en vez de mi lento derrumbe.

Le lancé una mirada.

—¿No es un poco temprano para el vino?

Eran las diez de la mañana.

Lola sonrió con picardía.

—Solo si piensas ser productiva.

Quise decirle que se largara. O, mínimo, que se metiera su vino y sus comentarios por ese trasero escandalosamente bien financiado. Pero, técnicamente, era mi única huésped de pago, inquilina, residente de larga estancia o lo que sea que fuera.

Y sin su cheque absurdamente generoso, toda esta preapertura habría sido un no rotundo.

Además, su habitación ni siquiera estaba lista.

Lola levantó su copa, imperturbable.

—Además, solo quiero señalar algo. No es temprano si no has dormido. Estuve ocupada. Repetidamente —añadió con una risita.

—Dormí unas horas, creo —dije, hojeando el libro de cuentas de mi tía como si fuera a traducirse solo por arte de magia—. Pero descansar, lo que se dice descansar, no.

No, porque estaba en un lugar nuevo, en una cama nueva y, al parecer, con una vida nueva. Ni loca iba a dormir bien esa noche. Al menos no hasta dentro de una semana. Tal vez más.

Sonó el teléfono.

Lola sonrió.

—¿Ese sonido? Es el destino. Y el dinero.

Y el estrés. Agarré el auricular.

—Hola, posada Hartwell.

Pausa. Luego, una voz alegre.

—¡Hola! Llamo para confirmar nuestra reservación para mañana.

Claro que sí.

—Sí —dije con tono alegre, aunque ya estaba sudando—. Claro. Déjeme solo… revisar. Un momento, por favor.

Puse a la persona en espera y enseguida siseé:

—¿Por qué todo el mundo viene mañana? ¿Qué tiene de especial mañana? ¿Hay algún festival raro del que nadie me avisó?

Lola se encogió de hombros.

—El aire del mar. El edificio rosa. La gente habla, cariño.

Maravilloso.

La puerta principal traqueteó.

Me le quedé viendo. El teléfono parpadeaba y el libro de cuentas de mi tía se burlaba de mí en silencio.

—Parece que algunos huéspedes llegaron antes de tiempo —comentó Lola, dando otro sorbo a su vino.

Se me hizo un nudo en el pecho.

—Dios, espero que no. Nada está listo todavía.

Si quien intentaba entrar era un huésped, iba a fingir mi propia muerte.

—O podría ser James para la tercera ronda —ronroneó Lola—. Tiene una lengua prodigiosa.

Qué asco.

El pomo se movió. Nada. Luego quien estaba del otro lado se recargó con todo y la puerta por fin se abrió de golpe, como si ya no tuviera fuerzas para seguir peleando.

Y ahí estaba una mujer de postura firme y cara de haber visto de todo. Tendría unos cincuenta y cinco años, llevaba el pelo corto y oscuro recogido con fuerza, zapatos cómodos y dos cubetas tamaño industrial colgándole de cada brazo. Las botellas tintineaban cuando se movía, como si viniera lista para irse a la guerra.

—Tú debes de ser Sarah —dijo, avanzando hacia mí.

—Sí —respondí, porque claramente mi reputación ya se me había adelantado hasta aquí—. ¿Y tú eres…?

—Soy María —dijo—. Me manda Dottie. Yo limpiaba para Edna.

Me le quedé viendo fijo. Una parte de mí quiso lanzarse a abrazarla, pero entonces recordé que yo no abrazaba a nadie.

—Eres un regalo —dije en cambio, sintiendo cómo me caía encima el alivio—. Un milagro, de verdad.

A María se le torció la boca y me di cuenta de que le alegraba sentirse necesaria.

—Ella dijo que ibas a ser así.

A mis espaldas, Lola se asomó por encima del escritorio.

—¿Viene con referencias?

María la miró de reojo.

—Treinta años. Sin quejas. Bueno, excepto Edna. Pero ella se quejaba de todo el mundo.

Eso no me sorprendió nada.

El teléfono del escritorio volvió a sonar. La llamada en espera probablemente ya estaba planeando mi ruina.

Mierda.

—Gracias por venir, María —le dije, haciéndole una seña para que pasara—. Por favor, entra. Empieza por la habitación de Lola, la 204. Luego la 205, la 303 y la 304. Todas las que tienen vista al mar.

Hice una pausa.

—Aunque eso ya lo sabes.

—La mía tiene la mejor vista al mar —dijo Lola con toda calma, porque la humildad claramente no era uno de sus hobbies—. Por eso es mía.

Me volví hacia María.

—Supongo que sabes dónde está toda la ropa de cama, ¿verdad? ¿Y también te encargas de la lavandería?

María negó con la cabeza.

—De eso se encargaba Edna. La lavandería está en el sótano.

Claro. Asentí como si esa información no acabara de hacer pedazos mi ya frágil sentido de la realidad.

Así que ahora yo estaba a cargo de la recepción, las reservaciones entrantes, el pánico saliente y la lavandería.

Fantástico.

Nada te da la bienvenida a tu nueva vida como quedar a cargo de las toallas ajenas.

María echó un vistazo alrededor, ubicó el desorden en un segundo y entró.

—¿Provisiones? —preguntó.

—Yo…

Levantó uno de los cubos.

—Yo traje lo mío —dijo, y se fue escaleras arriba.

Puede que hoy sí llore. A estas alturas, cada vez parecía más probable.

El teléfono volvió a sonar.

Maldita sea.

Me incliné sobre el escritorio y contesté.

—¡Muchas gracias por esperar! Sí, su habitación está confirmada. ¿Desayuno? Por supuesto. ¿Vista al mar? Claro. Nosotros…

Miré a Lola, que asintió con toda solemnidad.

—Nos especializamos en eso.

Colgué y apoyé la frente en el mostrador durante un segundo entero.

Si no fuera por la tortilla de Dottie esta mañana, probablemente ya me habría desmayado.

Desde la cocina llegaba el sonido de las sartenes y el olor inconfundible de algo espectacular.

Dottie apareció con un plato en las manos, como si viniera a presentar una ofrenda a los dioses.

Ya se había cambiado el delantal. Este era amarillo pálido, con letras rojas enormes que decían: SI HUELE RARO, YA CASI ESTÁ.

—Prueba de sabor —anunció—. Muffins de arándano y frambuesa. Les puse mi ingrediente secreto. Mi salsa especial.

Lola resopló.

—Ah, yo sé muchísimo de salsas especiales.

Dottie le lanzó una mirada filosa.

—No seas así de asquerosa tan temprano. Vas a espantar a Sarah.

—Por favor —dijo Lola, echándome un vistazo de arriba abajo, del pelo revuelto a los leggings y de regreso—. Sarah parece que ya ha vivido lo suyo. Las chicas inocentes no traen ese tic en el ojo.

—Oye —dije—. Ese tic es por estrés. Y trauma. Y tal vez abstinencia de cafeína.

Sí, necesitaba otra taza de café. Tal vez un galón.

Lola sonrió, satisfecha.

—El sexo es el mejor remedio para eso. Todo ese estrés, todas esas emociones reprimidas. Necesitas tener sexo. Y no me refiero a unos dos minutos de frotamiento genital. Estoy hablando de un auténtico carnaval de orgasmos.

Negué con la cabeza.

—No puedo creer que esté escuchando esto.

—Y no una situación triste y apresurada en la que todo el mundo queda decepcionado y alguien se hace un esguince— continuó Lola, aparentemente solo calentando motores.

—Me refiero a una producción completa. Entusiasmo, sudor y un final como Dios manda.

Me guiñó un ojo.

Estaba en el infierno.

—Lleva toda la mañana esperando para decir esto— comentó Dottie.

Lola le hizo un gesto para que se callara y se inclinó hacia mí.

—Una vez que te ocupes como es debido de la Cortina de Terciopelo, cariño, te sentirás más relajada, más ligera y bastante menos homicida.

La miré fijamente.

—No puedes hablar en serio.

—Oh, lo digo muy en serio—dijo Lola—. Nada aclara la mente como un buen orgasmo, de esos a fondo. Es como la meditación, pero más ruidoso.

Parpadeé.

—¿Siempre es así?

—Peor —dijo Dottie, metiéndome un muffin en la boca—. Y eso que todavía es temprano. Para el mediodía va a andar nombrando técnicas.

—No tengo tiempo para comer —dije, aunque mi estómago me traicionó con un gruñido escandaloso.

Dottie ni se inmutó.

—Es solo un bocado. Te va a encantar, te lo prometo. Necesitas parar un segundo y comerte un muffin.

—No puedo.

Suspiré, mirando el libro de reservas, donde ya había cuatro habitaciones apartadas para mañana, incluida la de Lola.

—Si dejo de moverme, me voy a desmoronar.

Dottie se inclinó hacia mí y me olfateó. Literalmente. Vi cómo se le movían las fosas nasales y hasta escuché el sonido.

—Estás funcionando a puro café y rencor.

Era verdad.

—Esa es mi marca.

Y sí, sin duda lo era.

Entonces se oyeron unos pasos detrás de mí. Pesados.

Me giré.

El tipo del torbellino estaba en el vestíbulo.

¿Qué demonios?

Ahí estaba: alto, guapo y sólido. Irritantemente tranquilo. Parecía no tener absolutamente nada que hacer allí, pero, de alguna manera, encajaba como si el lugar también fuera suyo. Sus hombros anchos llenaban una chamarra de tipo aviador de cuero negro; llevaba una camiseta gris de cuello en V y unos jeans oscuros que le quedaban demasiado bien.

Aparté la mirada. De verdad no necesitaba esto ahorita, y menos con la mañana que estaba teniendo.

—¿Qué hace aquí el tipo del torbellino? —solté. Se me salió sin pensar.

Dottie parpadeó.

—¿Quién es el tipo del torbellino? —preguntó, asomándose hacia atrás como si hubiera otro hombre escondido en el pasillo.

El tipo del torbellino arqueó una ceja.

—Se refiere a mí.

La sonrisa de Lola se ensanchó.

—Ah. Esto está bueno. Muy bueno. Siento que voy a necesitar más vino para esto.

La cara de Dottie se iluminó.

—¡Alex! Justo a tiempo.

La miré.

—¿Por qué tengo la sensación de que tú sabes algo que yo no?

—Yo lo llamé —explicó Dottie, acercándose a Alex y ofreciéndole el plato de muffins como si estuviera alimentando a un animal grande y útil—. Ten, agarra uno.

Vi cómo el tipo del torbellino aceptaba el muffin, lo partía a la mitad y se comía la parte de arriba en dos mordidas eficientes.

—¿Por qué? —pregunté, con la voz tensa.

—Porque necesitas ayuda con todas las reparaciones —dijo Dottie, como si fuera obvio y yo fuera un poco lenta—. Y Alex es el mejor arreglando cosas de la casa. Se dedica a remodelar. Sabe de construcción.

Entonces lo sentí: el calor, la humillación lenta y progresiva trepándome por el cuello hasta instalarse justo en las mejillas.

Yo no era una damisela desvalida atrapada en una torre de desesperación rosa. Tenía cerebro, estudios universitarios y wifi. Tenía Google, tutoriales de YouTube y la confianza inmerecida de alguien que una vez arregló una llave que goteaba después de ver un video de seis minutos.

Perfectamente podía resolver esto con Google.

No necesitaba ayuda. Y mucho menos la de él.

Me crucé de brazos, y de inmediato fui consciente de que eso solo me hacía ver más chica y más a la defensiva, que era justo el mensaje que no quería dar.

El tipo del torbellino me observó con esa expresión indescifrable, la mandíbula apretada y la mirada fija, como si estuviera calculando mentalmente de cuántas formas este lugar podía matar a alguien.

O a mí.

Y quizá odiaba estar ahí. Quizá Dottie lo había arrastrado a esto. Quizá le debía un favor. Quizá había perdido una apuesta. No lo sabía. Pero fuera cual fuera la razón, no tenía ningún motivo para estar en mi posada, sosteniendo un muffin y mirándome como si yo fuera una tabla floja a punto de zafarse.

—No necesito ayuda —dije—. Lo tengo bajo control.

La mirada del tipo del torbellino se deslizó hacia el teléfono, el libro de cuentas, los papeles, María subiendo las escaleras con sus cubetas y Lola tomando vino como si todo esto fuera teatro en vivo.

Luego sus ojos volvieron a mí: leggings, el pelo revuelto y, seguramente, el pánico escrito con letras de neón en toda la cara.

Genial. Jodidamente genial.

—No es lo que parece —solté.

—Lo tengo controlado —insistí—. Soy una mujer muy capaz.

No sé por qué sentí la necesidad de especificar lo de mujer, pero ahí quedó. Asentado para el acta.

El tipo del torbellino arqueó una ceja.

—No he dicho que no lo fueras.

Eso me molestó más que si se hubiera reído. O si hubiera discutido. O me hubiera salido con una lección de hombre. Ese reconocimiento tranquilo me sonó a desafío, como si me estuviera retando a demostrarlo.

El teléfono volvió a sonar.

Lo miré fijo. Luego a él. Luego al techo, como si el universo fuera a intervenir de pronto y reemplazar mi vida por otra distinta. Tal vez una en la que fuera rica por mi cuenta y alérgica a la responsabilidad. Sí, esa me gustaba.

—Tengo que contestar —dije, agarrando el auricular—. Posada Hartwell.

—Sí, hola —dijo una mujer con voz alegre—. Solo quería preguntar si los baños son privados o compartidos.

—Privados —respondí al instante, porque el optimismo no cuesta nada y yo todavía no había visto todos los baños.

—¡Genial! ¿Y el desayuno está incluido?

—Sí.

—¿Y el estacionamiento?

—Sí. El estacionamiento está incluido.

—¿Y mascotas?

Miré a Dottie, porque sabía que alcanzaba a oír a la mujer.

—Edna odiaba a los animales —anunció Dottie—. Nunca permitía mascotas.

Puso cara de pena

— Los animales también son personas.

Estuve de acuerdo. Lo pensé medio segundo. Propiedad, elección, venganza.

—Sí —respondí—. Se admiten mascotas.

Oh, a Edna eso la habría horrorizado. Bien.

—Perfecto. Me gustaría reservar una habitación, por favor —dijo la mujer.

Incluso cuando le expliqué que todas las habitaciones con vistas al mar ya estaban apartadas, no dudó. Ahora le daba igual cualquier cuarto, con tal de que, a su querido labrador negro, Boomer, le permitieran venir. De preferencia en la planta baja, para que fuera más fácil sacarlo al baño.

Colgué y volví a dejar el auricular en su sitio con cuidado.

—No necesito ayuda —dije, más que nada para recordármelo a mí misma—. Solo necesito tiempo.

Dottie cruzó los brazos.

—El tiempo no va a enderezar unas escaleras flojas.

—Yo puedo arreglar las escaleras.

Mentira descarada. No tenía idea de cómo hacerlo.

Dottie suspiró, el suspiro de una mujer que había visto a demasiada gente lesionarse sin necesidad.

—Sarah. Escúchame. Parte de este trabajo requiere fuerza física.

Me encendí de inmediato.

—Soy fuerte. Puedo cargar cosas.

Dottie arqueó una ceja.

—¿Emocionalmente? Sí. ¿Físicamente? Esa caldera pesa más que tu coche.

—No necesito cargar una caldera.

Pero sí tenía que sacar mi maldito coche del taller de Hugh.

—Lo que necesitas es no morirte —corrigió Dottie.

Lola se inclinó hacia delante, apoyando la barbilla en la mano.

—Además, sin ofender, cariño, pero tienes pinta de que te torcerías un tobillo al bajarte de una banqueta.

Fruncí el ceño.

—Gracias.

Abrí la boca para discutir, pero la cerré antes de decir algo de lo que fuera a arrepentirme después.

—Y Alex es el mejor —siguió Dottie, imperturbable—. Es honesto. No te va a ver la cara.

La palabra me explotó en el cerebro y rebotó por todos lados. No ayudaba nada que yo tuviera una imaginación demasiado viva.

Mi imaginación, por supuesto, ya me tenía desnuda. Desnuda con el tipo del torbellino. Los dos juntos. En una versión nada útil y demasiado distractora del asunto.

Sentí cómo se me encendía la cara al instante, como si alguien hubiera activado un interruptor interno marcado como mortificación.

Lola, por supuesto, se dio cuenta.

Sus labios se curvaron despacio.

—Vaya.

—No estoy… —empecé—. Eso no es… Solo que…

Dottie me miró frunciendo el ceño.

—¿Qué?

—Nada —respondí.

Dottie negó con la cabeza y volvió a mirar a Alex.

—Es justo, explica las cosas y no trata a la gente con condescendencia.

—No lo hago —dijo el tipo del torbellino con tono seco.

Le lancé una mirada de reojo.

No estaba sonriendo con burla ni nada por el estilo. Se veía… neutral. Profesional. Como si ya estuviera acomodando mentalmente todos los problemas en columnas.

Lo cual, la verdad, era bastante atractivo.

—No quiero que nadie piense que no puedo hacer esto —dije, bajando la voz—. Esta es la posada de mi tía. Mía. No quiero ser la mujer que necesita a un hombre para arreglarlo todo.

El tipo del torbellino me miró entonces. Me miró de verdad.

—No estoy aquí para arreglarlo todo.

—Entonces, ¿por qué estás aquí? —le solté, desafiante. Sí. Quería saber la razón de verdad.

Maldita sea. Fruncí el ceño y me froté la mandíbula con la mano. Eso no venía al caso.

Se encogió de hombros. —Porque Dottie llamó. Porque el edificio es viejo. Porque hay que dejar listas algunas cosas antes de que lleguen tus huéspedes mañana.

Mierda. Huéspedes. Gente de verdad. Con expectativas, maletas y opiniones.

Maldita sea. Exhalé despacio. No tenía a nadie más que pudiera ayudarme en ese momento, y tampoco tiempo para ponerme a buscar.

—No voy a aceptar… nada permanente —dije—. Esto es temporal. Solo hasta que pase esta reapertura.

El tipo del torbellino asintió una vez.

—De acuerdo.

—Y no me vas a decir qué tengo que hacer.

—No lo haré.

—Y no me vas a mirar como si estuviera a punto de derrumbarme.

—No lo hago.

Entrecerré los ojos. —Claro que sí.

Inclinó la cabeza. —Estás parada frente a un teléfono que no deja de sonar, un libro de cuentas que parece escrito en clave y un edificio que te está retando. Eso no es juzgar; es observar.

Lola soltó una carcajada. —No me divertía tanto desde que Louis intentó hacer el pretzel invertido.

Dottie aplaudió. —¡Perfecto! Entonces ya quedó decidido.

—No está… —empecé.

—Te voy a enseñar qué necesita atención inmediata —dijo el tipo del torbellino—. Tú decides qué quieres que se haga.

Dudé. El orgullo, el miedo y el agotamiento se pelearon dentro de mi pecho.

Entonces el teléfono volvió a sonar.

Cerré los ojos. —Está bien —dije—. Pero si esto sale mal, los voy a culpar a todos.

Lola alzó la copa. —Yo no acepto ninguna responsabilidad.

Dottie sonrió. —Bienvenida al mundo de la hospitalidad.

El tipo del torbellino solo asintió y se encaminó hacia las escaleras.

Y así, sin más, había aceptado dejar que el tipo del torbellino me ayudara a impedir que mi vida se fuera al demonio.

Fantástico.

9

ALEX

Subí las escaleras cargando un poco más mi peso sobre ellas de lo necesario, solo para probarlas. Cambio de peso. Talón. Punta. Presté atención a cualquier crujido. Nada.

Estaban bien. Buena estructura, sólidas. Quienquiera que hubiera construido ese lugar sabía lo que hacía. Y eso importaba.

Detrás de mí, Nueva York jadeaba. No porque estuviera fuera de forma, sino porque estaba frustrada. No era lo mismo. Se le notaba en la respiración: entrecortada, acelerada.

No me importaba. Yo estaba ahí para evaluar, priorizar, arreglar primero lo que hubiera que arreglar. Después me iría. Ese era el plan.

—¿Adónde vas? —dijo Nueva York desde atrás.

—A tu habitación.

—Ah ¿sí? ¿A mi habitación?

Me detuve a medio paso y giré. Su tono había cambiado. Había algo cortante ahí que antes no estaba. A la defensiva, territorial. Como si acabara de cruzar una línea que ni siquiera sabía que existía hasta ese momento.

—Dottie dijo que la puerta de tu habitación se salió de las bisagras —dije—. Estás a punto de tener extraños entrando y

saliendo por aquí. Te conviene tener una puerta que cierre. ¿No crees?

Abrió la boca. Luego la cerró.

—Ah. Claro.

Se le sonrojaron las mejillas. El color le subió rápido y se le quedó detenido en los pómulos.

Y aun así me fijé en eso. En el color de sus mejillas. En cómo le encendía la cara y hacía que sus ojos brillaran más que un segundo antes.

Mierda.

No quería ir por ahí. No era el momento. No tenía tiempo para esto.

—Está en el tercer piso —dijo ella—. La suite de la dueña.

Asentí.

—La antigua habitación de Edna. Lo sé.

Eso la sorprendió. Se le notó en la cara antes de que lo ocultara.

Me di la vuelta y seguí subiendo.

El tercer piso crujía más, pero era el crujido auténtico de la madera vieja, no el de la podredumbre. El olor cambió a medida que subía: polvo, limpiador con limón y algo floral de fondo. Nueva York no solo estaba metiéndole dinero a ese lugar. Le estaba empezando a impregnar su olor.

Llegué al descansillo y me detuve.

La puerta estaba recargada contra la pared como si se hubiera rendido. Una bisagra estaba doblada y la otra se había desprendido por completo del marco. Se notaba que alguien había intentado arreglarla antes: tornillos equivocados, mal ángulo, cero paciencia. Me agaché y pasé los dedos por la madera.

Tenía arreglo.

Detrás de mí, Nueva York se quedó tan cerca que podía sentirle el calor. Y noté cómo se tensaba, como si se preparara para recibir malas noticias.

—Esto ya estaba flojo —dije—. No pasó de la noche a la mañana.

—No la azoté —dijo ella al instante.

Miré por encima del hombro y alcé una ceja.

—No lo hice —insistió—. La abrí y simplemente… se descompuso.

—¿Se descompuso?

Me miró frunciendo el ceño.

—Ya sabes a qué me refiero —dijo, señalando la puerta con las manos—. Simplemente se cayó así.

Resoplé.

—Tuviste suerte de que no te cayera encima.

Enderecé la puerta un poco y revisé el marco. Estaba apenas vencido, pero los montantes seguían rectos. Alguien había vuelto a pintar sin lijar antes. Típico.

—Vas a necesitar tornillos más largos —le dije—. Y una cuña.

—Tengo una caja de herramientas —dijo rápido—. En alguna parte. Bueno, no es mía. Seguramente era de Edna o de quien se encargara de este lugar. La vi anoche, cuando estaba revisando todos los clósets.

Me enderecé y entonces sí la miré. La miré de verdad.

Seguía colorada, con el pelo recogido como si no hubiera pensado en sudar ese día. Tenía una mancha en la mejilla —tinta, polvo, quizá ambas—. Estaba erguida, con los antebrazos tensos y las manos ya medio cerradas, como si estuviera lista para agarrar lo que yo necesitara.

Parecía dispuesta a trabajar.

—Bien —dije—. Tráela.

Yo tenía mi propia caja de herramientas en la camioneta, pero sería más rápido si ella traía la suya. No pensaba quedarme mucho tiempo.

Parpadeó.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo.

Dudó un segundo y luego asintió antes de darse la vuelta y alejarse con paso rápido y decidido.

La vi irse antes de poder evitarlo. Se movía como alguien que se negaba a rendirse, como si la empujaran la terquedad, la cafeína y la absoluta certeza de que fracasar no era una opción, aunque todavía no supiera cómo iba a ganar.

Ya había visto esa mirada antes. En obras. En gente que se quedaba cuando las cosas se ponían feas.

Y la respetaba.

Volvió un minuto después, con la caja de herramientas golpeándole la pierna y respirando un poco más fuerte, pero con la mirada firme.

—Dime qué tengo que hacer.

De pronto fui consciente de lo cerca que estábamos en ese pasillo angosto: madera vieja, polvo, calor... techo bajo, sin espacio para dar un paso atrás sin que se notara.

—Sujeta bien la puerta —le dije—. Pesa bastante.

—Lo tengo.

Hizo lo que le dije, con los brazos tensos y la mandíbula apretada.

Y ahí, de pie frente a ella, la vi esforzarse por mantener la puerta nivelada, con el sudor en la sien y negándose a soltarla, aunque era obvio que le estaba costando. En ese momento dejó de ser una solución rápida.

Fue por eso. Porque se quedó. Porque no se rindió.

Y eso hizo más difícil alejarme.

No me gustó.

Dejé la caja de herramientas en el piso y la abrí. Adentro había una colección de herramientas que parecían haber sobrevivido a varias guerras y, por lo menos, a un divorcio feo. Un martillo con la uña astillada. Un taladro inalámbrico viejo con el mango sujeto con cinta. Un nivel tan antiguo que la burbuja apenas fingía ser precisa.

Solté el aire por la nariz.

—Esto es… totalmente vintage.

—Eso no va a ser problema, ¿verdad? —preguntó ella.

Seguí revolviendo. Clavos doblados, tornillos barridos, una llave inglesa ridículamente pequeña. Entonces lo encontré: un puñado de tornillos largos para madera, desparejos pero firmes.

Me detuve.

—Estos sirven.

—Si tú lo dices.

Se encogió de hombros sin dejar de sostener la puerta con el hombro.

Tomé los tornillos y eché un vistazo a su postura: los brazos trabados, los pies bien plantados y la boca apretada, como si hubiera decidido que tanto la puerta como la gravedad podían irse al demonio.

—No te muevas —le dije.

—No lo haré.

Lo dijo como un reto.

Levanté la puerta hasta ponerla en posición y tanteé el peso. Pesaba más de lo que parecía: madera vieja, densa por los años. Ella se acomodó al instante, cambiando el agarre sin que yo tuviera que decirle nada para mantenerla nivelada.

Competente.

Otra vez eso.

Metí una cuña en su lugar y alcancé el taladro. Al inclinarme, mi antebrazo rozó el suyo y sentí su piel, desnuda y tibia.

Una chispa breve y estúpida.

Me aparté enseguida, sintiendo su mirada encima.

Concéntrate. Carajo.

Alineé la bisagra, acomodé el tornillo y empecé a atornillarlo. El taladro chirrió, vibrando a través de mi mano, de la puerta, de sus brazos.

Ella contuvo el aliento, pero no se movió.

—Un poco más a la izquierda.

Mientras ajustaba, nuestros hombros se rozaron. No había forma de evitarlo en ese pasillo angosto, con el techo tan bajo. Las casas viejas se construían en tiempos en que a la gente no le importaba estar demasiado cerca.

Me dije que no era nada. Solo física.

Terminé el primer tornillo y luego el segundo. La puerta quedó en su sitio, firme. Bien.

—Cambia el peso —le indiqué—. Despacio.

Ella lo hizo.

La puerta se mantuvo en su lugar.

Fui por la segunda bisagra y me agaché, quedando a la altura de sus manos. Las tenía apretadas con fuerza contra el borde de la puerta, con los nudillos pálidos.

—Ya puedes aflojar —le dije—. Yo la sostengo.

—No voy a soltarla —dijo ella—. No después de todo lo que ha pasado hoy.

Levanté la vista. No me estaba mirando. Tenía la mirada fija al frente y la mandíbula todavía tensa, como si soltar cualquier cosa en ese momento no fuera una opción.

No tenía idea de qué había detrás de eso, pero algo en mi pecho se movió. Apenas. Y me fastidió.

—Cuidado con las manos —le dije—. Eres escritora. No querrás lastimarte una muñeca.

Me miró frunciendo el ceño, como si acabara de hablarle en otro idioma.

La ignoré. Fuera lo que fuera, no significaba nada. Sus manos no eran asunto mío.

Atornillé el siguiente tornillo. El taladro dio un pequeño tirón y ella volvió a ajustarse sin pensarlo.

Mi mano rozó la suya cuando fui por el último tornillo, y nuestros dedos se tocaron. Piel contra piel. Tibia. Firme.

Esta vez ninguno de los dos se apartó de inmediato.

Demasiada conciencia para un momento que no debería haber significado nada.

Esa era mi frase.

Me incorporé de golpe y terminé de atornillar el último tornillo, dejando el taladro sobre la mesa con más fuerza de la necesaria.

—Listo. Ya puedes soltarla.

Ella lo hizo y flexionó las manos, como si se le hubieran entumido.

La puerta cerró con un movimiento limpio. Sin juego. Sin roces. Encajó justo donde debía. Sólida. Firme otra vez.

Di un paso atrás, devolviéndole un espacio que ni siquiera me había dado cuenta de haberle quitado.

Ella miró la puerta y luego volvió a mirarme, sin apartar la vista mientras escudriñaba mi rostro como si esperara que dijera algo más.

—Gracias.

Asentí una vez y aparté la mirada, apretando la mandíbula sin motivo aparente.

—Aguantará.

Agarré la caja de herramientas y me enderecé, moviendo los hombros como si pudiera sacudirme de encima lo que acababa de pasar.

Puerta arreglada. Trabajo hecho. A seguir.

—Antes de que empieces a celebrar —dije, ya dándome la vuelta —, tienes una gotera.

Ella parpadeó.

—¿Una gotera?

—En el techo —dije—. Tercer piso, esquina de atrás. Se ve la mancha si sabes dónde mirar.

Abrió mucho los ojos.

—¿Cómo sabes...?

—Estuve aquí arriba el mes pasado —la interrumpí—. Después de una tormenta. Dottie me pidió que revisara la parte de afuera.

No añadí que había subido al entretecho porque algo no me olía bien. Ni que ya había archivado el problema en mi cabeza, lo había clasificado y calculado cuánto costaría.

Eso ya no era mi trabajo.

Apretó los labios, asimilando la información.

—¿Es grave? ¿Grave de muy caro? ¿O grave de curita?

—Más o menos—dije, sin saber cómo responder de otra forma—. No es catastrófico, todavía. Pero el agua siempre gana si la dejas.

Exhaló despacio y luego asintió, como si se estuviera preparando para recibir un golpe.

—Claro. Y luego está el tema del moho. No podemos dejar que los huéspedes respiren moho.

—Y —añadí porque, al parecer, me odiaba a mí mismo— tu caldera también está dando problemas.

Levantó la cabeza de golpe.

—Sí. Dottie me lo comentó.

—No está funcionando bien —dije—. La presión está baja. Te vas a quedar sin calefacción si vuelve a bajar. No importa mucho ahorita en julio, pero deberías arreglarla.

Se frotó la frente.

—Entendido. Arreglaré la caldera antes de que empiece el frío.

Ahí estaba otra vez. Esa negativa a rendirse. Esa mirada como si ya hubiera decidido que fracasar no era una opción, aunque le costara la vida.

Lo odiaba. Odiaba que me inspirara respeto.

—Puedo darte una lista —le dije, devolviéndole la caja de herramientas—. Puedo recomendarte techadores, gente que no te va a ver la cara. Los tipos a los que recurro para mis remodelaciones.

Ella dudó un momento, pero luego asintió.

—Te lo agradecería.

Me di la vuelta para irme.

Pero no lo hice.

Porque justo en ese momento, unos pasos subieron a toda prisa por las escaleras, seguidos por la voz de Dottie, que resonó como una sirena.

—¿Alex? ¿Estás ahí arriba? Apareció en el rellano, echó un vistazo a la puerta cerrada y luego sonrió. —Vaya, que me parta un rayo. Mírense nada más. Ya entraron en confianza.

Nueva York resopló.

—Dottie.

—¿Qué? —dijo Dottie alegremente—. Solo digo lo que veo.

Di un paso atrás automáticamente, creando un espacio donde no había ninguno segundos antes.

—La puerta ya quedó —dije—. Ya me iba.

—Claro que sí —dijo Dottie, sin creérselo ni un segundo—. Pero ya que estás aquí...

—No —dije de inmediato.

Ella me ignoró.

—La caldera volvió a hacer ese ruido. Ese que suena como si estuviera amenazando con ponerse violenta. Sé que tú puedes arreglarla.

Nueva York giró la cabeza hacia mí.

—¿Puedes?

—No he dicho que pueda arreglarla —la corregí—. Dije que le echaría un vistazo.

Maldita sea. Esa frase ya se me había salido de las manos. Lo supe. Lo sentí en el instante en que las palabras salieron de mi boca.

Dottie sonrió como si acabara de ganar algo.

—¿Al sótano, entonces?

Debería haber dicho que no. Debería haber dicho que tenía una reunión importante a la que ir. Debería haber bajado las escaleras de dos en dos y largarme de ahí.

En lugar de eso, le quité la caja de herramientas a Nueva York y asentí una vez.

—El sótano —dije.

Nueva York me miró como si no terminara de confiar en lo que estaba viendo. Como si estuviera esperando que cambiara de opinión.

No lo hice.

Y mientras seguía a Dottie de regreso a las escaleras, me di cuenta de algo que me apretaba el pecho y me hacía sentir incómodo.

No me había ido. Y en ese momento no estaba seguro de querer hacerlo todavía.

Joder.

Las escaleras del sótano eran estrechas y empinadas, de esas que se construían cuando a la gente no le importaban la comodidad ni las demandas. Las bajé primero, con la caja de herramientas en la mano, agachándome automáticamente donde el techo se venía abajo un poco.

El aire cambió a medio camino: húmedo y cálido, como jabón viejo y óxido.

Entonces lo oí. Un chillido agudo atravesó el zumbido del edificio, lo suficientemente penetrante como para recorrerme la nuca.

—Dios mío —dijo Nueva York detrás de mí—. ¿Cuánto tiempo lleva haciendo eso?

—Ese no es un sonido de «lo ha estado haciendo», dije. —Es un sonido de «algo anda muy mal».

La caldera se apoyaba contra la pared del fondo como una bestia metálica enfurecida, vibrando ligeramente mientras el manómetro se agitaba como si no pudiera decidir si entrar en pánico o explotar. Cada pocos segundos soltaba otro chillido de metal contra metal, furioso y desesperado.

Dejé la caja de herramientas en el suelo al darme cuenta de que Dottie se había escabullido de vuelta a la cocina y nos había dejado solos a Nueva York y a mí. Me agaché, escuché e incliné la cabeza. El tono era extraño, rápido y seco. Extendí la mano y apoyé la palma contra el costado. Estaba más caliente de lo que debería.

—Apágalo —ordené.

Se quedó paralizada.

—¿Cómo? ¿…del todo?

—Sí. Ahora. Agarra esa palanca y bájala.

Nueva York se lanzó al interruptor y lo bajó. El chirrido se apagó al instante, dejando atrás un silencio denso, casi retumbante.

—Bueno —dijo ella—. Eso fue muy dramático.

Exhalé.

—Estabas a segundos de quemar la bomba.

Abrí el panel frontal. Adentro había un enredo de tuberías y válvulas al que apenas le habían dado el mantenimiento suficiente para que siguiera funcionando a medias. Nadie había arreglado realmente el problema. Solo lo habían callado.

Negué con la cabeza.

—Nunca purgaron la línea.

Ella parpadeó.

—Reconocí algunas de esas palabras.

Agarré una llave inglesa y aflojé la válvula despacio. Primero salió aire, silbando. Luego, agua, constante y limpia.

A mis espaldas, oí los pasos de Nueva York. Miré por encima del hombro. Estaba junto al área de lavandería, con los ojos entrecerrados, observando las lavadoras, la mesa plegable vieja y los estantes llenos de detergentes desparejados y calcetines perdidos.

—¿Buscas algo? —le pregunté.

Ella negó con la cabeza.

—No. Solo… haciendo inventario.

Hizo un gesto vago con la mano.

—Nuevas tareas. —Se señaló con los pulgares—. Encargada de la lavandería, al parecer.

Esa palabra otra vez. Tareas. Como si ya hubiera aceptado que esto no era temporal. Que no se iba a largar.

Volví a la caldera, apreté la válvula y ajusté el regulador de presión antes de darle unos golpecitos al manómetro hasta que se estabilizó donde debía.

—Pruébalo ahora —le dije—. El interruptor.

Volvió a encenderlo.

La caldera cobró vida con un zumbido bajo y constante.

Sus hombros se relajaron al instante.

—Dios mío —susurró—. Es… está en silencio.

—Así es como se supone que debe sonar —le dije—. Estaba pidiendo agua a gritos.

Ella soltó una risa suave y se frotó los brazos, como si apenas en ese momento se diera cuenta de cuánto frío había pasado.

—¿Entonces no tengo que llamar a nadie?

—No —respondí—. Ya estás bien. Por ahora.

Me miró, sosteniéndome la mirada un segundo de más.

—Me acabas de ahorrar… ¿cuánto?

Me encogí de hombros.

—Un par de cientos. Quizá más, si te querían vender pánico de paso.

—Se me da muy bien entrar en pánico.

Asintió y luego metió la mano al bolsillo.

—Ok. Entonces mándame una factura. O puedo pagarte en efectivo. No. En efectivo no puedo ahorita, pero… ¿puedo mandarte un cheque?

Me enderecé despacio. Debería haber dicho que sí, debería haberle dado una cifra.

No lo hice.

—No pasa nada —dije en cambio.

Frunció el ceño.

—¿No pasa nada en plan… de verdad no pasa nada?

—Sí.

—Escucha…

La miré a los ojos.

—Yo lo cubro.

No sabía por qué lo había dicho. Las palabras salieron antes de que pudiera detenerlas y se quedaron ahí, entre los dos. ¿Qué demonios estaba haciendo?

Ella dudó.

—No quiero favores.

—No te ofrecí ninguno —dije—. Arreglé un problema.

Me estudió la cara, como si intentara averiguar qué me traía entre manos.

—Aun así —dijo—. Debería pagarte.

Negué con la cabeza.

—En otra ocasión.

Tampoco debería haber dicho eso. Guardé las herramientas con la boca apretada.

—Vas a querer una inspección completa —añadí—. El techo, las tuberías, el cableado. No todo de golpe. Pero pronto.

Ella asintió enseguida.

—¿Cuándo puedes hacerlo?

Debería haber dicho que estaba ocupado. Debería haber dicho que ya no me dedicaba a eso. Debería haber protegido la línea que ya había cruzado.

En lugar de eso…

—Puedo volver más tarde —dije—. Si tú quieres.

Entonces sonrió.

—Sí.

Esa sensación en el pecho volvió. Esta vez, más fuerte.

Agarré la caja de herramientas y me encaminé hacia las escaleras, con la irritación zumbándome bajo la piel. Estaba molesto con la situación, molesto conmigo mismo, molesto porque me importaba.

Y al llegar al último escalón, me di cuenta de algo más que me molestó todavía más.

Ya no tenía prisa por irme.

Y eso iba a ser un problema.

10

SARAH

—Muévete —dije entre dientes.

Incliné el cuerpo, apoyé las manos en la cara de la estatua de Edna y empujé con todas mis fuerzas. La estatua ni siquiera se movió un centímetro.

Ni un centímetro. Ni un tambaleo. Nada.

Solté un suspiro de frustración.

—¡¿Qué clase de estatua de este tamaño pesa una maldita tonelada?!

La estatua me devolvió la mirada con la expresión de decepción permanente de Edna, la barbilla en alto y los labios fruncidos, como si me hubiera cachado haciendo algo vergonzoso. Lo cual, siendo justos, probablemente ella sí habría considerado vergonzoso.

—Tienes que echarle todo tu peso, cariño —dijo Lola, bebiéndose lo que parecía un Martini mientras estaba sentada en uno de los sofás del salón viéndome sudar.

La fulminé con la mirada.

—¿Qué crees que he estado haciendo estos últimos veinte minutos?

Lola se encogió de hombros.

—Respirar como loca y sudar muchísimo. —Sonrió—. Eso también cuenta como cardio. Pero yo, a diferencia de ti, uso

hombres de verdad. Hombres fuertes y gloriosos.

—Ja. Ja.

Juro que, si esta mujer no me hubiera dado ese cheque gigantesco, ya estaría pensando en correrla a patadas. O al menos en esconderle el Martini y ver cómo se desmorona.

Cambié la posición de las manos, esta vez apoyando el hombro contra la clavícula de bronce de Edna. Fría. Muy fría. ¿Por qué estaba fría? ¿Estaba embrujada esta cosa? Porque lo parecía.

—Ok —murmuré—. Vamos otra vez, Edna. Tú y yo. El enfrentamiento final.

Empujé. Nada.

Empujé con más fuerza.

Seguía sin pasar nada.

Joder.

—Sé que lo estás haciendo a propósito —le dije—. Eras terca en vida y, por lo visto, sigues igual en piedra. Felicidades por mantenerte fiel a ti misma.

Lola se inclinó un poco hacia adelante. —¿Ya intentaste pedir perdón?

Le lancé una mirada. —¿A la estatua?

—A Edna —me corrigió—. Hay mujeres que necesitan que les reconozcan las cosas antes de soltar el control de un lugar.

—No le voy a pedir perdón a una mujer muerta que una vez me dijo que nunca llegaría a nada y luego me dejó una posada por puro despecho.

Lola alzó la copa.

—Justo eso.

Di un paso atrás, me sequé la frente con el dobladillo de la camisa y evalué la situación como un general frente a una batalla perdida. El salón estaba a medio despejar. Las sillas apiladas, las mesitas arrinconadas, las alfombras enrolladas. Y, aun así, Edna seguía ahí, plantada en el centro, aferrada a su cigarro y retándome a intentarlo otra vez.

—¿Quién manda a hacer una estatua de sí mismo? —murmuré.

Lola esbozó una sonrisa.

—Alguien que espera que la historia le dé la razón.

Sonó el timbre de recepción y me quedé quieta, esperando. Al tercer timbrazo, oí un clic, y fue cuando supe que había entrado la contestadora.

Dottie me había enseñado a dejarla puesta para poder, uno, ir al baño; dos, cambiarme los leggings de yoga por unos jeans; y tres, limpiar el salón para dejarlo listo para los huéspedes de mañana.

María seguía arreglando las habitaciones, así que pensé en echar una mano. Y por "echar una mano" quería decir deshacerme de esa espeluznante estatua tamaño real de Edna.

Si quería que este negocio funcionara, no podía espantar a los huéspedes.

Me volví hacia Edna, impulsada por una nueva oleada de irritación.

—Ya estuvo.

Doblé las rodillas, rodeé con los brazos la cintura de la estatua —lo cual, por cierto, fue profundamente incómodo, porque la Edna de piedra no cedía nada— y la levanté.

Mis pies se resbalaron.

La estatua no.

Y puede que se me haya salido un pedo.

Estaba en el infierno.

—Dios mío —jadeé, con la cara a centímetros del bronce—. ¿Tienes plomo adentro o qué? ¿Cómo demonios metieron esto aquí? ¿Con una grúa?

Lola aplaudió una vez, fascinada.

—Esto está mejor que la tele por cable.

—Voy a ganarte —le dije a la estatua.

Me di la vuelta y, apoyándome con la espalda, empecé a empujar.

La estatua no se movió.

El sudor me corría por la espalda. Me ardían los muslos. Mi dignidad yacía en algún lugar cerca de la alfombra enrollada junto a la chimenea.

—¿No has pensado —dijo Lola, pensativa— que a lo mejor quiere quedarse?

Me detuve.

—No voy a dejar esta cosa aquí. Da miedo.

—Quizá le gusta verte sufrir.

Miré a Edna a los ojos.

—Te está divirtiendo esto, ¿verdad?

Sus labios de piedra no dijeron nada, pero espiritualmente… sí se estaba sonriendo.

La solté y retrocedí tambaleándome, jadeando.

—Ok. Nuevo plan.

Lola se animó.

—¿Incluye explosivos?

—No —dije—. Incluye palanca. Física. Y probablemente groserías.

Lola alzó la copa.

—Mi combinación favorita.

Arrastré una silla cercana, la acomodé con cuidado bajo la base de la estatua y probé el ángulo. La estatua se movió —apenas—, pero lo suficiente para darme esperanza.

—Eso es —dije—. ¿Ves? Progreso.

Lola se recargó hacia atrás.

—Te ves radiante. Y apestas.

Solté un suspiro.

—Gracias. Lo necesitaba.

Pero no estaba equivocada. Aun así, no me moría por volver a bañarme con una pastilla de jabón que parecía sacada de los años setenta. Qué suerte la mía.

—Bueno —dijo Lola, alargando la palabra como si tuviera todo el día y ningún otro lugar al que ir—, ¿qué te pareció Alex? Se veían bastante compenetrados.

Alzó las cejas con intención.

—¿Qué? Pffft.

Hice un gesto con la mano mientras me volvía otra vez hacia la estatua.

—Solo vino a ayudar a arreglar unas cosas. Eso es todo.

Lola tarareó en voz alta… con claro tono de juicio.

El tipo del torbellino había resultado ser más útil de lo que esperaba. Tan útil que ya empezaba a molestarme. Competente,

enfocado. El tipo de hombre que no desperdicia palabras y que, de alguna manera, te hace sentir que eres tú la que está diciendo tonterías.

Aunque se había portado como un idiota, me había bañado en polvo y jamás se disculpó por eso. Y yo no lo había olvidado. Ni perdonado.

Volví a apoyar las manos en la estatua de Edna y empujé.

Nada.

No. No iba a pensar en eso.

Negué con la cabeza, como si así pudiera sacarme el recuerdo a la fuerza. Alex no era una distracción. No era absurdamente atractivo y no tenía permiso para vivir gratis en mi cabeza mientras yo intentaba sacar adelante una posada, lidiar con trauma familiar no resuelto y desalojar una efigie de piedra que me juzgaba.

Lola seguía observándome, con los labios curvados.

—Es solo un hombre que arregla cosas —dije con firmeza—. Yo tengo cosas que arreglar. Incluida esta estatua. Prioridades.

Lola dio un sorbo lento a su Martini.

—Claro que sí, querida.

Empujé con más fuerza, ignorando el calor que me subía por el cuello y que no tenía absolutamente nada que ver con la voz estúpidamente tranquila de Alex ni con la forma en que se veía cuando se concentraba.

No era el momento. No era el lugar.

Y si mi pulso me había traicionado un poquito antes, eso era asunto entre la estatua y yo.

Alguien se aclaró la garganta.

Mis manos se resbalaron en pleno empujón y tropecé, a punto de irme de cara contra la estatua de Edna. Me recuperé en el último segundo, con las palmas golpeando el bronce helado y el corazón latiéndome con fuerza, como si me hubieran cachado robando en una tienda o dándole "me gusta" por accidente a una publicación de Instagram de mi ex de 2014.

Me di la vuelta.

Una mujer de unos cincuenta y tantos estaba de pie en el salón como si hubiera estado ahí todo el tiempo y solo hasta ahora hubiera

decidido dejarse ver.

Tenía el cabello gris a la altura de los hombros, de ese tipo de corte que se hace con intención, no por rendición. Alta —más alta que yo, y mido uno setenta y cinco—, con ojos oscuros y agudos detrás de unos lentes de montura negra que parecían haberlo visto todo y aprobar muy poco.

Llevaba una chaqueta azul marino que le quedaba por lo menos tres tallas grande, como si se la hubiera prestado un hombre mucho más corpulento o un perchero demasiado ambicioso, combinada con unos jeans de mamá. Llevaba una camisa blanca impecable, fajada con precisión militar, y un cinturón rojo bien ajustado. Sus tenis rojos y blancos le daban el aire de alguien lista para caminar directo al conflicto en cualquier momento.

El efecto general era de autoridad relajada: cómoda, imperturbable y lista para juzgar.

Me sostuvo la mirada sin parpadear.

Luego entró directo al salón como si el lugar fuera suyo.

—Soy Helen —dijo—. La alcaldesa de Maplewood Falls. Y tú debes ser Sarah, la sobrina de Edna.

Ah. Claro. Porque, ¿por qué no iba a aparecer la alcaldesa sin avisar mientras yo estaba medio abrazada a una estatua y probablemente oliendo a sudor y arrepentimiento?

—Sí —dije, enderezándome y limpiándome las manos en mi camisa ya arruinada—. Esa soy yo. Sarah. La sobrina. Peleándome con rencores ancestrales.

Su mirada se deslizó más allá de mí, fijándose en las sillas apiladas, las alfombras enrolladas, el polvo, la estatua a medio mover.

Frunció el ceño. Fue sutil, pero me cayó como una cachetada.

—Bueno —dijo despacio—. Esto… no es lo ideal.

Lola, todavía en el sofá, alzó la copa.

—Helen, querida. Siempre es un placer que vengas a inspeccionar.

Helen no la miró, ni siquiera un poco.

—¿Qué quieres decir?— pregunté, sin apreciar su tono.

—Esta posada —dijo Helen, con la mirada aun recorriendo la habitación—, no avanza lo suficientemente rápido.

Parpadeé. —¿Perdón?

Por fin volvió a mirarme. De frente. Sin suavizar nada. Sin rodeos.

—Es un desastre —dijo, con total naturalidad—. Y a este ritmo, no va a estar lista.

Lola se inclinó y susurró con dramatismo:

—Se refiere a un desastre encantador.

Helen le lanzó una mirada.

—No me refiero a eso.

Crucé los brazos.

—¿Lista para qué?

Miré la bebida de Lola y sentí unas ganas tremendas de arrebatársela y acabármela de un trago.

Helen frunció el ceño apenas, como si eso fuera lo realmente preocupante.

—¿No lo sabes?

Sentí un escalofrío.

—¿No sé… qué?

—Del festival —dijo.

La palabra se quedó flotando en el aire.

—¿Del… festival? —repetí.

—Sí —dijo Helen, ya claramente decepcionada de mí—. El fin de semana de solteros de Pearls & Pints.

Lola sonrió como si le acabaran de regalar una canasta gourmet.

—Ay, me encanta Pearls & Pints. Nada une más a un pueblo que los cocteles, una buena causa y hombres guapos tomando pedidos.

¿De qué demonios estaba hablando?

Mi cerebro se apagó por completo. Como una computadora viejísima trabándose en plena carga.

—Perdón —dije—. ¿El qué?

Helen soltó un suspiro largo y profundo, como una mujer que ya había explicado lo mismo seis veces ese día y le molestaba tener que repetirlo una más.

—El fin de semana de solteros de Pearls & Pints —repitió, con una frustración perfectamente visible en la voz.

— Es nuestro evento anual más grande. Turismo, recaudación de fondos, economía local. Mujeres con dinero y opiniones invaden el pueblo, subastan a los hombres por una buena causa y todos fingimos que esto tiene clase.

La miré fijamente.

Ella me sostuvo la mirada.

Lola alzó la copa.

—Sí tiene clase, comparado con el año pasado. Aunque debo decir que las paletas de subasta son un accesorio excelente.

Abrí la boca. La cerré. La volví a abrir.

—¿Esto es real? ¿Subastan hombres?

—Solteros —corrigió Helen.

Eso… no mejoraba nada.

Me quedé mirándola. Ella me devolvió la mirada, serena e imperturbable, como si me acabara de decir el horario de la recolección de basura y no que la posada que había heredado estaba a punto de convertirse en sede de un ritual de apareamiento en vivo.

—Me estás diciendo —dije— que las mujeres vienen aquí, toman cocteles y ofrecen dinero real por hombres.

—Sí.

—¿Por citas?

—Sí.

—¿En público?

—Sí.

Volteé hacia Lola. Sonreía como si acabara de acordarse de unas vacaciones inolvidables.

Helen siguió hablando porque, al parecer, disfrutar viendo cómo se me desmoronaba la cordura le alegraba la tarde.

—Es por una buena causa. Este año los fondos irán a la restauración del faro, el mantenimiento del puerto, becas… todas son causas muy respetables.

Solté una risa breve, aguda e incrédula.

—Acabas de decir "solteros" como si fuera una categoría urbana.

Helen se acomodó los lentes.

—Los hombres se ofrecen como voluntarios. No es que los obliguemos.

Lola resopló.

Helen le lanzó una mirada.

—Participan con entusiasmo.

—Mm-hmm —dijo Lola—. Nada motiva más a un hombre que el vino, los aplausos y una paleta numerada.

Me froté la frente.

—Ok. Explícamelo. Despacio. Como si acabara de salir de un coma.

Porque así me sentía.

—¿Cuándo —pregunté con cuidado— se supone que va a pasar esto?

Helen miró su reloj.

—La próxima semana.

La habitación se inclinó.

—¿La próxima semana? —repetí.

—Sí.

Señalé con gestos amplios la estatua, el polvo, el caos.

—Este lugar está a punto de venirse abajo. Acabo de lograr que la caldera dejara de gritar como si la estuvieran asesinando.

Helen asintió.

—Lo sé.

Eso no ayudó.

—¿Y pensaste —dije, alzando la voz— que este era el momento ideal para mencionarlo?

Helen ladeó la cabeza, estudiándome.

—Pensé que ibas a querer estar preparada.

—¿Preparada?— solté una risa breve, medio histérica—. En este momento estoy en una pelea física con mi tía muerta.

La mirada de Helen se desvió hacia la estatua de Edna y apretó los labios.

—Sí. Bueno. Edna estaba… muy comprometida con su presencia.

—Es una forma de decirlo.

Helen se acercó, bajando la voz apenas lo suficiente para que sonara a advertencia. —Esta posada siempre ha sido clave para Pearls & Pints. La gente reserva con un año de anticipación. Esperan cierto nivel.

Tragué saliva.

—Claro. Estándares.

Helen asintió, como si hubiera estado esperando que le diera pie.

—El fin de semana empieza el viernes. Recepción de bienvenida, hora del coctel, charla informal. Nada agresivo.

Lola alzó la copa.

—Discutible.

Helen la ignoró.

—La subasta es el sábado por la noche. Se presenta a cada soltero, nombre, edad, profesión. Cualquier… talento relevante.

—Talentos —repetí en voz baja.

—Habilidades —corrigió Helen.

Lola se inclinó hacia adelante.

—Algunos muy transferibles.

Helen suspiró.

—El mejor postor se lleva una cita.

—¿Qué tipo de cita? —pregunté.

Helen lo pensó.

—Cena, paseo en velero, cata de vinos, picnic, recorridos guiados.

Lola sonrió dulcemente.

—Y a veces, postre.

Se me escapó un sonido atragantado.

Helen siguió.

—El domingo es para recuperarse. Brunch y manejo del arrepentimiento.

—Eso no existe —dije.

—Claro que existe —dijo Lola.

Miré a Helen.

—¿Y mi posada es…?

—El alojamiento principal —dijo ella—. El centro social. El lugar donde todos se reúnen entre eventos. Edna siempre organizaba el

fin de semana en esta posada. Todos los años.

Hice un gesto amplio a nuestro alrededor.

—En este momento, este lugar contiene polvo, trauma y una estatua que se niega a moverse.

Helen miró la estatua de bronce de Edna.

—Sí. Vamos a tener que resolver eso.

—¿Resolverlo cómo?

—Quitándola —dijo Helen—. O por lo menos cambiándola de lugar para que no esté… vigilando la hora del coctel.

Lola alzó la copa.

—A Edna siempre le encantó vigilar.

Me dejé caer en el brazo de una silla.

—¿De cuánta gente estamos hablando?

Helen no dudó.

—Cuarenta mujeres. Quizá más.

Mi alma abandonó mi cuerpo por un segundo.

—¿Y cuántos hombres?

—Una docena. Quizá más —dijo Helen—. Tenemos un límite.

Lola sonrió.

—Por seguridad.

—¿Por la seguridad de quién? —susurré.

Helen cruzó los brazos.

—Este fin de semana deja más dinero que cualquier otro evento del año. Restaurantes, tiendas, tours. La gente organiza todo alrededor de esto.

—Yo no organicé nada —dije.

La expresión de Helen se suavizó apenas, no por compasión, sino por estrategia.

—Has heredado una institución, Sarah. Maplewood Falls no se detiene solo porque tú no estuvieras lista.

Lola asintió.

—Tiene razón. Llevo meses planeando mis outfits.

—Tú vives aquí —dije débilmente.

—Sí —dijo Lola—. Y me gusta estar preparada.

Volví a mirar la estatua, el polvo, la habitación a medio arreglar. Mi reflejo en la ventana oscura: sudada, agotada, sosteniéndome

apenas con cafeína y rencor.

—Una semana —dije.

—Sí —confirmó Helen.

Tragué saliva.

Lola se inclinó hacia mí, con la voz baja y encantada.

—¿La buena noticia, cariño? Estás a punto de descubrir qué tan resistente es en realidad esta posada.

Miré a Helen.

—¿Y si no está lista?

Helen me miró a los ojos, con firmeza y expectación.

—Entonces Maplewood Falls se llevará una gran decepción.

Oh. Genial. Sin presión alguna.

11

SARAH

¿Quién acepta un evento que exige que la posada esté funcionando al cien cuando no va a estar lista y falta solo una semana?

Lo adivinaste. Yo.

Me quedé mirando a Edna, o, mejor dicho, a su estatua.

—Sabías que esto iba a pasar, ¿verdad? Este era tu plan desde el principio. Querías que fracasara. Lo estabas esperando.

Porque, al parecer, yo tenía el gen de la "fracasada".

La estatua me devolvía la mirada con esa misma expresión engreída, tallada en bronce, que había tenido en vida: la barbilla apenas levantada y los labios apretados, como si acabara de oler algo decepcionante. Probablemente a mí.

Ahí estaba yo, una mujer adulta, enfrascada en una discusión acalorada con una estatua tamaño real de mi tía muerta. ¿Eso me convertía en una loca? Posiblemente. ¿Me importaba? Ni un poco.

Porque en ese momento estaba furiosa, ella estaba ahí y alguien la iba a pagar.

Pero no pasaba nada. Hasta ese momento no había nadie ahí para presenciar mis delirios. Lola se había ido a su habitación en cuanto María bajó a avisarle que ya estaba lista y Helen se había marchado unos minutos antes.

—Si la posada no está lista, vamos a perder dinero —había dicho, con la carpeta bajo el brazo como si fuera un arma—. Será culpa tuya.

Y luego se fue. Me contuve de hacerle una seña obscena. Trataba de no ser vulgar cuando había testigos. A veces se me iba la boca, pero esta vez la había mantenido cerrada. No era momento de hacerme enemigos.

Pero ahora solo estábamos Edna-estatua y yo.

—Vas a caer, pisapapeles gigante.

Caminaba de un lado a otro por el salón, con los pies descalzos golpeando suavemente el viejo piso de madera, tratando de pensar en vez de entrar en pánico. O de entrar en pánico de forma productiva, si es que eso existía.

Ok. Bien. Una semana para el fin de semana de solteros de Pearls & Pints. No era para tanto. ¿Verdad? Repasé mentalmente la lista otra vez porque, al parecer, a mi cerebro le encantaba sufrir.

Habitaciones. ¿Estaban listas las habitaciones? Casi. María hacía milagros, pero los milagros requerían tiempo, y en ese momento el tiempo no estaba de mi lado.

Ropa de cama. ¿Teníamos suficientes sábanas limpias? ¿Yo siquiera sabía cuántos juegos debía tener una posada? ¿Había alguna norma sobre eso? ¿Alguna ley? ¿Por qué nadie me había advertido del infierno que era la ropa de cama?

Personal. Básicamente éramos María, Dottie cuando tenía tiempo, Lola, si reírse contaba como trabajo, y yo.

Comida. Desayuno. Café. Pan dulce. Lo que Dottie decidiera preparar. ¿Era suficiente? ¿La gente esperaba yogur artesanal? ¿El yogur ahora era artesanal? Necesitaba una lista del súper: huevos, tocino, fruta, leche. Una cantidad alarmante de café. Pero Dottie había trabajado para Edna durante años. Si alguien sabía cómo mantener a los huéspedes bien comidos y tranquilos, era ella.

Inspecciones. Ni siquiera quería pensar en las inspecciones: incendios, seguridad, salubridad. Puras palabras que me hacían brincar el ojo derecho. Y luego el izquierdo.

De pronto, la posada me pareció enorme. Demasiado grande. Demasiado vieja. Demasiado llena de carácter. ¿Cómo demonios se

suponía que iba a sacar adelante todo eso?

—Estoy haciendo todo lo que puedo —le dije a la estatua—. Podrías intentar ayudar, aunque sea desde el más allá.

La estatua de Edna se alzaba en medio del salón como un monumento al juicio: observando, esperando y estorbando, literal y emocionalmente. Si hubiera podido aventarla al océano, ya lo habría hecho.

—Ok —suspiré—. Vamos a intentarlo otra vez.

Planté los pies, flexioné las rodillas y empujé. Nada. Ni un maldito milímetro.

Empujé con más fuerza.

Me temblaban los brazos, tensos. Sentía los hombros como si me ardieran por dentro. Los pies me resbalaban sobre la alfombra. La estatua no se movía.

Estaba en el infierno.

—Maldita sea.

Retrocedí tambaleándome, jadeando, con las manos en las rodillas. El sudor me corría por la espalda y se me metía directo por la raya del trasero porque, al parecer, eso era algo que mi cuerpo hacía ahora. La camiseta se me pegaba como si ya hubiera renunciado a la dignidad, y ese olor a humedad en el aire… no era la cocina de Dottie. Era yo. Qué maravilla.

Menos mal que todavía no había huéspedes. Bueno, si no contabas a Lola. Porque si me vieran así, no estoy segura de que quisieran quedarse.

—Claro —dije entre jadeos—. Claro que pesas una tonelada. Claro que eres inamovible. Claro que estás ganando.

La rodeé como boxeadora, buscando un punto débil. No encontré ninguno. La estatua de Edna era sólida, inquebrantable y estaba completamente decidida a quedarse justo donde estaba.

El teléfono de recepción por fin había dejado de sonar. El silencio debería haber sido reconfortante, pero no lo era. La última reservación que había recibido era para la semana siguiente. Para el fin de semana de despedida de soltero de Pearls & Pints.

Maldita sea. Ya estaba empezando.

Se me revolvió el estómago al imaginarlo. Cuarenta mujeres, cócteles, expectativas. Una docena de hombres subastados como premios de beneficencia. Y esta posada —*mi* posada— se suponía que iba a ser el centro de todo.

Me deslice por la pared y me senté en el suelo, con la espalda apoyada en una mesita auxiliar, mirando fijamente a la estatua de Edna.

—No voy a fracasar —le dije en voz baja—. No me importa lo que pienses tu ni lo que piense Helen. Me froté la cara con ambas manos y me obligué a levantarme, con los muslos protestando.

No iba a rendirme. Rendirse no era una opción.

No. Era una mujer alta y fuerte. No había razón para que no pudiera mover esa maldita estatua.

Cogí una silla y la encajé contra la base de la estatua, probando el ángulo. Las patas rozaron la alfombra, quemándola por debajo. Empujé. La estatua crujió.

Me quedé paralizada.

—Oh… —suspiré—. Más te vale no estar mintiendo.

Empujé de nuevo. La silla se deslizó y la estatua se movió, apenas lo suficiente para demostrar que sí podía.

—¡Sí! —me reí, con la adrenalina a tope—. ¿Ves? Progreso. Toma eso, cara de fósil.

Empujé otra vez. La estatua se deslizó de regreso a su lugar como si nunca se hubiera movido. Como si se estuviera burlando de mí. Como si se hubiera reseteado por puro despecho.

Mi risa se apagó y fruncí el ceño.

—Ah, ¿sí? Pues estás a punto de convertirte en escombros, querida.

Agarré la silla otra vez, la acomodé con más fuerza y empujé con todo lo que les quedaba a mis brazos antes de pedir el divorcio. Las patas de la silla chirriaron, el asiento se ladeó, mi pie resbaló y sentí el ardor de la alfombra traspasar el calcetín.

El tiempo se ralentizó de esa manera tan particular que tiene justo antes de una caída.

—Oh, mierda…

Caí de espaldas, de golpe, y el aire se me salió de los pulmones al pegar contra el piso.

—Ay.

Me quedé ahí tirada, mirando el yeso agrietado del techo, con los brazos extendidos y respirando a medias, preguntándome si este era el capítulo en el que mi cuerpo había decidido convertirnos en una comedia.

—Fantástico —murmuré—. Simplemente… fantástico.

Fue entonces cuando oí pasos acercándose al estudio.

Giré la cabeza despacio, medio esperando que fuera María o Dottie.

Pero era el tipo del torbellino, recortado en el marco de la puerta —alto, perfecto, ridículamente sexy y con una caja de herramientas en la mano—, observando la escena en silencio. Y por escena me refiero a mí: tirada de espaldas, sudada, apestosa, derrotada. Con la estatua de Edna acechando detrás de mí como si acabara de ganar. De verdad odiaba a esa zorra de bronce, altiva e imperturbable.

El tipo del torbellino miró de la estatua a mí… y luego otra vez a la estatua. Hubo una pausa larga e incómoda.

Lo fulminé con la mirada.

—Antes de que digas nada, yo iba ganando.

Entró al cuarto y rodeó la estatua despacio, pensativo, como un hombre que arma una estrategia antes de tocar nada. Tenía una mano en la cadera y ladeó la cabeza mientras evaluaba mi humillación.

Esperé a que dijera algo. No lo hizo, lo cual era raro. Ni siquiera se ofreció a ayudarme a levantarme, como si le gustara verme tirada boca arriba. No sé por qué se me cruzó eso por la cabeza. No. Para nada.

Después de una última mirada, se dio la vuelta y salió del cuarto.

Una oleada de furia me subió de golpe.

—¡Gracias por tu ayuda! —le grité, con la cara ardiéndome.

Idiota. Obvio. Ya había visto suficiente: el desastre, la lucha, y a mí en el piso como si me hubiera enfrentado a la gravedad y hubiera perdido de forma humillante.

Me levanté con un gemido, sacudiéndome el polvo de la camisa.

—¿Quién necesita a los hombres, de todos modos? Solo hacen falta sus cositas de vez en cuando para mantener la especie. Eso es todo. Contacto mínimo. Muy eficiente.

Me enderecé. Podía hacerlo. Tenía que hacerlo. Al demonio el tipo del torbellino con su estúpido pelo perfecto, sus estúpidos labios perfectos y su estúpido trasero perfecto.

Entrelacé los dedos y tiré de ellos, intentando hacer crujir los nudillos de forma dramática, como en las películas. Sentí un jaloncito y algo muy parecido a una ligera decepción. Luego giré los hombros, exhalé con fuerza y acomodé el equilibrio, lista para intentarlo otra vez.

El sonido de unas ruedas rodando sobre el piso me hizo girarme.

El tipo del torbellino había vuelto, empujando una carretilla frente a él como si la solución hubiera sido obvia desde el principio. La colocó en posición, trabó las ruedas con el pie e inclinó la estatua hacia adelante con una fuerza controlada. La base se deslizó perfecto a su lugar. La aseguró con correas, jaló una vez para comprobar que quedara firme y luego empujó. La estatua avanzó con suavidad por el piso, obediente ahora, como si hubiera estado esperando a alguien que sí entendiera de palanca.

Fruncí el ceño. Odiaba esa estatua, quizá más de lo que odiaba a mi tía por haberme metido en esta situación. ¿Qué clase de persona se enoja con una estatua? Claramente estaba perdiendo la cabeza, y era una lástima porque mi mente solía ser mi mejor cualidad.

El tipo del torbellino la maniobró por la puerta con facilidad, inclinándola apenas lo necesario para librar el marco.

—¿Dónde la quieres? —preguntó, ya en movimiento.

Me quedé viéndolo con la boca abierta, lo cual no era nada favorecedor y probablemente me hacía parecer un pez dorado confundido.

—En la bodega —dije—. Debajo de las escaleras. Por ahora.

Él asintió y se llevó la estatua de Edna en su carrito.

Le hice un gesto con el dedo.

El salón se sintió diferente de inmediato, más luminoso y abierto. Miré por encima de la repisa de la chimenea y me estremecí por dentro. Todavía quedaba el problema del gigantesco cuadro de

Edna, pero ese lo podía mover fácilmente yo misma o pedirle ayuda a María.

Cuando el tipo del torbellino volvió, se limpió las manos con un trapo como si hubiera terminado una tarea rutinaria.

—¿Estás bien? —preguntó, recorriéndome de arriba abajo con la mirada, despacio.

Sentí que se me subía el calor a la cara.

—Sí.

Y ahí, de pie, viéndolo resolver en unos minutos lo que a mí me había tomado una hora, algo muy parecido al respeto se me instaló en el pecho. De ese que te mueve cosas por dentro. De ese que no quería examinar demasiado de cerca, menos en ese momento.

—Gracias —dije—. Creo que me acabo de ganar una hernia y un latigazo al mismo tiempo.

El tipo del torbellino levantó la vista mientras se limpiaba las manos con el trapo. Asintió apenas, como si aceptara el agradecimiento igual que aceptaba la gravedad, como una constante más.

—Sí —dijo—. No hay problema.

Cambié el peso de un pie al otro, de pronto demasiado consciente del sudor, de mi pelo y de que acababa de estar tirada en el piso como una heroína victoriana, solo que con peor condición física.

—Debería… —señalé vagamente hacia mi bolsillo— puedo pagarte. En efectivo, con cheque, con café… ahora que ya no lo quemo, me sale bastante bueno.

Él hizo un gesto con la mano, restándole importancia, y se agachó a recoger la correa que había usado con la estatua, enrollándola con cuidado.

—No hace falta.

Parpadeé.

—En serio, no. Ya viniste dos veces.

A ayudarme. A arreglar cosas que yo no habría podido resolver sola, por más horas que me hubiera pasado en Google o viendo videos de YouTube.

Volvió a quitarle importancia con la mano y guardó la correa en su caja de herramientas.

—Nos arreglamos después de la inspección.

Claro. La inspección. Ya lo había mencionado ese mismo día. Asentí, aliviada de no habérmelo inventado en una alucinación por estrés. No habría sido la primera vez. Una vez imaginé una conversación entera con la zorra de mi ex que terminaba conmigo haciéndole un jiu-jitsu entusiasta, y completamente imaginario, en la cara.

—No te oí entrar —dije—. La puerta principal se atora.

—Ya la arreglé —dijo, alejándose.

—Ah.

Lo seguí por el pasillo mientras revisaba el lugar con la mirada, recorriendo el techo, las esquinas y esos puntos que parecían inocentes, pero no lo eran.

—La casa tiene buena estructura —dijo—, pero es vieja. El techo cede cerca del tercer piso. El cableado ha ido sobreviviendo a base de parches. Hay partes que están bien. Otras… son puro optimismo.

Solté un resoplido.

—A Edna le encantaba el optimismo, pero no en la gente.

Se le movió apenas la comisura.

—Las tuberías aguantan —continuó—. Quiero asegurarme de que todo esté en regla.

Mi mente se quedó en blanco. Estar en regla. Mierda. ¿Y si no lo estaba? ¿Entonces qué?

—La próxima semana es Pearls & Pints —dije, sintiendo que se me disparaba la presión nada más pensarlo.

Me miró de reojo.

—Lo sé.

Arqueé una ceja.

—Ah, ¿sí?

—Es difícil no enterarse —dijo—. El pueblo se llena. Desaparece el estacionamiento. Y los hombres empiezan a fingir que no les importa que los subasten.

—Fingir —repetí.

—Se las arreglan —dijo.

Solté una risa por la nariz.

—Sí, eso suena bastante acertado.

Me recargué en el barandal, con los brazos cruzados.

—Entonces lo has visto. De cerca.

¿Por qué le estaba preguntando eso?

—Todos los años.

Interesante.

—¿Y? —pregunté—. ¿Qué te parece?

Se lo pensó un momento.

—Trae dinero. Mantiene las cosas andando.

—Vaya, se nota que estás profundamente conmovido.

—Soy práctico —dijo.

Claro que sí. Dudé y aun así le pregunté.

—¿Alguna vez haces voluntariado?

Ahí iba yo otra vez, hablando de más.

Levantó un poco las cejas.

—Depende.

—¿De qué?

—De si me lo preguntas como posadera o como alguien con curiosidad.

Sentí que el calor me subía por el cuello.

—Como posadera —dije enseguida—. Es pura curiosidad profesional. Solo quiero saber con qué me voy a topar.

Mentira total. Bueno, una mentira piadosa. Eso no contaba.

—Entonces no —dijo—. Ayudo a montar todo, arreglo lo que se descompone, pero no me subo a la tarima, si eso es lo que quieres saber.

—¿Por qué no?

Miró hacia las ventanas del frente y la carretera más allá.

—Me gustan las tardes tranquilas.

Tenía sentido. De alguna manera.

Mi pulso hizo algo inesperado. Lo ignoré.

—Bueno —dije, apartándome del barandal—, la posada tiene que sobrevivir a la próxima semana.

—Lo hará —dijo, volviendo la mirada hacia mí.

La seguridad en su voz aflojó algo que llevaba apretado en el pecho.

—Hoy no voy a alcanzar a hacer todo —añadió—. Tengo otras propiedades que revisar.

Claro.

—¿Cuándo vuelves? —pregunté.

El tipo del torbellino acomodó la caja de herramientas como si la pregunta requiriera un cálculo breve.

—Mañana —dijo—. Temprano.

Eso no me sorprendió. Tenía pinta de ser de esos que creen que madrugar es una virtud moral.

—Aquí voy a estar —dije.

—Lo sé.

Ahí estaba otra vez. Esa certeza tranquila, como si la posada, la inspección y mi caos general ya estuvieran perfectamente acomodados en su agenda.

Se giró hacia la puerta del sótano, con las botas firmes sobre el viejo piso y la caja de herramientas balanceándose apenas a su lado. Por un segundo pensé que eso era todo. Había resuelto el problema inmediato, dicho lo necesario y desaparecería hasta mañana como un adulto funcional.

Entonces se detuvo y giró un poco.

—Ah —dijo con naturalidad, como si esto no fuera a trastocarme toda la semana—. Voy a estar aquí todos los días hasta que quede listo.

—¿Todos los días? —repetí como idiota, como si mi cerebro estuviera haciendo un esfuerzo extra por procesarlo.

Me miró de reojo.

—Así funcionan las inspecciones.

Sí, claro. Yo lo sabía. Al parecer, las inspecciones eran experiencias inmersivas, compromisos de varios días, eventos capaces de invadirte la vida entera.

Todos los días hasta que quede listo.

Mi cerebro empezó de inmediato a pasar lista de todas las cosas que no había planeado que él viera. Yo antes del café. Yo después del café. Yo llorando en silencio sobre hojas de cálculo. Yo

discutiendo con Dottie sobre muffins. Yo perdiéndome entre los muebles.

—Está bien, entonces —dije, asintiendo como si todo esto fuera perfectamente razonable y nada alarmante—. Todos los días.

Volvió a fijarse en el techo, siguiendo una viga con la mirada, ya de regreso en modo trabajo.

—Hoy voy a empezar con el cableado. Mañana revisaré el acceso al techo del tercer piso. Para eso necesito luz natural.

—Claro que sí —dije—. La posada aprecia mucho la luz del día. Es bastante exigente.

Se le movió apenas la boca.

—Voy a asegurarme de que todo esté en regla antes del fin de semana. Lo último que necesitas son sorpresas.

Las sorpresas quedaban oficialmente prohibidas.

—Apuesto a que en tu trabajo te topas con todo tipo de sorpresas —dije—. Las casas viejas tienen personalidad. Esta pone los ojos en blanco sin pensarlo dos veces. Y ha visto cosas que no me da confianza que saque a relucir después.

El tipo del torbellino soltó una risa grave, de esas que me agarran desprevenida y me hacen reír también. Era una buena risa, espontánea, como si no la desperdiciara.

—No te equivocas —dijo—. Es cierto. Pero cuando termino con ellas, por lo general se portan bien.

—Porque las dejas bonitas.

Negó apenas con la cabeza.

—Porque las dejo sólidas.

Luego, después de una pausa, añadió:

—Y vuelven a ser el primer hogar de alguien.

Eso me dejó sin palabras.

—Una familia joven —continuó—. O una pareja recién jubilada. Alguien empezando de nuevo.

Sin darme cuenta, le sonreí.

—Eso debe sentirse bien.

Por un segundo su expresión cambió, suavizándole un poco los rasgos. Luego apartó la mirada.

—Es trabajo —dijo—. Es lo que hago.

Excepto que claramente no era solo eso. Alcancé a ver ese destello antes de que lo escondiera, esa parte que no enseñaba. El tipo del torbellino tenía corazón. Genial. Qué inconveniente.

—¿Te va a dar tiempo de escribir —preguntó— y llevar la posada?

La pregunta me sacó de golpe de mis pensamientos. Abrí la boca.

—Me sorprende que te acordaras.

Entonces me miró, firme, directo.

—Claro que me acuerdo.

Bueno, mierda. Eso no me lo esperaba.

Nos quedamos allí de pie un momento, sin que ninguno de los dos dijera nada. Me sorprendió lo fácil que me resultaba, lo cómoda que me sentía a su lado, sin siquiera decir una palabra. Simplemente… allí de pie.

Me aclaré la garganta.

—Gracias por hacer esto —repetí, esta vez más bajito.

Y mientras él asentía, tuve la sensación, clara e incómoda, de que quizá me había equivocado con él.

Lo cual, históricamente, era justo como empezaban los problemas.

Hizo un gesto con la mano para restarle importancia mientras ya se encaminaba a la puerta.

—Es mi trabajo.

Claro. Solo trabajo. Al parecer, los hombres que aparecían todos los días arreglaban cosas importantes y soltaban frases capaces de ponerme a mil también venían incluidos en el servicio.

Llegó al umbral y volvió a detenerse, como si su cerebro estuviera repasando una segunda lista.

—Voy a traer una escalera más alta —añadió.

Solté una risa antes de poder evitarlo.

—Claro que sí.

Asintió una vez, satisfecho, y abrió la puerta del sótano de un tirón. Se cerró detrás de él con un clic seco, y luego se fue.

Me quedé ahí, en el pasillo, escuchando cómo el silencio volvía a instalarse. Pero esta vez era un silencio bueno. De esos que se

sienten merecidos.

Todos los días.

Volví al estudio y recorrí la habitación con la mirada: el espacio despejado, la ausencia de la estatua de Edna, la forma en que la luz caía sobre el piso sin nada que la interrumpiera.

Cada día significaba avance. También significaba mañanas compartidas, rutinas cruzadas, alguien más que ya conocía los rincones de este lugar casi tan íntimamente como yo empezaba a conocerlos.

Apoyé la palma en el barandal para sostenerme.

Eso era bueno. Eso era necesario. Eso era exactamente lo que la posada necesitaba.

Y, aun así, cuando salí del salón y fui hacia recepción para contestar la siguiente llamada inevitable, respiré hondo y me acomodé detrás del mostrador, entrando otra vez en modo posadera. Pero hubo un pensamiento que se metió sin permiso, demasiado sereno como para ignorarlo.

El tipo del torbellino seguía aquí, arreglando cosas y haciendo planes.

Mañana iba a volver. Y también todos los días después de eso.

Y, al parecer, acababa de agregar una cosa más a mi agenda, que ya estaba hasta el tope.

A él.

12

ALEX

El sótano olía a concreto húmedo, polvo viejo y algo vagamente metálico, que casi siempre era señal de que alguien había hecho arreglos superficiales esperando que todo saliera bien.

Me quedé parado frente al tablero eléctrico, mirándolo. Y mirándolo. Y luego lo miré un poco más, solo para asegurarme de que no me estuvieran fallando los ojos.

No me estaban fallando.

A quien fuera que metió mano por última vez en ese tablero deberían prohibirle volver a tocar electricidad en su vida. Y quizá también herramientas. Tal vez hasta dejarlo solo con unos lápices de colores.

Los cables se cruzaban donde no tenían nada que hacer. Las etiquetas estaban escritas con tres tipos de letra distintos. Había una tira de cinta aislante haciendo un trabajo para el que la cinta aislante jamás fue creada. Uno de los interruptores estaba marcado como "¿quizá cocina???", con tres signos de interrogación, como si hasta el que lo escribió hubiera perdido la fe a media frase.

—Dios.

Solté el aire lentamente por la nariz. Si esto fuera una de mis remodelaciones, habría despedido al electricista en el acto. Después

de cobrarle de vuelta. Y luego lo habría vuelto a despedir por daños emocionales.

Me agaché y abrí por completo la tapa del tablero, cuidando no tocar nada hasta entender ese desastre. Viejos cables forrados en tela corrían junto a otros más nuevos, con recubrimiento plástico, empalmados en lugares que me hacían apretar la mandíbula. Algunas secciones más recientes estaban limpias y bien resueltas. Quien hizo esa parte sí sabía lo que hacía.

Otras zonas parecían hechas con Edna parada al lado, fumando, señalando con el dedo y diciendo:

—Funciona. No lo toques.

Y el electricista, obediente, le había hecho caso.

Seguí una línea con el dedo por la pared, por encima de una viga y de vuelta al tablero: cableado original, tan viejo como la casa, todavía intacto. No era bonito, pero era sólido. En esa época la gente construía para que las cosas duraran, porque fallar no era opción.

Eso sí me inspiraba respeto.

Luego estaban los atajos. Las modificaciones. Las "soluciones temporales" que se habían vuelto permanentes solo porque pasó el tiempo. Ese tipo de cosas que los inspectores detestan y los dueños ignoran hasta que algo suelta chispas o hace un ruido capaz de quitarte años de vida.

Revisé la conexión a tierra: mejor de lo que esperaba. Luego revisé el balance de carga: peor de lo que esperaba.

Me recargué sobre los talones y eché un vistazo al sótano mientras mis ojos se acostumbraban a la poca luz. Las tuberías corrían sobre mi cabeza, algunas reemplazadas, otras originales. La caldera estaba cerca, ahora zumbando en lugar de rechinar como lo había hecho esa mañana. Al menos ese problema había sido sencillo.

El tablero eléctrico no.

Y, de algún modo, a pesar de todo, la casa seguía en pie. Las luces prendían. La calefacción funcionaba. No había marcas de quemaduras. No olía a cable chamuscado.

Lo que solo podía significar una cosa: alguien, probablemente Edna, había sabido exactamente hasta dónde podía tensar la cuerda

sin romperla.

Me puse de pie y giré los hombros, sintiendo cómo se me instalaba la tensión en el cuerpo. Esto no era un arreglo rápido. Ni siquiera era un arreglo limpio. Era un trabajo lento, metódico, de deshacer nudo por nudo. Y eso requería tiempo y atención. Tiempo que normalmente no invertía en lugares así.

Saqué el celular del bolsillo trasero y empecé a tomar fotos. Luego abrí mis notas: arreglar, mejorar, redirigir.

—Joder.

Eso ya era más de lo que había calculado. Y costaría miles. Dinero de verdad. De ese que la gente no trae suelto en el bolsillo, menos alguien que acababa de heredar una posada vieja con el reloj corriendo en su contra.

Apoyé un hombro en la pared de concreto y revisé otra vez las fotos. Empalmes mal hechos, un desastre escondido detrás de un sistema que apenas se mantenía funcionando. El tipo de problema que espera el peor momento posible para reventar.

Mi mente volvió a subir las escaleras sin permiso. Nueva York tirada en el suelo del salón, con el pelo suelto y la cara enrojecida por el sudor. Atrapada entre su terquedad y la gravedad, negándose a dejar que cualquiera de las dos ganara. Me había mirado como si su propia resistencia la hubiera sorprendido, como si no hubiera planeado necesitar ayuda, pero la hubiera aceptado de todos modos.

Esa mirada se me quedó clavada. Y no tenía por qué haberse quedado.

Maldita sea.

Negué una vez con la cabeza, bloqueé el celular y me lo guardé en el bolsillo como si ese pensamiento fuera un cable suelto al que acababa de taparle el problema con cinta aislante. Esto era trabajo: un encargo, una clienta que necesitaba arreglos antes de una fecha límite que haría que cualquier persona en su sano juicio dijera que no y se largara.

Yo no me involucraba con clientas. No desdibujaba límites. Arreglaba problemas, cobraba y seguía adelante.

Y desde luego no me quedaba parado en un sótano pensando en una mujer que, sudada y furiosa, se veía mejor que la mayoría de la

gente arreglada para una gala.

Me aparté de la pared y volví al tablero, concentrándome en el zumbido del sistema, el peso de las herramientas y el trabajo que tenía enfrente.

Este lugar necesitaba atención. Eso era todo. Cualquier otra cosa era una distracción. Y las distracciones salían caras.

Me interné más en el sótano, siguiendo otro tramo del cableado. Ahí era más nuevo. La instalación estaba limpia. Las grapas, bien colocadas. Alguien se había preocupado por hacer las cosas bien, al menos una vez, probablemente en una de las remodelaciones más recientes. Con eso sí podía trabajar, construir a partir de ahí en lugar de arrancarlo todo.

La posada no era un desastre. Era un lugar hecho por capas, parchado, ajustado. Seguía en pie a base de terquedad y de la habilidad justa para mantenerla viva. Y eso valía algo.

Me enderecé y miré hacia las escaleras cuando unos pasos cruzaron el piso de arriba.

La voz de Nueva York se oyó un momento después.

—Sí —dijo—. El próximo fin de semana.

Pausa.

—Sí, tengo disponibilidad.

Otra pausa, esta vez más larga. Me la imaginé pasando una página, con el bolígrafo ya en movimiento.

—Fin de semana de despedida de soltero de Pearls & Pints, sí. Ese mismo. Dos noches. De viernes a domingo. Una habitación con cama matrimonial.

Otra pausa.

—No, el desayuno está incluido. El café empieza temprano.

Ahí estaba otra vez. Ese tono firme, sin vacilaciones, sin que se le notara el pánico. Puro impulso.

—Te envío el correo de confirmación en un momento —añadió—. Nos va a dar mucho gusto recibirte.

Los pasos se reanudaron, ahora más rápidos, pasando ya a lo siguiente. Y no se había detenido ni una sola vez a tomar aire.

La mayoría de la gente ya se habría asustado a esas alturas. Habría levantado las manos, culpado al calendario, maldecido al

pueblo y salido corriendo.

Ella no.

Volví al tablero, bajé un interruptor, observé la respuesta y luego lo subí otra vez. El sistema gimió, pero aguantó.

—Sí. Eres más resistente de lo que pareces.

Cerré el tablero con cuidado, repasando mentalmente lo que iba a necesitar al día siguiente. Interruptores nuevos. Etiquetas mejores. Un reequilibrio completo. Tal vez incluso reemplazar una sección entera si quería dormir tranquilo por las noches.

Y entonces caí en algo que me irritó mucho más de lo que ese cableado podría haberme irritado nunca.

Ya estaba haciendo planes para después de la inspección.

Y eso significaba que me iba a quedar, lo admitiera o no.

—¿Qué diablos estoy haciendo?

Me enderecé, acomodé la tapa del tablero y subí las escaleras de dos en dos. El aire del sótano se me había pegado a la ropa —húmedo, metálico, a concreto viejo—, así que la planta baja me pareció, en comparación, casi limpia. La posada crujió mientras subía, con ese sonido suave de protesta que hacen la vejez y el espacio vacío. No sonaba a advertencia. Sonaba más bien a comentario.

A medio camino, la voz de Nueva York volvió a sonar desde arriba: tranquila, seca, firme.

—Sí, así es. El próximo fin de semana.

Hizo una pausa lo bastante larga como para que me la imaginara sosteniendo el teléfono entre el hombro y la oreja mientras hojeaba un libro de cuentas.

—Fin de semana de despedida de soltero de Pearls & Pints. Dos noches. De viernes a domingo.

Sus pasos iban y venían, rápidos y ligeros. La llamada terminó, pero casi enseguida empezó otra. Estaba manejando recepción con un solo cerebro y una oración.

Para cuando llegué al pasillo de la planta baja, ella ya estaba ahí, con una libreta en una mano y un bolígrafo en la otra, respirando un poco agitada, como si hubiera salido corriendo desde el mostrador.

—Eres… rápido —dijo, bajando la mirada antes de volver a levantarla.

Seguí caminando.

—Tú estás… muy ocupada.

Dio un paso detrás de mí y luego se frenó.

—¿Quieres que te acompañe?

—Como quieras.

Las luces del pasillo estaban encendidas, focos cálidos en lámparas viejas que intentaban verse encantadoras mientras hacían apenas lo indispensable. Me detuve bajo el primer aplique, levanté la vista y seguí con la mirada la línea del techo. La pintura había sido retocada más de una vez. Algunas zonas se veían más lisas. Otras tenían esa pequeña protuberancia que queda cuando alguien repara y pinta a las carreras.

Estiré la mano y di un golpecito en la base de la lámpara. No se movió. Bien. Apagué el interruptor. Encendido. Apagado. Encendido.

La luz parpadeó una vez, un titubeo breve, y luego se estabilizó.

Saqué el celular y le tomé una foto a la base de la lámpara.

Algo se movió en mi visión periférica cuando Nueva York se inclinó hacia mí, pero enseguida se detuvo y retrocedió unos centímetros, como si de pronto se hubiera acordado del espacio personal.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó.

—Documentando —dije.

Apunté el celular hacia la placa del interruptor. Foto.

—Parpadeo. Probablemente una conexión suelta. Puede ser la lámpara, puede ser el cableado.

Ella anotó rápido.

—Parpadeo. Conexión suelta.

Avancé por el pasillo, revisando cada luz a mi paso. Interruptor. Respuesta. Calor. Estabilidad. La mayoría se mantenían firmes. Dos parpadeaban. Una zumbaba apenas, como si tuviera algo que opinar.

Nueva York venía detrás de mí, con el bolígrafo en movimiento y la respiración todavía un poco acelerada. Ya estaba cansada, y el día apenas empezaba. Aun así, seguía el ritmo.

—Esa siempre hace eso —dijo, señalando con la cabeza una lámpara del techo que zumbaba como un insecto fastidiado.

—¿Desde cuándo? —pregunté.

—Desde que llegué.

Levanté la vista. La lámpara era más nueva que las demás. Alguien la había cambiado en algún momento, seguramente para "modernizar". Los cables estaban ocultos detrás de una placa barata que no encajaba bien.

Me subí a un banco pequeño que habían arrimado a la pared, alcé la mano y retiré la placa con cuidado.

Por dentro, el cableado era un enredo. Un cable viejo, forrado en tela, alimentaba a otro más nuevo, unido con un conector que parecía comprado en oferta. Ese tipo de arreglos funcionan… hasta que dejan de funcionar.

Tomé una foto. Luego otra desde otro ángulo.

Nueva York se inclinó un poco hacia mí, no tanto como para estorbar, pero sí lo suficiente para no perderse ni una palabra.

—Eso está mal, ¿no? —preguntó.

—Es una chapuza —dije—. Se puede arreglar.

Ella también lo anotó, pero luego se detuvo y me miró.

—"Se puede arreglar" suena… como un estándar bastante bajo.

Volví a colocar la placa en su lugar.

—Es un edificio viejo. Los edificios viejos sobreviven con estándares bajos.

Soltó un suspiro que sonó a resignación y estrés al mismo tiempo.

Entonces oí el eco de unos tacones acercándose por el pasillo detrás de nosotros.

—Bueno —dijo una voz femenina, animada—, esto acaba de mejorarme el día.

Me giré justo cuando Lola apareció avanzando hacia nosotros por el corredor, con la bata de seda amarrada sin mucho interés y una copa en la mano, como si se hubiera arreglado específicamente para inspecciones e interrupciones. Su mirada se posó en mí y se quedó ahí, lenta y deliberada.

—¿También haces trabajos privados? —preguntó—. Porque de pronto tengo… asuntos urgentes. Arriba.

Nueva York soltó un ruidito ahogado.

Lola la miró un segundo y luego volvió a mirarme a mí.

—Todo estrictamente profesional, claro —añadió—. A menos que seas flexible.

—Yo arreglo edificios —dije.

La sonrisa de Lola se ensanchó.

—Qué pena.

Levantó la copa en una especie de brindis casual y siguió su camino, desapareciendo por el pasillo como si no acabara de lanzar una granada en plena conversación.

Se hizo el silencio, y volví a concentrarme en la lámpara.

Nueva York se había quedado quieta, con el bolígrafo suspendido en el aire y una sonrisa apenas contenida en la boca.

—Es un poco intensa.

—No me digas.

Bajé del banco y seguí avanzando por el pasillo, ya pensando en lo siguiente.

Nos dirigimos hacia la escalera. El letrero de salida sobre la puerta estaba ligeramente torcido. Las letras verdes seguían brillando, pero la carcasa se había amarilleado con el tiempo.

Revisé la etiqueta con la fecha en un costado y le tomé una foto.

El bolígrafo de Nueva York se movió rápido.

—Fecha de caducidad.

—La batería de respaldo es importante —dije.

Ella asintió enseguida.

—La batería de respaldo es importante.

Alcancé a mirar su libreta y vi que lo había subrayado dos veces.

Levantó la vista, notó que la había visto y se aclaró la garganta.

—Me lo estoy… tomando en serio.

—Eso está bien.

Sus hombros se relajaron un poco, como si hubiera estado esperando permiso para preocuparse tanto.

Subimos al segundo piso. El pasillo era más angosto ahí arriba, flanqueado por puertas que habían sido pintadas una y otra vez,

hasta que las bisagras se veían gastadas. A lo largo del corredor había apliques de pared, todos ligeramente distintos, como si la posada los hubiera ido acumulando con los años y luego decidiera llamarlo encanto.

Revisé el primero, funcionaba bien. El segundo parpadeaba. El tercero, bien. El cuarto tenía la placa del interruptor agrietada.

Fui tomando fotos mientras avanzaba: la base, la placa, los puntos de acceso al cableado, cualquier cosa que pareciera improvisada.

Nueva York seguía mi paso por el pasillo, con la libreta inclinada hacia la luz más cercana. Cuando se detenía a escribir, su hombro rozaba mi brazo, apenas lo suficiente para que alcanzara a ver sus notas entre un paso y otro.

Preguntarle a María si vio manchas de agua.

Revisar el armario de la ropa blanca en busca de extintores.

¿Comprar más bombillas???

Subrayó la última dos veces y luego añadió una estrella en el margen.

Llegamos a un punto donde el techo había sido cortado y remendado. Una fina línea de pintura nueva delineaba un cuadrado que no encajaba con el resto. Alguien había accedido al cableado por allí recientemente.

Me detuve.

Nueva York me dio un ligero empujón en la espalda, un contacto suave y rápido antes de apartarse inmediatamente como si hubiera tocado una estufa caliente.

—Lo siento —soltó, sonrojándose.

El color hacía que sus ojos resaltaran. Brillantes. Azules. Sensuales. Demasiado sensuales.

Desvié la mirada hacia el techo y levanté el teléfono para hacer una foto del parche. —Sigue.

Ella asintió, con el bolígrafo listo otra vez.

—Sí, jefe.

Se me torció la boca antes de poder evitarlo.

Seguimos por el pasillo. Al fondo, una puerta se abrió y salió María con una canasta de ropa de cama apoyada en la cadera.

Tendría unos cincuenta y cinco años, el pelo corto y oscuro recogido en un moño apretado, con ese mismo aire práctico y sensato de siempre. Nos vio y aflojó el paso, mirándome primero a mí.

—Hola —dijo, como si no fuera la primera vez que me veía en esos pasillos.

—María —respondí con la misma naturalidad.

Llevaba trabajando ahí desde que Edna seguía viva, tiempo suficiente para conocer el edificio mejor que nadie.

Su mirada pasó hacia Nueva York, rápida y curiosa.

—Las habitaciones ya casi están listas. Solo faltan las toallas.

La expresión de Nueva York se tensó apenas un segundo antes de volverse pura concentración, ya otra vez en movimiento.

—Toallas —repitió, anotándolo—. Bien. Perfecto. Gracias.

María asintió, se acomodó la canasta en la cadera y siguió hacia el armario de blancos como si lo hubiera hecho mil veces antes.

Nueva York soltó el aire despacio, con ruido.

—¿Estás bien? —le pregunté, porque la pregunta salió antes de que pudiera detenerla.

Me miró como si le hubiera preguntado si le gustaba respirar.

—Sí. Totalmente. De maravilla.

Luego señaló su libreta.

—¿Tenemos suficientes toallas? No. ¿Sé cuántas se supone que debe tener una posada? Tampoco. ¿Quiero averiguarlo por las malas? No especialmente.

Asentí una vez y revisé otro aplique. La luz seguía estable.

—Pide más de la cuenta.

Se me quedó viendo.

—¿Eso es… una opción?

—Es *la* opción.

—Claro.

Asintió y escribió algo más.

—Pedir más toallas.

Llegamos al final del pasillo, donde la luz de emergencia estaba montada sobre una puerta que daba a las escaleras. La carcasa estaba polvosa y una de las micas tenía una grieta.

La probé. Siguió encendida. Le tomé una foto a la grieta.

—Luz de emergencia agrietada —dijo Nueva York mientras seguía escribiendo—. Cambiar antes del festival.

No dijo el nombre del festival en voz alta. No hacía falta.

Fin de semana de solteros de Pearls & Pints. Una maldita pesadilla.

Miré hacia el fondo del pasillo: edificio viejo, cableado viejo, parches viejos, mil detalles pequeños que seguían en pie solo porque alguien los había mantenido a duras penas lejos del desastre.

Nueva York estaba ahí, con el bolígrafo en la mano, esperando la siguiente indicación. Llevaba el pelo recogido y revuelto, y las mejillas enrojecidas de tanto correr de un lado a otro sin detenerse. Intentaba pasar desapercibida, ocupar menos espacio, evitar parecer la mujer que no tenía ni idea de lo que estaba haciendo.

Y eso no iba con ella.

Su terquedad llenaba los cuartos, incluso cuando intentaba hacerse chiquita.

Señalé el siguiente aplique.

—Ese, revisa la placa, tómale una foto y mándamela.

Levantó las cejas.

—¿Ahora… estoy ayudando?

—Ya estás aquí —dije—. Aprovéchalo.

Asintió y se acercó con cuidado, concentrada, con el teléfono en una mano y el bolígrafo detrás de la oreja. Levantó la cámara, tomó la foto y luego miró la lámpara como si quisiera aprendérsela de memoria.

—Voy a convertirme en experta en lámparas en contra de mi voluntad —murmuró.

—Bienvenida a los edificios viejos —dije.

Soltó una risita y, aun así, anotó algo más.

Volvimos hacia las escaleras, con la posada crujiendo bajo nuestros pasos y las luces brillando sobre nosotros, firmes por ahora.

Faltaba una semana para Pearls & Pints.

Nueva York siguió escribiendo mientras caminaba, con el bolígrafo volando, siempre tres pasos delante de problemas que

todavía ni resolvía.

La lista de mi celular no dejaba de crecer, foto tras foto, como si el trabajo ya estuviera decidiendo por su cuenta lo que quería de mí.

Y el problema era… que yo estaba dejando que sucediera.

13

SARAH

¿Alguna vez habías oído hablar del insomnio por agotamiento? Yo tampoco. Pero créeme, existe. Es esa crueldad irónica que aparece cuando tu cuerpo ya se rindió, pero tu cerebro decide que es el momento ideal para organizar un simposio sobre todas las malas decisiones que has tomado en tu vida.

Anoche me arrastré hasta la cama todavía vestida, me dejé caer boca abajo sobre el colchón y esperé a que llegara la inconsciencia como si fuera un autobús que debía aparecer en cualquier momento.

No apareció.

En cambio, mi cerebro se encendió como un estadio: brillante, ruidoso e inútil.

¿Cerré con llave la puerta trasera? ¿La caldera seguía zumbando? ¿Y si se iba la luz durante el fin de semana de Pearls & Pints? ¿Teníamos generador de respaldo? ¿Y si llegaba un huracán y arrasaba con la posada? ¿Y si fracasaba de forma espectacular y terminaba viviendo en mi coche?

Estaba completamente alterada y, claramente, perdiendo la cabeza.

Como a las tres de la mañana, me quedé mirando el techo y acepté que dormir era más una sugerencia que una garantía.

Cuando por fin logré salir de la cama, me latía la cabeza y me dolían todos los músculos del cuerpo más que el día anterior. Hombros. Piernas. Brazos. Músculos que ni recordaba tener estaban presentando quejas formales.

¿Por qué? ¿Por qué el cuerpo espera a que la crisis haya terminado, técnicamente, para venirse abajo?

Mi celular marcaba las 5:35 de la mañana cuando me arrastré hasta el baño, con los ojos medio abiertos, llenos de lagañas, y el alma completamente agotada.

Y fue entonces cuando lo vi.

Toallas limpias.

Toallas limpias, gris claro y esponjosas, así que nada de exfoliarme la piel con las otras. También había jabón de manos nuevo. Jabón de hotel de verdad. Gel de baño. Champú. Acondicionador. Esas botellitas diminutas que uno roba y guarda como si fueran lingotes, aunque nunca las use.

María había estado ahí. Bendita sea. Ojalá su almohada esté siempre fresca.

Me quedé mirando la escena un buen rato, sinceramente conmovida, y luego bajé la vista hacia la vieja barra de jabón de Edna, que seguía sobre el lavabo como una amenaza. Con eso se podía lijar un mueble.

La agarré, ni apunté siquiera, y la lancé por encima del hombro.

Oí un chapoteo a lo lejos.

—Considera esto un divorcio.

La ducha estaba caliente. Benditamente caliente. El vapor llenaba el baño, aflojando el nudo que traía en la cabeza, y cuando agarré el gel de baño se deslizó en mi mano, suave y resbaloso, oliendo a lavanda, a calma y a una vida en la que todo estaba bajo control.

Gemí. En voz alta. Sin la menor vergüenza.

Si así se sentían los hoteles de lujo, entendía perfectamente por qué la gente pagaba por ellos en vez de heredar una locura rosa.

Para cuando me vestí —con mi único pantalón negro de vestir y una camisa negra entallada— el dolor de cabeza ya era solo un latido sordo en lugar de una banda completa, y mi reflejo se veía… ligeramente humano. Cansada, sí, pero decidida. De esa clase de

decisión que nace cuando fracasar ya no es una opción porque quemaste la salida de emergencia.

A las seis y media ya había recuperado mi coche, depositado el cheque de Lola en el Maplewood Falls Bank y me había convencido de que cuatro horas de sueño contaban como descanso.

El banco olía a desinfectante, como si acabara de pasar el equipo de limpieza. Las luces del vestíbulo estaban encendidas, pero el lugar estaba vacío, salvo por el zumbido del cajero. Metí el cheque de Lola en la ranura de depósito y me quedé viendo cómo la pantalla lo procesaba. Demasiado tiempo. Demasiado. El pánico se me subió al pecho. No era un cheque pequeño. Era enorme. Y siempre existía la posibilidad de que la máquina me lo escupiera de vuelta y me mandara con un cajero.

Por favor, no me lo rechaces. Tengo planes para ti. Grandes planes.

Al final, la máquina lo aceptó.

Sin alarmas. Sin luces rojas parpadeando. Sin sirenas llamando a un escuadrón financiero.

Ok. Bien.

La posada abría a las siete. Yo ya estaba ahí a las seis cuarenta y cinco, con un café en la mano y el optimismo en estado crítico.

Abrí la puerta principal y entré. El silencio me envolvió de golpe. La luz de la mañana se colaba por las ventanas, con motas de polvo flotando con toda la calma del mundo. El lugar olía apenas a café, a cera para madera y a algo floral que podía ser lavanda o lila.

Dejé la taza detrás del mostrador y respiré hondo.

—Puedes hacerlo.

Hoy era el día. Mis primeros huéspedes. Cinco. Bueno, seis, si contabas a Boomer, el perro de la mujer que había reservado una de las habitaciones de la planta baja y había preguntado tres veces si había "normas sobre los ladridos".

No había normas.

Me las iba a inventar sobre la marcha.

Revisé el libro de reservas otra vez, aunque ya me lo había memorizado en un aturdimiento provocado por la falta de sueño.

Nombres, fechas, notas, una alergia, un madrugador y un huésped que pidió "poca energía ambiental".

Ni idea de lo que eso significaba. Pero… da igual. Iba a improvisar y ver qué pasaba.

Enderecé la campana del mostrador, la ajusté y la volví a ajustar. Demasiado a la izquierda. Demasiado a la derecha. Perfecto. Y entonces se me ocurrió una idea.

El desayuno.

Mierda.

¿Qué íbamos a servir para el desayuno?

Mi cerebro hizo ese horrible ruido de disco rayado y se quedó completamente en blanco. No vacío en un sentido tranquilo y zen. Vacío en el sentido de *«me he olvidado de estudiar para el examen que ya estás haciendo*».

Los menús. No había revisado los menús con Dottie. No había confirmado qué iba a preparar ni en qué cantidad, ni si incluía alérgenos, ni si implicaba fuego. La cocina de Dottie se situaba en algún punto entre lo reconfortante y lo ligeramente ilegal, bueno, por lo que había observado hasta ahora.

Miré el reloj que había detrás del escritorio. 6:52 a. m.

Siete minutos.

Siete malditos minutos para que empezaran a llegar los huéspedes, hambrientos y esperanzados, esperando cosas como comida y competencia.

Agarré mi café, le di un trago frenético, me quemé la lengua al instante, siseé y volví a dejar la taza sobre la mesa de un golpe.

—Genial —siseé—. Un comienzo fantástico.

Rodeé el mostrador y caminé a paso ligero hacia la parte trasera de la casa, con mi monólogo interior adelantándome a pasos agigantados.

¿Y si Dottie decidía que el desayuno era opcional? ¿Y si todavía estaba dormida? ¿Y si había preparado uno de esos brebajes saludables experimentales que intentó obligarme a beber anoche?

Caminé apretando las nalgas, lo cual no tenía sentido, pero parecía necesario para caminar rápido. Me lancé por el pasillo, a

punto de tropezar con mis propios pies, y me dirigí directamente a la cocina.

La puerta ya estaba entreabierta. La luz se derramaba. También el sonido.

Las sartenes tintineaban. Una radio tarareaba algo alegre y vagamente anticuado. El inconfundible olor a tocino, tocino de verdad, no el «similar de pavo» ni «con sabor a tocino».

Entré corriendo en la cocina. La isla de la cocina estaba repleta. Cuencos, batidores, platos. Una pila de tortitas descansaba bajo un paño limpio, una sartén chisporroteaba en la cocina y había huevos esperando pacientemente en una caja.

Dottie estaba de pie junto a la encimera, con el pelo recogido en un moño desordenado, moviéndose con la seguridad de alguien que había dado de comer a todo un pueblo al menos una vez. El delantal blanco que llevaba puesto decía: LOTE EXPERIMENTAL.

No sabía muy bien cómo me hacía sentir eso.

Me desplomé contra el marco de la puerta, con la columna vertebral convirtiéndose en un pudín caliente.

—Ah, gracias a Dios —suspiré.

Dottie levantó la vista, con la espátula en la mano y los ojos brillantes.

—Buenos días, rayito de sol. ¿Dormiste bien? Yo dormí de maravilla, cerré los ojos y… ¡bam!, setas gigantes, muy hostiles. Me preparé un té antes de acostarme, recogí las setas yo misma en el bosque detrás de mi casa y estoy bastante segura de que estaban en buen estado.

Di un paso adelante.

—Estás… cocinando.

Su sonrisa se ensanchó todavía más.

—Eso suelo hacer en las cocinas, pero además tengo un laboratorio en casa. Lo llamo "la sala de pruebas de Dottie".

Hizo girar la espátula con satisfacción.

—Ahí preparo todos mis remedios naturales: tónicos, cremas, tinturas, ungüentos, tés y, a veces, artilugios.

Bajó la voz, como si fuera lo más natural del mundo.

—Los médicos son útiles, pero se les escapan cosas. A las hierbas no. Además, no confío en nadie que no cultive al menos una planta.

Hizo un gesto con la mano.

—Está muy bien organizado, si no cuentas los cables, ni el soldador, ni el olor. Sobre todo, el olor a eucalipto.

—Claro —admití, apoyando las manos en la isla—. Se me olvidó por completo hablar contigo del desayuno. Pensé que había abierto una posada sin comida y que íbamos a tener que disculparnos y repartir barritas de proteína.

Dottie volteó algo en la sartén con un movimiento experto.

—No te preocupes, llevo preparando desayunos desde antes de que nacieras.

Eso fue, a la vez, reconfortante y un poco ofensivo.

Eché un vistazo a la barra.

—¿Qué estás haciendo?

—Huevos, tocino, hotcakes, fruta, tostadas, pan francés, frijoles con miel de maple y café tan fuerte que podría despertar a un muerto.

Me miró de arriba abajo.

—Y a ti te vendría bien ese último.

—Dormí cuatro horas —dije—, y la mayor parte del tiempo me la pasé pensando en normas contra incendios y toallas.

Dottie soltó un resoplido.

—Error de principiante, en las toallas se piensa después del desayuno.

Me deslizó un plato: un hotcake perfectamente dorado, con vapor saliendo de él como si me estuviera llamando.

—¿Tienes hambre? —preguntó.

Mi estómago respondió de inmediato con un gruñido entusiasta.

—Sí, mucha, pero también podría vomitar si como.

Sí, estaba bastante segura de que eso podía pasar.

Dottie apoyó la cadera contra la encimera y me estudió con esa mirada suya, mitad maternal, mitad divertida, completamente imperturbable.

—Es tu primer día, es totalmente normal.

—¿En serio?

No sabía muy bien qué pensar de eso.

—Tienes los ojos así —dijo ella—, grandes, desencajados, como si estuvieras esperando que algo saliera mal y explotara.

—En cierto modo, sí.

Dottie hizo una mueca.

—Hablando de explotar, creo que dejé el prototipo de mi guante para la artritis sobre una caldera en el laboratorio.

Se rio por lo bajo y volvió a la estufa.

—Cómete la mitad, no te vas a morir.

—No sé —dije, mirando el hotcake como si fuera a morderme—. ¿Y si entra un cliente mientras estoy mordiendo? ¿Y si me mancho de miel? ¿Y si me atraganto?

Dottie se giró y me apuntó con la espátula.

—Si te atragantas, te hago la maniobra de Heimlich; si entra un huésped, va a ver a la dueña comiéndose su propia comida y va a pensar: "Ah, qué bien, es humana"; y si te manchas de miel, felicidades, ya administras oficialmente una posada.

Me quedé mirando el hotcake.

No estaba equivocada.

Lo agarré, le di un mordisco pequeño y cerré los ojos al instante.

Oh. Vaya.

—Está… increíble —dije con la boca llena.

Dottie se pavoneó.

—Lo sé.

Sonó el timbre de recepción.

Una vez, claro, agudo, real.

Oh, diablos.

Tragué saliva, con el corazón apretado.

—Son ellos.

Dottie me hizo un gesto para que me fuera.

—Ve, yo me encargo de esto, tú ocúpate de sonreír, de las llaves y de fingir que dormiste.

Asentí con la cabeza, retrocediendo ya hacia la puerta.

—Gracias, de verdad, gracias.

Me sonrió, esta vez con más ternura.

—Lo estás haciendo muy bien, Sarah.

Con esa pequeña dosis de confianza y un bocado de hotcake, enderecé los hombros, me limpié las manos en los pantalones y volví hacia la entrada de la posada, con el olor del desayuno siguiéndome como refuerzo.

La campana volvió a sonar.

Agárrense, ya voy.

La partida había empezado.

Me puse mi mejor sonrisa de bienvenida —esa de *estoy tranquila, soy capaz y para nada estoy a un segundo de gritarle a una almohada*— y entré al vestíbulo.

Ya estaban en la recepción.

Tendrían unos cuarenta y tantos, llevaban ropa a juego, cara de cashmere y pinta de ser de ese tipo de parejas que jamás discuten por dinero, pero sí por la cantidad exacta de hilos de una tela. Él traía mocasines sin calcetines; ella, una bufanda dentro de la casa y esa expresión apagada de alguien a quien le prometieron magia, pero ya se estaba preparando para la decepción.

—Buenos días —dije con alegría, deslizándome detrás del mostrador—. Bienvenidos al Hartwell Inn.

La mujer apenas me miró. Sus ojos recorrieron el lugar como si estuviera evaluando una escenografía.

—Somos los Harrington. Vinimos a pasar un fin de semana romántico —dijo, marcando la palabra *romántico* como si fuera una cláusula contractual—. Estamos celebrando un aniversario y vamos a necesitar la habitación 304.

Parpadeé una vez.

—Lo siento, la 304 está…

—Es la que tiene vista a la bahía —continuó ella—. La reservé justamente por eso.

Revisé el libro de reservaciones, aunque ya sabía la respuesta. Sí, la 304 estaba reservada. Había estado reservada. Y no por ellos.

—La 304 está ocupada en este momento —dije con cuidado—, pero ustedes tienen la 302, que también tiene una vista preciosa…

Apretó los labios.

—No vinimos hasta aquí para conformarnos con un "también".

El hombre se movió incómodo, con la vista puesta en las ventanas.

—Cariño…

Ella lo cortó con una mirada.

—Fuimos muy claros.

Claro que sí. Clarísimos. Como un manifiesto.

No me gustaba esa mujer. No me gustaba su cara, ni su voz, ni su estúpido pelo impecable, ni sus cejas perfectas. Pero esto era un negocio y yo era una profesional. O, por lo menos, podía fingir serlo por lapsos breves.

—Tengo su reservación en la 302 —dije, con tono amable pero firme—. Es la única habitación con vistas al mar que está disponible en este momento. Eso fue lo que quedó acordado.

Volvió a apretar la boca.

—No lo recuerdo.

—Entiendo —dije, aunque no lo entendía en absoluto—. La única otra opción disponible ahora mismo sería una habitación en la planta baja.

Y ahí estuvo: la pausa, el cálculo mental, el horror absoluto ante una planta baja sin vista.

Apretó los labios otra vez.

—Está bien. Nos quedaremos con la 302. Espero que este lugar esté a la altura de las reseñas.

Uf.

Pero ahí estaba también: la victoria, pequeña y profundamente satisfactoria.

—Maravilloso —dije, sonriendo.

En mi cabeza, eso sí, me imaginé metiéndole discretamente el pie para verla caer de frente contra el piso. Fue una imagen bastante reconfortante.

Su postura se relajó al instante. Es impresionante lo rápido que se suaviza la gente cuando cree que va ganando.

—Y nuestro equipaje —añadió, chasqueando los dedos en mi dirección—. Deberían subirlo.

Sí. Ya la odiaba.

—Claro, por supuesto —dije, volviendo a sonreír—. ¿Por qué no se ponen cómodos en el comedor mientras yo me encargo de eso?

Señalé hacia el fondo justo cuando Dottie apareció como una bruja bondadosa de cocina, con una cafetera en la mano.

—Buenos días —dijo alegremente—. ¿Café?

Los ojos de la mujer se iluminaron.

—Espero que esté fuerte, no aguado.

Dottie me miró y sonrió.

—Lo está.

Se fueron hacia una mesa redonda con cuatro sillas, y Dottie ya les estaba sirviendo el café como si fuera una rutina ensayada. Yo me giré hacia la puerta principal.

Sus maletas seguían ahí, justo en la entrada: varias, grandes, negras y rígidas, del tipo que uno usa cuando piensa quedarse una buena temporada… o cuando necesita deshacerse de evidencia.

—Genial —dije—. Nada como un poco de cardio con amenaza de homicidio antes del desayuno.

Me agaché y agarré el asa de la primera maleta. No se movió ni un milímetro.

Lo intenté otra vez, activando lo que esperaba que fueran los músculos correctos del abdomen. Se levantó, sí, pero apenas un centímetro y medio antes de volver a caer con un golpe seco que retumbó por todo el vestíbulo.

—Ya en serio —siseé—. ¿Qué traen aquí adentro? ¿Piedras? ¿Mancuernas? ¿Cuerpos?

Miré a mi alrededor. No había ayuda. María estaba arriba, Dottie sirviendo café, Lola siendo… Lola, y el tipo del torbellino no aparecía por ningún lado.

Mi cerebro, siempre tan oportuno, me regaló la imagen de él levantando esa maleta con un solo brazo mientras sostenía el café con el otro. Músculos. Hombros. Esa competencia irritante y sin esfuerzo. Yo mirándole el trasero firme mientras subía las escaleras…

Negué con la cabeza.

—No. No voy a pensar en eso.

—Puedo hacerlo.

Me planté firme porque, la verdad, no tenía a nadie más. Levanté la maleta, conseguí acomodarla sobre las ruedas y miré hacia las escaleras que se alzaban frente a mí como una amenaza.

Con los brazos temblando por el esfuerzo, empecé a arrastrarla hacia arriba, escalón por escalón, golpe tras golpe, golpe tras golpe.

Cuando llegué al segundo piso ya sentía los huesos de los brazos como si fueran gelatina; para el tercero, la camiseta se me pegaba al cuerpo del sudor, el pelo se me había adherido al cuello y respiraba con unos jadeos tan dramáticos que parecía estar entrenando para alguna competencia olímpica.

—¿Quién —jadeé, arrastrando la maleta hasta el descanso— hace maletas así?

La dejé frente a su habitación, me sequé la frente y pensé en el resto del equipaje que seguía abajo.

Faltaban dos más.

Me reí, y el sonido salió un poco desequilibrado.

El segundo viaje fue peor. El tercero se sintió directamente como una agresión personal. Para cuando logré acomodar la última maleta en su lugar, tenía la cara ardiendo, la espalda gritándome y el cuerpo entero oliendo a sudor, esfuerzo y desesperación.

Me quedé ahí parada, con las manos en las rodillas, jadeando como si acabara de salir de un edificio en llamas.

Eso era insostenible. No podía seguir así. Necesitaba ayuda, ayuda de verdad: alguien de tiempo completo, alguien fuerte, alguien que pudiera levantar cuerpos —quiero decir, maletas— sin sudar ni una gota.

Me di la vuelta y empecé a bajar otra vez, con las piernas hechas gelatina, pero sintiéndome absurdamente orgullosa de haberlo logrado. Yo sola, muchas gracias. Sí, había sido brutal. Sí, estaba empapada en sudor y parecía que me ganaba la vida peleando. Pero lo hice. Yo.

El comedor apareció frente a mí. Lola estaba sentada a una mesa, con una taza de café en la mano y una calma irritante en el cuerpo entero. Enfrente tenía a Helen, ya instalada como si fuera la dueña del lugar, que, políticamente hablando, en cierto modo lo era.

Bajé el paso.

—Pearls & Pints es en seis días —decía Helen, removiendo el café —. El pueblo ya anda revolucionado.

Lola sonrió.

—Ay, me encanta el caos bien organizado, sobre todo si incluye hombres y alcohol.

Helen soltó un suspiro.

—La posada tiene que estar lista.

Lola levantó la taza.

—Lo estará. Ella pelea bien.

La mirada de Helen fue directa hacia mí.

Y ahí estaba yo: roja, sudada y con el pelo saliéndose de las ligas.

—Ah —dijo Helen con amabilidad—. Ahí estás.

Me enderecé como pude.

—Hola.

Bajó la mirada y luego volvió a levantarla.

—¿Mañana difícil?

Lola sonrió con descaro.

—Tiene cara de haberse pasado la noche entera peleando con un italiano guapísimo y de no haberse rendido.

Me limpié las manos en los pantalones.

—Era una maleta. Y gané.

Helen dejó la taza sobre la mesa.

—Bien. Porque Pearls & Pints no espera a nadie.

Metió la mano en el bolso y deslizó una hoja doblada sobre la mesa.

—Aquí está el programa de llegadas. La posada se va a encargar de la recepción de bienvenida y del cóctel.

Le dio unos toquecitos a la página.

—Almuerzo ligero el primer día, sobre todo mariscos, nada que manche y, en ninguna circunstancia, nada experimental.

Claro. Sin presión.

Forcé una sonrisa.

—Sí, claro. Por supuesto.

Lola soltó una risita en su café.

—Mírala, repartiendo horarios antes de las nueve de la mañana. Eso no es organizarse, Helen. Eso ya es una filosofía de vida.

Helen ni levantó la vista.

—Alguien tiene que llevar las riendas.

Lola sonrió.

—Y alguien tiene que hacer que valga la pena soportarlo.

Miré hacia los Harrington, que seguían examinando el menú del desayuno con expresiones apenas arrugadas, como si nada terminara de convencerlos.

Sí. Iban a ser un problema.

Oí unos pasos acercándose detrás de mí. Me giré y vi al tipo del torbellino de pie justo afuera del comedor, seguro de sí mismo, relajado y demasiado arreglado para esa hora de la mañana, además de demasiado sexy.

Cerré los ojos medio segundo.

Este iba a ser un problema mucho más grande de lo anticipado.

14

ALEX

Vi cómo Nueva York echaba la silla hacia atrás y se ponía de pie. Se movía con determinación, como alguien que no puede darse el lujo de quedarse quieta sin hacer nada.

Se acercó a mí, vestida toda de negro, con ese estilo sencillo y elegante que le quedaba demasiado bien. Llevaba el pelo medio recogido, con algunos mechones ya sueltos junto a las sienes. Casi no traía maquillaje, pero tenía las mejillas sonrojadas, y eso le resaltaba todavía más los rasgos. Se veía… impecable. Como una verdadera dueña de posada.

—Hola —dijo cuando llegó a mi lado—. Ya volviste.

Mis ojos se detuvieron un segundo en sus labios rojos, lo justo para registrarlos, pero no tanto como para que importara. Aparté ese pensamiento y desvié la mirada.

—Dije que volvería.

Pasé la vista por encima de su hombro, hacia donde Lola y Helen seguían sentadas a la mesa, con las cabezas juntas y los ojos claramente puestos en mí.

Sí. Ya sabía de qué hablaban. Malditas chismosas.

Volví a concentrarme en Nueva York. Se había cruzado de brazos sobre el pecho, como si se estuviera preparando para algo: una mala

noticia, el costo de una reparación o cualquier otra cosa que viniera a sumarse a su lista.

—Bueno —dijo, soltando el aire.

Antes de que alguno de los dos pudiera agregar algo, la puerta principal se abrió de golpe.

Un labrador negro entró disparado como si fuera el dueño del lugar, con las uñas resbalándole sobre el piso de madera y la correa tirando con fuerza. Detrás venía su dueña, una mujer bajita de unos sesenta años, con el pelo blanco bien corto, las mejillas ya enrojecidas y una risa sin aliento mientras intentaba recuperar el control.

—Ay, Boomer, no… perdón… se emociona —dijo.

Nueva York se giró de inmediato. La sonrisa de posadera le apareció en la cara, tranquila y amable.

—Buenos días —dijo, yendo ya hacia el mostrador—. ¿Usted debe ser la señora Colton?

—Esa misma —respondió la mujer, todavía forcejeando con la correa—. Normalmente se porta mejor, lo juro. Boomer. ¡Siéntate!

Boomer dejó caer el trasero al piso, con la lengua de lado y una expresión de lo más satisfecha y empezó a mover la cola como loco.

Me agaché sin pensarlo y le rasqué rápido debajo de la barbilla. Era un buen perro, robusto, de mirada firme y cabeza ancha, cuadrada. Se apoyó contra mí como si ya hubiéramos llegado a un entendimiento.

—Buen chico —murmuré, rascándole detrás de las orejas.

Me encantaban los perros, y precisamente por eso no tenía uno. Necesitaban tiempo, rutina y a alguien que estuviera más presente de lo que yo podía estar. No sería un buen dueño. Demasiadas noches llegando tarde, demasiados días fuera. Un perro no tendría por qué adaptarse a eso. Merecía más.

La señora Colton se relajó visiblemente. La gente casi siempre lo hacía en cuanto se calmaba el perro.

Nueva York me miró de reojo; una pequeña sorpresa le cruzó la cara antes de desaparecer.

—Bueno —dijo, ya con las llaves en la mano—, nos da mucho gusto tenerlos aquí a los dos.

Boomer movió la cola con más ganas.

Yo solté un resoplido.

Nueva York me lanzó una mirada rápida antes de volverse otra vez hacia la huésped.

—Voy a registrarla.

—Voy a estar en la azotea —dije, acomodándome la caja de herramientas al hombro.

Ella asintió, bajando la vista hacia la carpeta que llevaba en las manos, como si necesitara regresar de inmediato al modo trabajo.

—Voy a estar aquí, por si necesitas algo.

Estuve a punto de decir algo, aunque ni yo sabía qué. No dije nada.

Nueva York ya se había puesto en marcha, con esa voz cálida y eficiente, y la campanita volvió a sonar suavemente cuando otro huésped entró detrás de Boomer.

En lugar de seguir ahí, me fui hacia la puerta trasera. Trabajar. Ese era el plan.

Aun así, cuando salí y bajé la escalera de mi camioneta, una Ford F-150 azul marino que usaba para las obras, me descubrí mirando hacia adentro otra vez, a través de la ventana.

Nueva York estaba detrás del mostrador, respondiendo preguntas, con el bolígrafo volando sobre el papel y los hombros bien derechos. Se veía profesional, concentrada… y me distraía mucho más de lo que tenía derecho a distraerme.

Maldita sea.

Apreté la escalera con fuerza y me fui hacia el costado del edificio, obligando a mi mirada a quedarse en el trabajo. Ahí era donde tenía que estar.

Arrastré la escalera hasta un costado de la posada y la apoyé sobre el pasto, donde el terreno parecía firme. La posada Hartwell se levantaba sobre su pequeño acantilado como si tuviera algo que demostrar. Con pintura rosa o sin ella, el lugar imponía: porches amplios, líneas bien marcadas y una madera cortada y ensamblada en una época en la que los hombres se enorgullecían de su trabajo porque el orgullo también daba de comer.

Apoyé la escalera en su sitio y le di una sacudida. Los peldaños aguantaron. Los largueros no se doblaron. Bien.

Mi cinturón de herramientas me resultaba familiar alrededor de la cintura: peso, orden, un lugar para cada cosa. No necesitaba pensar dónde estaba el taladro o dónde guardaba la cinta métrica. Mis manos ya lo sabían. Por eso me gustaba este tipo de trabajo. Tenía sentido. Causa y efecto. Arreglaba algo y se quedaba arreglado.

Subí por la escalera, con mis botas resonando contra el metal. Con cada peldaño, el aire cambiaba, más fresco y limpio. Al llegar arriba, el viento me envolvió, con el fuerte olor a sal de la bahía, de esos que te calan la ropa y te recuerdan que estás vivo. La línea del tejado apareció ante mis ojos y pisé las tejas con cuidado.

Miré a mi alrededor. El tejado no era nuevo, pero tampoco estaba en mal estado.

La edad se notaba en los gránulos y en el descoloramiento, en la forma en que algunas tejas se curvaban ligeramente en los bordes cerca de los aleros, donde el sol y el clima tenían más tiempo para causar daños. Pero, en general, las líneas estaban rectas, las limas no se hundían y no había puntos débiles evidentes bajo los pies.

Eso me indicaba que este lugar se había mantenido. Quizá no a la perfección, quizá no recientemente, pero tampoco se había descuidado.

Me dirigí primero hacia la chimenea. Los vierteaguas eran donde se escondían muchos problemas. El agua se colaba por la más mínima debilidad y la convertía en podredumbre, moho y gastos.

Me agaché a los pies de la chimenea y pasé los dedos por el metal. Pude ver que el vierteaguas había sido sustituido una vez, quizá dos. Una sección era más nueva que el resto. Corte limpio. Sellado hermético. Quienquiera que lo hubiera hecho, sabía lo que hacía.

Otra sección había sido reparada con una línea de sellador que se había endurecido formando una cresta rugosa: no era bonito, pero era eficaz.

A Edna le habría gustado lo de «eficaz». Nunca le había importado el aspecto de las cosas, solo que funcionaran y siguieran funcionando.

Saqué el celular y tomé varias fotos, primeros planos, ángulos, líneas de sellado, mientras una lista de reparaciones empezaba a formarse sola en mi cabeza.

Después avancé por el borde hacia los aleros para revisar el estado de las tejas, levanté una esquina con cuidado y comprobé que la capa inferior seguía intacta, que los clavos no sobresalían y que el vierteaguas del borde todavía aguantaba.

Luego seguí el recorrido de los canalones, caminando con cuidado por el perímetro, y encontré lo esperable: hojas viejas, agujas de pino y una pequeña mancha de desbordamiento en la cornisa que dejaba claro que la lluvia ya se había salido al menos una vez, así que la solución rápida era limpiar, pero la buena de verdad era poner protectores y revisar otra vez la inclinación.

Tomé fotos de los puntos bajos y anoté rápido en el celular: limpiar canalones, reajustar la inclinación, poner protecciones antes del festival.

Pearls & Pints ya se me había metido en la cabeza y esa fecha me sonaba adentro como un reloj que no dejaba de marcar la hora, aunque yo me repitiera que solo era porque el evento importaba para el pueblo.

Me repetía muchas cosas.

Desde abajo llegó una risa, alegre y cercana, que se coló por una ventana abierta del segundo piso, y un momento después oí la voz de Nueva York, cálida, educada, rápida, completamente metida en su papel de posadera.

—Bienvenido. Sí, el desayuno está incluido. El café está caliente.

Me detuve con una bota apoyada en un saliente. Nueva York no estaba huyendo, estaba dando pasos firmes.

Eso me sorprendía más de lo que quería admitir, porque la mayoría de la gente habla mucho al principio y se viene abajo apenas aparece el primer problema de verdad, pero ella se había quedado, había abierto la posada y se había arremangado en vez de dejarle las llaves a otra persona.

Aun así, la realidad siempre termina alcanzándote.

En cuanto viera la lista que estaba armando —las reparaciones estructurales, la madera podrida, ese tipo de arreglos que vienen

con cifras concretas y nada amables— iba a hacer lo lógico: vender, irse y dejar que otro cargara con todo eso.

Y entonces dejaría de ser mi problema.

Nunca había sido mi problema.

Apreté la mandíbula. ¿Qué diablos estaba haciendo? Hoy mi trabajo era el techo: la inspección, la lista, las reparaciones, y ahí era donde tenía que estar mi atención.

Respiré hondo, volví a fijar la vista en las tejas frente a mí y seguí avanzando.

Las voces subieron otra vez desde abajo, seguidas por el ladrido grave y emocionado de un perro, el chirrido de unas uñas sobre la madera, el tirón brusco de una correa y la risa entrecortada de alguien sin aliento.

Sonreí.

Boomer.

La voz de Nueva York llegó enseguida detrás, suave y tranquila, como una mano firme en la nuca.

—Ya, ya. Sí, sí. Yo también te quiero. Buen chico, Boomer.

Boomer ladró otra vez.

Ella estaba completamente volcada en él, hablándole como si de verdad importara, como si en ese momento no existiera nada más frente a ella.

Fruncí el ceño al mirar la teja bajo mi bota.

Eso era nuevo.

Y desde luego no estaba celoso de un perro.

Con la mandíbula apretada, di otro paso por la cresta y me obligué a volver al trabajo. Tenía reglas por algo: no involucrarme, no distraerme y mucho menos con clientas, porque no había espacio para errores.

Una violenta ráfaga llegó desde el agua y me hizo perder el equilibrio. Ajusté el equilibrio. Mi bota resbaló un centímetro...

El mundo se me vino encima por un breve instante. Extendí la mano y la apoyé sobre las tejas, con la palma plana y el cuerpo agachado.

Mierda.

Mi corazón dio un vuelco. Me quedé inmóvil hasta que el techo dejó de sentirse inestable bajo mis pies, y entonces miré hacia mi cintura.

Sin arnés, sin línea, sin cuerda.

Se me cerró la garganta: un error de principiante, un error estúpido, de esos que yo no le perdonaría a nadie de mi equipo. Había despedido gente por cosas así, porque la seguridad no era opcional ni una sugerencia, y a la gravedad no le importaba cuánta experiencia tuvieras; la gravedad esperaba justo a que te sintieras confiado.

Tragué saliva y obligué al aire a volver a mis pulmones.

Me había distraído. Eso era lo que había pasado. Los sonidos de abajo, esa voz, esa mujer intentando sacar adelante una posada sin ahogarse.

Mi concentración se resbaló apenas, pero ese apenas casi me mata.

Diablos.

Me quedé agachado, con una mano todavía apoyada sobre las tejas, y dejé que la rabia se volviera algo útil.

—Componte —gruñí.

No podía permitirme otro error. No ahí arriba. Nunca.

Moví el peso del cuerpo centímetro a centímetro, probando el techo antes de confiar en él, y retrocedí con cuidado hasta la escalera; el metal vibró apenas cuando encontré los peldaños, y bajé despacio, concentrado, con movimientos firmes, hasta que las botas tocaron otra vez el pasto.

Fui directo a la camioneta, abrí la parte trasera y saqué la línea de seguridad con el arnés, la correa de anclaje y el mosquetón, me lo ajusté con la rapidez que da la costumbre, lo fijé a un punto sólido y volví a subir.

Esta vez, el techo podía hacer todo el teatro que quisiera. Iba a encontrarse con resistencia.

Arriba terminé el recorrido: más fotos, más notas, y una sección en la esquina donde las tejas ya estaban casi sueltas. No era una emergencia hoy, pero pronto lo sería, porque ese tipo de cosas se vuelven urgentes en cuanto llega una tormenta fuerte.

Lo marqué.

Cuando bajé de nuevo no me entretuve. Llevé la escalera hasta la parte delantera, la guardé y entré por la puerta lateral.

El pasillo olía apenas a café y a producto de limpieza: fresco, habitado, sin nada que ocultar. Revisé el marco de la puerta exterior por puro instinto, vi que rozaba un poco por la esquina inferior, así que me arrodillé, ajusté los tornillos de las bisagras y moví apenas la placa de cierre.

La puerta cerró perfecto.

No dije nada.

En el comedor las sillas rechinaban, los platos tintineaban y las voces subían y bajaban. El olor a café, huevos y tostadas me llegó junto con algo más que no identifiqué de inmediato. Dottie estaba preparando un desayuno brutal. Les esperaba algo bueno. También noté que había más gente que esa mañana. No es que me importara.

Seguí hacia el vestíbulo. Nueva York hablaba por teléfono detrás del mostrador, con una mancha de tinta en la mejilla.

No levantó la vista cuando pasé.

Bien.

Seguí por el pasillo, revisando lámparas e interruptores que se me habían escapado el día anterior. Una luz parpadeó cuando la encendí, así que le tomé una foto, luego otra a la caja de conexiones de arriba y anoté en el celular: conexión floja, prioridad.

Una pareja entró al pasillo detrás de mí y se detuvo como si se hubiera equivocado de camino.

—Eh… perdón —dijo el hombre—. ¿Habitación 203?

Antes de que pudiera responder, Nueva York ya estaba ahí, con las llaves en la mano y una sonrisa tranquila.

—Por aquí —dijo, guiándolos con toda naturalidad—. El desayuno es hasta las diez y el café se sirve sin parar.

Vi el cambio en sus caras, de la confusión al alivio, mientras la seguían por el pasillo. Ella se movía con eficiencia y seguridad, como si llevara mucho más tiempo haciendo eso del que en realidad llevaba.

La siguieron como si les hubiera puesto una correa invisible, y cuando se fueron, yo seguí con lo mío.

Para cuando terminé la vuelta por la planta baja, el celular ya estaba lleno de más fotos de las que había pensado tomar. La lista se había vuelto exigente. Ya no era solo una inspección. Era un calendario.

Antes de la próxima semana.

El pensamiento se me instaló en el pecho sin pedir permiso.

Lo aparté y seguí adelante.

Cuando volví hacia el mostrador, Nueva York estaba otra vez al teléfono, con el hombro apoyado en la encimera.

—Sí —dijo—. Eso funciona. Gracias.

Colgó, anotó algo rápido y por fin levantó la vista.

—El sobrino de Helen va a echar una mano —me dijo—. Básicamente de botones, por las mañanas. Maletas, recados, lo que haga falta. Puedo pagarle por esas horas.

Asentí.

—Tiene sentido.

—¿Y el techo? —preguntó—. ¿Qué tan grave está? ¿Estamos hablando de una donación de sangre o de una extracción completa de órganos?

Me sonrió.

Aparté la mirada de su boca.

—No gotea —dije—, pero hay una parte que conviene arreglar pronto.

Su bolígrafo se movió de inmediato.

—¿Pronto como antes de Pearls & Pints?

—Sí —confirmé.

Asintió una vez.

—Perfecto, porque los turistas empapados son la pesadilla de cualquier hotelero.

Sostuvo mi mirada con esa sonrisa suya, y la mancha de tinta en la mejilla volvió a distraerme.

Di un paso hacia ella antes de detenerme y levantar la mano. Mis dedos quedaron a nada de su piel, lo bastante cerca para sentir el calor que desprendía.

Ella no se movió. Ni parpadeó. Solo me miró con esos ojos azules enormes.

Retiré la mano como si hubiera rozado un cable pelado.

—Tienes tinta en la mejilla.

Se sorprendió apenas un segundo, pero luego soltó una risa.

—Ay, gracias a Dios. Pensé que ibas a decirme que había estado sangrando todo este tiempo y que nadie me quería lo suficiente como para decírmelo.

Entrecerró los ojos.

—¿Cuál mejilla?

Di un paso atrás, demasiado tarde para fingir que no había pasado nada.

De verdad era una mujer peculiar.

Me acomodé el cinturón de herramientas en la cadera.

—Por hoy terminé.

Me miró, luego miró más allá de mí, como si ya estuviera reorganizando el resto de su día.

—¿Mañana? —preguntó.

—Vuelvo.

No me dio las gracias ni me cuestionó; simplemente lo aceptó como si ya formara parte del plan.

Eso debería haberme molestado.

Pero no me molestó.

Fui hacia la puerta, me detuve un momento y luego me volví.

—Dile al sobrino de Helen que limpie hoy los canalones, si puede.

—Sí, está bien —dijo, frotándose una mejilla y luego la otra.

Me di la vuelta y salí por la puerta lateral, llevé la escalera hasta la camioneta y la acomodé en su sitio. El portón trasero cerró con un golpe seco.

Subí, me quedé sentado un momento más de la cuenta y recorrí en el teléfono las fotos que había tomado, muchas más de las que pensaba sacar.

Arranqué el motor y me alejé mientras la posada se hacía pequeña en el retrovisor, rosa contra el azul.

Se suponía que esto era solo una inspección: entrar, revisar, salir; un favor para Dottie, una revisión de seguridad en un edificio que la

necesitaba.

Pero en algún punto, entre el techo, el pasillo y una mujer que se negaba a rendirse, el trabajo cambió de forma.

Lo sentí en ese momento: ese tirón. De los que uno ignora. De los que uno controla.

Apreté el volante.

Mañana iba a volver.

Me repetí que era por el edificio, que la posada importaba, que Maplewood Falls importaba.

Sí. Me estaba engañando a mí mismo.

15

SARAH

Me quedé en la recepción viendo cómo mis nuevas huéspedes, Vicky y Joyce, dos mejores amigas de unos cuarenta años de Nueva Jersey, salían de la posada como si fueran dueñas del lugar.

Iban en bikini, sandalias y salidas de playa transparentes que les rozaban las piernas desnudas, con bolsos enormes de tela golpeándoles las caderas al caminar, pegajosos de bloqueador y llevados con una soltura envidiable.

—¡Volvemos para la hora de la comida! —gritó Joyce al salir.

—¡Guárdanos el tocino! —añadió Vicky, saludando con la mano.

Les devolví el saludo, sonriendo todavía un poco aturdida. Iban rumbo a la playa privada de la posada, una frase que todavía me costaba creer que también hablara de mí.

Cuando llegué, ni siquiera sabía que ahí abajo hubiera playa. Edna nunca mencionó nada en su carta, demasiado ocupada como estaba restregándome lo del "fracaso", así que yo había dado por hecho que el acantilado caía directo sobre rocas filosas y una muerte bastante aparatosa, de esas costas que vienen con señalamientos de advertencia y placas conmemorativas. Por eso, cuando Joyce mencionó al pasar "la playa de abajo" durante nuestra llamada de registro del día anterior, me reí con educación antes de ir a

comprobarlo como una mujer que esperaba encontrarse una escena del crimen.

Y no, no estaba alucinando.

Habían tallado escalones de piedra en el acantilado, lisos y gastados por el tiempo, que bajaban poco a poco hasta una pequeña cala protegida, con arena blanca y agua tranquila. Era el tipo de playa que parecía sacada de un folleto turístico, no algo que estuviera justo debajo de un edificio que, técnicamente, me pertenecía.

Boomer también había bajado, con un palo bien sujeto entre los dientes, corriendo de un lado a otro por la orilla como si todo aquello fuera suyo, mientras su dueña descansaba a la sombra de un pino, con un libro en la mano y sin la menor culpa por estar viviendo la fantasía vacacional que le correspondería a otra persona.

Fue ahí cuando algo se movió en mi cabeza.

Al día siguiente agarré la laptop, encontré una roca plana cerca de las escaleras y me senté a escribir.

Y cuando digo escribir, me refiero a que me quedé viendo la pantalla durante diez minutos, suspiré con dramatismo, borré de golpe todo en lo que llevaba meses trabajando y empecé otra cosa como una desquiciada.

Mi historia, por supuesto, ahora giraba en torno a una posada, porque era imposible que no lo hiciera, y mi nueva protagonista, Sloane Mercer, era una cazarrecompensas mitad vampira que perseguía criminales sobrenaturales y usaba la posada como base de operaciones.

Una vez que arranqué, los dedos dejaron de pedir permiso y simplemente se soltaron. Las palabras salieron como si por fin hubiera destapado algo que llevaba años atorado. Escribí dos capítulos antes de acordarme de comer; al día siguiente, tres más; y para el final de la semana ya llevaba diez. Diez. En menos de siete días.

Antes, un solo capítulo me tomaba meses y, honestamente, algún tipo de sacrificio ritual.

Había algo en las olas de abajo, o en el aire salado, o en el hecho de que por primera vez en mucho tiempo mi vida se sentía anclada

en vez de a la deriva. Fuera lo que fuera, funcionaba.

Margarette iba a tener su novela en menos de cuatro meses, y no una hecha al vapor, sino una buena.

Sonreí mientras hojeaba el libro de cuentas en la recepción.

Completo. Todas las habitaciones ocupadas.

Vaya.

Si alguien me hubiera dicho una semana antes que iba a estar dirigiendo una posada —y además bien— me habría reído, habría llorado, tal vez me habría hecho un poquito encima y luego le habría pedido ayuda para venderla. No podía imaginarme queriendo esta vida, y mucho menos siendo buena en ella.

Los últimos días habían sido una mezcla de sudor, pánico, terquedad y cafeína, todo sostenido apenas por pura fuerza de voluntad, pero lo estaba logrando. Yo. Lo estaba logrando de verdad.

¿Y lo peor?

Que lo quería. Todo.

La posada, los huéspedes, la responsabilidad, el olor a café por las mañanas, el sonido de los pasos en el piso de arriba, la sensación de estar construyendo algo real.

La posada Hartwell ya no era solo un edificio. Ya era parte de mi vida, parte de mí, algo que importaba.

Y era mío. Solo mío.

El golpeteo seco de unos tacones sobre la madera me sacó de mis pensamientos.

Lola entró por la puerta principal como si la hubiera diseñado en persona la lujuria. Llevaba un vestido rojo ajustado que parecía menos comprado que puesto sobre ella a la medida, con tacones a juego, y del brazo —porque desde luego eso no era un bolso— traía a un hombre.

Un hombre muy atractivo, de unos treinta y tantos, si tenía que calcular. Tenía ojos oscuros enmarcados por pestañas absurdamente tupidas, de esas que dan ganas de preguntar qué acondicionador usa solo para molestarse cuando descubres que no necesita ninguno, y estaba en forma de esa manera que huele más a deporte

que a gimnasio de espejo. Sonreía, además, como si supiera perfectamente por qué estaba ahí.

—Hola, Lola —dije, con una sonrisa que se me escapó antes de poder evitarlo. Esa mujer tenía un don, no había duda.

—Este es Thomas —ronroneó ella, deslizándole una mano impecablemente cuidada por el pecho antes de apretarle el pectoral —. Es mi prueba para el fin de semana de solteros de Pearls & Pints de mañana.

Diablos.

Tenía razón. Mañana arrancaba el fin de semana de solteros de Pearls & Pints: el festival, el caos, las perlas, las pintas, los hombres, las mujeres y todo el pueblo metido en una locura organizada con fines benéficos.

Sí, cero presión.

Lola agarró a Thomas por el frente de la camisa y lo arrastró hacia la escalera como una mujer con un plan y un agarre envidiable.

—Hasta luego, cariño. Vamos a hacer nuestras propias Olimpiadas en el dormitorio, mi deporte favorito, y no queremos interrupciones durante al menos dos horas.

Se rio como si anunciar eso en un lugar de trabajo fuera perfectamente normal.

—Aunque oigas gritos, muchos, muchísimos gritos deliciosos.

Qué asco.

Thomas me guiñó un ojo al pasar.

Qué asco al cuadrado.

Desaparecieron arriba, dejando detrás una estela de risas como purpurina que jamás iba a salir del todo de la alfombra, entre otras cosas en las que prefería no pensar.

Bajé la vista hacia mi taza vacía.

Claro. Café. Mi droga favorita, mi salvación, la única relación en mi vida que nunca me ha fallado.

Me levanté del escritorio y crucé el pasillo con un paso más ligero que cualquier otro día de esa semana. A mis espaldas, la posada hervía de vida: voces, puertas abriéndose y cerrándose, el leve tintineo de los platos. Sonaba… viva. Y me encantaba.

Empujé la puerta de la cocina.

Lo primero que me golpeó fue el olor: tocino, café y algo mantecoso, cálido, que se sentía como un abrazo en la cara. Ese tipo de aroma con el que una podría subir cinco kilos solo por respirarlo.

Dottie estaba junto a la estufa, con la espátula en la mano y el delantal ya salpicado de harina. A su lado había un chico joven al que no conocía, de veintitantos tal vez, todo brazos largos y entusiasmo, con un delantal rosa prestado y una concentración tan intensa que parecía estar desactivando una bomba.

—Buenos días —dije.

Dottie miró por encima del hombro, me recorrió con la vista y se detuvo.

—Vaya. Mira nada más.

Me frené apenas crucé la puerta.

—¿Qué? ¿Otra vez tengo tinta en la cara?

Todavía me daba pena pensar en cuando el tipo del torbellino me lo había dicho unos días antes. Seguramente había pasado horas con esa mancha absurda en la mejilla, saludando huéspedes como si nada, y nadie había tenido el valor de decírmelo. Nadie, excepto él.

Dottie se giró por completo y me observó de arriba abajo como si estuviera comparando una foto del antes y el después. En su delantal rosa se leía, en letras enormes: **ESTO PODRÍA SER VENENO**.

Bueno. Ok.

—Pareces de aquí —dijo.

Fruncí el ceño.

—Tengo aliento a café y estoy casi segura de que me senté en algo pegajoso en la recepción.

Hizo un gesto con la mano.

—No es eso. Pareces… metida en esto. Como si supieras lo que haces.

Vaya.

Me apoyé en la encimera y, de pronto, me di cuenta de algo: ya no traía los hombros pegados a las orejas, ya no tenía la mandíbula trabada, ya no estaba esperando el golpe.

—Ah —dije—. Eso.

El chico nos miró a las dos, confundido pero educado.

—Me llamo Jason —dijo enseguida—. Soy el ayudante de Dottie. Voy a estar aquí todo el tiempo que haga falta. Puedo hacer huevos, tostadas, preparar cosas, limpiar… y se me dan muy bien las listas.

Dottie soltó un resoplido.

—Me acomodó por orden alfabético todo el estante de las especias.

—Estaba muy desordenado —dijo Jason, sin rastro de culpa.

—Ya me cayó bien.

Jason sonrió de oreja a oreja.

Unos días antes yo ya había quedado con Dottie en que iba a necesitar ayuda en la cocina para el fin de semana de Pearls & Pints. Jason también iba a hacerla de mesero, algo que nos hacía muchísima falta, y yo había dejado que ella se encargara de contratarlo porque ese era su territorio, no el mío.

Dottie deslizó una taza hacia mí sin preguntar. Café: oscuro, fuerte, exactamente como lo necesitaba.

—Mañana es el festival —dijo con toda calma, volteando algo en la sartén—. El pueblo ya está desatado.

—No me lo recuerdes —suspiré, rodeando la taza con las manos como si fuera un salvavidas.

Dottie me lanzó una mirada firme.

—Estás lista. No te preocupes.

Parpadeé.

—Perdón, ¿te pegaste en la cabeza o qué?

Me ignoró por completo.

—La cocina está cubierta, las habitaciones están llenas, los huéspedes están contentos, tienes ayuda y lo estás haciendo muy bien.

Jason asintió con entusiasmo.

—Todo el mundo está impresionado. Escuché a alguien decir que este lugar es "una joya escondida".

Sentí un cosquilleo raro en el pecho.

—Excepto los Harrington —dije sin pensar.

Durante toda su estancia en la posada se quejaron de todo: del olor del jabón con el que lavábamos la ropa de cama, del colchón,

de que las cortinas eran demasiado delgadas y dejaban entrar mucha luz, y de que el piso de madera crujía cuando caminaban por la habitación.

Cuando se fueron, los despedí agitando la mano.

Y luego, en cuanto me aseguré de que nadie estaba mirando, les levanté los dos dedos medios.

—Siempre hay unos Harrington —dijo Dottie—. Hace quince años tuvimos una pareja igualita. Los Beaumont. Se quejaban de todo: de mi comida, del vino, de la posada. Dijeron que iban a denunciar el lugar con el inspector porque no era seguro.

Arqueé una ceja.

—¿En serio? ¿Y qué pasó?

Dottie asintió, tranquila como siempre.

—Se fueron a nadar a medianoche… y nunca volvieron.

La miré fijo.

—No inventes.

—Algunos dicen que se ahogaron —continuó—. Yo digo que se los llevaron las sirenas.

Solté una risa.

—¿Las sirenas? ¿Tú sí crees en todas esas cosas de hadas?

Dottie me miró como si acabara de confesar que no creía en la gravedad.

—Claro que sí. Las he visto. Y tú no te metas nunca al agua de noche. Jamás.

Bueno. No supe muy bien qué contestar a eso.

Le di un sorbo al café y cerré los ojos medio segundo. Sabía a cafeína y a victoria.

—El desayuno se ve increíble —dije.

—Siempre —respondió Dottie—. Y, Sarah…

—¿Sí?

Me sonrió con dulzura, pero también con una seguridad que me desarmó.

—Tú encajas aquí.

No confié en mi voz para responder. El corazón se me sentía más ligero de lo que se había sentido en mucho tiempo y, por primera vez en días, la presión no me estaba aplastando.

Más bien se parecía a un impulso.

La puerta de la cocina se abrió de golpe y entró una rubia alta con un traje sastre de lino beige.

—Ah —dijo alegremente—. Pensé que te encontraría aquí.

—¿Becca? —parpadeé—. ¡Hola!

No había visto a mi prima segunda, la agente inmobiliaria, desde aquella primera noche en la posada, cuando estaba demasiado cansada para decir algo que tuviera más de tres palabras seguidas. Se suponía que íbamos a sentarnos a platicar con una botella de vino.

—Vi esto y tuve que venir —dijo mientras buscaba algo en el bolso.

Sacó el celular, deslizó el dedo con decisión y me puso la pantalla enfrente.

—Mira. Ya salieron tus reseñas.

Se me hizo un nudo en el estómago, como si hubiera pisado mal en una escalera.

—¿Mis reseñas?

Diablos. Se me había olvidado por completo que eso existía: algo público, con estrellas, opiniones y, peor aún, internet.

Becca me pasó el teléfono.

—Son buenísimas.

—¿Qué?

Lo agarré con el pulgar suspendido sobre la pantalla, como si fuera a morderme.

Deslicé.

Cinco estrellas. Cinco estrellas. Cinco estrellas.

Se me fue el aire.

"Una posada costera encantadora, con corazón", decía una.

Las palabras estaban ahí, tan tranquilas, tan seguras, como si supieran perfectamente que ese era su lugar.

"La propietaria nos hizo sentir bienvenidos desde el primer momento. Solo por el desayuno ya vale la pena quedarse aquí".

—No podría ser más cierto —dijo Dottie.

Seguí deslizando.

Apareció otra reseña de cinco estrellas.

"Habitaciones impecables, detalles cuidados en todas partes. Sentí que me estaba quedando en casa de una amiga que, además, dirige un negocio de verdad".

Amiga. Negocio. Profesional.

Me quedé viendo esas palabras como si fueran un truco de magia.

—No lo puedo creer —susurré.

Becca se apoyó en la encimera a mi lado, sonriendo.

—Sigue.

Lo hice.

"El acceso a la playa es una joya escondida. A nuestro perro lo trataron como a un rey".

Había incluso un emoji de patita. Sonreí sin querer.

"La mejor noche de sueño que he tenido en meses. Tranquilo, limpio y el café nunca se acaba".

Esa me tocó de lleno. Me hizo sentir reivindicada.

Algo se me abrió en el pecho, raro y cálido, como si mis pulmones apenas se estuvieran dando cuenta de que podían ocupar espacio sin pedir permiso.

Otra reseña decía: "La posada tiene vida, y de la mejor manera. Se nota que hay alguien que de verdad se preocupa por ella".

Parpadeé fuerte y fingí que tenía algo en el ojo. Polvo. Emoción. Las dos cosas.

Y entonces…

Ahí estaba.

Tres estrellas.

Quietas, inmóviles, como ese mosquito que no logras espantar.

—Los Harrington —leyó Becca, inclinándose hacia mí, y me llegó el olor a manteca de karité de su acondicionador.

Abrí la reseña.

—Un lugar encantador —empezaba, que en idioma de reseñas venía siendo lo mismo que "con todo respeto"—, pero nos decepcionó descubrir que la habitación que queríamos no estaba disponible cuando llegamos.

Resoplé.

—Reservaron la 302.

Becca hizo una mueca.

—Sigue.

—El desayuno, aunque correcto, tenía poca variedad.

—Ah, yo sí te voy a enseñar variedad —dijo Dottie, alzando la espátula como si fuera una espada.

Seguí leyendo.

—Y, en general, la experiencia nos pareció… decepcionante para un fin de semana romántico.

Qué zorra.

Decepcionante.

Me quedé viendo la palabra como si por puro desprecio pudiera prenderse fuego.

—Bueno —dije despacio—, tres estrellas siguen siendo mejores que una.

Le devolví el celular a Becca.

—¿No te estás derrumbando? —preguntó ella.

—Por dentro me enfurecí durante medio segundo —admití—, pero luego recordé que trajeron tres maletas para dos noches y exigieron una habitación que ya estaba ocupada, así que…

Dottie levantó la espátula en el aire.

—Perspectiva.

—Además, casi todas las demás son de cinco estrellas. Con eso puedo vivir. No necesito caerle bien a todo el mundo.

Y era verdad.

—Ya me voy —dijo Becca—. Tengo una cita y ya voy tarde. Luego hablamos, prima.

Soltó una risa y salió por la puerta.

La cocina volvió a llenarse de ruido cuando la puerta se abrió otra vez y dejó pasar voces desde el pasillo, maletas arrastrándose, una risa, la posada entera en movimiento.

Agarré mi café y salí, todavía con las palabras de las reseñas vibrándome debajo de la piel, como si tuviera otro pulso.

Doblé hacia el estudio, necesitando silencio, espacio, un minuto para asimilarlo todo.

La habitación estaba vacía, gracias a todos los dioses. La luz de la mañana se colaba por las ventanas y hacía flotar el polvo en el

aire. El enorme retrato de Edna me observaba con esa expresión suya de desaprobación eterna.

—Hola, Edna —le dije.

Lo dejé justo donde estaba, como recordatorio diario de que se había equivocado conmigo.

Me senté en el brazo del sofá, saqué el celular y abrí otra vez las reseñas.

Solo una vez más.

Por motivos científicos.

Cinco estrellas. Cinco estrellas.

Ok. Tal vez dos veces más.

Sonreí mirando la pantalla como una idiota.

—Te ves feliz —dijo una voz masculina.

Di un respingo, con el corazón disparado.

El tipo del torbellino estaba en la puerta, con los brazos cruzados y el cinturón de herramientas colgándole bajo sobre las caderas, como si hubiera aparecido ahí de la nada.

—Me asustaste horrible —le dije.

La verdad, empezaba a parecer un poco acosador. ¿Cuánto tiempo llevaba ahí, viéndome?

Su mirada bajó al teléfono y volvió a mi cara.

—¿Buenas noticias?

Asentí, todavía con las palabras enredadas.

—Muy buenas.

Seguía tan arriba por esas reseñas que sentía a cada célula del cuerpo vibrando.

Algo cambió en su expresión cuando dio un paso hacia mí.

—Me da gusto oír eso.

—Ok —solté de pronto—. Necesito… solo… espera un segundo.

No esperé su respuesta.

Mi cuerpo se lanzó a lo que, siendo generosa, podría describirse como un baile de felicidad. En realidad, era más bien correr sin moverme del sitio mientras agitaba los brazos como si estuviera probando una nueva técnica de vuelo humano. Hubo un saltito. Seguro hubo manos tipo jazz. Ritmo, desde luego, no hubo ninguno.

Me detuve tan de golpe como había empezado, quedándome sin aire.

El tipo del torbellino me miraba, sonriendo.

—¿Ya te sientes mejor? —preguntó.

—Sí —respondí feliz—. Y siento muchísimo que ahora tengas esa imagen grabada para siempre. Seguro la vas a ver cuando cierres los ojos esta noche.

Soltó una risita.

—Valió completamente la pena.

Me puse de pie sin pensarlo y di un paso hacia él. La alegría me zumbaba por dentro sin encontrar dónde aterrizar.

—Yo…

Me interrumpí para reírme de mí misma.

—Perdón. Es solo que…

Me incliné hacia él, y la distancia entre los dos desapareció antes de que pudiera pensarlo mejor.

Mis labios encontraron los suyos, cálidos, firmes y peligrosos.

Su mano se posó en mi cintura, firme y segura, y él me correspondió sin vacilar. La habitación se inclinó, solo un poco.

Y cuando abrí la boca y su lengua tocó la mía, mi cerebro explotó.

O quizá simplemente me prendí fuego espontáneamente.

El calor se extendió desde mis labios hasta los dedos de los pies, y casi gemí. Vale, quizá lo hice un poco.

Sabía a buen vino, y me encontré deseando más. Su beso no fue suave. Fue crudo, hambriento. Me incliné hacia él, embriagada por su aroma, su boca, la forma en que todo se difuminaba. El deseo me recorrió al sentirlo tan cerca, y una rápida emoción me recorrió cuando dejó escapar un gruñido silencioso.

Maldita sea. No recordaba la última vez que me habían besado así. Oh, sí, sí que lo recordaba: nunca.

Me daba vueltas la cabeza. Estaba besando al Tipo del torbellino y me estaba gustando.

Espera… ¿Estaba besando al tipo del torbellino?

Me aparté antes de que las cosas se complicaran, lo que habría significado arrancarme la ropa y abalanzarme sobre él allí mismo, en

el salón. Joder, casi veo las estrellas.

—Bueno —suspiré—, eso estuvo intenso.

Él soltó una risita ahogada.

—Sí.

La posada bullía a nuestro alrededor, llena de vida y actividad, pero ahora todo había cambiado.

Y ya no había vuelta atrás.

¿Qué diablos acababa de hacer?

16

SARAH

Me quedé ahí, mirando el lugar exacto donde había estado su boca, con el cerebro completamente en blanco.

Genial. De verdad, genial, Sarah.

El tipo del torbellino se aclaró la garganta, y solo ese sonido bastó para hacerme estremecer, lo cual no ayudaba en nada considerando que mi sentido común ya había empacado y se había largado. Y mi zona más femenina, al parecer, estaba audicionando para un solo de batería.

Sí. Cuando metía la pata, la metía hasta el fondo.

No podía creer que acabara de hacer eso. Yo. Besarlo. Lo último que necesitaba en ese momento era… eso. Tenía una posada a medio caerse, una vida al borde de implosionar y exactamente cero margen para tomar malas decisiones con un hombre de trasero firme y mandíbula absurda.

Aunque, claro, él me había correspondido el beso.

¿Qué diablos significaba eso?

—Debería irme —dijo el tipo del torbellino, mirando a cualquier parte menos a mí.

—Sí —respondí al instante, aspirando sin querer su colonia, cálida y con un fondo amaderado que no ayudaba en absoluto—. Sí, deberías. Definitivamente. Porque… tuberías. Y paredes. Y tentación.

Ahí estaba yo otra vez, hablando de más.

Se le movieron apenas los labios.

Perfecto. Ahora también estaba coqueteando de forma torpe.

Él dio un paso atrás y puso entre los dos unos muy necesarios centímetros de distancia. De golpe, la habitación se sintió más pequeña, cargada de tensión, y yo noté enseguida la falta del calor de su cuerpo.

—Escucha —dijo, frotándose la nuca—. Eso no fue…

—¿Planeado? —sugerí.

—No.

—¿Inteligente?

—Tampoco.

—¿Mutuo? —pregunté.

Dudó exactamente medio segundo y luego asintió.

—Sí.

Bueno. Cuando me metía en un lío, me metía hasta el cuello.

El silencio se tendió entre nosotros, denso e incómodo, vibrando con todo lo que no estábamos diciendo. La posada crujió suavemente, como si se acomodara para ver la función. O como si estuviera aplaudiendo. Difícil saberlo.

Levanté la vista y me encontré con el retrato de Edna mirándome fijo. Si hubiera estado viva y hubiera visto eso, ya estaría afilando cuchillos en su cabeza. *Desenfrenada*, me habría dicho. *Perdedora*, justo después. *Sin remedio*, para cerrar con broche de oro.

Casi podía oírla.

—¿Besando a un contratista? ¿En mi casa?

Jamás habría dejado pasar la oportunidad de insinuar que ni para heredar servía bien.

Tragué saliva y volví a fijarme en Alex, que seguía ahí, tan sólido y real como siempre.

—Yo no suelo hacer eso —solté.

No. Normalmente tenía mucho más autocontrol. Y más cerebro. Y una política bastante firme contra besar hombres en posadas heredadas como si hubiera perdido la cabeza por completo. La única explicación razonable era un episodio temporal de locura. Aguda. Desencadenada por el ambiente, las reseñas maravillosas, la

adrenalina y el hecho de que el universo, claramente, había decidido probarme ese día.

El tipo del torbellino arqueó una ceja.

—¿Besar gente en los salones?

—A hombres que son… como tú.

Hice un gesto vago en su dirección.

—Ya sabes… así. Con ese aspecto y todo eso, competentes, exasperantemente tranquilos. Con manos.

Su boca se curvó en una sonrisa lenta y peligrosa.

—Te fijaste en mis manos.

—Me fijé en muchas cosas —le dije, esforzándome por no volver a bajar la mirada hacia su entrepierna, porque si hacía eso dos veces en una sola semana, alguien iba a tener que internarme.

Eso le arrancó una risa baja. Sacudió la cabeza una vez, como si estuviera tratando de despejarse, y luego se pasó los dedos por el pelo rubio oscuro, desordenado.

—Esto es una mala idea.

No me digas.

—Sí —admití—. Una idea espectacularmente mala.

—Y tú apenas has tenido tiempo de respirar —dijo—. Llevas aquí una semana. Ya estás hasta el cuello con reparaciones, huéspedes y toda la clase de locura en la que este lugar parece especializarse.

—Me encanta la locura —respondí sin pensar—. Me lleno de ella. Básicamente, es mi marca.

Me lanzó una mirada de esas que decían clarito: sí, creo que estás un poco mal.

—Ok —rectifiqué—, no es que me encante, me altero dentro de ella, bastante, con el volumen en alto y bailando.

Soltó el aire por la nariz, con un destello de diversión que se apagó casi enseguida para dar paso a algo más serio, y fue imposible no notar lo rápido que cambiaba de registro, con ese control que solo da la práctica.

—Este lugar por sí solo ya es mucho.

—He pasado por cosas peores —dije—. Por ratitos. Mal. Con mucho vino. Soy un desastre sostenido por la cafeína.

Me estudió un momento, de verdad, como si estuviera guardando algo en vez de dejarlo pasar.

—No creo que seas un desastre.

Ah.

Bueno.

En ese momento tuve un cortocircuito mental de proporciones industriales. La mente se me quedó completamente en blanco, como si alguien hubiera apagado las luces y cerrado la tienda.

Dio otro paso atrás, como si se estuviera conteniendo.

—Debería irme —repitió, esta vez con más firmeza.

—Sí —dije—. Antes de que pierda la poca dignidad que me queda y te me lance encima como si esto fuera un deporte de contacto.

Frunció el ceño.

—¿Qué?

—En sentido figurado —aclaré—. Más o menos.

¿Qué diablos estaba diciendo?

Me sostuvo la mirada un segundo más y luego bajó los ojos hacia mi boca. Fue apenas un instante, pero la cara se me encendió como si me la hubieran metido al horno de Dottie.

Maldita sea. Si solo una mirada suya me hacía eso, no quería ni pensar qué otros superpoderes tenía.

El tipo del torbellino se aclaró la garganta, como un hombre que intenta reiniciar el sistema.

—Debería…

Se detuvo, cambió el peso de un pie al otro y volvió a empezar.

—Debería darte esto antes de irme.

Metió la mano en la chaqueta y sacó una hoja doblada. Luego otra. Y otra más.

Parpadeé.

—¿Eso es… la factura?

Claro que era. ¿Qué otra cosa iba a traerme esa mañana, si no era la factura?

—Sí.

Me lo entregó, lo tomé y nuestros dedos se rozaron apenas, lo cual fue completamente innecesario y, al mismo tiempo,

insoportablemente necesario.

Abrí la primera hoja. Había fotos impresas sujetas con clips: imágenes granuladas de la línea del techo, un acercamiento a tejas cuarteadas, una esquina de la lámina de remate desprendida. En los márgenes había notas escritas a mano, claras y precisas: *Sustituir dentro de seis meses. No es urgente. Revisar después del invierno.*

Pasé la página y encontré más fotos: una caja de fusibles y un cable suelto marcado con un círculo de pluma, algo fácil de arreglar.

Otra hoja mostraba las tuberías debajo del fregadero y una válvula señalada con una flecha cuidadosa: *Goteo leve. Ajustar.*

Seguí pasando páginas mientras la inquietud me crecía por dentro con cada una. Aquello no era una revisión por encimita. Era algo minucioso, metódico y, sobre todo, caro.

Me detuve en la última hoja.

El total era cincuenta dólares.

Me quedé mirándolo, volví a las fotos y luego otra vez al total.

—Aquí dice cincuenta dólares… —dije despacio.

—Sí.

—Por la inspección.

—Sí.

Levanté la vista.

—Tal vez no sepa mucho de construcción, pero estoy bastante segura de que ese no es el precio real de una inspección.

Se recargó en el marco de la puerta, cruzándose de brazos con una calma excesiva para alguien a quien acababan de cachar cobrando de menos.

—Es mi tarifa.

—No —dije—. Tu tarifa tendría que ser de cuatrocientos, mínimo, y quizá más si usaste palabras como "estructural", "carga" u "oh, Dios mío".

—No dije "oh, Dios mío" —respondió—. Te cobré por mi tiempo, no por el estrés.

—Así no funciona el capitalismo.

Se encogió de hombros.

—Hoy sí.

Lo miré con desconfianza.

—¿Se te olvidó un cero?

No me gustaba deberle dinero a nadie, ni deberle nada en general. Por muy bueno que hubiera sido ese beso, esto no era caridad.

—No.

—¿Se te perdió una hoja?

—No.

—¿Esto es algún tipo de novatada de pueblo chico?

Se le levantó apenas una comisura de la boca.

—¿Alguna vez piensas antes de hablar o solo vas diciendo lo primero que se te cruza por la cabeza?

Me encogí de hombros.

—A veces tengo filtro. La mayoría de las veces, no.

Volví a mirar los otros papeles.

—¿Y estos?

—Son contratistas en los que confío —dijo—. Techos, ventanas, plomería, trabajos eléctricos pequeños. Gente que no va a desaparecer a mitad del trabajo ni a triplicarte la cuenta porque tu posada tiene… personalidad.

Solté un resoplido.

—Esa es una forma muy diplomática de decirlo.

—Son buenos —añadió—. Van a tratar bien el lugar y no te van a ver la cara.

Tragué saliva y doblé los papeles con cuidado, como si fueran a morderme.

—No tenías por qué hacer esto.

—Lo sé.

Le estudié la cara. Qué cara tan peligrosamente encantadora.

—Bueno —dije, porque el silencio se estaba volviendo una mala idea—, gracias por no dejarme en bancarrota antes de la hora de la comida.

—De nada.

Nos quedamos ahí un segundo de más. El aire volvió a espesarse entre los dos.

—Esto no significa que sea fácil —solté.

Parpadeó.

—¿La cuenta?

—No. El… —hice un gesto vago entre los dos—. Todo. Esto. Aquello. Las decisiones que tomo con la boca.

Sus ojos volvieron a bajar a mi boca, apenas un instante.

—No pensé que fueras fácil.

—Bien —dije—, porque no lo soy. Soy impulsiva. Hay una diferencia.

—Lo tendré en cuenta.

Se enderezó, claramente tomando la decisión ejecutiva de irse antes de que cualquiera de los dos hiciera algo más de lo que luego hubiera que explicar.

—Nos vemos por ahí, Nueva York.

—Hasta luego, tipo del torbellino —dije.

Eso me ganó una sonrisa breve y peligrosa.

Y luego se fue.

Bajé la vista hacia los papeles que tenía en las manos. Cincuenta dólares. Contratistas de confianza. Y un hombre que, definitivamente, no iba por ahí besando mujeres en posadas heredadas a menos que la situación ya estuviera bastante complicada.

—Soy una campeona.

Me quedé ahí parada unos diez segundos antes de soltar el aire.

—Dios mío —murmuré en la habitación vacía—. Acabo de besar a mi contratista.

Levanté la vista hacia el retrato de Edna. Juro que por un segundo la vi sonriendo con burla.

—No me juzgues.

Aunque, siendo justa, yo ya lo estaba haciendo de maravilla, a nivel olímpico. Si la autocrítica fuera un deporte, tendría medallas. Tal vez hasta patrocinadores. Diablos, si pudiera levantar más la pierna, ya me habría dado una patada yo sola.

¿Por qué tuve que besarlo?

Un abrazo habría sido mejor. Incómodo, sí, pero socialmente aceptable. Los abrazos eran neutros. Seguros. Uno abrazaba a la gente cuando te llevaban comida, te daban malas noticias o te

ayudaban a mover un sofá. En ninguna circunstancia les agarrabas la cara y te los besabas.

Me pasé la mano por la cara, crucé el salón de un lado a otro y luego regresé sobre mis pasos.

—Entré en pánico —le dije al retrato de Edna—. Eso fue todo. Lucha o huida. Y al parecer yo elegí coquetear.

Y ni siquiera sabía gran cosa de él. Por lo que yo sabía, podía estar casado, comprometido o tener una novia formal. Claro, no le había visto ningún anillo. Llevaba las manos desnudas. Muy desnudas. Desnudas a un nivel francamente distractor. Pero los hombres que trabajan con herramientas se quitan los anillos todo el tiempo. Es un riesgo de seguridad. O quizá simplemente no usaba ninguno. O quizá cambiaba de novia como quien cambia llantas por temporada.

Gruñí y me recargué en la pared, mirando al techo.

—No andas por la vida besando hombres que apenas conoces.

Excepto que sí lo había hecho.

Y con entusiasmo.

Básicamente, había agredido a un hombre con la boca.

No había sido mi momento más brillante.

Me separé de la pared y me frené en seco al ver los papeles doblados que todavía tenía en la mano: la factura de la inspección, la lista de contratistas, la prueba de que aquello no había sido una alucinación provocada por el calor ni un invento de mi cerebro para sobrevivir.

Cincuenta dólares.

Solté un resoplido bajo.

—Genial. Ahora le debo dinero y dignidad.

Sentí una mirada sobre mí y levanté la vista para encontrarme otra vez con el retrato de Edna.

—Te estás divirtiendo demasiado con esto.

Le señalé la cara pintada con un dedo.

—Si planeaste todo esto, te voy a perseguir yo también. Ya verás.

—¿Sarah? ¿Con quién estás hablando?

Di un salto y me giré, a punto de dejar caer los papeles, justo cuando Dottie entró al salón secándose las manos en el delantal.

—¿Yo? Con nadie —respondí.

Dottie siguió mi mirada hasta el retrato.

—Ah.

Asintió como si todo tuviera sentido.

—Yo hablo con ella todo el tiempo.

Se acercó, se plantó frente al cuadro y le sacudió un puño al retrato de Edna.

—Pórtate bien, vieja bruja, o te meto al horno. Y no creas que no lo haría.

La miré fijo.

Dottie se volvió hacia mí, radiante.

—¿Ves? Solo hay que marcar territorio. Ahora sí se va a portar bien.

Por alguna razón, no me convencía, pero tampoco iba a discutir con una mujer que amenazaba a sus parientes muertas con electrodomésticos de cocina.

Dottie ladeó la cabeza y entrecerró los ojos.

—Estás roja.

—No, no estoy roja.

—Sí, sí estás —dijo con alegría—. ¿Pasó algo?

Levanté los papeles por puro reflejo.

—Acabo de recibir el informe de la inspección.

—Ay, Dios mío —dijo Dottie, llevándose las manos al pecho—. ¿Nos va a dejar en la ruina? A veces esos informes encuentran problemas donde casi no los hay.

Negué con la cabeza.

—Peor.

—¿Peor?

Abrí la boca y luego la cerré. La verdad era que no quería contarle a Dottie lo del tipo del torbellino en ese momento. Ni lo del beso. Ni lo de la inspección de cincuenta dólares. Ni la manera en que mi cuerpo, al parecer, había decidido traicionarme como si no trabajáramos en el mismo equipo.

Además, era evidente que Dottie le tenía aprecio. Y yo estaba… confundida. Dando vueltas en espiral. Incapaz de hablar de sentimientos antes del mediodía. No era el momento. Ni el lugar.

—¿Querías decirme algo? —pregunté en su lugar.

Sus ojos se iluminaron.

—Sí. Helen quiere servir cóctel de camarón mañana en la noche.

—¿Y?

—Y yo quiero servir mis champiñones rellenos.

Hice una pausa.

—¿Y ella no quiere? ¿No se supone que tú te encargas de la comida?

—Claro que sí —dijo Dottie—, pero dice que podrían estar violando una o dos normas sanitarias. Yo digo que son perfectamente seguros… más o menos.

—Eso no me tranquiliza nada.

Hizo un gesto con la mano.

—Helen dice que los camarones son elegantes. Yo digo que son caros y que huelen a cosa fea si se dejan fuera demasiado tiempo.

—Eso fue… muy gráfico.

—Además, cree que mis champiñones son "demasiado" —continuó Dottie—. Demasiado sabor. Demasiado ajo. Demasiada alegría.

Abrí la boca, pero luego la cerré.

—Estás peleándote con Helen por los aperitivos.

—No nos estamos peleando —me corrigió—. Estamos teniendo una discusión animada, y necesito que estés de mi lado antes de mañana en la noche.

Eso me regresó de golpe a la realidad de lo que se nos venía encima. Mañana podía ser la clase de noche que empujara a la posada hacia adelante… o la hiciera tropezar antes de siquiera arrancar.

Me enderecé, y de pronto los papeles que llevaba en la mano se sintieron más pesados.

—Necesitamos que esto salga bien.

—Y va a salir bien —dijo Dottie con toda confianza—, siempre y cuando elijas los champiñones.

Bajé la vista otra vez al informe de la inspección: cincuenta dólares, contratistas de confianza y mil problemas todavía esperando turno.

Y no podía darme el lujo de distraerme por un hombre cualquiera.

—Está bien —dije, cuadrándome un poco—. Quédate con los champiñones, pero que nadie termine intoxicado.

Dottie sonrió.

—Define "intoxicado".

Cerré los ojos un segundo.

Mañana en la noche iba a ser importante.

Y si no volvía a concentrarme de una vez, esta posada me iba a devorar viva.

17

SARAH

Me desperté a la mañana siguiente empapada en sudor, con las sábanas enredadas alrededor de mis piernas y pegadas a mí como si hubiera peleado con ellas en sueños… y hubiera perdido. Tenía la mente confusa, pero, por desgracia, el sueño seguía siendo nítido.

Un centenar de tipos del torbellino me perseguían.

No de una forma divertida ni consensuada, como en un juego de rol de cavernícolas. Tampoco era como si estuviéramos todos desnudos, y no estaban blandiendo garrotes sospechosamente firmes en mi dirección. No. Era una auténtica pesadilla. Estaban por todas partes, rodeándome, avanzando despacio, todos con la misma expresión serena y aterradora.

Y cantaban.

—Estás sucia —repetían—. Déjame limpiarte.

Ni hablar.

Incluso mi yo onírico, que históricamente toma pésimas decisiones, sabía que eso no era normal. Ni sexy. Ni seguro. Era el tipo de frase que se oye justo antes de que un asesino serial chiflado te corte en pedacitos perfectamente ordenados.

Así que corrí.

En el sueño, al menos: a toda velocidad, agitando los brazos, con el pelo al viento y probablemente gritando. Cuando por fin me desperté de golpe, con el corazón desbocado y los pulmones ardiendo, me di cuenta de que también debía de haber hecho algo de cardio ligero en la vida real, porque las piernas me dolían como si hubiera entrenado para una maratón mientras dormía.

Fantástico.

Me quedé acostada un momento, mirando el techo e intentando recuperar el aliento.

—Contrólate. Besaste a un hombre. A uno.

Y ese beso, seamos sinceras, había sido de los que derriten hasta la ropa interior.

Mi subconsciente decidió, claramente, que aquello era demasiada emoción para un solo cuerpo humano y respondió montando una película de terror.

Era la mañana del fin de semana de solteras de Pearls & Pints y, por desgracia, no podía pasarla acostada en la cama recordando lo ardiente que había sido ese beso.

Lo cual era una verdadera lástima. Porque de verdad lo había sido.

Así que salté de la cama, me estiré como si me estuviera preparando para la batalla y reuní valor para lo que prometía ser un día larguísimo.

Y lo fue.

A media mañana, me había convertido oficialmente en el chico, la chica, la mujer, el duende de los mandados de la posada, o cualquier título que pareciera más acertado. Si en la posada faltaba algo para la fiesta, yo tenía que salir a conseguirlo. Eso significaba baguettes, más baguettes, ostras, frutos secos, aceitunas y cinco bandejas de queso adicionales porque, al parecer, el queso se evapora si se deja sin supervisión.

Luego tuve que salir corriendo por papel higiénico, velas y manteles. Y después, porque ¿por qué no?, manejé una hora desde Maplewood Falls hasta el pueblo de al lado para conseguir adornos de perlas. Perlas falsas, para ser exacta. Cuencos llenos de ellas, tiras para colgar sobre las mesas. Una locura perlada.

Después de eso, volví a la florería local para comprar los centros de mesa. Y, por último, lo más importante: la cristalería. Porque nada dice —hora del cóctel con clase— como no servirles a los invitados sus bebidas en frascos de conserva.

Solo las flores me habrían arruinado económicamente, pero Helen me hizo un gesto para que me fuera.

—El pueblo se hace cargo de la factura —me dijo, ajustándose las gafas rojas y despachándome como si fuera una pasante incompetente—. Ve. Y apúrate. Necesito los manteles. No voy a organizar un cóctel con esos.

Esos eran los manteles de Edna. Rosas. Con flores naranjas. No eran feos, solo tremendamente anticuados. El naranja estuvo de moda en los setenta. Hoy en día… no tanto.

Y como pensaba quedarme con la posada, eso significaba cambios. Menos estampados florales, menos rosa, más estilo rústico-chic: terroso, neutro, cálido. Un ambiente que dijera bienvenida y no —la abuela se niega a dejar atrás los setenta—.

—No te quedes ahí parada como tonta —espetó Helen—. ¡Ve!

¿Me molestaba que me diera órdenes? Sí. Muchísimo. Pero también veía que estaba bajo mucha presión, así que me mordí la lengua, me subí a mi viejo Jetta y salí de compras como si mi vida dependiera de ello.

Cuando por fin regresé, Jason me ayudó a descargar el coche. Juntos reorganizamos las mesas, movimos las sillas y montamos la zona del bar donde él trabajaría más tarde esa noche.

A media tarde, empezaron a llegar las invitadas.

Y cuando digo invitadas, me refiero exclusivamente a mujeres entusiastas y radiantes.

La primera entró por la puerta principal como si hubiera estado esperando ese momento toda su vida, con unas gafas de sol enormes puestas, aunque estábamos bajo techo, arrastrando una maleta que probablemente costaba más que mi coche. Detrás de ella vino otra. Y otra. Tacones repiqueteando. Joyas tintineando. Risas subiendo por la escalera como burbujas de champán. ¿Ya estaban borrachas? Probablemente.

Sí. Era ese tipo de fin de semana.

—Bienvenidas a la posada Hartwell —dije, poniéndome en modo anfitriona con la mayor naturalidad posible—. Seguramente están aquí para el evento de Pearls & Pints.

—Sí —dijo una mujer sin aliento, ya escudriñando la sala como si esperara encontrar hombres solteros escondidos detrás del perchero —. ¿Es aquí donde estarán los solteros?

—Más adelante —respondí—. Esta noche es para cócteles y para conocerse; la subasta es mañana.

Un murmullo colectivo se extendió por el grupo.

—Bien —dijo otra mujer, ajustándose un collar de perlas del tamaño de un pequeño planeta—. Necesito tiempo para evaluar.

Evaluar qué, exactamente, no estaba segura; ¿la estructura ósea?, ¿el patrimonio neto?, ¿la capacidad para cambiar una llanta? Tenía la sensación de que esto no iba a ser tan inocente como Helen sugería.

Luego vinieron los nombres, y los anoté tan rápido como pude.

—Linda.

—Catherine, con C.

—Ay, somos hermanas.

—No, no de esas hermanas.

—Sí, las dos estamos solteras.

—No, no pensamos competir por el mismo hombre.

Esa frase vino acompañada de una sonrisa que sugería exactamente lo contrario.

Jason apareció a mi lado como un becario modelo, dispuesto a ayudar.

—Jason les llevará las maletas a sus habitaciones —dije—, si le indican cuál es la suya.

Se abalanzaron sobre él de inmediato, señalando y explicando.

—Esta es frágil.

—Estos son zapatos.

—Esa está… llena de juguetes —dijo una pelirroja, riéndose.

Claro. Me lo imagino, por desgracia.

La cara de Jason se sonrojó un poco más, pero él asintió solemnemente y levantó el equipaje como un campeón; el sobrino de Helen nunca había aparecido para echar una mano, así que Jason

había aceptado ayudar con las maletas y, la verdad, estaba siendo un salvavidas, además de que iba a recibir una buena y jugosa bonificación al final de la semana.

A medida que llegaban más mujeres, el brillo aumentaba: perlas por todas partes, pendientes, pulseras, anillos, y una mujer llevaba tantos collares superpuestos que parecía estar financiando personalmente la industria de las ostras; era un milagro que pudiera caminar.

—Bueno —susurró alguien en voz alta mientras le entregaba una llave—, ¿de cuántos solteros estamos hablando?

—De una selección cuidadosamente elegida —respondí con diplomacia.

—¿Y son… de calidad?

Uf. Sabía exactamente a qué se refería, así que sonreí.

—Ya lo descubrirás.

Eso me valió unos cuantos gestos de aprobación.

La emoción se extendía por la posada; el aire estaba cargado de perfume, expectativa y optimismo competitivo, y dondequiera que mirara captaba fragmentos de conversación.

—Este año voy por los altos; los bajitos estaban bien, pero necesito ventaja.

—Yo quiero a alguien manitas, con callos y que, de ser posible, sepa qué hacer con ellos.

—¿Alguien sabe si alguno tiene casa propia… o al menos un colchón decente?

—Juro que, si me voy este fin de semana sin al menos una cita y una decisión de la que arrepentirme, voy a armar un escándalo.

Para cuando se registró la última invitada, el vestíbulo parecía como si un joyero hubiera explotado y luego se hubiera recompuesto para convertirse en el anticipo de un cóctel.

—La hora del cóctel empieza a las seis —anuncié, dando una ligera palmada—. Siéntanse libres de refrescarse, explorar o servirse una copa de vino si encuentran alguna desatendida.

Esa sugerencia fue recibida con vítores.

Mientras subían las escaleras, riendo y tramando, exhalé lentamente: las invitadas estaban allí, la posada bullía de actividad y

Pearls & Pints había comenzado oficialmente.

Iba a recibir a un grupo de mujeres ricas y calenturientas con perlas; eso era lo que era.

Ahora solo tenía que sobrevivir a las próximas cuarenta y ocho horas sin perder la cabeza, nada del otro mundo.

Helen reapareció unos instantes después y colocó un cartel en un caballete junto a la puerta principal: fondo color crema, letras mayúsculas en azul marino que decían PEARLS & PINTS, FIN DE SEMANA DE DESPEDIDA DE SOLTERA, y perlas dibujadas a lo largo del borde, como si se tratara de una invitación de boda en lugar de un ritual de apareamiento; naturalmente, estaba impreso de manera profesional.

—Ya está —dijo Helen—. Si algo sale mal ahora, no será culpa mía. —Se volvió hacia mí—. Me voy a casa a cambiarme; volveré en una hora y espero competencia.

Levanté la mano en un saludo militar.

—Sí, capitana.

Me reí. Ella no; en cambio, frunció el ceño y desapareció por la puerta principal.

Claro, yo también tenía que cambiarme, y después de olerme las axilas disimuladamente, añadí en voz baja:

—Y ducharme.

Mientras subía las escaleras, el olor a algo mantecoso chisporroteando se elevó desde la cocina, seguido de la voz de Dottie, alta y clara.

—¡Si vuelves a tocar eso, te meto en el horno!

Pobre Jason, pero el chico seguía aguantando.

Una vez en mi habitación, en la tercera planta, me quité la ropa, me di un buen baño laaaargo y seguí mi rutina de maquillaje de cinco minutos, que consistía en base, delineador difuminado, rímel y un toque de brillo de labios; luego saqué mi único vestido de cóctel aceptable, un vestido cruzado negro de Ralph Lauren que había conseguido a mitad de precio porque soy muy práctica.

Me puse mis zapatos negros de tacón bajo e intenté hacerme un peinado con secadora, pero fracasé, así que me conformé con cinco

minutos de cepillado agresivo y di el trabajo por terminado; de alguna manera, tendría que bastar.

Me pregunté si el tipo del torbellino estaría en la fiesta, pero aparté ese pensamiento de mi mente porque no podía distraerme con unos labios sensuales y una lengua mágica; además, esa noche era solo para las invitadas.

Después de una hora más o menos, bajé las escaleras con cuidado, alisándome el vestido y repasando mentalmente una lista de pendientes que ya me gritaba en mayúsculas.

Velas, listo; bar surtido, listo; Dottie no envenenando a nadie, probable.

Doblé la esquina hacia el comedor y me quedé paralizada.

Las mesas estaban… mal.

Las habían girado, desplazado y agrupado en pequeños grupitos ordenados que yo definitivamente no había aprobado; la disposición abierta que había planeado había desaparecido, sustituida por algo que se parecía sospechosamente a un plano de asientos para una despedida de soltera.

—¿Qué demonios estás haciendo? —exigí.

Helen ni siquiera levantó la vista; estaba en modo mando total, haciendo gestos bruscos a Jason desde el interior de un vestido verde azulado sin forma que parecía haber perdido toda alegría, mientras él sostenía una silla como si fuera a estallar.

—Arreglando esto —dijo ella con brusquedad—. Lo habías montado todo mal.

La miré fijamente.

—¿Mal cómo?

—Para un cóctel —dijo, como si le explicara la gravedad a una niña—. No se colocan las mesas como en una cafetería; la gente necesita circular, socializar y dejarse ver.

—Podían circular —dije con tensión—. Esa era la idea: espacio abierto, fluidez.

Helen hizo un gesto de desprecio con la mano.

—No, no. Así es como se hace.

—Esta es mi posada —dije, apretando la mandíbula.

Finalmente se giró y arqueó una ceja.

—Y esto es una recaudación de fondos; las reglas son diferentes.

—No te he pedido que…

—Y créeme —continuó, volviendo ya hacia las mesas—, si quieres que este fin de semana se tome en serio, no reinventes la forma de recibir a los invitados; sigue la fórmula.

La irritación me invadió y abrí la boca, totalmente dispuesta a recordarle que yo vivía ahí, trabajaba ahí y había heredado ese lugar.

—Buenas noches.

La voz flotó desde la escalera como una campana de alarma.

Me quedé paralizada.

Helen se enderezó al instante, alisándose el vestido como si no acabara de pisotear mi autoridad, mientras las invitadas bajaban elegantes, riendo, charlando y recorriendo la sala con ojos curiosos y sonrisas educadas.

—Bueno —dijo Helen en voz baja, de repente toda alegría y optimismo—, que empiece el espectáculo.

Tragué saliva y esbocé mi mejor sonrisa de anfitriona, aunque por dentro me hervía la sangre.

Di un paso adelante, respiré hondo y empecé:

—Bienvenidas…

Helen se abalanzó sobre mí.

Su cadera chocó con la mía, con fuerza y a propósito, haciéndome dar medio paso atrás mientras ella se deslizaba sin problemas en mi lugar.

—Bienvenidas, señoras —dijo Helen con alegría, como si no acabara de empujar a la dueña de la posada—. El fin de semana de solteras de Pearls & Pints acaba de empezar; por favor, pónganse cómodas.

Y así lo hicieron, de inmediato: siguieron los cumplidos, las exclamaciones de admiración, alguien elogió las flores y otra persona alabó la iluminación.

Me quedé allí, momentáneamente desplazada, sonriendo como una profesional mientras gritaba mentalmente:

—Voy a matar a esa zorra alta.

Las invitadas se agolparon alrededor de Helen, que se ajustó las gafas rojas y se regodeó como si hubiera planeado ese momento

desde el principio.

Nuestras miradas se cruzaron y ella me devolvió una sonrisa dulce y triunfante.

Me imaginé arrancándole de un golpe esas gafas rojas de la cara.

Sin duda íbamos a tener esa conversación más tarde, pero, por ahora, la sala se estaba llenando, las copas tintineaban y la posada había cobrado vida oficialmente.

Y me gustara o no la distribución de las mesas, Pearls & Pints había comenzado.

Fue entonces cuando las puertas de la cocina se abrieron de par en par.

Dottie salió como una mujer que revela un milagro, sosteniendo una bandeja enorme a la altura del pecho, con la barbilla levantada, los hombros hacia atrás y el orgullo radiándole en la cara. El delantal de ese día era amarillo pálido, con letras negras en negrita que decían: MUEVE LA OLLA HASTA QUE TE SIENTAS MEJOR.

La bandeja en sí estaba… repleta: pequeñas bolitas doradas coronadas con algo verde y brillante. Champiñones, obviamente, pero también algo más, algo extra, algo que no reconocí.

—Señoras —anunció Dottie, con una voz que parecía haber ensayado para ese momento—, les presento el primer plato.

Las mujeres se inclinaron al unísono, con las perlas balanceándose y las pulseras tintineando.

—¿Qué es? —preguntó una mujer excesivamente bronceada, cuya piel alrededor de la cara parecía que se agrietaría si sonreía.

—Mis champiñones rellenos —respondió Dottie, y vi cómo Helen se ponía tensa—. Y una cosita que inventé esta tarde. —Sonrió—. La llamo Fase Uno.

Oh, no. Sentí que mi alma intentaba abandonar mi cuerpo.

—Dottie.

Me hizo un gesto con la mano para que me callara sin mirarme.

—Tranquila. Es comestible.

Entrecerré los ojos.

—Eso es lo que me preocupa.

—Están infusionados —añadió alegremente.

Se hizo el silencio en la sala. El rostro de Helen se ensombreció, primero un tono, luego dos… mejor dicho, tres, y su cabeza parecía a punto de estallar.

—¿Infusionados cómo? —preguntó otra mujer, encantada.

—Con sabor —dijo Dottie y, tras una breve pausa, añadió—: Y quizá… perspectiva.

Helen se llevó una mano a la frente.

—No puedes hablar en serio.

—Ay, Helen, no seas tan dramática —dijo Dottie—. Los efectos son muy leves.

—Define "efectos" —pedí.

Dottie lo pensó un momento.

—Los colores pueden parecer más agradables, la música puede sentirse más personal y quizá, por un momento, creas que eres la mujer más atractiva de la sala.

Varias mujeres ahogaron un grito.

—Me llevo tres —dijo una de inmediato.

Jason apareció a mi lado, con los ojos muy abiertos.

—¿Debería… detenerlas?

Eché un vistazo a la sala: las risas, la emoción y la forma en que las mujeres ya estaban tomando servilletas y platos.

—No —dije—. Veamos… qué pasa.

Y recemos a los dioses para que no me demanden.

Dottie me lanzó una sonrisa triunfante y se abrió paso entre la multitud, sirviendo con la confianza de una mujer que nunca había dudado ni por un segundo de su propio criterio.

—Mastica despacio —le aconsejó a una invitada—. Masticar rápido lo vuelve emotivo.

Otra mujer se metió uno en la boca y se quedó paralizada.

—Oh.

Dottie se inclinó hacia ella.

—¿Un "oh" bueno o un "oh, oh"?

La mujer abrió mucho los ojos.

—Creo que puedo oír el océano.

—Perfecto —dijo Dottie—. Funciona tal como estaba previsto.

Helen agarró a Dottie por el codo.

—Si esta noche se va al demonio —siseó—, ya sabes a quién voy a culpar.

Dottie le sacó la lengua y siguió alegremente su camino, ofreciendo champiñones rellenos a quien quisiera.

Observé cómo la sala bullía, cómo las risas se hacían más fuertes, las sonrisas más tiernas y las perlas reflejaban la luz como pequeñas lunas. Fuera lo que fuera lo que Dottie hubiera hecho, no estaba causando pánico, solo… entusiasmo.

Exhalé y levanté mi copa de vino tinto.

Las invitadas estaban contentas, la comida no había matado a nadie y, si alguien empezaba a confesarle secretos al papel tapiz, ya me ocuparía de eso más tarde.

—¡Señoras, he llegado cargada de regalos!

Me giré hacia la voz.

Lola estaba en la puerta como si se hubiera colado por accidente en una sesión de fotos y hubiera decidido quedarse, con una cadera ladeada y la barbilla levantada. Un vestido dorado brillante, con un escote pronunciado —muy pronunciado—, se ceñía a ella como si hubiera firmado un formulario de consentimiento, y le llegaba justo por encima de la rodilla porque, claro, tenía que ser así. Llevaba el pelo recogido, dejando al descubierto su cuello, y un collar de perlas extralargo le caía sobre el pecho, balanceándose peligrosamente cerca de la tentación, mientras unos pendientes de perlas a juego reflejaban la luz cada vez que se movía.

En las manos llevaba tarjetas, no fichas pequeñas y bonitas, sino tarjetas grandes, brillantes y de buen gramaje.

Entró contoneándose en la sala, sosteniéndolas como si fueran textos sagrados.

—Estos —dijo, sonriendo lentamente— son sus solteros.

La reacción fue inmediata.

Las mujeres se abalanzaron hacia delante como si alguien hubiera gritado "bolsos gratis".

—¡Dios mío!

—Déjame ver.

—No, yo la agarré primero.

—Apártate, Linda.

—¡Ese es el que quiero!

Las tarjetas volaron de mano en mano, las manos chocaron y una mujer incluso siseó. Alcancé a ver una tarjeta al pasar: foto, nombre, edad y lo que parecía sospechosamente una breve biografía. Lola se había esmerado.

—Ya sabes lo que dicen de las manos grandes —dijo alguien con reverencia.

—Ese tiene hombros.

—Oh, este parece emocionalmente inaccesible. Me encanta.

Lola se rio, encantada.

—Vamos, vamos. Hay hombre suficiente para todas. Probablemente.

Dos mujeres se disputaron la misma tarjeta.

—¡Yo lo vi primero! —gritó una rubia con el maquillaje apelmazado.

—¡Ni loca! —exclamó una morena de pelo corto.

—Yo lo *sentí* primero.

Lola chasqueó la lengua.

—Señoras, por favor, esto no es una pelea en jaula.

Les arrebató la tarjeta en disputa de las manos y, sin apartar la mirada de ellas, se la deslizó por el escote del vestido, guardándola cuidadosamente donde habría ido el sostén si hubiera llevado uno.

Un murmullo de sorpresa recorrió la sala.

—Esta es mía —dijo Lola alegremente—. Para guardarla a buen recaudo.

Alguien se abanicó, y otra mujer susurró:

—Es increíble.

—Lo soy —asintió Lola.

Siguió repartiendo tarjetas, con comentarios incluidos.

—Oh, cuidado con ese; sabe lo que vale. ¿Y este? —Dio un golpecito a una tarjeta—. Tiene la resistencia de un toro.

Me atraganté con la bebida.

Lola se acercó y le ofreció una tarjeta a Helen.

—Mira, sus hombros son casi tan anchos como los tuyos. La pareja perfecta.

Ay.

Helen puso cara de asco.

—No voy a meterme en tus juegos sexuales. Tengo principios.

Lola sonrió.

—Yo no.

En cuestión de minutos, se formaron grupitos; las mujeres se apiñaban y comparaban notas como si se estuvieran preparando para los exámenes finales.

Lola volvió hacia mí, radiante.

—¿Ves, cariño? La preparación lo es todo.

Miré a mi alrededor, a toda esa locura: las tarjetas, las intrigas, las perlas y la mujer que ahora estaba regateando por una tarjeta como si fuera una propiedad frente al mar.

—Esto es una locura —dije.

Lola sonrió, dando un sorbo a su bebida.

—Ay, cariño. Esto es estrategia.

—Esto es, sin duda, lo más loco que he visto en mi vida —dije.

—Espera a mañana —dijo una voz a mi lado.

Me giré y vi a Becca junto a mí, con un impecable traje de falda gris claro y una copa de vino tinto en la mano.

—Hola. Me alegra que hayas podido venir.

Becca sonrió.

—Nunca me lo pierdo. Espera a que hayan tomado un poco más; el año pasado, algunas terminaron en topless.

—Madre mía —me reí—. ¿Y vuelven todos los años?

Observé cómo Lola seguía haciendo sus rondas con las tarjetas.

—Sí —dijo Becca—. Y gastan un montón de dinero, dinero que el pueblo necesita.

—Claro.

Tenía que recordarlo.

—Bueno —dijo Becca mientras daba un sorbo de vino—, he oído que Alex ha estado por aquí bastante últimamente.

La idea del tipo del torbellino me arrancó una sonrisa traicionera y, por supuesto, se me encendió la cara.

—Ah —dijo mi prima segunda—. Entonces, ¿cómo están las cosas entre ustedes dos?

Di un sorbo lento a mi bebida, sobre todo para ganar tiempo y evitar que mi cara entrara en combustión espontánea.

—Define… cosas.

La sonrisa de Becca se amplió.

—Ay, vamos. No te sonrojas así por una tubería.

—No es por la tubería —dije a la defensiva—. Es rubor crónico. Muy real. Búscalo en Google.

Ella murmuró:

—Ajá.

Exhalé.

—Bueno. Puede que lo haya besado.

Mierda. El secreto había salido a la luz.

Becca se quedó paralizada a mitad de un sorbo, y sus ojos se clavaron en los míos.

—¿Puede que lo hayas besado?

—Lo besé —la corregí—. Brevemente. Por accidente. Con entusiasmo.

Bajó el vaso lentamente.

—¿Te devolvió el beso?

Dudé.

—Sí.

Becca abrió la boca, sorprendida.

—Oh —suspiró—. Ohhh.

—No hagas eso —le advertí—. Ese sonido implica expectativas.

—Ese sonido implica esperanza —dijo ella—. Una esperanza grande, masculina e inoportuna.

Me apoyé contra la barra, de repente muy consciente del bullicio a nuestro alrededor: las risas, las intrigas, el tintineo de copas.

—No lo sé —dije en voz baja—. Simplemente… sucedió. Pero no se sintió como si no significara nada.

No, no lo era. Había sentido algo y, por la forma en que el tipo del torbellino me devolvió el beso, él también lo había sentido.

Becca me miró por encima del borde de su vaso.

—Estás sonriendo.

De inmediato intenté borrar la expresión de mi cara.

—No, no estoy sonriendo.

—Sí que lo estás —dijo ella—. Esa es tu sonrisa de "quizá esté pasando algo bueno, pero me niego a creerlo".

—No, no lo es.

—Bueno —añadió, bajando la voz—, sé a ciencia cierta que todas las mujeres de esta sala te sacarían los ojos si supieran que lo besaste. Alex siempre ha sido… diferente.

La miré.

—¿Diferente en qué sentido?

—No se involucra —dijo ella—. Con nadie del pueblo. Es educado, amable, mantiene las distancias; aparece, hace su trabajo y se va.

Eso no debería haberme oprimido el pecho y, sin embargo…

—Contigo, continuó presentándose—afirmó Becca—. Muchas veces.

—Quizá.

—Así que —dijo con ligereza, levantando de nuevo su copa—, o te estás imaginando cosas, lo cual dudo, o has conseguido quebrantar al único hombre de Maplewood Falls que no se quebranta.

Me reí en voz baja.

—Estás loca.

Chocó su copa contra la mía.

—Solo… lo suficiente.

—Aquí tenemos, chicas —dijo Lola al volver a entrar en la sala, con una bandeja de canapés equilibrada con naturalidad en una mano.

Eché un vistazo cuando pasó junto a mí: pequeñas salchichas ensartadas en brochetas, brillantes y rosadas, cada una cuidadosamente moldeada con un entusiasmo inquietantemente anatómico, una punta redondeada parecida a un champiñón y dos aceitunas colocadas con una intención inconfundible.

Mi cerebro se bloqueó.

¿Era eso…?

Oh. Demonios. No.

Lola se detuvo, se giró y sonrió como si acabara de curar la soledad.

—Las llamo penes en palito —añadió, con los ojos muy abiertos.

La sala estalló en exclamaciones de asombro mientras las mujeres hacían fila para probar un poco de "penes en palito".

Estaba en el infierno.

Las observé un momento antes de bajar la mirada hacia mi copa.

Quizá ese fin de semana se trataba de dinero, de huéspedes y de salvar la posada, pero, en algún punto entre perlas, pintas y un beso muy inoportuno, había empezado a esperar que hubiera algo más.

Y eso me asustaba un poco más de lo que debería.

18

SARAH

Arrastré la silla por el césped con una mano, mientras sostenía el café con la otra. Me latía la cabeza como si hubiera cien pequeños duendes dentro de mi cráneo, turnándose para golpearla con entusiasmo.

Eso era lo que se conseguía bebiendo dos botellas de vino y varios tragos.

Nunca mezcles alcohol. Esa siempre había sido mi regla número uno, una regla que había respetado durante años y que había pisoteado por completo la noche anterior.

En algún momento entre que Becca sacara a relucir a mi ex y yo me diera cuenta de que, de verdad, me lo estaba pasando bien, terminé plantada en la barra, haciéndole señas agresivas al pobre Jason como si me estuviera reteniendo la medicina.

—Más vino —le había dicho al menos cuatro veces.

—¿Quizá agua? —me había sugerido una.

—No me arruines esto —le respondí.

Ahora empezaban a aparecer los remordimientos.

—Date prisa, Sarah —ladró Helen—. La subasta empieza en cinco minutos.

Estaba de pie junto a la tarima elevada que había mandado construir en el césped, con las manos en las caderas,

inspeccionándolo todo como un general preparándose para la batalla. Llevaba el pelo gris recogido en un moño y vestía una de sus características chaquetas enormes, esta vez blanca, con unos jeans que habían estado de moda en los años ochenta.

La plataforma daba al océano: una amplia extensión de madera de casi seis metros de largo, elevada lo justo para llamar la atención sin bloquear la vista. Detrás habían dispuesto sillas plegables blancas en filas ordenadas, llenando el césped en un suave arco que dirigía la atención de todos hacia el frente. Desde el escenario, el agua se extendía sin fin, con la luz del sol reflejándose en las olas como si todo el evento se hubiera montado a propósito.

Helen había hecho que unos chicos del lugar la construyeran esa misma mañana.

Y el tipo del torbellino.

Había aparecido hacía unas dos horas con un equipo, camiones y todo ese material de construcción; aunque parecía estar sufriendo algún tipo de reacción alérgica —la cara hinchada, los ojos inflamados y negándose a abrirse del todo—, aun así, intenté establecer contacto visual con él unas cuantas veces, de manera breve y esperanzada.

Él nunca levantó la vista.

Estaba demasiado ocupado revisando tornillos, dando golpecitos a las tablas y asegurándose de que aquella cosa no se derrumbara bajo el peso de las mujeres adineradas que pujarían agresivamente por su compañía.

Sinceramente, fue lo mejor, porque en ese momento yo parecía una criatura del pantano que acababa de salir arrastrándose de un lodazal y exigía café.

Aun así, no podía quitarme de la cabeza ese beso ni la forma en que me lo había devuelto, con intensidad, como si llevara días pensando en ello, como si lo deseara, como si me deseara a mí. No voy a mentir: hizo maravillas por mi autoestima. Mi monólogo interior había pasado de "apenas estoy sobreviviendo" a "quizá todavía soy deseable".

Sacudí la cabeza para alejar ese pensamiento y, en su lugar, miré a mi alrededor. Jason cargaba cuatro sillas plegables blancas a la vez

como si nada y las colocaba ordenadamente en la última fila. Presumido.

Arrastré mi silla, la última, y la dejé caer junto a la suya.

—Buenas tardes —dijo alegremente.

—No hagas ruido —refunfuñé.

Él sonrió.

—¿Noche intensa?

—¿Alguna vez has bebido tanto vino que tu alma intenta abandonar tu cuerpo?

—Dos veces —dijo—. En la universidad.

—Hmm.

Asentí solemnemente.

A nuestro alrededor, el césped bullía de actividad. Para cuando levanté la vista de mi café, la mayoría de las sillas plegables blancas ya estaban ocupadas. Las primeras filas eran para las huéspedes de la posada, la gente de Pearls & Pints, vestidas como si se hubieran coordinado en un chat secreto titulado "Ricas y listas": perlas por todas partes, gafas de sol colocadas dramáticamente sobre la cabeza, programas en manos bien cuidadas. Se inclinaban unas hacia otras, susurrando, comparando tarjetas y, de vez en cuando, mirando hacia el escenario como depredadoras a la espera de una señal.

Detrás de ellas se sentaban… todos los demás.

Gente del pueblo, si tenía que adivinar: lugareños curiosos, personas que no habían pagado nada por el fin de semana, pero estaban allí solo por el entretenimiento. Vi parejas, grupos de amigos y unos cuantos hombres que parecían haber sido arrastrados hasta allí a regañadientes; fácilmente había unas doscientas personas en total, así que no me extrañaba que Helen hubiera insistido en celebrar aquello al aire libre. El comedor habría explotado, posiblemente de verdad.

Eché un vistazo a la multitud, intentando reconocer caras, pero fracasé por completo.

Claro. Nueva ciudad, nueva vida, y yo seguía sin tener ni idea de quién era quién.

En primera fila, Lola acaparaba toda la atención.

Estaba sentada como si hubiera nacido para eso, con las piernas cruzadas y una postura impecable, luciendo un vestido azul perla con lentejuelas que le llegaba a mitad del muslo y reflejaba la luz del sol como una bola de discoteca. Se acomodó el escote abiertamente, sin complejos y con la confianza de una mujer que sabía exactamente con qué contaba.

Di otro sorbo de café. Por los bordes del césped, había grupitos de gente charlando con una bebida en la mano, dando vueltas como tiburones que aún no se decidían a pujar, pero querían un asiento en primera fila por si acaso las cosas se ponían raras.

Entonces me di cuenta de las miradas.

Varias de las mujeres de las primeras filas ya no miraban al escenario; echaban vistazos de reojo, sonreían, revisaban sus tarjetas y volvían a mirar.

Seguí su línea de visión.

Cerca del extremo más alejado del césped, justo más allá de los arreglos florales, había un pequeño grupo de hombres.

Ah. Los solteros.

Estaban agrupados de manera informal, con las manos en los bolsillos, los hombros relajados y riéndose como si no se dieran cuenta de que estaban a punto de ser evaluados emocional y económicamente.

Por lo que pude ver, tenían entre treinta y cinco y cuarenta y cinco años. Todos estaban en forma, con una mezcla de aspecto rudo y pulido: uno tenía el pelo aclarado por el sol y una mirada permanentemente entrecerrada, como si pasara los fines de semana al aire libre, mientras que otro tenía el pelo oscuro y rasgos marcados. Había hombros anchos, confianza natural, chaquetas a medida, mangas remangadas, piel clara, piel morena y barba de un par de días en más de una mandíbula.

Eran el tipo de hombres que se veían bien incluso estando quietos.

A mi alrededor, las tarjetas de subasta crujían; alguien carraspeó y otra persona murmuró:

—Oh, vaya.

Las mujeres no hacían nada especialmente sospechoso, solo estaban sentadas allí, hablando en voz baja y riéndose de algo que había dicho una de ellas, pero la energía a su alrededor era inconfundible.

Enderezaron la postura, se acomodaron el pelo y un brillo de labios apareció de la nada; una mujer incluso se abanicó con su tarjeta de subasta.

Observé cómo uno de los hombres cruzaba la mirada con una mujer y le sonreía cortésmente, y a ella casi se le cayó la tarjeta.

Muy bien, entonces. Esto estaba pasando.

Doscientas personas, el océano como telón de fondo, un escenario construido para contener el entusiasmo y un grupo de hombres a punto de ser subastados como ganado muy atractivo.

Me hundí en la silla, con la cabeza aun retumbándome.

—Esto es condenadamente raro —murmuré, sin dirigirme a nadie en particular.

—Y que lo digas.

Al levantar la vista, vi a Becca deslizarse en la silla a mi lado. Llevaba un traje pantalón blanco sin mangas, con un cinturón dorado a juego con el bolso de mano y los zapatos, y me entregó un frasco de Tylenol.

—Pensé que quizá lo necesitarías —dijo.

Lo tomé con reverencia.

—Que Dios te bendiga, criatura buena y generosa.

Abrí el frasco con el pulgar, eché dos pastillas en la palma de la mano y me las tomé con un sorbo de café, como una profesional.

Becca se rio.

—Pensé que me iba a perder el primero.

—No —dije, devolviéndole el frasco—. Llegas justo a tiempo; estamos a punto de subastar seres humanos con fines benéficos.

Como si mis palabras la hubieran invocado, Helen subió a la tarima con el micrófono en la mano, la postura impecable y la chaqueta blanca todavía agresivamente sin forma. Esperó hasta que el ruido se atenuó lo suficiente para crear dramatismo.

—Damas y caballeros… —Hizo una pausa, mirando a la multitud —. No, quiero decir solteros —corrigió con una sonrisa.

Las primeras filas estallaron en vítores y silbidos, y una mujer gritó:

—¡Por fin!

Helen esperó con la calma de una profesional experimentada y luego continuó:

—Bienvenidos a otro fin de semana de solteros de Pearls & Pints.

Los aplausos resonaron por todo el césped. Sí, una parte de mí lo encontraba espantoso, pero la otra, la parte ganadora, pensaba que era absolutamente fantástico.

A medida que los aplausos se intensificaban, la sonrisa de Becca se desvaneció.

Miró más allá del escenario, entrecerrando los ojos hacia alguien entre la multitud. Seguí su mirada hasta un hombre que estaba cerca del borde del césped, pero antes de que pudiera preguntarle por él, Becca se volvió rápidamente y esbozó una sonrisa como si nada hubiera pasado.

Eh.

—Como todas saben —continuó Helen—, los ingresos del evento de este año se destinarán a la restauración del faro, al mantenimiento del puerto y al Fondo de Becas de Maplewood Falls. Su dinero, señoras, va a una causa muy buena.

Eso fue suficiente: los aplausos se duplicaron, las tarjetas se agitaron en el aire y alguien gritó:

—¡Quédate con todo!

Helen sonrió, satisfecha.

—Bueno —dijo, levantando la mano—, que comience la subasta. —Señaló hacia el lado izquierdo del escenario—. Por favor, den la bienvenida a nuestro primer soltero del día. Él es Mark.

Mark dio un paso al frente.

La reacción fue inmediata.

Tenía unos cuarenta y tantos años, era alto, de hombros anchos sin esfuerzo, con la piel bronceada y el pelo rubio arena que sugería que pasaba más tiempo al aire libre que delante del espejo. Llevaba una camisa blanca impecable, abotonada y con las mangas remangadas lo justo para mostrar unos antebrazos que, sin duda, no pertenecían a un hombre que se pasaba todo el tiempo detrás de un

escritorio. Sonreía con naturalidad, como si hubiera nacido sabiendo hacerlo sin parecer presumido.

Varias mujeres aspiraron aire al unísono. Yo solté una carcajada en mi café.

—Mark es abogado —anunció Helen—, y cuando no está trabajando, le gusta navegar en su barco frente a la costa. Lo que significa que la puja ganadora de hoy incluye un paseo en velero privado para dos.

El público enloqueció.

Las tarjetas se alzaron. Las mujeres se inclinaron hacia delante. Las joyas tintinearon. Una mujer se abanicaba con vehemencia, golpeando repetidamente en la cara a su vecina.

Helen levantó la mano.

—Empezaremos la puja en quinientos dólares.

Arqueé una ceja.

—Me parece mucho.

Becca negó con la cabeza.

—No para estas señoras.

—¡Seiscientos! —gritó una voz desde la primera fila.

—¡Ochocientos! —gritó otra.

—¡Mil!

Parpadeé.

—Eso subió rápido.

Becca sonrió.

—Un abogado sexy con un barco.

Tenía razón.

—Claro —dije—. Me había olvidado de los barcos.

—¡Mil quinientos!

—¡Dos mil!

Mark se quedó allí de pie, sonriendo con educación, como si no lo estuvieran tasando verbalmente en público.

—¡Tres mil! —gritó alguien.

Antes de que pudiera asimilar esa cifra, Lola se levantó, sonrió y dijo con total claridad:

—Seis mil.

El césped quedó en silencio absoluto.

Helen arqueó una ceja.

—Seis mil dólares —repitió—. ¿Alguien ofrece más?

Nada. Las mujeres que estaban pujando se quedaron en silencio.

—¡Vendido! —exclamó Helen—. A Lola Sinclair.

Lola levantó los brazos e hizo una reverencia lenta y elegante, como si acabara de ganar un concurso de belleza, y los aplausos fueron atronadores.

Mark se rio, sacudiendo la cabeza, y le hizo un pequeño saludo a Lola. Ella se humedeció los labios muy despacio, de forma muy sugerente.

Claro.

Me recosté en la silla, atónita.

—Bueno —dije—, ahí se va mi idea de lo que es gastar el dinero con moderación.

Becca se rio.

—Bienvenida a Maplewood Falls.

La voz de Helen resonó y devolvió mi atención al escenario.

—Nuestro siguiente soltero… sí, Carlos, el dueño de la tienda departamental local. Por favor, sube al escenario.

Carlos dio un paso al frente.

Era más o menos de mi estatura, posiblemente rondaba los sesenta y tenía una complexión fuerte, con el pelo negro peinado hacia atrás como si no se hubiera movido desde 1997. Subió los escalones con una confianza suprema, recorriendo al público con la mirada y sonriendo como si estuviera a punto de ser coronado Mr. Universo.

No lo era. Era… agresivamente normalito.

El césped se quedó en silencio cuando Carlos llegó al centro del escenario.

—¿Habla en serio? —susurré.

—Espera —dijo Becca, con una sonrisa cómplice asomándole en los labios.

Carlos se giró hacia el público y plantó los pies en el suelo; con dos movimientos rápidos y ensayados, se quitó la camiseta y los pantalones, y los tiró a un lado.

Las mujeres se quedaron boquiabiertas.

A mí se me cortó la respiración.

Carlos se quedó allí, resplandeciente bajo la luz del sol, untado de aceite como un pollo asado y sin nada más que un diminuto tanga rojo que parecía estar luchando por su vida. Puede que no fuera el hombre más alto ni el más corpulento, pero el bulto en la parte delantera era anormalmente enorme para su complexión, como tres veces más grande de lo normal.

—Dios mío —jadeé—. ¿Eso es de verdad?

—Te lo dije —dijo Becca con calma.

Y entonces la cosa empeoró.

—Hola, chicas —dijo Carlos, abriendo los brazos—. Les presento a Carlos.

La música sonó a todo volumen por los altavoces, y reconocí "I'm Too Sexy", de Right Said Fred.

Carlos se puso a bailar, contoneando las caderas, sacando pecho y con la confianza por las nubes, mientras se daba una palmada en el trasero y sonreía a todas.

Las mujeres enloquecieron.

Gritos de verdad, silbidos, alguien gritando su nombre como si fuera una estrella de rock; las tarjetas volaron por los aires y una mujer cerca del frente se abanicaba con tanta fuerza que pensé que iba a despegar del suelo.

Me quedé mirando el escenario en un silencio atónito.

—¿Estoy en una subasta benéfica? —pregunté—. ¿O por error organicé una convención de strippers?

Carlos me guiñó un ojo.

Y yo me morí un poco por dentro.

—¡Vendido! —gritó Helen, y yo ni siquiera había oído la puja porque estaba demasiado distraída con el gigantesco joystick de Carlos—. A la encantadora señora del sombrero de la primera fila, por siete mil dólares y una Noche Latina con Carlos.

—Demonios, se vendió por más dinero que el abogado guapo —dije, todavía en shock.

Becca se inclinó hacia mí.

—Carlos lleva años haciendo esto, y se rumorea que… es muy bueno en muchas cosas.

—Ah.

Aun así, esto era una locura.

Solo estaba escuchando a medias mientras veía a Carlos saltar del escenario con una agilidad que no correspondía a su edad, cuando capté las débiles palabras "manitas por un día" flotando entre el ruido.

¿Qué?

Me volví hacia el escenario.

—Dios mío —dijo Becca a mi lado—. Es Alex Carter. ¿De verdad está haciendo esto? No me lo habías dicho.

—Yo… —tragué saliva—. No tenía ni idea.

El tipo del torbellino se plantó en el centro del escenario como si ese fuera su lugar: tranquilo, seguro de sí mismo y tremendamente sexy.

Y entonces mi cerebro se apagó.

19

SARAH

Me quedé allí paralizada, con el café a medio camino de la boca, esperando a que la escena se reorganizara en algo que tuviera sentido. Parpadeé y volví a parpadear, por si acaso la borrachera de la noche anterior me había llevado, por fin, al terreno de las alucinaciones.

No.

Era el tipo del torbellino, y estaba en el escenario.

La luz del sol se reflejaba en su piel, haciéndolo parecer como si lo hubieran iluminado a propósito. Llevaba jeans y una camisa azul marino abotonada, con las mangas remangadas hasta los codos, dejando al descubierto unos antebrazos musculosos tatuados con motivos oscuros y sutiles. Un cinturón de herramientas descansaba bajo en sus caderas, cargado con herramientas de verdad. Maldita sea, ¿se veía mejor de lo que recordaba?

Todavía tenía la boca abierta. ¿Estaba babeando? Posiblemente.

—Así es, chicas —anunció Helen, claramente disfrutando del momento—. Hoy tenemos a un soltero muy especial.

Los labios del tipo del torbellino se crisparon, como si supiera exactamente el efecto que estaba causando.

—Nuestro inversionista inmobiliario local —continuó Helen—. Lo admito, me costó convencerlo, pero, al final, esto es por el bien del

pueblo. —Hizo una pausa para crear efecto—. Y me complace decir que aceptó.

La multitud murmuró, las tarjetas crujieron y alguien suspiró.

—Así que —dijo Helen con entusiasmo—, empezaremos la puja en seiscientos dólares por el "Manitas por un día".

Becca me dio un codazo en el costado.

—Tienes que pujar.

Por fin recuperé la voz.

—Ni hablar.

Me limpié la boca con los dedos, por si acaso se me había caído la baba.

—Ese es tu hombre.

Se me escapó una risa sorprendida.

—No es mi hombre.

Aunque a una parte de mí le gustaba la idea. Quiero decir… estaba ese beso.

—¡Seiscientos! —gritó una mujer de la primera fila, la que estaba demasiado bronceada desde ayer, ya inclinada hacia delante como si se hubiera entrenado para esto.

—¡Ochocientos! —intervino otra voz.

Mi pulso se aceleró. ¿Debería pujar? No. Por supuesto que no. Eso no iba conmigo; yo no era una de esas mujeres que venían ese fin de semana dispuestas a tirarle dinero a un soltero como si fuera una canasta de regalo de una subasta silenciosa con un extra de sexo. Yo pagaba mis facturas a tiempo, reciclaba, tenía zapatos cómodos. No pujaba por hombres.

Eché un vistazo a Becca, que parecía estar a punto de hacerlo por mí con solo levantar una ceja, y sentí que mi determinación flaqueaba. Porque, al parecer, bastaba con un hombre callado y tonto, de hombros anchos y con una mirada capaz de incendiarme la ropa interior, para que mi brújula moral empezara a dar vueltas.

—Sarah —insistió Becca, sonriendo—. Lo deseas. Se te nota en la cara.

—También se me nota el vino de anoche —le dije, porque todavía sentía la cabeza como si unos gnomos de jardín me hubieran pateado la nuca.

Becca se inclinó hacia mí.

—Solo digo: mira esos brazos. Ese hombre podría levantar muebles con el meñique. O personas.

En el escenario, el tipo del torbellino sonrió con aire burlón cuando alguien de la primera fila le dijo algo que no pude oír. Inclinó la cabeza cortésmente, como si no estuviera siendo objetivado abiertamente por doscientas personas.

—No voy a pujar por un ser humano —le dije, mientras mi mente traidora gritaba: hazlo, hazlo, hazlo.

—Por favor —dijo Becca—. Apenas es humano. ¿Has visto ese trasero? Eso es artesanal.

Resoplé.

—No acabas de decir que su trasero es artesanal.

—Claro que lo dije —respondió con orgullo—. Hecho a mano por una diosa. ¿No te gustaría probar un pedazo de esa obra maestra?

—Cállate —me reí—. Estás loca.

Volví a mirar al tipo del torbellino. No sabía si realmente se lo estaba pasando bien o si solo estaba montando un espectáculo para la fila de mujeres que no ocultaban su entusiasmo.

—Si no pujas —añadió Becca con dulzura—, lo vas a perder.

—No puedo perderlo si aún no lo tengo.

Mierda. Tenía las manos sudorosas, así que me las froté contra los jeans.

La sonrisa de Becca se amplió.

—Eso suena a cobardía.

—No soy cobarde —empecé—. Es solo que… no. No, no, no. No puedo creer que siquiera esté pensando en esto.

Apreté los labios, como si eso pudiera impedir que mi cerebro cayera en picada.

—Esto es una mala idea. Con M mayúscula. Y con I mayúscula.

Era una mala idea. ¿Verdad? No podía pujar por un hombre que realmente me gustaba y obligarlo a una cita falsa como si fuera una silla plegable en una rifa benéfica. Eso cruzaba varias líneas morales, probablemente también legales. Sin embargo, mi cerebro seguía dando vueltas, recordándome amablemente que una vez había comido sushi de gasolinera y había sobrevivido; claramente, mi

historial de toma de decisiones no era un argumento sólido en este caso.

Incluso para mí, esto parecía… ambicioso.

—¿Qué esperas? —Lola apareció detrás de nosotras y se agachó entre las filas—. Quédatelo.

La miré fijamente.

—¿Acabas de decir que me lo quede o que … ?

Lola hizo un gesto con la mano.

—Ya sabes a qué me refiero. ¿Por qué no estás pujando con todas tus fuerzas?

Miré de reojo y vi a Mark, el marinero, mirando abiertamente a Lola mientras ella se agachaba. Claro que lo hacía. Hombres.

—¿Lo odias? —preguntó Lola, estudiándome la cara como si estuviera diagnosticando una erupción.

La miré con el ceño fruncido.

—No. Por supuesto que no.

—¿Crees que no es atractivo?

—No.

—Entonces, ¿cuál es exactamente el problema? —preguntó—. Porque, desde mi punto de vista, esto es un caso de manual de moderación innecesaria.

—Yo no pujo por hombres —dije con voz débil, y sí, sonaba bastante patético, pero era lo único que se me ocurría en ese momento.

Lola suspiró.

—Cariño, a los hombres les encanta que pujen por ellos. Los hace sentirse elegidos.

Se inclinó hacia mí y bajó la voz.

—Y cuando un hombre se siente elegido, empieza a intentar ganárselo; de repente se vuelve atento, generoso en la cama y muy… comprometido con superar las expectativas.

Abrí mucho los ojos.

—Esto es una subasta benéfica.

Aunque tenía la sensación de que todas las mujeres allí esperaban algo de esos solteros. Si lo conseguían o no, no tenía ni idea.

Lola sonrió.

—Exactamente. Él cree que invertiste en él.

Hizo una pausa.

—Los hombres se vuelven muy ambiciosos cuando creen que fueron seleccionados. Una vez pujé por uno que se pasó toda la cita intentando demostrar su gratitud: copas, cena, cumplidos, resistencia. Fue agotador. —Suspiró—. En el mejor sentido.

Gruñí.

—Por favor, basta.

Lola me dio una palmadita en el brazo.

—Solo digo que un hombre que cree que lo deseabas lo suficiente como para subir tu puja se esforzará mucho por justificar esa decisión. En todos los sentidos.

—Eso no me ayuda.

—Ponte los pantalones de mujer adulta y puja de una vez —dijo Lola—. O no lo hagas y pasa el resto de la tarde preguntándote cómo se habrían sentido sus hombros bajo tus manos. O su trasero…

Tragué saliva. Eso tampoco ayudaba.

—No sé —dije con voz débil—. Es mucho dinero.

—Yo lo pago —dijo Lola con naturalidad, como si se ofreciera a pagar el brunch.

Becca asintió con entusiasmo.

—Yo también lo apoyo.

Negué con la cabeza.

—No puedo dejar que hagan eso. Ya me han ayudado muchísimo.

Y era cierto. Si Lola no me hubiera extendido ese cheque enorme, probablemente ni siquiera estaría allí en ese momento, mucho menos pensando en pujar por el hombre que me había besado en mi estudio y que ahora estaba de pie en un escenario con un cinturón de herramientas, viéndose demasiado guapo.

Y entonces la mirada del tipo del torbellino se posó en mí.

Ah, demonios.

Sentí un nudo en el estómago. ¿Nervios o estúpidas hormonas? Difícil saberlo; quizá ambas cosas. Mientras lo veía allí arriba,

mirando a la multitud, me dije a mí misma que estaba bien, que no esperaba otra cosa, que así era como siempre iba a ser.

Excepto que eso no era cierto.

El beso no había parecido accidental. No había parecido un error de juicio ni un lapsus momentáneo de cordura. Bueno, quizá un poco por mi parte. Pero aun así había sido… increíble. Para los dos.

También hacía falta ser un buen hombre para cumplir su palabra. Dijo que ayudaría con la inspección de la posada, y lo hizo; incluso más que eso. Apareció cada mañana durante días, no solo inspeccionando, sino arreglando cosas en silencio mientras estaba allí, como si diera por hecho que yo no me daría cuenta.

Me di cuenta.

Me di cuenta de cómo arregló el radiador del segundo piso cuando creía que no lo estaba espiando, aunque sí lo estaba, claro que sí. También de cuando sustituyó una moldura del techo que se había podrido por completo debido a un antiguo daño causado por el agua en el tercer piso. Pequeñas cosas. Cosas innecesarias. El tipo de arreglos que se hacen cuando algo te importa, no cuando estás trabajando por horas.

Nunca las mencionó, nunca las señaló y nunca las añadió a ninguna factura imaginaria. Cualquier otro en su lugar me habría cobrado cada minuto, cada tornillo, cada respiro.

El tipo del torbellino no lo hizo.

Simplemente apareció, hizo el trabajo y dejó las cosas mejor de lo que las había encontrado.

El tipo del torbellino era un buen hombre, leal y confiable.

Y, por si fuera poco, sexy como el demonio.

Aun así, antes no me habría permitido pensar en él de esa manera; pero allí, de pie con el océano a sus espaldas, la subasta en marcha y mi corazón haciendo algo que no tenía permiso para hacer, por fin dejé de fingir.

Me gustaba. Me gustaba de verdad.

Y tenía la sensación de que yo también le gustaba.

—¡Nueve mil! —gritó alguien desde las filas del medio.

Me estremecí.

—Eso es un coche usado —susurré.

—¡Diez mil! —dijo otra voz, tranquila y aterradora.

El césped estalló mientras las tarjetas se alzaban: gritos ahogados, aplausos y alguien riéndose como si aquello fuera un deporte.

Me quedé muy quieta, con la taza de café inútil en el regazo, mientras mi cerebro hacía los cálculos sin que nadie se lo pidiera y, por razones de seguridad, se apagaba de inmediato.

—¿Entonces no vas a pujar? —preguntó Becca.

Negué con la cabeza.

—No.

Lola se inclinó hacia delante de nuevo.

—Ya te lo dije, yo lo pago.

—No —repetí con firmeza—. No voy a dejar que me compres un hombre como si fuera un bolso.

—He comprado cosas peores —respondió Lola, encogiéndose de hombros.

No lo dudaba.

—Gracias, pero no. No pasa nada, de verdad.

En el escenario, el tipo del torbellino cambió el peso de un pie a otro, con las manos apoyadas con naturalidad en el cinturón de herramientas, como si se hubiera visto envuelto en aquella situación por accidente y hubiera decidido manejarla con elegancia. Sonrió al público, educado, sereno y completamente ajeno a que el precio de su tiempo hubiera alcanzado cifras que hacían que mi cuenta bancaria se encogiera y llorara.

—¡Diez mil quinientos! —gritó una voz femenina.

Arqueé una ceja. Aquello estaba oficialmente fuera de mi presupuesto. De mi presupuesto de toda la vida. Me sentí rara por no pujar, no exactamente celosa, sino… fuera de lugar, como si hubiera salido de un momento que quizá, después de todo, no estaba destinado para mí.

Sin embargo, sabía que estaba haciendo lo correcto.

No podía permitirme ese dinero, no en ningún universo en el que tuviera pensado mantener las luces encendidas en la posada, y en ese momento la posada era lo más importante. Tenía que serlo.

—A la una —dijo Helen.

Exhalé lentamente por la nariz.

—A las dos…

Una mujer se levantó de la primera fila. Era deslumbrante de una forma que se sentía cara, probablemente rondaba los cincuenta y cinco, y su larga melena pelirroja y ondulada le caía en cascada sobre los hombros como si le hubiera pagado una fortuna a alguien por lograrlo. Llevaba una gargantilla de perlas ceñida al cuello, sus enormes pechos se erguían con la sola fuerza de su seguridad en sí misma, y sus pantalones blancos de lino, ajustados y perfectos, parecían no conocer el miedo.

Levantó su tarjeta con dedos bien cuidados.

—Quince mil —dijo, sonriendo como si él ya fuera de su propiedad.

—Demonios —susurró Becca.

—Que alguien me mate —añadí.

Helen parpadeó y luego sonrió.

—¿Alguien ofrece más?

Silencio. Un silencio absoluto y reverente.

—Vendido —dijo Helen, señalando—. A la señora de blanco.

Los aplausos retumbaron por todo el césped.

La mujer le lanzó un beso al tipo del torbellino. Él se rio, esta vez de verdad, sacudiendo la cabeza mientras daba un paso adelante para aceptar su destino.

Me quedé sentada, con las manos cruzadas en el regazo y el corazón sintiendo algo incómodo, pero soportable; extraño, sin duda, pero correcto.

Vi cómo el tipo del torbellino saltaba del escenario y se acercaba a la ganadora, que ya le decía algo con entusiasmo y le tocaba el brazo como si la familiaridad fuera algo decidido de antemano.

Y, por primera vez desde que comenzó la subasta, me permití apartar la mirada.

No había pujado.

Y aunque una parte de mí quería rebobinar los últimos cinco minutos y tomar una decisión muy diferente, había algo de lo que estaba segura: hay cosas que no están destinadas a ganarse con una paleta y un número.

Aunque se vieran para chuparse los dedos con un cinturón de herramientas.

20

ALEX

No podía creer que hubiera aceptado esta mierda.

Primero fue Dottie, mirándome con esos ojos tristes que sabía que me iban a ablandar; luego Helen soltó toda una historia sensiblera sobre cómo yo nunca me ofrecía como voluntario para nada en el pueblo, cómo esa era mi oportunidad y cómo debía devolverle algo a la comunidad, o lo que fuera que eso significara.

¿Devolver qué? Pagaba mis impuestos, arreglaba cosas que la gente ya había dado por perdidas, tomaba lo que estaba roto y lo dejaba en buen estado. Eso debería contar.

Sin embargo, como un idiota, acepté.

Acepté ayudar a construir la plataforma para aquello: madera, tornillos, medidas. Ese era mi terreno. Sabía lo que hacía con la madera y los tornillos; no coqueteaban, no me hacían sentir culpable y no esperaban que sonriera mientras me subastaban.

De alguna manera, entre transportar tablones y revisar los límites de carga, Helen me había convencido de ofrecerme también como voluntario.

Y así fue como terminé ahí.

—Tienes unos brazos muy fuertes —dijo la mujer pelirroja que me había comprado por el día.

Demonios.

Pestañeó y se acercó lo suficiente para que sus enormes pechos me rozaran el brazo como si fuera accidental, lo cual, seamos sinceros, no lo era en absoluto. Olía a perfume caro y a superioridad.

Si pensaba que eso la hacía atractiva, estaba muy equivocada.

—Me llamo Sabrina —continuó, sin dejar de tocarme—. Y tú eres Alex.

Fruncí el ceño, resistiendo el impulso de apartarme.

—¿Nos conocemos?

—No —dijo Sabrina, sonriendo todavía más, con sus costosas carillas brillando mientras su mano se deslizaba un poco más arriba —. Pero te conozco. Llevo observándote desde hace mucho, mucho tiempo.

Dios.

Aparté la mirada antes de que mi expresión delatara algo. Su rostro estaba… tenso, con esa cirugía estética que deja una expresión de sorpresa permanente. Nunca entendí por qué algunas mujeres sentían la necesidad de hacerse eso; si pensaban que nos engañaban, se equivocaban. Nunca parecía natural, solo caro, incómodo y fuera de lugar.

Volví a mirar hacia la multitud, y fue entonces cuando lo oí: una risa ligera, familiar y aguda, de esas que atraviesan el ruido.

Conocía esa risa y, peor aún, no podía quitármela de la cabeza.

Miré hacia allí y vi a Nueva York sentada junto a Becca, observando cómo vendían a los otros pobres idiotas como si fueran ganado. Tenía esa expresión en la cara, la que ponía cuando se divertía, pero intentaba disimularlo, como si fingiera que todo aquello no era más que una tontería entretenida y no algo a lo que realmente estaba prestando atención.

No me miró, y de alguna manera eso me pareció deliberado.

Por primera vez desde que Helen había abierto la maldita boca, sentí algo caliente e incómodo en lo más profundo del cuerpo.

Porque esto… esto no era como quería que Nueva York me viera.

Y desde luego no era así como quería sentirme al respecto.

Por un segundo pensé que Nueva York iba a pujar por mí, contra la pelirroja, y la idea me golpeó fuerte y rápido.

Lo habría odiado si lo hubiera hecho.

No porque no la quisiera. Por Dios, ese no era el problema. El problema era que sabía que ella no tenía ese dinero para gastarlo a lo loco. La había visto contar recibos, la había visto hacer malabares con las reparaciones como si estuviera sujetando un barco que se hunde con cinta adhesiva y cafeína.

No se lo habría permitido.

Y entonces la pelirroja volvió a levantar su tarjeta, segura de sí misma, con naturalidad, como si estuviera pidiendo un postre.

Quince mil malditos dólares. Eso lo decidió todo.

Nueva York se quedó sentada. Vi cómo se le tensaban los hombros, apenas un poco, antes de relajarse, como si hubiera tomado una decisión que no le encantaba, pero con la que podía vivir.

Eso me dolió más que la puja.

Sabrina me pasó el brazo por el mío como si ya fuéramos pareja.

—Parece que hice una buena inversión —dijo, apretando otra vez el pecho contra mi costado.

Resistí el impulso de soltar mi brazo de un tirón.

—Parece que sí —dije, con un tono neutro, educado y profesional, el mismo que usaba con los clientes que me preguntaban si podía "añadir" un baño extra gratis.

Ella se rio como si hubiera dicho algo encantador.

—No hablas mucho, ¿verdad?

—Sí —respondí—. Pero no de cualquier cosa.

Ella sonrió todavía más.

—Me gustan los hombres misteriosos.

Lo dudaba. A mujeres como ella les gustaban los hombres con los que podían presumir: accesorios con brazos.

Crucé la mirada con Helen, que estaba arriba en la plataforma, y se quedó paralizada al ver mi expresión. Ahí estaba, ese destello de pánico, como si intuyera que podría marcharme y ya estuviera calculando lo mal que quedaría si lo hacía.

Lo consideré. De verdad que lo hice. Pero no podía, no cuando esa mujer se había gastado una pequeña fortuna en mí y no cuando sabía que el dinero iba a destinarse a becas, reparaciones y cosas que realmente importaban.

Maldita sea. Nunca debería haber aceptado esto.

Aun así, le dediqué a Helen una sonrisa forzada, lo justo.

Sus hombros se relajaron al instante y el alivio le inundó el rostro; si no se calmaba, iba a sufrir un infarto antes de que terminara la subasta.

Observé cómo Helen bajaba de la tarima y se acercaba a nosotros, todavía con el alivio reflejado en la cara.

—Alex, gracias de nuevo —dijo en voz baja—. Te prometo que esto será sencillo.

La miré a los ojos.

—Siempre empieza así.

Ella hizo una mueca, pero enseguida se recuperó.

—Solo por hoy. Una cena. Una conversación.

—De acuerdo —dije.

Charla.

Helen carraspeó.

—Ya coordinaremos los detalles más tarde —le dijo a Sabrina—. Alex está…

—Ocupado —terminó Sabrina, apretándome el brazo—. Lo sé. ¿No es maravilloso?

"Ocupado" era una forma de decirlo.

Asentí a Helen y alejé a Sabrina de la tarima, hacia el borde del césped, donde la multitud empezaba a dispersarse. Cada paso me pesaba más de lo que debería, como si estuviera caminando en la dirección equivocada.

Sabrina me atrajo hacia ella.

—Bueno —dijo, bajando la voz como si compartiera un secreto—, estaba pensando que podríamos empezar con unas copas, en algún lugar más íntimo.

Por supuesto que lo estaba.

Asentí una vez.

—Ya veremos.

Su sonrisa vaciló apenas un poco, pero enseguida volvió a acomodarse en su lugar.

—Me gustan los hombres que toman la iniciativa.

No respondí, porque la verdad era que no quería tomar la iniciativa en esto; quería que terminara, recuperar mi tiempo, deshacer las últimas veinticuatro horas y evitar haber aceptado cualquier cosa que implicara un micrófono, un escenario y mi dignidad personal.

Pero, sobre todo, quería dejar de pensar en Nueva York.

Lo cual era un problema, porque mis ojos seguían buscándola de todos modos.

Ahora fingía no mirarme, concentrada en el escenario y riéndose de algo que había dicho Becca, pero yo sabía que no era así. La pillé mirándome de reojo, y ya había visto cómo observaba las cosas cuando creía que nadie se daba cuenta, como si estuviera catalogando detalles y archivándolos.

No parecía celosa. Parecía… dolida.

Y eso era peor.

El beso se repitió en mi mente sin permiso: sus manos aferradas a mi camisa, la forma en que no había dudado, la manera en que me había besado como si fuera algo que llevaba tiempo conteniendo y no un error.

Lo sentí por todas partes.

Su cuerpo apretado contra el mío, firme, cálido y real. Mi primer instinto no había sido frenarlo ni apartarme, sino estrecharla más y tomar el control, empujarla contra la superficie sólida más cercana y olvidarme, por un momento, egoístamente, de las consecuencias.

Quería arrancarle la ropa allí mismo, en su estudio, sin delicadeza ni planificación, solo con necesidad, calor y la aguda conciencia de que ella también lo deseaba.

Esa no era mi forma habitual de actuar.

Yo no perdía la cabeza así; pensaba las cosas con cuidado, me mantenía en mi sitio y no cruzaba líneas que no pudieran deshacerse.

Excepto que lo había hecho.

Le había devuelto el beso porque quería, porque se había sentido correcto, sin importarme el momento, el dinero ni el hecho de que su vida ya pendía de un hilo; porque, por una vez, no había pensado en el futuro.

Simplemente había actuado.

La culpa era mía.

¿Y lo peor de todo?

Si tuviera que volver a hacerlo, sabiendo exactamente lo difícil que sería todo después, no estaba seguro de que no lo haría de todos modos.

Volví a centrar mi atención en el presente cuando Sabrina se inclinó hacia mí otra vez.

—¿Estás bien? —preguntó, con una preocupación fingida en cada sílaba.

—Bien —dije.

No era mentira, solo estaba incompleta.

A nuestras espaldas, la voz de Helen volvió a resonar con fuerza por los altavoces.

—Y ahora, chicas —anunció, alegre e implacable—, sigamos adelante. Nuestro próximo soltero es…

Estallaron los vítores, silbidos y aplausos que parecían tremendamente desproporcionados para un hombre al que ni siquiera había visto.

Sabrina se inclinó hacia mí.

—Parece que se lo están pasando bien sin nosotros.

Qué suerte tienen.

Helen se lanzó a la presentación: trabajo, aficiones, algo sobre carpintería o kayak, quizá ambas cosas. No capté el nombre y tampoco me importó; conocía el ritmo. Ensalzar al candidato, hacer una pausa, dejar que el público se animara y empezar la puja.

—Quinientos dólares —gritó Helen.

—¡Setecientos!

—¡Mil!

Los números subían rápidamente y la multitud se alimentaba de sí misma, como si aquello fuera un deporte competitivo en lugar de una recaudación de fondos; oí el golpe del micrófono y otro hombre había sido vendido.

Helen no perdió el ritmo.

—Y para nuestro quinto soltero de la tarde…

Más vítores. Alguien gritó como si acabara de ganar algo y otro se rio demasiado fuerte.

Todo ese ruido me presionaba por la espalda: fuerte, animado, imparable, como si todo el pueblo hubiera decidido que ese era el punto culminante del año y nada, salvo un desastre natural, fuera a estropearlo.

Sabrina me tiró suavemente del brazo.

—No les prestes atención —dijo—. Enseguida habrán terminado.

Asentí, aunque ignorarlo me parecía imposible. Ojalá también pudiera ignorarla a ella.

La voz de Helen volvió a resonar.

—Seiscientos para empezar…

En lugar de eso, me quedé mirando el océano, tranquilo y ajeno a todo; las olas rompían como siempre, como si nadie estuviera siendo subastado por una causa benéfica a quince metros a mi espalda.

Unos cuantos solteros más y todo terminaría.

Entonces haría lo que había aceptado hacer: acabaría el día, mantendría la cabeza baja y me iría sin complicar más las cosas de lo que ya estaban.

Sencillo. A mí se me daba bien lo sencillo.

Solo tenía que recordarlo.

Y también recordar que hacía esto por el pueblo, por el faro, por las becas, por cualquier cosa que no fuera el hecho de haberme subido a un escenario y dejar que desconocidos decidieran cuánto valía en dólares.

Yo había aceptado esa locura.

Nos detuvimos cerca de la valla baja que daba al agua y Sabrina se apoyó en ella, toda curvas y seguridad.

—Bueno —dijo, ladeando la cabeza—, ¿a qué te dedicas cuando no te están subastando?

—Trabajo —respondí.

Ella se rio.

—¿Eso es todo?

—Es lo principal.

—¿Y el resto?

Dudé, porque el resto solía ser simple: proyectos, soledad, control.

Ahora tenía un rostro.

—No me quedo mucho tiempo en un solo lugar —dije finalmente —. Me gusta mantener las cosas… sin complicaciones.

Su sonrisa se afiló.

—Yo puedo ser sencilla.

También lo dudaba.

Al otro lado del césped estaba Nueva York, que captó mi mirada por un segundo antes de girarse y hablar animadamente con Becca; sonrió ante algo, una sonrisa rápida y brillante, y por un instante me pregunté si me había imaginado todo lo que había entre nosotros.

Pero no.

Ella también lo había sentido. Lo había visto en sus ojos cuando se apartó: el mismo cálculo que yo estaba haciendo ahora.

Era una mala idea.

Nosotros.

Nueva York había heredado un desastre: un lugar nuevo, una posada perdiendo dinero y unas expectativas tan grandes que habrían aplastado a cualquiera menos terco.

¿Y yo? Yo era una complicación que no necesitaba.

Ya había cruzado una línea al cobrarle de menos, al darle contactos, al besarla en su propia casa y hacerle sentir algo para lo que no tenía tiempo.

Exhalé despacio, dejando que el aire salado me devolviera al presente.

Era mi responsabilidad arreglarlo.

Sabrina me tocó el brazo otra vez.

—Pareces muy tenso —dijo—. Puedo solucionarlo. Doy unos masajes excelentes.

—Estoy pensando —respondí, haciendo un esfuerzo por no apartarme de su contacto.

—Bueno —sonrió—, intenta no pensar demasiado. Tenemos toda la tarde juntos.

Eché un último vistazo atrás. Nueva York hablaba con Lola, que se había unido a ellas junto a su novio, el tipo del barco.

Bien.

Si me hubiera mirado, quizá me habría acercado, o habría hecho alguna tontería, o me habría convencido de que podía manejar todo esto sin que nadie saliera herido.

Me alejé del césped, del escenario, del océano de fondo, de la multitud y de la mujer que no tenía idea de que se me había metido bajo la piel de una forma que importaba.

Ella no necesitaba eso.

No necesitaba que yo le complicara más la vida cuando ya estaba sosteniendo todo con esfuerzo: una posada, un pueblo lleno de expectativas y un futuro que intentaba mantener unido con pura determinación y demasiada cafeína.

Tampoco necesitaba que alguien como yo se metiera en medio y le hiciera promesas que no estaba seguro de poder cumplir o, peor aún, que me convirtiera en otro problema que tendría que arreglar más adelante.

Había visto lo que pasaba cuando la gente se apoyaba en lo incorrecto en el momento incorrecto.

Había aprendido esa lección por las malas.

Terminaría esto. Haría lo que había acordado, sería educado, profesional, y mantendría las manos quietas y la cabeza en su sitio.

Después, daría un paso atrás.

Porque desearla era una cosa. Podía soportarlo. Podía tragármelo, archivarlo, dejar que se desvaneciera como todo lo demás en lo que no había actuado.

¿Dejar que ella saliera herida porque yo no podía mantener la distancia?

Eso no iba a pasar.

No mientras yo estuviera ahí.

Y si alejarme era el precio que había que pagar para asegurarme de que ella siguiera en pie…

Lo pagaría.

21

SARAH

Después de que el último soltero fuera subastado —un treintañero con la cabeza rapada, una barba oscura y espesa y ese aire de leñador moderno cuidadosamente cultivado— a una mujer de unos sesenta, con pantalones de cuero y pinta de tener al menos tres motos, todo terminó por fin.

La plataforma estaba ahora vacía, el micrófono abandonado y el océano detrás, tranquilo e indiferente, como si no acabara de presenciar a doscientas personas pujando a gritos por hombres como si fueran piezas de colección de edición limitada.

Sí, había sido una de las cosas más extrañas que había visto en mi vida, y sí, tenía la fuerte sensación de que vería muchos más de esos "festivales".

Algunas de las mujeres ganadoras ya se habían marchado con sus respectivos hombres, llevándolos del brazo, susurrando planes y con expresiones que dejaban claro que nadie iba a dormir mucho esa noche; el resto se quedó, por supuesto.

¿Por qué irse cuando había alcohol gratis?

El césped se había transformado en una versión más relajada y animada de sí mismo: grupos de mujeres riendo demasiado alto, perlas brillando bajo el sol de la tarde y copas que se rellenaban con una frecuencia sospechosa. Se habían quitado los zapatos, las voces

habían subido de tono y alguien lloraba lágrimas de felicidad cerca de la barra.

Dottie se había adueñado de las mesas largas como si fueran territorio conquistado y había acomodado sus canapés con precisión militar: bandejas de mini pastelitos de cangrejo, quesos, brochetas de rollitos de langosta, algo que olía a mantequilla y a ilegalidad, y diminutas tartaletas rellenas de una crema misteriosa que nadie se atrevía a cuestionar. Manteles blancos y ligeros cubrían las mesas, ondeando con la brisa del mar como si intentaran escapar.

Ella permanecía erguida detrás de todo aquello, con las manos en las caderas, inspeccionando su obra. Llevaba el cabello rubio recogido en dos coletas y una falda larga y vaporosa de lino azul claro que se balanceaba alrededor de sus piernas.

Su delantal de ese día era de un naranja intenso, con letras negras en negrita que decían:

PERSIGUE LA ESPÁTULA.

La vi quitarle un panquecito de la mano a Jason.

—Eso es para los invitados, no para chicos en crecimiento que creen que son invencibles.

Jason se encogió de hombros.

—Soy invencible.

—Entonces no necesitas comer —replicó ella, echándolo con un gesto.

Las risas llamaron mi atención.

Lola estaba en medio de un grupo de mujeres, con Mark, el marinero, a su lado, con un brazo enganchado al de ella como si fuera un accesorio que hubiera elegido por puro capricho. Él parecía relajado, bronceado y sonreía con facilidad, disfrutando claramente de la atención. Lola se inclinó hacia él mientras reía, y su vestido azul perla con lentejuelas reflejaba la luz con cada movimiento.

En un momento, me miró y levantó sutilmente una ceja… señalando su entrepierna.

Fingí no verlo.

Lo vi perfectamente.

Y ahora nunca iba a poder dejar de verlo.

Al otro lado del césped, Helen estaba sentada sola en una mesa alta, con una pila ordenada de papeles frente a ella; contaba, volvía a contar y luego contaba otra vez.

Llevaba las gafas rojas bajas sobre la nariz y la chaqueta seguía impecable a pesar del calor. En algún momento apareció una calculadora. Sus labios dibujaron una sonrisa tranquila y satisfecha, de esas que no necesitan público.

Parecía… feliz.

Orgullosa.

Como si toda aquella pesadilla agotadora, autoritaria y obsesiva con las mesas hubiera valido la pena.

Becca se quedó a mi lado, su presencia siendo un ancla firme en medio del caos. Sostenía una copa de vino tinto y se inclinó hacia mí, hablando en voz baja.

—Bueno —dijo, echando un vistazo al césped—, nadie ha sido arrestado, nadie se ha caído al mar y el pueblo acaba de ganar una pequeña fortuna.

Resoplé.

—Dale una hora.

Ella se rio y me dio un ligero codazo.

—¿Estás bien?

Asentí de inmediato.

—Me duele la cabeza. ¿Cómo puedes beber? ¿No sufres de… insuficiencia hepática o algo así? ¿Ni siquiera una leve traición de tus órganos?

—No.

Becca dio un sorbo lento a su vino, tranquila, como si sus órganos internos hubieran firmado un acuerdo de no agresión.

Solo verla tragar hizo que mi estómago diera una lenta y ofendida voltereta.

—Toma —dijo Dottie, apareciendo de repente a mi lado como una bruja invocada por la resaca.

Iba descalza, con los dedos de los pies extendidos sobre la hierba como si hubiera reclamado ese pedazo de césped como suyo. Honestamente, una parte de mí quería quitarse los tacones y unirse

a ella; el suelo se veía fresco y misericordioso, a diferencia de mi cráneo.

—Es mi remedio para la resaca —anunció con orgullo, entregándome un vaso alto lleno de un líquido marrón turbio.

Lo miré fijamente.

Luego me incliné para olerlo con cautela.

Olía como si el alquitrán y el estiércol hubieran tenido un hijo secreto y vergonzoso.

—Por favor dime que esto no es… algo procesado de forma ilegal.

Becca escupió vino por la nariz.

—Dios. ¿Por qué tenías que decirlo así?

Se atragantó riendo mientras el vino tinto le escurría por la barbilla.

—Por supuesto que no —respondió Dottie, sonriendo como si acabara de elogiar su corte de pelo, lo cual no ayudó en absoluto—. Lo llamo Limpiador de almas 9000 —continuó—. Bébelo todo mientras aún esté caliente.

Di un paso atrás.

—¿Está caliente?

—Sí —asintió—. Así sabes que está funcionando.

—Creo que acabo de vomitar en mi mente—murmuré.

Dottie exhaló con fuerza y se cruzó de brazos.

—No es veneno —dijo, ofendida—. Elimina todas las toxinas y te hace sentir mejor al instante. Confía en mí.

Confiar en ella. Era una petición audaz viniendo de alguien que acababa de ofrecerme algo que parecía sacado directamente de un pantano.

Pero tampoco podía pasar el resto del día sintiéndome como si me hubiera atropellado un camión… o como si me hubiera pasado por encima. Dos veces.

—Está bien —cedí al final.

Me tapé la nariz como una niña obligada a comer verduras y di un sorbo cauteloso.

Esperé las náuseas.

Observé el vaso un segundo más. No era solo el aspecto —aunque definitivamente tampoco ayudaba—, era el olor, esa mezcla entre alquitrán, tierra húmeda y… decisiones equivocadas.

Sorprendida, di otro sorbo.

Y otro.

Y, sin darme cuenta, el vaso estaba vacío.

Tragué saliva.

Bien. Seguía sabiendo a alquitrán… pero menos agresivamente de lo esperado.

Chasqueé los labios, confundida, y le devolví el vaso a Dottie.

—Si muero —dije con calma—, sabremos a quién culpar.

Dottie me dio un golpe en el brazo.

—No seas dramática.

—Ay —me quejé, frotándome el lugar.

Era sorprendentemente fuerte para alguien tan pequeña. Fuerza de campo. O de cocina. Probablemente ambas.

Aun así… no estaba equivocada.

Algo había cambiado.

El martilleo en mi cabeza se había atenuado un poco, mi estómago había dejado de rebelarse y mi visión incluso se había aclarado ligeramente.

Parpadeé.

Y volví a parpadear.

—Eh —dije despacio—. Me siento… un diez por ciento mejor.

Dottie sonrió con triunfo.

—¿Ves?

La miré con desconfianza.

—No digo que confíe en ti. Pero sí digo que quizá necesite otro de esos más tarde… preferiblemente sin ver lo que lleva dentro.

Me guiñó un ojo.

—Eso se puede arreglar.

De alguna forma, eso era reconfortante y alarmante al mismo tiempo.

Dottie sonrió y regresó dando pequeños brincos hacia las mesas, donde empezó a ayudar a algunos invitados con la comida.

Era tan dulce y amable que me sentí genuinamente agradecida de tenerla de vuelta en la posada; no estaba segura de cómo habría logrado manejar todo aquello sin su ayuda. Sí, le pagaban, pero ni siquiera parecía hacerlo por dinero.

Lo hacía porque quería.

Sentí una mirada.

Levanté la vista hacia el otro lado del césped y encontré al tipo del torbellino mirándome.

La pelirroja seguía colgada de su brazo, con los dedos firmemente apretados, como si temiera que él saliera corriendo en cualquier momento. Honestamente, no era una preocupación descabellada. Yo todavía estaba en shock de que se hubiera ofrecido para esto.

Era el tipo de hombre que parecía evitar multitudes y absurdos por principio… y, sin embargo, ahí estaba, recién subastado, rodeado de perlas y privilegio.

Su mirada era intensa.

Fija.

Como si todo lo demás se hubiera desvanecido y yo fuera lo único que quedaba.

Intenté descifrar su expresión y fracasé por completo; había algo tenso, algo cerrado. Tenía la boca apretada, la mandíbula marcándose un segundo, como si estuviera conteniendo palabras… o algo más.

Nada de eso ayudaba a que pudiera pensar con claridad.

Mi estómago empezó a dar saltos.

Mi corazón se lanzó directamente a un solo de batería.

Genial. Una reacción corporal perfectamente digna, Sarah.

Cambié el peso de un pie a otro, de repente hiperconsciente de mi postura, mis manos, mi cara.

¿Estaba sonriendo?

¿Frunciendo el ceño?

¿Parecía rara? ¿Con resaca? ¿Emocional?

Probablemente todo a la vez.

Él bajó la mirada, la alzó otra vez… y la dejó fija en mí.

—Si pudiera desnudarte con la mirada —comentó Becca a mi lado, sin molestarse en bajar la voz—, ya estarías completamente desnuda.

Resoplé antes de poder contenerme.

—Por favor, no narres mi humillación.

Becca dio otro sorbo de vino, sin apartar la mirada de él.

—Solo digo que ese hombre no está pensando en el plan de la pelirroja. Te quiere a ti. Créeme.

Eché un vistazo al tipo del torbellino justo a tiempo para verlo apartar la mirada, como si nos hubiera escuchado… o como si hubiera sentido que lo estaba mirando.

Y, en ese momento, me di cuenta de algo.

Ya no me sentía mareada.

Apenas.

Gracias, Dottie, y a tu cuestionable elixir del pantano.

—Deberías invitarlo a salir —añadió Becca, inclinando la copa para terminarse el vino.

La miré fijamente.

—Nunca le he pedido salir a un hombre. Siempre ha sido al revés. ¿Y tú?

Esa expresión extraña volvió a pasar por su rostro, ese destello que ya le había visto antes, rápido y esquivo, como un pensamiento que no quería dejar salir. Era el mismo que había notado cuando se quedó mirando a un hombre entre la multitud, uno cuyo rostro no había logrado distinguir del todo.

—Yo tampoco —dijo al final.

Su sonrisa regresó enseguida, brillante y natural, como si acabara de cerrar una puerta dentro de su cabeza.

—Pero al menos sabes que él no te va a rechazar. Se le nota en la cara —añadió, inclinando la cabeza con los ojos brillantes—. Y a ti también se te nota.

Me burlé.

—No es verdad.

Becca arqueó una ceja.

—Sarah. Están a nada de arrancarse la ropa. Se gustan. Admítelo.

Me reí, sintiendo el calor subir por mi cuello.

—Lo haces sonar tan elegante.

—Soy elegante —dijo— y solo digo lo que veo.

Y me caía bien. De verdad.

Esta prima segunda mía, directa, observadora y peligrosamente eficaz para desarmar mi autocontrol, me gustaba cada vez más.

—Ya veremos —dije con ligereza.

Una mentira total.

Había una parte de mí inquieta, casi rebelde, como si la versión prudente que siempre llevaba las riendas hubiera sido encerrada en un cuarto de escobas mientras otra versión contemplaba hacer algo completamente fuera de lo normal.

¿Por qué no iba a invitar a salir al tipo del torbellino?

Tal vez estaba esperando que yo diera el primer paso. Tal vez no sabía cómo acercarse sin cruzar alguna línea profesional imaginaria. Después de todo, técnicamente lo había contratado para evaluar la posada; quizá pensaba que sería inapropiado.

Lo cual era irónico, considerando que habíamos cruzado lo inapropiado bastante tiempo atrás… más o menos cuando nos besamos en la sala.

Volví a mirar el césped, con el corazón lanzando ese molesto suspiro de esperanza.

Tal vez, por una vez, no tenía que esperar a que me eligieran.

Tal vez podía elegir yo.

—Bueno —dijo Lola con total naturalidad al acercarse a nosotras, arrastrando a Mark con un collar de perlas extralargo como si acabara de ganárselo en una feria de lujo—, me voy a tener sexo salvaje en un barco.

Ajá. Claro.

La sonrisa de Mark dejaba clarísimo que no solo estaba de acuerdo, sino que ya había ajustado mentalmente las velas para acompañar ese plan.

—Qué descaro —dijo la voz de Dottie desde algún punto detrás de nosotras, alta y divertida.

Lola ni se inmutó. Al contrario, sonrió con más orgullo.

—Piensa en grande, Dottie.

Luego volvió a mirarme, con los ojos brillando.

—¿Alguna vez has tenido sexo en un barco, Sarah?

De inmediato aspiré mal y me atraganté con mi propia saliva.

—¿Qué? Eh… no. No creo.

Hice una pausa.

¿Eso es algo que la gente olvidaría?

Becca estalló en carcajadas a mi lado, tapándose la boca mientras intentaba no derramar el vino.

—Bueno —continuó Lola, pensativa—, si calculas bien el movimiento del barco, casi no tienes que hacer nada. La física hace todo el trabajo.

La mano de Mark se deslizó hasta su cintura y su sonrisa se volvió peligrosamente encantada.

—Se me da muy bien la física.

Lola ronroneó.

—Sabía que me caías bien.

Puse cara de asco.

—Siento que debería taparme los oídos.

—Para nada —dijo Lola—. Esto es educativo, cariño.

Se inclinó hacia mí y añadió, en un susurro nada discreto:

—Además, la brisa marina es un gran incentivo.

Becca soltó un gemido dramático.

—Nunca me voy a sacar esa imagen de la cabeza.

—Perfecto —dijo Lola con alegría—. Así se crean los recuerdos.

Becca se secó los ojos.

—No puedo creer que esta sea mi vida.

Lola nos miró a las tres, claramente disfrutando cada segundo.

—Quédense por aquí, chicas. Me gusta tener público. Le da emoción.

La miré fijamente.

—Eres imposible.

—Y, aun así —dijo con suavidad, acomodándose de nuevo el collar de perlas— aquí seguimos todas.

Mark se inclinó y le susurró algo al oído que la hizo reír, una risa baja y satisfecha.

Negué con la cabeza.

—Nunca volveré a ver los barcos de la misma manera.

Becca resopló.

—Eso dices ahora.

—No —insistí con firmeza—. Lo digo en serio. Los barcos son entornos oficialmente cargados de tensión.

Becca carraspeó.

—Mira quién viene.

El tipo del torbellino caminaba directamente hacia nosotras, con las manos en los bolsillos y una postura relajada, como si no estuviera a punto de desestabilizar mi equilibrio emocional en plena luz del día. La pelirroja lo seguía de cerca, con los dedos aferrados a su brazo una vez más y los labios tensos en una línea fina, como si hubiera mordido algo ácido y decidiera culparme a mí.

Uf. Estaba molesta.

Y no era ese enojo digno y silencioso, sino uno territorial: del tipo yo pagué por esto.

Genial.

Se me tensó la espalda. Todos los músculos del cuerpo se pusieron rígidos, como si estuviéramos en alerta. De repente, fui consciente de todo: de dónde estaba, cómo estaba parada, qué cara tenía… e incluso de si mi pelo había decidido rendirse.

—Hola, Nueva York —dijo el tipo del torbellino con calma.

—Hola —respondí, intentando sonar casual, pero quedándome en algo más cercano a contenida.

Sabrina se acercó más, apretando su agarre como si creyera que iba a lanzarme sobre él y arrastrarlo hacia los arbustos. Me recorrió con una mirada aguda y evaluadora, como haciendo un inventario mental de mis defectos.

Suerte con eso, querida. Soy un catálogo completo.

El tipo del torbellino se movió ligeramente, girando el cuerpo para quedar más frente a mí que a ella. Ese pequeño gesto no ayudó en nada a estabilizar mi pulso.

—No te robo mucho tiempo —dijo—. Solo quería decirte algo antes de irme.

—Claro —respondí—. Eres el *manitas del día*.

Me reí, pero el sonido salió agudo y forzado.

Perfecto. Una brillante demostración de elocuencia.

—Me voy después de… esto —continuó, señalando vagamente detrás de él, como si toda la subasta y la cita fueran apenas una molestia menor—. No sé cuándo volveré.

Sentí un nudo en el pecho, como si me hubieran ajustado demasiado un cinturón invisible.

—Eso es… —empecé, pero me detuve—. Está bien.

Podía sentir la mirada de Becca clavada en mí, y peor aún… también Lola y Mark estaban mirando. No los miré de vuelta.

Sabrina resopló lo bastante fuerte para que todos lo escucharan.

El tipo del torbellino metió la mano en el bolsillo y sacó una tarjeta doblada. La extendió hacia mí.

—Si necesitas ayuda con la posada, llama a este tipo. Se llama Tom y es un buen trabajador, de confianza. No te va a fallar.

La tarjeta se sintió más pesada de lo que debería cuando la tomé. Odio que la mano me tiemble.

—Gracias —dije, y por algún milagro mi voz se sostuvo.

Asintió.

Dudó.

Solo un segundo de más.

—No quería dejarte sin opciones —añadió.

—Claro —respondí, sintiendo de pronto que mi lengua era demasiado grande para mi boca.

Porque eso significaba que había pensado en mí. En la posada. En lo que vendría después de que él se fuera.

Pero no en quedarse.

—Te lo agradezco —dije, doblando la tarjeta con cuidado, como si hacerlo mal pudiera romper algo más.

A nuestro alrededor, la fiesta seguía viva: copas tintineando, risas elevadas, conversaciones cruzándose. Y yo sentía las miradas, gente intuyendo que algo pasaba y acercándose con curiosidad disimulada.

Las uñas de la pelirroja se enterraron en el brazo del tipo del torbellino.

—Deberíamos irnos —dijo con sequedad.

Él la miró un segundo y luego volvió a mí.

—Cuídate.

Sonreí. Probablemente convincente. Años de práctica.

—Tú también.

Asintió otra vez, y luego dejó que Sabrina se lo llevara, sus tacones hundiéndose en la hierba como si marcara territorio a cada paso.

Los vi alejarse.

Miré el lugar donde había estado un segundo más de lo necesario.

Becca no dijo nada. Solo deslizó su brazo por el mío, firme, presente.

Y se lo agradecí.

—Bueno —dije, sintiéndome como alguien que acaba de chocar con una puerta de vidrio que juraba estaba abierta—. Eso fue… interesante.

Me apretó el brazo.

—¿Estás bien?

Bajé la mirada hacia la tarjeta en mi mano.

Tom. Contratista. Plan B.

—Sí —respondí.

Una mentira total.

Al otro lado del césped, el tipo del torbellino no miró hacia atrás mientras se alejaba y desaparecía por el costado de la posada con la pelirroja.

Y, por primera vez desde que empezó este absurdo fin de semana, el ruido de la fiesta me pareció muy, muy lejano.

22

SARAH

Observé cómo el último de los camiones de mudanza se alejaba, llevándose las sillas rentadas y los módulos del escenario que el equipo ya había desmontado y cargado. La brisa del océano me azotaba el pelo contra la cara y sacudía la bolsa de basura negra que todavía sostenía con fuerza, como si fuera una triste y arrugada manta de seguridad. Estaba medio llena, lo que significaba que aún quedaba mucha más evidencia de la decadencia humana esparcida por mi césped.

Estas mujeres con dinero… uno pensaría que los ingresos disponibles vendrían acompañados de un conocimiento básico sobre dónde va la basura, o al menos de modales. O de gravedad. Pero no. Habían dejado platos de papel, vasos de plástico y servilletas tirados directamente sobre el césped, como si estuvieran alimentando a una banda invisible de mapaches gourmet.

Hijas de… en fin.

Había botes de basura colocados estratégicamente, prácticamente rogando que los usaran, y aun así ahí estábamos.

Tampoco ayudaba que el viento se hubiera sumado al desastre. Los platos y las servilletas salían volando como fugitivos en busca de libertad, y así fue como terminé a medio acantilado, en el límite de la propiedad, agachada como un mapache, recogiendo papel mojado

y cualquier otra cosa que estas mujeres hubieran decidido que la naturaleza podía absorber.

¿A ninguna le importaba el medio ambiente? ¿La fauna? ¿El hecho de que esto no era, bajo ningún concepto, un vertedero con vistas al mar?

Al parecer, no.

Y al parecer, también era función de la dueña de la posada limpiar después de ellas, como una trabajadora impecablemente educada que, desde luego, no estaba haciéndoles gestos obscenos en silencio mientras llenaba una bolsa de basura.

Estaba molesta.

Profundamente molesta.

Molesta por haber dejado que un hombre me descolocara. Molesta por haberme sentido sorprendida como una principiante. Y aún más molesta —con un bonus considerable— por haber tenido un público completo para presenciar mi humillación, con asientos en primera fila y vino incluido.

Genial.

Un día realmente memorable para el crecimiento personal y la estabilidad emocional.

Una gaviota estaba devorando lo que parecía un rollito de camarón a medio comer en un plato, a pocos metros de mí.

—A Dottie le encantará saber que te está alimentando —le dije.

Luego la espanté cuando terminó, para poder recoger el plato.

Mi mente traidora volvió a él.

Al tipo del torbellino.

A la forma en que me había mirado, con esa intensidad silenciosa, como si realmente estuviera escuchando, como si yo no fuera solo otra tarea en su lista. A cómo, al principio, no había entendido lo que veía… y a cómo ese comentario improvisado había abierto algo dentro de mí y lo había dejado todo patas arriba.

Ya me había equivocado antes con hombres. Eso no era nuevo. Tenía un historial amplio y cuidadosamente documentado de malas decisiones románticas.

Pero no así.

No cuando mi intuición —esa que me había tomado años reconstruir— había estado tan segura. Lo que había sentido durante el beso. La forma en que aparecía cada mañana. La ayuda silenciosa en la posada. Las reparaciones que hacía sin pedir nada, sin cobrar, sin mencionarlas siquiera.

Todo apuntaba en una dirección clara.

Que sentía algo por mí.

Y yo estaba equivocada.

No era un error pequeño. No era un simple "interpreté mal las cosas". Era un error espectacularmente catastrófico. Uno de esos que te dan ganas de revocar tus propios privilegios de juicio emocional de manera indefinida.

Y, para empeorar todo, no había pasado en privado, a puertas cerradas o escondida bajo una cobija con comida chatarra.

No.

Había tenido público.

Un público entusiasta, participativo y completamente convencido de que el tipo del torbellino y yo teníamos algo… o al menos algo a punto de suceder. Sonrisas, codazos, comentarios, afirmaciones de que yo también le gustaba.

Todos equivocados.

Lo que significaba que o todos habían malinterpretado la situación tan mal como yo… o que yo había sido la única lo suficientemente tonta como para construir toda una narrativa emocional a partir de unos brazos fuertes, una competencia silenciosa y demasiadas ilusiones.

En cualquier caso, la conclusión era la misma.

Me había imaginado algo que nunca existió.

Era una tonta.

Una completa tonta.

—¿Qué haces ahí abajo?

Me giré y vi a Becca de pie junto a la barandilla, observándome como si hubiera perdido la razón.

—Pesca extrema —dije.

Becca se rio.

—Súbete de una vez. Es peligroso.

Y no estaba equivocada. La pendiente era pronunciada, el terreno irregular y mi dignidad ya había sufrido suficientes golpes por un solo fin de semana.

Pero tampoco iba a dejar que mi propiedad quedara decorada permanentemente con platos de papel empapados en Chardonnay ajeno.

Le eché un último vistazo al suelo y, al no ver más servilletas intentando escapar hacia la libertad, volví a subir con cuidado.

—Toma —dijo Becca, entregándome una taza de café—. Pensé que quizá lo necesitarías.

Me senté junto a la barandilla, arrastré la bolsa de basura conmigo y la dejé caer a mis pies como si también se hubiera rendido; tomé la taza.

—Gracias. Pensé que ya te habías ido.

—Todavía no —respondió Becca—. Tengo una visita en media hora; no creo que vaya en serio, pero igual tengo que fingir que sí.

Di un sorbo.

—Mmm. Buen café.

Becca sonrió.

—Lo hizo Dottie. Pero yo te lo serví.

Solté una risa breve.

—Hace muy buen café. Tal vez sea mágico.

Sabiendo lo que sabía de Dottie, no pude evitar preguntarme qué me habría puesto en la taza. Alguna de sus "mezclas especiales" para ayudarme a sobrellevarlo, probablemente.

Mi prima suspiró y levantó la vista hacia la posada.

—La mayoría de los huéspedes ya se fueron. Vi a un par en el vestíbulo discutiendo por sus fotos de Instagram; en cuanto resuelvan esa crisis internacional, volverá la calma.

—Seguro.

Di otro sorbo.

—Mañana tengo cuatro habitaciones ocupadas toda la semana, y al día siguiente llegan tres más.

Becca asintió.

—Verano lleno. Eso es bueno.

—Lo es.

Se quedó en silencio un instante más de lo normal, lo cual nunca era buena señal. Luego carraspeó.

—¿Estás bien? Con lo de… ya sabes… Alex.

Apreté la taza entre las manos como si fuera terapia.

—Sí. Bueno…

Exhalé.

—Solo que… me tomó por sorpresa.

Becca frunció el ceño.

—A mí también. De verdad pensé que iba a invitarte a salir; habría apostado dinero por eso. Dinero real.

Resoplé, incapaz de evitarlo.

—Por favor, no me digas eso.

—Lo siento —dijo, haciendo una mueca—. Me equivoqué. Innegablemente.

—Yo también —admití—. Al parecer, me inventé toda una conexión. Muy divertido.

Becca me dio un codazo suave.

—Oye, no hiciste nada malo. No estaban saliendo, no era algo exclusivo, y ni siquiera se puede decir que estuvieran coqueteando, si nos ponemos estrictas.

—Lo sé —respondí rápido—. Eso es lo que me repito. Es solo que… estoy en shock. No lo vi venir. Eso es todo.

Me sostuvo la mirada.

—¿Segura?

Asentí, aunque me costó.

—Voy a estar bien. De verdad. He pasado por cosas peores. Esto solo… me tomó desprevenida.

Becca sonrió con suavidad.

—Bueno, si más tarde decides hundirte dramáticamente, estoy disponible. Además, tengo mucho vino.

La miré de reojo.

—Eres una buena prima.

—Ya lo sé —dijo.

Luego frunció el ceño.

—Oye… ¿por qué te llamaba "Nueva York"?

Ah.

Ahí estaba.

—Porque cuando nos conocimos vio mis placas de Nueva York y desde entonces se quedó con eso.

—¿En serio? —preguntó Becca, confundida—. ¿Y nunca ha usado tu nombre? ¿Nunca "Sarah"?

Lo pensé.

La respuesta cayó como una piedra.

—No. Nunca.

"Extraño" no era suficiente para describirlo. Se sentía como otra grieta más en la historia que había construido, una en la que él me veía de verdad… y no solo como una idea asociada a un lugar.

—Bueno —dijo Becca, sacudiendo la cabeza—, tengo que irme. Voy a abrir ventanas, encender luces, dejar que corra el aire… que la casa no se sienta tan pesada. Nos vemos luego. Llámame si quieres hablar.

Sonreí, aunque me salió más débil de lo que pretendía.

—Sí. Lo haré.

La observé alejarse mientras el café se enfriaba entre mis manos y el viento me revolvía el cabello, como si intentara llamar mi atención.

Nueva York.

No era Sarah.

No era la dueña de la posada.

No era la mujer que había pasado días viéndolo trabajar, buscando significado en cada mirada.

Era solo un apodo.

Un nombre provisional.

Una etiqueta conveniente que él nunca se molestó en cambiar.

Dios… había sido una tonta.

No por haberme gustado —eso podía perdonármelo—, sino por haber creído que era algo especial, por haber armado una historia con miradas, gestos… y mis propias ilusiones.

Contemplé el agua y di un sorbo largo de café, disfrutando de su amargor dulce.

La próxima vez —me dije—, quizá deberías usar el cerebro en lugar de la imaginación.

Solo es una idea.

Suspiré y volví la mirada hacia el océano. No sé qué tenía el sonido de las olas rompiendo abajo, el olor salino o la brisa golpeándome la cara caliente, pero… me calmaba. De verdad. Al agua no le importaba que acabara de hacer el ridículo en público. No le importaba que hubiera pasado las últimas veinticuatro horas oscilando entre "soy una adulta funcional" y "estoy a un comentario incómodo de irme a vivir al bosque con ardillas".

El océano simplemente hacía lo suyo: romper, retirarse y volver a romper, como si estuviera demostrando cómo tener una reacción sin convertirla en toda tu personalidad.

Si todavía viviera en Nueva York, estaría escalando las paredes o acabando con todo lo que hubiera en el refrigerador, y luego habría abierto otra botella de vino. Sí, nada saludable. También estaría convenciéndome de que estaba perfectamente bien mientras hacía un análisis forense completo de mi última interacción con un hombre, con cronologías, teorías y autopsia emocional incluidas.

Y, bueno… tal vez lo seguía haciendo.

Solo que con mejor vista.

Porque, aunque las olas cumplían su función relajante, mi cerebro seguía repitiéndolo todo como si estuviera decidido a encontrar el momento exacto en que todo se torció. No porque quisiera torturarme, claro que no… esto era claramente un ejercicio mental productivo. Crecimiento personal. Evolución. Sabiduría. O algo así.

Todo empezó por la forma en que me había mirado.

No coqueta. No seductora.

Concentrada.

Como si viera los detalles. Como si nada se le escapara.

Lo cual, irónicamente, resultaba bastante ridículo, porque a mí sí se me había escapado algo fundamental: la parte en la que podía besarme así, dejarme completamente alterada… y luego irse como si no hubiera significado nada.

Repasé nuestras conversaciones otra vez. Las de antes del beso. Las de después. La manera en que a veces se acercaba demasiado, su hombro rozando el mío cuando se inclinaba para ver algo que yo

le señalaba. La forma en que su voz cambiaba al decir ciertas cosas, volviéndose más grave, más áspera, como si no la usara mucho, pero supiera exactamente cómo hacerlo.

Y la forma en que arreglaba cosas en la posada como si fuera inevitable.

El radiador.

Las molduras.

El cableado.

Un par de tuberías.

Las pequeñas reparaciones que pensaba que yo no veía.

Lo noté todo.

Y aun así… de alguna manera, me equivoqué.

Quizá eso era lo que dolía.

No que se hubiera ido.

No que no se quedara a hablar, a sonreír, a hacer cualquiera de esas cosas que los hombres hacen cuando realmente les interesas, sino que yo me lo había creído.

Me había creído mi propia interpretación de él.

Me había creído que ese beso significaba algo más.

Que esa atención silenciosa, ese contacto visual, esa competencia tranquila… eran señales de algo real.

Lo cual, en retrospectiva, era una ecuación absurda.

De esas que escribes en una servilleta a las dos de la mañana y que parecen geniales hasta que las revisas con luz natural y te das cuenta de que básicamente dicen: atractivo + útil = alma gemela.

Bravo, Sarah.

Mi mirada se desvió hacia la bolsa de basura a mis pies, como si pudiera ofrecer algún tipo de guía emocional.

No lo hizo.

Solo seguía ahí, medio llena, con platos de papel, servilletas y vasos que habían tenido sus quince minutos de gloria durante aproximadamente doce.

Me pareció apropiado.

Inspiré hondo y dejé que el aire salado me llenara los pulmones. La brisa ayudó a refrescar el calor de mis mejillas, aunque todavía podía sentirlo ahí, ese rastro persistente de vergüenza, como si mi

cuerpo no hubiera recibido el memo de que ya estábamos intentando superarlo.

Bueno, adelante, cuerpo. Haz lo que quieras. Yo estoy ocupada.

Pero mi mente se quedó atrapada en un detalle mínimo. Algo tan pequeño que ni siquiera había llamado mi atención en su momento y que ahora, sin embargo, se había quedado pegado como una canción que no puedes dejar de repetir.

El nombre del contratista.

El que me dio, como si nada. Como si no fuera él quien me estaba entregando una salida que no lo incluía.

Podía escuchar su voz en mi cabeza, tranquila y firme, dándome el nombre como si fuera otra herramienta, otra solución práctica.

Como si ya hubiera decidido que no se quedaría.

Así que ahí tienes.

Arréglatelas.

No me necesitas.

Ese nombre importaba. No debería, pero lo hacía, porque no era solo un nombre: era la prueba de que nunca había formado parte de sus planes.

Había sido un desvío.

Puse los ojos en blanco ante mí misma.

Dios, escúchame.

Era tan dramática que debería llevar una etiqueta de advertencia.

Precaución: mujer propensa a construir historias emocionales. Mantener alejada de objetos afilados y hombres atractivos.

Negué con la cabeza y tomé otro sorbo de café, ya tibio. El amargor ayudaba. Se sentía… apropiado.

Bien.

Seamos honestas.

El beso.

El beso era el problema.

Porque todo lo demás podía reinterpretarlo si quería. Podía decirme que solo estaba siendo amable, que solo hacía su trabajo, que era el tipo de hombre que no soporta ver algo roto sin arreglarlo, que me ayudó porque es buena persona y no porque yo le importara.

Podía armar esa lógica. Podía hacerlo encajar. Pero el beso…

Ese no encajaba en la nueva versión donde todo había sido imaginación mía.

El beso había sido real, no había sido un error ni había sido casual.

Había sido un momento en el que el mundo se redujo a un solo punto y, por una vez, mi cabeza dejó de hacer ruido.

Lo cual fue muy grosero, francamente.

Porque ahora mi cabeza había vuelto… y venía con ganas de pelea.

Así que me obligué a reescribir la historia. A convertirla en algo con lo que pudiera vivir.

Fue un error.

Un desliz.

Un momento extraño y romántico fuera de lugar.

Ese tipo de cosas pasan cuando estás cansada, abrumada y demasiado cerca de alguien que huele a madera, a jabón y… a competencia.

Pasaban cuando tu vida ya era un caos y confundías adrenalina con conexión.

Sí. Eso sonaba razonable, podía decírmelo sin reírme.

Asentí, como si acabara de convencer a un jurado.

El beso fue un error.

Aunque no lo fue.

Aunque mi cuerpo lo supo en el mismo instante.

Volví a mirar el agua, intentando dejar que el océano arrastrara mis pensamientos, como si fuera un lavado mental; pero no funcionó. Siempre terminaba en la misma conclusión.

Lo interpreté todo mal.

Cada mirada, cada silencio, cada momento en el que creí que iba a decir algo más.

Todo.

Había sido yo.

Mis ganas.

Mi cerebro empeñado en construir una historia donde el contratista callado y atractivo se enamoraba de la posadera agotada

y todo terminaba en algo cálido y perfecto.

Excepto que esto no era una historia. Era mi vida.

Y en mi vida había una posada al borde del colapso y un banco que no aceptaba romanticismo como respaldo financiero.

El control era más seguro que la esperanza.

Esa era la verdad.

La esperanza te hacía imprudente.

La esperanza te hacía levantar una paleta en una subasta como si hubieras perdido el juicio.

La esperanza te hacía mirar a alguien y pensar: "quizá".

El control hacía listas, números, llamadas, presupuestos y planes.

Así que me aferré al control con ambas manos.

Bien.

Si el tipo del torbellino no formaba parte de esto, si no sentía lo que yo había creído, entonces no lo necesitaba. No necesitaba su presencia constante, ni su ayuda silenciosa, ni la forma en que me hacía sentir con solo entrar en una habitación.

Necesitaba salvar la posada.

Eso era todo.

Ese era el trabajo.

La misión.

La única prioridad real.

Podía hacerlo sin él.

No lo necesitaba.

Porque depender de alguien era como caminar por un muelle en medio de una tormenta y convencerte de que era tierra firme.

Ya había hecho eso antes.

No con él, pero sí con otras personas, en otras situaciones.

Y había aprendido, de la peor manera, que no se construye estabilidad sobre algo que puede desaparecer sin previo aviso.

Exhalé despacio, como apagando una vela.

Como si estuviera sofocando el último resto de esperanza antes de que se volviera demasiado fuerte.

Bien.

Entonces, quedaba decidido.

Había terminado oficialmente con el tipo del torbellino.

No iba a pensar en sus manos, ni en su boca, ni en la forma en que me había mirado, como si hubiera visto más allá de todo mi ruido. No imaginaría cómo habría sido si se hubiera quedado, si me hubiera llamado Sarah, si me hubiera invitado a salir como Becca estaba convencida de que haría.

Nada de eso importaba.

No lo necesitaba.

Tenía nombres de contratistas. Tenía una agenda de reservas cada vez más llena. Tenía una posada rosa que, contra todo pronóstico, empezaba a sentirse como mía.

Me giré para mirar esa monstruosidad rosada.

Qué raro.

El color ya ni siquiera me molestaba. De hecho, no recordaba la última vez que había pensado activamente en lo horrible que era.

Madre mía.

El rosa empezaba a gustarme.

Lo cual era, o bien una señal de crecimiento personal… o una señal clarísima de que había inhalado demasiados productos de limpieza.

Aun así, me quedé observándola un momento más. La brisa marina me movía el cabello, la posada seguía allí —ruidosa, absurda y obstinadamente viva—, y algo en mi pecho se asentó.

Mía.

Era mía.

Bien.

Si podía aprender a querer ese tono de rosa… también podía aprender a vivir sin el tipo del torbellino.

Y eso era verdad.

Absolutamente.

Para nada una forma elegante de autoprotección.

No.

Para nada.

23

SARAH

—Gracias, Tom —dije, estrechándole la mano y notando al instante los callos duros, de esos que solo se consiguen tras décadas de trabajo real—. Te llamaré si algo más decide fallar.

Tom —un hombre de unos cincuenta y tantos, calvo y tan alto que tuve que inclinar ligeramente la cabeza hacia atrás para mantener el contacto visual— sonrió con facilidad. Era el contratista cuyo número me había dado el tipo del torbellino: el reemplazo, la solución oficial y sorprendentemente impersonal.

—No hay problema —dijo, cerrando su libreta antes de arrancar la factura—. Tu sistema de climatización ya funciona. Los huéspedes volverán a tener aire fresco.

Tomé la factura e hice un esfuerzo consciente por no reaccionar ante la cantidad de ceros. Había aprendido rápido que mostrar emociones frente a una cifra solo invitaba a que se multiplicara en futuros encuentros.

—Seguro que lo agradecerán —respondí, porque nada dice hospitalidad como no derretirse mientras se duerme.

Lo vi salir por la puerta principal, con sus pasos pesados resonando por el vestíbulo, y sentí esa extraña mezcla de alivio y tensión al mismo tiempo. El tipo del torbellino confiaba en él. Eso significaba algo… lo cual era absurdo, porque él ya no era una

referencia en mi vida. Era solo… un hombre que me había besado una vez y luego desaparecido como un fenómeno estacional.

Aun así, confiaba en Tom.

Esa factura era honesta. Dolorosa, sí, pero merecida.

No como esas "facturas invisibles" que el tipo del torbellino había ido acumulando mientras arreglaba cosas en silencio por toda la posada sin decírmelo. Esas eran las peores: las que solo descubres cuando ya no están.

Había pasado una semana desde la última vez que lo vi. La subasta de Pearls & Pints ya se sentía tanto como ayer… como algo que pertenecía a otra vida.

¿Había pensado en él?

Sí.

¿Me había obsesionado?

No.

Una mentira total.

Pero elegante.

En cambio, me había concentrado en la posada: reservas, reparaciones, facturas y listas de pendientes que exigían atención inmediata. Control. Organización. Funcionamiento. Todo lo que no implicara pensar en manos fuertes, miradas silenciosas o en lo espectacularmente traicionero que podía ser mi propio cuerpo.

Estaba bien.

—No es tan guapo como Alex, eso está claro —dijo Lola, apareciendo en la recepción como si hubiera sido convocada por tensión romántica residual.

Llevaba pantalones negros ajustados y cortos, y una camiseta dorada sin mangas que gritaba vino caro y decisiones cuestionables. Se apoyó en el mostrador y se abanicó con dramatismo.

—Pero ya sabes lo que dicen de los hombres de apariencia normal.

No la miré.

—¿Por qué tengo la sensación de que no quiero saberlo?

—Lo compensan en la cama.

Claro.

Ahí estaba.

—Tom es excelente —dije con firmeza—. Arregló la climatización.

—Gracias a Dios —suspiró Lola, incorporándose—. No soporto esta humedad. Hace que la piel brille donde no debe. El brillo es para los pómulos, no para la frente.

Resoplé.

—Tu frente es perfecta.

—Obviamente —dijo, sonriendo—. Pero, aun así, la climatización es crucial.

Miró hacia la puerta por donde había salido Tom y luego volvió a mí, evaluadora pero no hostil.

—Bueno. El chico nuevo.

—No es nuevo —respondí automáticamente.

Lola arqueó una ceja.

—Lo es en tu ecosistema emocional.

Suspiré.

—Es solo… el contratista.

—Mmm —murmuró, sin creerme del todo—. ¿Y cómo se compara?

—¿Con qué?

—Con el anterior —dijo con total calma—. El de los hombros anchos y ese trasero en el que podrías servir la cena.

Desvié la mirada hacia una pila de correspondencia que no requería absolutamente nada de mi atención.

—Arregló el aire. Eso es lo que necesito ahora.

—No era la pregunta.

—No voy a hablar de él.

Lola sonrió.

—Acabas de hacerlo.

Maldición. Me aclaré la garganta.

—Me dio el número de Tom. Eso es todo. Fin de la historia.

—¿De verdad?

—Sí.

Lola tarareó suavemente.

—Lo viste arreglar tu posada como si fuera un lenguaje de amor.

Solté una breve risa.

—No lo era. Era mantenimiento.

—Y tú estás a la defensiva —concluyó—, que es mi especialidad favorita.

Exhalé despacio.

—Por favor, basta. Estoy bien. Solo intento llevar una posada.

Lola me observó un segundo más y luego asintió.

—Está bien.

Se inclinó un poco hacia mí.

—Pero, para que quede claro, sigo pensando que estaba a punto de invitarte a salir.

Pero no lo hizo.

Eché un vistazo al vestíbulo. Los suelos pulidos, el ligero aroma del limpiador de limón, el suave zumbido del aire acondicionado que por fin hacía su trabajo. La posada parecía… estable. Viva. Funcional.

—No lo necesito —dije, más para mí misma que para ella.

Lola asintió.

—Por supuesto que no.

Hizo una pausa.

—Eso no significa que no lo quisieras. Quiero decir… parece de los que son fabulosos en la cama: atentos, generosos, de los que esperan hasta que tú terminas.

No respondí a eso.

Simplemente alineé una pila de folletos y ajusté el libro de registro hasta que quedó perfectamente recto.

Control. Orden. Aire fresco.

Podía trabajar con eso.

Eché un vistazo a mi alrededor mientras la posada se sumía en el silencio de la noche. La mayoría de las huéspedes estaban fuera cenando o metidas en sus habitaciones, viendo el celular o peleándose con almohadas demasiado suaves o firmes. Era mi momento favorito del día: ese breve y sagrado intervalo en el que nada estaba fallando y podía fingir que tenía mi vida bajo control.

Lola se apartó del mostrador y se estiró.

—Bueno, esta conversación ha sido fascinante, pero no vine por eso, cariño.

Salí de mis pensamientos.

—¿Viniste por mí? ¿Para qué exactamente?

Conociendo a Lola, había una probabilidad alarmantemente alta de que implicara un stripper, un reto absurdo o un hombre que solo usara un nombre.

—Ven —ordenó, tomándome de la muñeca y jalándome hacia el pasillo.

La miré con desconfianza mientras mis pies obedecían antes que mi sentido común.

—¿Debería preocuparme?

—Solo si odias la diversión —respondió con ligereza.

Eso no ayudó en absoluto.

Me empujó hacia la cocina y fruncí el ceño.

—¿Dottie me necesita? Porque si es por lo de las especias de antes, sigo sosteniendo que el comino y la canela no deberían ir tan cerca.

Lola sonrió aún más, lo cual nunca era buena señal.

Empujó las puertas de la cocina.

Entré… y me quedé completamente inmóvil.

Parpadeé.

—¿Qué…?

La cocina se había transformado.

Las mesas de trabajo estaban unidas formando una mesa larguísima, cubierta con manteles desparejados y salpicada de velas que parpadeaban con una luz cálida contra las paredes de azulejo. Había platos de verdad. Servilletas de tela. Tres botellas de vino ya abiertas, respirando como si llevaran toda la noche esperando su momento.

El aire olía increíble.

Ajo. Mantequilla. Algo asado. Algo cocinándose a fuego lento que transmitía hogar, esfuerzo y cariño todo al mismo tiempo.

Becca estaba al otro extremo, acomodando vasos con el ceño levemente fruncido por la concentración, impecable en un traje pantalón rosa claro que resaltaba su piel bronceada.

Helen también estaba ahí, con los brazos cruzados sobre una blusa de flores rojas y naranjas bajo una chaqueta negra que parecía tomada prestada de algún hombre, fingiendo —poco

convincentemente— que todo aquello era completamente práctico y nada sentimental.

Y Dottie…

Dottie estaba en todas partes.

Se movía entre ollas, tarareando para sí misma, manejando una cuchara de madera como si fuera una varita mágica. Llevaba un kimono largo con estampados vibrantes en amarillo y verde sobre una falda fluida, con los dedos de los pies asomando por debajo. Su delantal blanco proclamaba en letras grandes:

LA MANTEQUILLA ES UN GRUPO ALIMENTICIO.

Me giré lentamente, abrumada.

—¿Por qué siento que acabo de caer en la final de un concurso de cocina?

Lola soltó mi brazo e hizo un gesto grandilocuente.

—Porque, querida, eres la protagonista.

—¿Qué? —mi voz salió más baja de lo que pretendía.

Lola se inclinó hacia mí.

—Decidimos que merecías una cena en tu honor.

Me quedé inmóvil, tratando de procesarlo.

—¿En mi honor?

—Te has dejado la piel desde que llegaste —continuó—. Has mantenido este lugar a flote. No saliste corriendo de regreso a Nueva York después del primer desastre de plomería, lo cual, sinceramente, nos impresionó bastante.

Becca levantó la mirada y me sonrió.

—Estamos muy felices de que te hayas quedado, Sarah. La posada no sería la misma sin ti.

Helen carraspeó y se acomodó las gafas sobre la nariz.

—Que quede claro: esto no es un gesto sentimental —dijo—. Es agradecimiento. Y moral. Eres una Hartwell. La posada pertenece a una Hartwell. Fin de la discusión.

—Y, además, Dottie se negó a aceptar un no por respuesta —añadió Lola, riéndose.

Dottie sonrió, radiante.

—Necesitaba una excusa para usar el buen aceite de oliva.

Sentí que los ojos me ardían mientras una oleada de emociones me atravesaba, rápida y desordenada, como si alguien hubiera agitado un globo de nieve dentro de mi pecho. La infidelidad de mi ex. La mudanza. La posada. Las reparaciones interminables. La fecha límite del libro. El comentario de la tía Edna sobre los perdedores —uno que fingí ignorar, pero que, por supuesto, no lo hice—. Incluso el tipo del torbellino, porque claro, él también estaba ahí, colándose en el montón.

Todo se vino abajo al mismo tiempo.

Llevaba semanas aguantando: sonriendo, asintiendo, haciendo listas, arreglando cosas, siendo funcional, siendo eficiente, fingiendo estar sorprendentemente bien. Me había convencido de que eso era fortaleza, de que mientras no me detuviera, nada podría alcanzarme.

Al parecer, solo estaba esperando una mesa larga y unas velas.

Tragué saliva, con la garganta apretada, y fijé la vista en la mesa como si fuera a darme instrucciones.

Di algo normal.

Agradece.

No llores.

Y, sobre todo, no llores frente a gente que lo notará y lo empeorará siendo amable.

Pero, aun así, los ojos me ardían. Parpadeé rápido, porque, si empezaba, no estaba segura de poder parar. No tenía idea de qué decir; las palabras se sentían pequeñas, insuficientes, como tratar de envolver algo enorme con una tira de cinta.

Esas mujeres eran amigas de verdad.

Todas.

Por muy distintas que fueran —caóticas, agudas, prácticas, directas—, se habían reunido para hacer esto. Por mí. No porque debieran. No porque se esperara. Solo porque querían.

Nadie había hecho algo así por mí.

Nunca.

Apreté los labios, respiré hondo y me repetí que derrumbarme no estaba en el programa de esa noche. Pero la verdad seguía apretándome el pecho.

No era solo cansancio.

No era solo estrés.

Era soledad.

Y, ahí, rodeada de velas, comida y personas que habían decidido en silencio que yo importaba, estuve peligrosamente cerca del alivio.

Parpadeé de nuevo. Me reí para disimular, pero el sonido salió raro, contenido.

—Chicas… no tenían que hacer esto.

Dottie agitó la mano como quitándole importancia.

—Claro que sí. La gratitud siempre debe venir con carbohidratos y vino.

—Y sexo —añadió Lola—. Muchísimo sexo.

—Y verte intentar relajarte toda la noche va a ser divertidísimo —sumó Becca, sonriendo.

Volví a mirar la mesa: las velas, la comida, las personas que habían decidido que yo valía ese esfuerzo.

Algo cálido presionó contra mis costillas.

—Bien —dije en voz baja—, pero si lloro, le echo la culpa a las cebollas.

Dottie acercó una silla a la cabecera.

—Siéntate. Come. Déjate consentir.

La obedecí porque discutir me pareció imposible. Observé cómo Lola me servía una copa generosa de vino. De esas que dicen claramente: hemos evaluado la situación y esto es médicamente necesario.

Por supuesto, Lola levantó su copa primero.

—Por Sarah —dijo, con voz cálida y segura—. Por quedarse. Por arreglar cosas. Por no huir de vuelta a Nueva York gritando, como habría hecho cualquiera menos valiente. Y por tener más coraje que la mayoría de los hombres con los que salgo.

Helen alzó su copa con un gesto firme.

—Por Sarah. Por mantener viva la posada Hartwell. Y por tener el sentido común de reclamar lo que le pertenece.

—Por Sarah —añadió Becca—. Por elegir esto. Por elegirnos. Y por empezar a ver lo fuerte que realmente es.

Dottie levantó una cuchara en lugar de copa.

—Y por no morir. Eso siempre amerita celebración.

Todas me miraron.

Sentí el calor subir a mi cara. No estaba acostumbrada a ser el centro de atención de esa forma. Aun así, con la garganta cerrada, levanté mi copa.

—Bueno. Esto es… mucho. Pero gracias. De verdad.

—Bebe —ordenó Lola— antes de que te pongas sentimental y arruines mi maquillaje por simpatía.

Me reí.

De verdad.

Y eso ayudó más de lo que esperaba.

Chocamos copas —y cuchara— con un sonido claro, ligero.

Y, por primera vez en semanas, algo dentro de mí se relajó… en lugar de tensarse.

Se sentaron, con las sillas deslizándose suavemente sobre el piso; todas menos Dottie, que desapareció con decisión hacia la cocina.

Lola sacó un compacto de su bolso y se retocó la frente.

—Odio que la frente brille.

—Tienes otra cita —dijo Helen—, o debería llamarla por lo que es: una cita para acostarse.

Lola soltó una carcajada.

—Solo estás celosa porque la última vez que tuviste una cita, las calles todavía eran de piedra.

Ay.

El rostro de Helen se tensó levemente, pero no respondió.

—Claro que es una cita para sexo —continuó Lola—. Si paso un día sin eso, me da urticaria.

—Te dije que era una descarada —gritó Dottie desde la cocina.

Lola cerró su compacto con un pequeño golpe y me guiñó un ojo.

—Prefiero "proactiva sexualmente". Descarada suena poco elegante.

Bueno.

—Espero que tengan hambre —anunció Dottie sin voltear—, porque preparé algo que podría terminar guerras.

Regresó cargando una sartén enorme que soltaba vapor. El aroma me golpeó de inmediato: intenso, sabroso, reconfortante de una forma casi ofensiva. Capas de verduras asadas, queso burbujeante, hierbas frescas… todo gritaba hogar.

—Lasaña de verduras —declaró con orgullo—. Con una bechamel que me costó paciencia… y un pequeño colapso emocional.

La colocó en el centro de la mesa y empezó a servir con eficiencia. El cuchillo se deslizó fácil, revelando capas perfectas.

Me sirvió primero a mí, colocando el plato frente a mí como si fuera ceremonial.

—Para la invitada de honor. Y porque claramente eres la que más lo necesita.

Me quedé mirando el plato un segundo.

—Esto huele ilegal.

Dottie sonrió, encantada.

—Lo sé. Come.

Lo hice.

Tomé un bocado… y cerré los ojos sin querer.

—Guau —dije, con la boca medio llena—. Está… muy, muy bueno.

Dottie apoyó las manos en la cadera.

—También lo sé.

Los platos comenzaron a circular, el vino a recargarse, los cubiertos a tintinear, y la conversación cobró vida como si hubiera estado esperando permiso.

—Bien —dijo Helen tras unos bocados, dejando el tenedor—. Se acerca el otoño. Eso significa que tenemos que planear el festival.

Becca se quejó.

—¿Ya? Apenas sobrevivimos a Pearls & Pints. Y sigo procesando lo del Spring Fling.

—Eso no fue culpa mía —dijo Helen—. Nadie me avisó que la calabaza inflable tenía límite de peso.

—Lanzó a un niño —respondió Becca.

Helen se encogió de hombros.

—Aterrizó, ¿no?

Lola se rio.

—Ah, sí. El Festival de Otoño de Maplewood. Donde las calabazas son armas y la sidra es una forma de vida.

Levanté la vista.

—¿Hay festival de otoño?

No debería sorprenderme. Este pueblo organizaría un festival para celebrar… absolutamente cualquier cosa.

Helen me miró con una mezcla de decepción y superioridad.

—Sarah. La posada Hartwell lleva décadas organizándolo.

—Claro.

Olvidaba que yo apenas llevaba semanas ahí.

—Hay disfraces —añadió Becca—. Y fogatas.

—Y el pasillo encantado —agregó Lola—. Que solo está "encantado" porque Helen insiste en el rigor histórico.

—No está encantado —corrigió Helen—. Tiene atmósfera.

Dottie agitó la cuchara desde el otro lado.

—Yo me encargo de las manzanas caramelizadas, la sopa… y algo con calabaza que confundirá a la gente. —Alzó las cejas—. El año pasado usé unos frutos secos que tenía secándose en el laboratorio. Resulta que no eran comestibles. Hubo siestas no programadas.

Me reí.

De verdad.

Sin contenerme.

Miré alrededor de la mesa: las velas parpadeando, la comida desapareciendo poco a poco, las historias cruzándose, la energía caótica y cálida.

Y, sin esfuerzo, sin duda… lo supe.

Esto, aquí era donde debía estar.

Esta mesa. Esta posada. Este grupo extraño y maravilloso de mujeres que se enfrentaban, se burlaban y aun así siempre estaban presentes.

Esto era lo que tenía que hacer.

Mantener vivo este lugar.

Llenarlo de calor, ruido, comida… y gente que importara.

El tipo del torbellino cruzó por mi mente solo un instante, y lo dejé ir.

Tomé otro bocado de lasaña y sonreí para mí misma.
Este era mi hogar.
Esto era yo.

24

ALEX

El Range Rover zumbaba bajo mis pies, firme y suave, sin inmutarse en absoluto por mi estado de ánimo mientras la carretera se extendía ante mí. Había salido de Bainsville hacía una hora, donde tenía una propiedad, pagaba impuestos y fingía tener mi vida perfectamente organizada, diciéndome a mí mismo que solo necesitaba despejar la mente.

Un paseo en coche. Distancia. Espacio. Eso solía funcionar. Siempre lo había hecho. Pero mis manos seguían agarradas al volante, la mandíbula apretada, como si mi cuerpo no hubiera recibido el mensaje.

Había hecho lo sensato al marcharme de Maplewood Falls hacía una semana. Me dije a mí mismo que estaba de acuerdo con la decisión. Me dije que lo había manejado de la manera correcta, que me había marchado antes de que las cosas se complicaran, antes de quedarme en algún sitio demasiado tiempo y antes de que una mujer de ojos azules penetrantes y una obstinada posada rosa se me metiera bajo la piel y se quedara allí.

La carretera se allanó, los árboles se difuminaban a mi lado en constantes franjas verdes. Conducía como siempre, con las manos en las diez y las dos, a una velocidad ligeramente superior al límite, la mirada al frente. Control: ese era el motivo de mi partida. Me lo

había repetido toda la semana. Lo decía como si fuera un punto de una lista de tareas mientras trabajaba, mientras dormía, mientras conducía de una propiedad a otra y fingía que el silencio significaba algo bueno. Los días habían sido intensos, productivos, el tipo de semana que normalmente me tranquilizaba.

Inspecciones, reuniones, un tejado que había que cambiar, un inquilino que pensaba que una gotera era una emergencia porque le causaba molestias. Arreglé lo que había que arreglar, firmé lo que había que firmar, comí cuando me acordé y dormí cuando mi cuerpo finalmente se apagó.

Y nada de eso se quedó. Su rostro aparecía de todos modos, en todas partes y en cualquier momento. No cuando intentaba pensar en ella, sino cuando no lo hacía.

Cuando buscaba herramientas y entraba en las cocinas, cuando los inquilinos me hablaban, cuando me sorprendía a mí mismo escuchando una voz que no estaba allí. Su rostro… siempre su rostro. Me dije a mí mismo que era costumbre, proximidad, ruido residual de haber pasado demasiado tiempo en un mismo lugar, pero la semana no se calmó. Simplemente se fue acumulando.

Todas las noches acababan igual: en silencio y sin terminar, como si hubiera abandonado un trabajo antes de apretar el último tornillo. Esa era una de mis reglas. No dejar las cosas a medias. No provenía de algo que hubiera leído en un libro ni de una cita motivacional pegada en la pared de un gimnasio. Me la había ganado, la había aprendido a base de golpes duros y se había grabado a fuego por un error concreto que me había prometido a mí mismo no repetir.

Había roto la regla una vez. Había sido hacía años, en otra propiedad, en otra ciudad. Un lugar por el que me había dicho a mí mismo que solo estaba de paso. Trabajo a corto plazo, presencia temporal. Me había quedado más tiempo del previsto porque las cosas seguían necesitando atención. Una inspección más, una reparación más, una semana más y luego otra. Había una mujer. Siempre había una mujer cuando los límites se difuminaban.

Ella no había pedido nada irrazonable y ese era el problema. Había pedido cosas que al principio parecían insignificantes: una cena, tiempo, constancia. Ese tipo de peticiones no parecen

exigencias hasta que te das cuenta de que las estás satisfaciendo sin pensar. No le había prometido que fuera para siempre. No le había mentido, pero tampoco había sido claro. Le había dejado creer que mi estancia significaba algo que no era. O tal vez me había dejado creer a mí mismo que, si no lo nombraba, no era responsable de ello.

Para cuando me di cuenta de que estaba demasiado metido en el asunto, el daño ya estaba hecho. Marcharme no había sido el error. Quedarme demasiado tiempo sí lo había sido. Esa fue la lección. No te quedes el tiempo suficiente como para que alguien construya una vida a tu alrededor si no estás dispuesto a quedarte quieto en ella. No dejes que la cercanía se convierta en una promesa. No confundas ser decente con ser prudente.

Así que establecí unas reglas. Terminaba los trabajos y me marchaba cuando llegaba el momento. No cruzaba líneas que no se pudieran deshacer sin consecuencias. Y la mayoría de las veces, esas reglas funcionaban. Mantenían las cosas sencillas, organizadas, previsibles. Me impedían hacer daño.

Apreté con fuerza el volante mientras la carretera zumbaba bajo mis pies. El problema era que Nueva York no había pedido más. No se había inclinado, no había intentado que me quedara. Simplemente había estado ahí, firme, capaz, y manteniendo todo unido sin esperar que yo formara parte de la estructura. Sin embargo, de alguna manera, había aplicado una vieja regla a una situación que no se correspondía con el recuerdo que la había creado.

La cabina olía levemente a cuero y serrín, el fantasma de días de trabajo que se habían desvanecido en las noches. Mi teléfono yacía boca abajo en la consola, en silencio. Había estado en silencio todo el día. Bien, el silencio significaba que no había empeorado las cosas.

Repasé el beso de todos modos. No quería hacerlo, pero mi cuerpo lo hizo por mí. Memoria muscular, calor, lo que fuera. La forma en que se había quedado quieta durante medio segundo antes de inclinarse como si hubiera tomado una decisión.

Había sido impulsivo, lo entendía. Pero me había gustado. Mucho.

Ese era el problema.

Sabía exactamente lo que significaba, simplemente no sabía qué hacer al respecto.

La señal apareció de repente: verde, reflectante y familiar. La leí sin pensar. MAPLEWOOD FALLS 2 MILLAS

No reduje la velocidad. Tampoco pisé el freno. Solo la miré fijamente un instante de más antes de que mi pie levantara el pie del acelerador por sí solo.

Maldita sea.

Exhalé por la nariz, de forma larga y controlada, como si estuviera bajando algo pesado hasta su sitio.

Así que eso fue todo.

Me había ido de Maplewood Falls hacía una semana y no tenía pensado volver tan pronto, pero, al parecer, mi cerebro y mi cuerpo ya habían tomado esa decisión por mí, porque no recordaba cómo diablos había acabado de vuelta aquí.

Pasé por carreteras por las que había conducido demasiadas veces, curvas que tenía grabadas en las manos. Me había dicho a mí mismo que me iba de la ciudad, a aclarar mis ideas, a poner distancia entre Maplewood Falls y yo, entre algo que no tenía derecho a desear.

Resultó que había dado un rodeo para volver.

Aún podía dar la vuelta, había un punto de retorno a menos de un kilómetro y medio. Eso también lo sabía. Sabía exactamente dónde estaba. Lo había usado muchas veces para transportar equipo, ajustar rutas, corregir errores.

Eso era lo que era. ¿No? Un error.

Excepto que no lo parecía. Lo que me parecía mal era marcharme.

Apreté con fuerza el volante, hasta que se me pusieron blancos los nudillos, y finalmente dejé que el pensamiento llegara a su fin en lugar de cortarlo a mitad de camino, como había estado haciendo toda la semana.

Debería haberme quedado.

Quedarme nunca me había dado miedo por lo que pudiera costarme.

Me daba miedo por lo que podría cambiar.

Pero en este caso no serían unos días extra añadidos a un proyecto ni una lenta deriva hacia algo de lo que, con el tiempo, podría alejarme. Quedarme significaría elegir un lugar, elegir un ritmo que no estuviera dictado por contratos y plazos e es. Significaría despertarme y saber dónde estaría el mes que viene, el año que viene.

Ese tipo de permanencia tenía su peso.

Había construido mi vida en torno al movimiento, en torno a la idea de que siempre podría seguir adelante una vez terminado el trabajo. Podía terminar el trabajo y dejarlo mejor de lo que lo había encontrado. Eso no era evasión, era orden. Era la forma en que me mantenía útil sin quedarme estancada.

Pero Nueva York no era un proyecto.

No necesitaba que la arreglaran ni que la gestionaran. Ella ya estaba haciendo el trabajo, manteniendo ese lugar unido con determinación y terquedad y una silenciosa negativa a rendirse. Si me quedaba, no sería para ayudarla. Sería para estar a su lado.

Y eso era diferente.

Porque estar al lado de alguien significaba que te veían cuando dejabas de moverte. Se daban cuenta cuando dudabas, esperaban que estuvieras allí mañana, no solo hasta que se clavara el último clavo.

Lo imaginé sin quererlo: mañanas sin prisas, una cocina que no fuera prestada, la posada convertida en algo estable y vivo. Me imaginé conociendo las habitaciones de memoria, no porque las hubiera arreglado, sino porque pertenecía a ese lugar.

El pensamiento se instaló en lo más profundo de mi ser, pesado y opresivo. Esa era la parte sobre la que no había sido sincero.

Marcharme no era solo para protegerla a ella. Era para proteger a la versión de mí mismo que no tenía que elegir. A la que podía decir: «Esto es temporal», y decirlo en serio.

Con Nueva York, lo temporal no duraría.

Si me quedaba, sería porque quería. No porque ella me lo pidiera o necesitara que lo hiciera.

Y querer eso significaba arriesgarlo todo. Arriesgar el trabajo, el equilibrio, las reglas que habían mantenido todo lo demás limpio y bajo control.

Exhalé lentamente, con la carretera extendiéndose ante mí. Me había dicho a mí misma que mis reglas existían para evitar que la gente saliera herida, lo que no había admitido era que también me impedían querer quedarme.

La verdad se impuso, silenciosa pero innegable.

Marcharme había sido la opción más segura.

Quedarme sería la más valiente.

Y ya no estaba dispuesto a fingir que eran lo mismo.

Las palabras cayeron, pesadas y sólidas, como una verdad con la que no se discute una vez que se oye en voz alta, aunque solo sea en tu cabeza.

Debería haberme quedado y haber hablado. Debería haberle explicado. Debería haberle dado la dignidad de conocer toda la historia en lugar de decidir por ella lo que podía soportar.

Había sido un imbécil, y lo sabía.

Me había dicho a mí mismo que la estaba protegiendo. Sabía que ya tenía bastante con la posada, las reparaciones, la presión, la forma en que se encargaba de todo como si fuera solo responsabilidad suya.

Lo que no me había admitido era que marcharme había sido más fácil que confiar en mí mismo para quedarme sin romper mis propias reglas.

No emprendía nada que no pudiera terminar ni me metía en cosas en las que no pudiera comprometerme. No hacía promesas que no estuviera seguro de poder cumplir. Esas reglas me habían servido de mucho, habían construido mi vida. La habían mantenido limpia, ordenada y predecible.

También me habían mantenido solo.

Nueva York no me había pedido garantías. No me había pedido que me quedara para siempre, ni que arreglara su vida, ni que fuera

algo que no era. Simplemente me había mirado tal y como me veía, como si confiara en que me mostraría tal y como soy.

Y yo había decidido que ella no tenía voz ni voto.

La carretera trazaba una suave curva y los puntos de referencia familiares iban apareciendo: la cafetería, la ferretería, el tramo donde los árboles se abrían y el aire cambiaba, con la sal colándose incluso con las ventanillas cerradas.

Seguí adelante.

Tenía que decirle por qué me fui, a qué le tenía miedo, qué quería y qué aún no sabía cómo prometerle.

Y luego tenía que dejar que ella decidiera.

Pasé de largo el desvío sin tomarlo, dejando que la decisión esperara otro kilómetro y medio. Me permití quedarme ahí, en la incomodidad, en la grieta de las reglas por las que me había regido durante años.

Había construido mi vida sobre reglas por una razón. Habían mantenido todo intacto y en orden.

Pero, por primera vez, la regla no me parecía una protección. Me parecía una evasión.

Quizá la moderación no era respeto si le quitaba la elección a otra persona, quizá terminar algo no siempre significaba salir limpio.

Apreté el volante con más fuerza, concentrado en la carretera que tenía delante.

Apenas ahora me daba cuenta de que lo había arruinado todo.

Debería haberme quedado.

25

SARAH

—Sí, tres noches —dije al auricular—. Con vistas al mar. Por supuesto. Nos vemos mañana.

Colgué y registré a los Schneider como huéspedes de la habitación 304 en mi portátil, usando la nueva aplicación de reservas que había encontrado en internet para pequeños negocios como el mío. Era infinitamente mejor que llevarlo todo a mano en un libro de contabilidad. Mi letra parecía la de una niña de cinco años con los dedos pegajosos y muy poco control de impulsos. Nadie podía entenderla, ni siquiera yo… sobre todo yo.

La tecnología nos había salvado a todos.

Di un sorbo de café y saboreé su amargor. Dottie preparaba un café excelente, quizá un poco agresivo. No te preguntaba cómo te sentías, simplemente te exigía productividad, y eso me gustaba.

Todavía disfrutaba del brillo tranquilo que me había dejado la cena que Dottie, Helen, Lola y Becca me habían organizado la noche anterior. También estaba profundamente agradecida de haberme acordado de alternar vino con agua, lo que significaba que hoy podía funcionar como una adulta normal y responsable, en lugar de pasarme la mañana parpadeando lentamente una y otra vez.

Progreso.

Tomé otro sorbo de café y me apoyé en la recepción, escuchando el murmullo de la posada: los pasos en el piso de arriba, el sonido lejano de una puerta al cerrarse, el ritmo tranquilo de un lugar que, por una vez, hacía exactamente lo que debía hacer.

Ajetreada. Tranquila. Funcionando.

Sonreí para mis adentros. Era un buen día para dirigir una posada.

La puerta principal se abrió, la campanilla tintineó con discreción y entró una pareja.

Se quedaron en el umbral, como si no estuvieran del todo seguros de querer comprometerse con la idea de estar allí. Rondaban los cincuenta y cinco años, iban bien vestidos y tenían ese aire vagamente costero de "tenemos rompevientos". Se inclinaron el uno hacia el otro, murmuraron algo y luego me miraron.

—Hola —dije con alegría—. Bienvenidos a la posada Hartwell.

—Hola —respondió la mujer.

Bueno, creo que murmuró la palabra, pero lo hizo tan bajo que habría hecho falta un oído sobrehumano para captarla. Aun así, sus labios habían formado la palabra "hola", así que decidí aceptarlo.

Me incliné apenas hacia delante.

—¿Hola a ustedes también?

—Sí —añadió el hombre, un poco más fuerte que ella, aunque todavía ridículamente bajo. Más bien un susurro con ambiciones.

Ah. Gente que hablaba en voz baja.

Esto iba a requerir concentración.

—Soy Sarah —dije, bajando un poco el tono de voz, como si estuviera intentando comunicarme con animales del bosque—. ¿En qué puedo ayudarles hoy?

—Somos los McGee —dijo la mujer, casi en un susurro—. Tenemos una reserva.

Asentí, inclinándome de nuevo hacia delante, con los ojos entrecerrados de pura concentración.

—¿Los… Magee?

—McGee —susurró el hombre.

—McGee —repetí.

Lo había logrado.

Tecleé rápidamente.

—Habitación 303 —dije, mirando la pantalla—. ¿Una noche?

—Solo por el día —dijo la mujer en voz baja—. Estamos… descansando.

Hice una pausa.

—¿Como… una siesta?

El hombre sonrió levemente.

—Como… una siesta larga.

Entendido.

—Perfecto —dije—. La habitación 303 está lista y recién limpiada.

Sus rostros se relajaron al mismo tiempo, como si acabara de darles una excelente noticia sobre el clima.

Metí la mano debajo del mostrador y les pasé la llave.

—Les subirán el equipaje en breve. Siéntanse como en casa.

—Gracias —susurró la mujer.

Se dirigieron hacia las escaleras a paso medido, susurrándose el uno al otro durante todo el trayecto, como si temieran alterar el delicado ecosistema de la posada.

Esperé hasta que desaparecieron de mi vista y entonces exhalé. Aquello había sido… raro y extrañamente emocionante.

Tomé mi café y fui a la cocina.

—Jason —llamé mientras empujaba la puerta.

Levantó la vista de la encimera.

—¿Sí?

—Hay equipaje para la habitación 303 —le dije—. Los McGee. Son muy simpáticos y callados. Como si… susurraran emocionalmente.

Jason asintió con solemnidad.

—Entendido.

Se terminó lo que fuera que estaba bebiendo —una bebida energética en lata—, se levantó y desapareció con el carrito de equipaje. Las ruedas chirriaron apenas mientras avanzaba hacia las escaleras, y la cocina volvió a su ritmo habitual. Las ollas hervían a fuego lento. Una sartén chisporroteaba. Algo olía intensamente reconfortante.

Dottie estaba de pie junto a la estufa, descalza, con el pelo recogido en lo alto de la cabeza de una forma que sugería que la gravedad había decidido rendirse. Tarareaba fuerte y desafinado mientras removía algo con una confianza completamente innecesaria.

—¿Qué es eso? —pregunté, dejando el café sobre la mesa.

—Desayuno para llevar —respondió Dottie alegremente—. Para gente que tiene lugares a los que ir y cosas que hacer.

Se giró y dejó al descubierto una pila de tortillas y un delantal que no había visto antes. Era rosa neón, salpicado de algo que podría haber sido huevo, y decía:

MI COMBUSTIBLE SON LOS CARBOHIDRATOS.

—Tortillitas Dottie —anunció, radiante—. Marca registrada en trámite.

Antes de que pudiera responder, tomó uno, lo dobló con destreza y me lo metió directamente en la boca.

Parpadeé, sorprendida, con las mejillas llenas.

—Mmmph —dije.

—Mastica —me ordenó—. Luego juzga.

Mastiqué. Tocino, huevos, queso, sal… felicidad y posibles propiedades curativas.

—Qué rico —dije en cuanto pude volver a hablar—. Está excelente, más que rico. Está buenísimo.

—Lo sé —dijo con aire satisfecho—. Los hice para gente que se olvida de comer cuando está ocupada siendo emocionalmente responsable. Como tú.

—Me siento atacada.

Le dio la vuelta a otra tortilla.

—Bien. Eso significa que está funcionando.

Me reí.

—Me siento con energía para ponerme a limpiar.

Tomé un trapo de la encimera, sin dejar de masticar, y me dirigí al salón. Si ya estaba de pie y había comido, más valía aprovechar y ser productiva. Esa era mi nueva filosofía: afrontamiento funcional.

Además, necesitaba quemar los carbohidratos extras de la cocina de Dottie antes de que mi clóset se rebelara contra mí.

Le hice un gesto de asentimiento al retrato de Edna.

—Edna —dije en voz baja—, esta mañana te ves muy bien.

Sus ojos pintados me devolvieron la mirada, tan críticos como siempre. Lo tomé como una señal de ánimo.

Sonreí sin poder evitarlo. Empecé a quitar el polvo de la mesita auxiliar y luego de la estantería, moviéndome con calma para asimilar la normalidad de todo aquello. El salón tenía buen aspecto: acogedor pero ordenado, como un lugar donde la gente se acurrucaba con un café y un buen libro para olvidarse del tiempo. Como un lugar donde la gente se quedaba un rato, en lugar de pasar de largo a toda prisa.

Oí pasos y me giré para ver al señor y la señora Drew, una pareja de Maine, entrando con tazas de café en la mano y acomodándose en uno de nuestros sofás mullidos. Me sonrieron. Les devolví la sonrisa, cortés, cálida y respetuosa. Todo era muy idílico.

Hasta que apareció Lola.

—Ahí estás —ronroneó.

La preciosa rubia se acercó contoneándose hacia mí, con unos pantalones rojos ajustados que se aferraban a ella como si dependiera de eso la supervivencia de la tela y apenas contenían todas sus curvas. Su blusa negra, de escote pronunciado, parecía tremendamente inapropiada para una mañana en la que todavía había tortillas de desayuno y dependencia de cafeína. Parecía que se dirigía a un brunch tardío con un hombre cuyo nombre no tenía intención de recordar.

—Aquí estoy —respondí—. A plena luz del día. Con testigos. ¿Necesitas algo?

Lola sonrió.

—Más sexo estaría bien —dijo alegremente.

Lancé una mirada hacia los Drew. Ambos nos miraban abiertamente ahora; la señora Drew agarraba su café como si de pronto se hubiera convertido en material educativo.

Fantástico.

—Lo que quería decir —dije entre dientes— es qué necesitas *de mí*.

—Bueno —dijo Lola, bajando la voz apenas lo suficiente para insinuar que estaba contando un chisme, pero no tanto como para reducir de verdad el volumen—, resulta que tengo información que sé que te va a interesar.

Me enderecé al sentir que el pánico empezaba a invadirme.

—¿Qué? Por favor, dime que Helen todavía no empezó a trabajar en el festival de otoño. Aún me estoy recuperando del Pearls & Pints.

La idea de otro festival tan pronto me hizo retorcerme por dentro. Mi alma simplemente no podía soportar más banderines.

Lola hizo un gesto despreocupado con la mano.

—Tranquila. No tiene nada que ver con calabazas, esposas ni látigos —dijo con una sonrisa—. Eso es otra historia.

Sí, no tenía ni idea de qué estaba hablando.

Exhalé.

—Está bien. Bien.

—Mejor —dijo alegremente.

Esperó hasta tener toda mi atención.

—Alex volvió al pueblo.

Mi mano se detuvo sobre el trapo.

—Una amiga mía lo vio esta mañana en el Café Maple Mug —continuó—. Vivo, presente y tan sexy como siempre.

Me mordí el labio.

—Ah, bueno.

Me estudió la cara como si estuviera leyendo la bolsa de valores.

—De nada.

—¿Cómo? —dije con sinceridad.

—Entonces —prosiguió Lola, con los ojos brillantes—, ¿qué vas a hacer al respecto?

—¿A qué te refieres? —pregunté, sin dejar de limpiar el mismo punto que ya había limpiado tres veces.

Por supuesto que sabía a qué se refería, pero… en ese momento mi cerebro estaba en pausa.

—La pelota está en tu cancha, cariño —dijo—. Y no me gustaría verla… rodar y perderse.

—No sabía que hubiera una pelota —murmuré.

—Siempre hay una pelota —dijo Lola—. Solo tienes que decidir si vas a recogerla o fingir que no la viste.

Se inclinó hacia mí.

—No la desperdicies.

Antes de que pudiera pedirle más información, me guiñó un ojo, luego les guiñó otro a los Drew —que parecían necesitar un minuto, un vaso de agua y, posiblemente, terapia— y se alejó del salón contoneando las caderas, como si acabara de lanzar una granada y confiara en que yo me encargaría de las consecuencias.

Me quedé mirándola, con el trapo de sacudir en la mano.

El tipo del torbellino había vuelto.

¿Qué demonios se suponía que debía hacer con eso?

Evidentemente, Lola pensaba que aquello era importante para mí, pero yo no veía por qué. Él había tomado su decisión. Se había ido. A mí me parecía bien… ¿no?

Alcé la vista hacia el retrato de Edna. Ella me devolvió la mirada, con los labios fruncidos y los ojos penetrantes, congelada para siempre en esa expresión que decía "te lo dije" sin mover la boca.

—Oh, no empieces—susurré—. No estoy enojada.

Por el rabillo del ojo, vi que la señora Drew se movía en el sofá. Lo noté, lo registré y lo ignoré.

—Estoy bien —continué, asintiendo al retrato de Edna como si ella acabara de hacerme una pregunta—. Perfectamente bien. Así me veo cuando estoy tranquila. Mírame, estoy quitando el polvo y siendo funcional.

Bajé la voz.

—No me importa que haya vuelto. ¿Por qué me iba a importar? No significa nada para mí. Y sí, está bueno, pero eso es solo la envoltura. Y las envolturas no sirven para nada. Nadie construye una vida sobre una envoltura. Excepto los cangrejos ermitaños. Y yo no soy un cangrejo.

El señor Drew carraspeó en silencio. Cortés, preocupado, quizá esperando que me callara.

—Me devolvió el beso —continué, sin apartar la mirada del retrato, como si Edna fuera la única emocionalmente preparada para manejar aquello—. Y no fue un beso de cortesía. Fue un beso de

verdad con entrega total y sin vacilaciones. Me refiero a boca abierta, lengua incluida, el tipo de beso en el que por un instante olvidas tu propio nombre.

Asentí para mí misma, como si estuviera confirmando hechos ante un tribunal.

—Hubo inclinación —añadí—. Inclinación intencional con manos. Contacto visual después. De esos que implican preguntas, mensajes y, posiblemente, sexo de seguimiento. De esos que te hacen pensar: "Oh, no, esto no fue algo de una sola vez. Esto fue una secuela".

La señora Drew dejó escapar un pequeño gemido de angustia.

—Y entonces —dije, entrando ya en materia—, se apartó como si nada de eso hubiera pasado. Como si no acabáramos de intercambiar saliva y, posiblemente, expectativas.

La señora Drew volvió a gemir.

Por fin la miré.

—Lo siento —dije, sin parecerlo en absoluto—. Estoy procesándolo.

Me volví, sacudiendo la cabeza.

—Y lo peor es —continué, paseándome ahora— que sentí algo. De su parte. No me lo imaginé, estaba ahí. Yo estaba ahí. Hubo una conexión, chispas, o como demonios quieras llamarlas. Ese momento en el que dos personas simplemente… encajan. Y entonces él decide largarse.

La señora Drew miró de reojo a su marido. Intercambiaron una mirada.

Agité el trapo hacia el retrato de Edna.

—Te quiero, pero solo en mis términos y solo hasta que se vuelva incómodo. ¿En serio?

Me incliné un poco más hacia Edna, endureciendo el tono.

—Me trató como un problema que había que evitar, no como una persona con la que hablar.

Ahí estaba. La verdad, escapándose como si hubiera estado esperando a tener público.

Me enderecé.

—Y no necesito protección —dije con claridad—. Necesito respeto.

El salón se quedó en silencio.

En algún lugar detrás de mí, una silla rozó el suelo.

—Dios mío —suspiré—. Lo estoy haciendo otra vez. ¿Verdad?

Miré de reojo. Uno de los Drew, el señor Drew, se había levantado. Me dedicó una sonrisa forzada, de esas que la gente esboza cuando se está alejando de algo impredecible.

—Vamos a… llevarnos el café arriba —dijo con suavidad—. Descansaremos un poco.

—Por supuesto —dije, al ver en sus rostros esa expresión de ansiedad tan familiar que yo misma ponía cuando hablaba en voz alta con los personajes de mis libros.

Sí. Ahora era la loca que regentaba la posada.

—Por favor, háganlo. Disfruten de la posada. Ignoren este ajuste de cuentas emocional en público.

Solté una risita.

Se marcharon rápido, casi a paso ligero. La señora Drew no miró atrás.

Volví a mirar el retrato.

—¿Ves lo que hiciste? Me convertiste en una mujer que discute con un cuadro y asusta a los clientes que pagan. ¿Estás contenta?

El retrato de Edna permaneció impasible. Aun así, habría jurado que esos labios finos se crisparon, casi formando una palabra.

Perdedora.

O eso, o ya me estaba volviendo loca oficialmente.

La miré con los ojos entrecerrados.

—Perdedora —le dije en voz baja—. Ya no puedes llamarme así.

Eso fue todo. Algo encajó perfectamente en su sitio.

Ya no me sentía avergonzada ni estaba entrando en espiral. La humillación se había desvanecido, dejando algo sólido debajo de ella.

Determinación.

Esto no se iba a resolver solo. El tipo del torbellino no iba a despertar de pronto, por arte de magia, con una nueva perspectiva, y yo no iba a seguir hablándole a un retrato mientras los huéspedes se preguntaban si la posada incluía sesiones gratuitas de terapia.

Tenía que verlo.

Y él iba a darme una explicación o yo iba a conseguir que me la diera.

Porque a nadie se le ocurre besar a una mujer como si fuera a incendiarle la ropa interior y luego desaparecer en el éter como si fuera lo más normal del mundo.

Decidida, dejé el trapo sobre la mesita auxiliar, fui a la recepción y tomé mis llaves. Luego, mi abrigo. Me detuve junto al espejo cerca de las escaleras y me miré.

—Está bien. El pelo está rebelde y los ojos tienen una intensidad preocupante, así que parezco un poco desquiciada. Es culpa suya.

Sí, tenía un aspecto un poco salvaje, pero también decidido. Podía trabajar con eso.

Enderecé los hombros, me giré hacia la puerta y salí.

La puerta de la posada se cerró detrás de mí con un clic seco. El aire del mar me golpeó la cara, cortante y vigorizante, y, por primera vez en toda la mañana, mis pensamientos dejaron de dar vueltas.

El movimiento reemplazó al exceso de pensamiento. El propósito reemplazó al dolor.

Él no iba a decidir por mí.

Era hora de que el tipo del torbellino y yo tuviéramos una pequeña charla.

26

ALEX

Revisé el correo electrónico en mi portátil y borré la mayor parte del spam sin leerlo realmente: materiales para techos, recordatorios del impuesto a la propiedad, un boletín al que no recordaba haberme suscrito. El único que no mandé a la papelera fue el correo de Whitlock Golf sobre el torneo anual de otoño.

Lo miré fijamente un segundo más de lo necesario.

El golf era uno de los pocos deportes que de verdad me gustaban. Estabas al aire libre sin ruido, sin una multitud gritándote al oído. Y, al final, no competías contra nadie más que contra ti mismo. Tu swing, tu paciencia, tu capacidad para dejar de darle vueltas a algo que debería ser sencillo.

Eso me parecía bastante relevante últimamente.

Miré el reloj digital en la esquina de la pantalla. 9:35 a. m.

Demasiado temprano.

Me recosté en la silla y me pasé una mano por la cara, exhalando despacio. Ya me había duchado. Ya había tomado café. Ya había reorganizado un cajón de herramientas que no necesitaba reorganización. Incluso había hecho la cama, lo que debería haberme advertido que algo no iba bien. Yo no hacía la cama a menos que estuviera intentando convencerme de que tenía control sobre algo.

Hoy iba a ir a ver a Nueva York. Pero… todavía no.

Aún era muy temprano. Las diez de la mañana sonaban razonables. Lo suficientemente tarde como para que la posada no estuviera en pleno caos, lo suficientemente temprano como para que el día no se le hubiera ido de las manos. Entraría como si supiera exactamente lo que hacía, pediría hablar con ella en privado, le explicaría lo idiota que había sido y esperaría su reacción. Podía salir bien o podía salir mal. Tal vez me mandara a la mierda. Tal vez no. De cualquier forma, iba a hacerlo.

Debería haber hablado contigo, me dije. No debería haber decidido por ti. Me fui porque no confiaba en mí mismo para quedarme a medias.

La verdad pesaba, pero seguía siendo la verdad. Y ya estaba harto de evitarla.

Cerré el portátil y me levanté, estirando los hombros. Estaba a medio camino de la cocina cuando sonó el timbre.

Me detuve.

¿Quién demonios tocaba a mi puerta a esa hora?

Frunciendo el ceño, miré el reloj otra vez por pura costumbre y luego fui hacia la puerta principal, descartando mentalmente todas las posibilidades que no incluían a la persona que estaba al otro lado.

Abrí.

Nueva York estaba en mi porche.

Me quedé inmóvil, como si mi cuerpo hubiera entendido el mensaje antes que mi mente.

Estaba allí, con la chaqueta abrochada, los pies firmes y las llaves apretadas en la mano, como si no tuviera intención de moverse hasta conseguir lo que había ido a buscar. Mis ojos registraron primero su cuerpo —las curvas, la calidez, la presencia— antes de subir a su rostro. Estaba decidida y no parecía dispuesta a disculparse por nada, como si hubiera venido exactamente a propósito.

—¿Puedo hablar contigo? —preguntó.

Abrí la boca una fracción de segundo antes de que mi cerebro reaccionara.

—Sí. Sí, claro.

Di un paso atrás automáticamente, dejándole espacio, mientras seguía intentando entender cómo había llegado ella hasta mi puerta cuando yo tenía pensado ir a verla.

—¿Cómo…? —empecé, pero me detuve—. ¿Cómo encontraste mi casa?

Levantó apenas la barbilla.

—Becca me dio la dirección.

Asentí.

—Eso lo explica.

Entró y la puerta se cerró detrás de ella, con un sonido definitivo y demasiado fuerte en la casa silenciosa.

—¿Quieres algo de beber? —le pregunté, todavía medio segundo por detrás de la realidad de tenerla en mi casa—. ¿Café?

Los ojos de Nueva York fueron directo al vaso de poliestireno que había sobre la encimera. La tapa barata y la mancha en el costado, la prueba de que un hombre se había tomado el café de pie y no se había quedado.

—No, gracias.

Echó un vistazo alrededor, fijándose en las líneas limpias, los colores neutros, la ausencia casi total de objetos personales.

—Bonita casa —dijo—. Muy moderna. Muy… tú.

No estaba seguro de qué significaba eso, pero no sonaba ni a cumplido ni a insulto. Solo una observación, lo que de alguna manera me cayó peor.

—Siéntate —le dije—. Por favor.

Le indiqué la sala con un gesto.

Ella cruzó el espacio y se sentó en el extremo del sofá, con una postura alerta, como si ya tuviera planeada la salida. Como si hubiera venido con un propósito, no en busca de comodidad.

—Escucha —dijo, respirando hondo—. Sé que estás ocupado con…

Hizo un gesto vago con las manos, abarcando el trabajo, la vida y toda mi estrategia de evasión.

—Cosas, así que no te voy a quitar mucho tiempo.

Me quedé de pie un segundo más de lo necesario antes de sentarme frente a ella, con los antebrazos apoyados en las rodillas. No podía dejar de mirarla. Ni siquiera lo intenté. Estaba sonrojada, con los ojos brillantes y el pelo oscuro recogido como si se lo hubiera hecho rápido, sin mirarse al espejo.

Estaba jodidamente sexy: real, presente e imposible de ignorar.

De repente, las reglas por las que me había regido durante años me parecieron endebles e insuficientes.

Porque allí sentado, mirándola, lo vi con claridad: un futuro real con ella. El tipo de futuro con el que no sueñas despierto, sino que reconoces cuando lo tienes justo enfrente.

Ella en la posada por las mañanas, tomando café en una taza de verdad en lugar de un vaso de papel. Yo arreglando cosas que en realidad no necesitaban arreglo, solo porque me gustaba estar allí. El lugar más lleno, más ruidoso, vivo de una forma en que nunca lo había estado antes.

También nos vi más grandes. Eso fue lo que más me sorprendió. Mecedoras en el porche, el océano repitiendo su oleaje, ella hablando con las manos, llamándole la atención a la gente por sus tonterías. Yo escuchando.

Quedándonos.

La idea no me asustó como debería haberlo hecho.

Me tranquilizó.

Todas esas reglas: no empieces lo que no puedas terminar; no te quedes donde no puedas comprometerte; no construyas donde no vayas a quedarte. Las había creado para mantenerme a salvo, para que mi vida fuera ordenada y manejable.

Pero Nueva York no complicaba las cosas.

Hacía que importaran.

Y, por primera vez, entendí que la razón por la que las reglas fallaban no era que estuvieran equivocadas.

Era que ella era la excepción.

Entonces me miró, con esos ojos agudos y sinceros, y fuera lo que fuera lo que estaba a punto de decir, yo sabía una cosa con absoluta certeza.

No iba a alejarme de esto otra vez. Nunca.

—¿Por qué sonríes? —preguntó Nueva York al cabo de un momento.

No me había dado cuenta de que lo estaba haciendo. Mi cara no había recibido el mensaje de que se suponía que esto debía ser tenso, incómodo y manejarse con cuidado. Me pasé una mano por la mandíbula, pero ya era demasiado tarde.

—Eres preciosa cuando te enojas —dije.

Sus labios se entreabrieron apenas, como si las palabras la hubieran tomado desprevenida antes de que pudiera rechazarlas. Me señaló con un dedo.

—Los halagos no te van a llevar a ninguna parte, amigo.

Se movió en el sofá.

Así que sí. Había funcionado.

Me incliné apenas hacia atrás, permitiéndome mirarla de verdad esta vez. No como lo había hecho en la posada —a medias, distraído y a la defensiva—, sino mirarla de verdad. La forma en que se mantenía erguida, como si estuviera preparada para el impacto. La forma en que había venido hasta aquí dispuesta a pelear, no a buscar consuelo.

No estaba aquí para que la convencieran.

Estaba aquí para que la escucharan.

—Vine porque… —empezó, pero se detuvo, corrigiéndose como si la precisión importara—. Cuando nos besamos… cuando te besé, tú me devolviste el beso. Y, por un segundo, sentí algo. Y sé que tú también lo sentiste.

Me miró fijamente, con los ojos clavados en mí, esperando a ver si lo esquivaba.

—Lo sentí —dije, sin pensar en mentir al respecto.

Sus hombros se relajaron un poco.

—Entonces no estoy loca.

—No lo estás.

Exhaló un suspiro breve y negó con la cabeza, como si intentara despejarse.

—Entonces, ¿por qué te fuiste?

Su mirada se agudizó.

—¿Estás casado?

—No.

—¿Novia?

—No.

—¿Novio?

Solté una risita antes de poder contenerme.

—Rotundamente no.

Su boca se torció a pesar suyo. Bien. El humor significaba que todavía estaba conmigo. Pero, debajo de esa máscara, podía ver la verdadera pregunta acumulándose en su mente.

Si nada me ataba… ¿por qué no estaba allí?

Me incliné hacia delante, con los antebrazos apoyados otra vez en las rodillas, afianzándome en esa postura.

—No me fui por otra persona.

Nueva York no parecía aliviada. Más bien parecía confundida.

—Me fui porque pensé que estaba haciendo lo correcto —continué—. Y porque no tengo un gran historial cuando se trata de… quedarme.

Eso llamó su atención.

Inclinó la cabeza, estudiándome ahora como solía hacer con la posada cuando algo no terminaba de cuadrar.

—Esa no es una respuesta.

Asentí una vez. Era justo.

—No confiaba en mí mismo para quedarme a medias —dije con cautela—. Y no creía que te merecieras algo a medias.

Ahí estaba: la verdad que llevaba días dando vueltas.

No me interrumpió. Se limitó a mirarme, con esos ojos penetrantes, asimilándolo todo.

—No empiezo cosas que no puedo llevar hasta el final. Y contigo… sabía que, si me quedaba, no iba a ser algo casual. No iba a ser temporal. Y no creía tener derecho a entrar en tu vida a menos que pudiera hacerlo bien.

Hice una pausa y añadí la parte que todavía no había dicho en voz alta.

—Así que decidí por ti.

Apretó la mandíbula y sus preciosas mejillas se ensombrecieron. Y sí, ahí estaba.

La parte que me merecía. *Ya viene…*

Nueva York se echó apenas hacia atrás y cruzó los brazos.

—No puedes hacer eso. Soy una mujer hecha y derecha. Puedo decidir por mí misma.

—Lo sé —dije.

El silencio se extendió entre nosotros, denso, pero no hostil. Podía sentir cómo cambiaba, como si algo inestable por fin encajara en su sitio.

La observé respirar. La observé pensar. Y, por primera vez desde que había entrado, no estaba intentando controlar el resultado.

Ella me estudió durante un largo segundo, como si se estuviera recalibrando. Como si hubiera venido dispuesta a pelear y, en cambio, hubiera encontrado… claridad. O al menos algo parecido.

—¿Y ahora qué? —preguntó por fin—. ¿Te quedas?

No era una pregunta. No del todo. Era una línea trazada en la arena.

No la esquivé.

—Sí.

Sus ojos buscaron en mi rostro algún atisbo de vacilación. No iba a encontrar ninguno.

—Si tú quieres —añadí—. No estoy dando nada por sentado. No voy a volver a decidir por ti, pero sí, quiero quedarme. Quiero estar aquí contigo.

Se le movió la garganta al tragar saliva.

—No puedes decir eso a la ligera.

—No lo estoy haciendo —dije—. No soy de los que se toman estas cosas a la ligera.

Eso le arrancó una risa entrecortada, breve e incrédula.

—Dios, eres agotador.

—Sí —asentí—. Eso me han dicho.

—Serías un personaje estupendo para mi próximo libro —dijo ella —. El Exasperante. Medirás algo más de metro ochenta. Buena mandíbula, arruinas vidas.

Sacudió la cabeza, sonriendo incluso mientras suspiraba.

—Sabes que no vine aquí para hacer una gran declaración.

Exhalé por la nariz, con la mandíbula apretada.

—Lo sé. Viniste a regañarme.

Inclinó la cabeza hacia un lado.

—Estaba muy preparada. Tenía argumentos.

Asentí, observándola de cerca.

—Me lo imaginaba. Pareces de las que ensayan en el coche.

Abrió la boca para decir algo, para aclarar o añadir algún comentario, pero no le di oportunidad.

Me levanté y crucé el espacio que nos separaba en dos zancadas. Le tomé la mano y la puse de pie con suavidad, pero con firmeza.

Ella soltó un pequeño jadeo, más sorprendida que alarmada.

—¿Qué estás haciendo?

La sostuve con fuerza. Estaba cálida, firme y real. Me di cuenta de que no intentaba soltarse. Bien.

—Hablas demasiado, Nueva York —dije en voz baja.

Sus ojos se oscurecieron.

—Así soy.

Me incliné y la besé, tomando su boca como si ya supiera dónde pertenecía.

Se quedó inmóvil durante medio latido y luego cerró los puños sobre mi camisa mientras me devolvía el beso. Con fuerza.

Me aparté apenas lo suficiente para verle la cara. Tenía las pupilas dilatadas, la respiración entrecortada y los labios entreabiertos, como si hubiera olvidado lo que estaba a punto de decir. Vi allí calor. Deseo real, inconfundible, claro y sin filtros.

Coincidía con lo que me quemaba por dentro, firme y seguro.

Sí.

Era mía.

27

SARAH

Di un paso atrás, respirando con dificultad, como si acabara de correr tres manzanas porque llegaba tarde a una reunión a la que no quería asistir. Eso no tenía que haber pasado. No estaba en la agenda. No había habido ninguna señal de advertencia.

Le señalé con el dedo.

—Lo sabía. Tienes superpoderes.

Él echó la cabeza hacia atrás y se rio, una risa plena y espontánea que brotó de él como si incluso a él le sorprendiera. Me provocó algo en el pecho, en las rodillas y en varios otros lugares que no estaba emocionalmente preparada para enumerar.

—Ningún hombre normal besa así —continué, porque al parecer mi boca había decidido que íbamos a hacer esto ahora—. Eso debería ser ilegal en al menos tres estados. Posiblemente un delito federal.

Me miró con los párpados entornados, los ojos oscuros y fijos en mí, como si estuviera disfrutando cada segundo de mi desmoronamiento. Me estaba haciendo cosas indecentes al sistema nervioso, y al parecer mi sentido común había desertado y se había pasado a su bando.

—No has respondido a mi pregunta —dijo.

—¿Qué pregunta? —pregunté con inocencia.

Sabía perfectamente de qué pregunta se trataba. Pero si iba a perder el control, al menos lo haría con estilo.

Se acercó, lento y deliberado, como si supiera exactamente lo que eso me provocaba. Malditos superpoderes.

—¿Quieres que me quede? —dijo en voz baja—. Contigo.

Mi cerebro se cortocircuitó. Así que hice lo único razonable.

Fingí pensarlo.

—Depende —dije, dándome unos golpecitos en la barbilla como si estuviera evaluando tasas hipotecarias.

Su boca se curvó.

—¿De qué?

—De si se trata de una oferta por tiempo limitado —dije—. Porque no me van bien los hombres que te atraen con una cosa y luego te dan otra. Ni los que desaparecen. Ni los que besan así y luego fingen que no acaban de revolverte todo por dentro.

Sonrió, lenta y peligrosamente.

—No voy a ir a ninguna parte.

—Además —añadí rápido—, ¿roncas?

—No.

—Todo el mundo dice eso.

Se inclinó apenas hacia mí.

—Un poco.

—Segunda pregunta decisiva —dije—. ¿Tocas el termostato?

—Respeto el termostato.

Entrecerré los ojos.

—Eso es muy atractivo.

Se rio otra vez, esta vez más suave, y algo en mi pecho se relajó. La tensión de antes había desaparecido, fundida en algo cálido y emocionante.

Dejé caer las manos a los costados, dándome cuenta de pronto de lo cerca que estaba.

—Está bien —dije, con la voz más baja ahora, más sincera—. Sí. Quiero que te quedes.

Ya está. Lo había dicho.

Su expresión cambió, como si algo hubiera encajado en su sitio.

—Bien.

Nos miramos durante un segundo de más, de esos en los que tu cerebro empieza a gritar "di algo normal" y tu boca simplemente… no coopera.

—No puedo perderte, Nueva York —dijo el tipo del torbellino en voz baja—. No puedo perderte, Sarah.

Su voz bajó a ese tono sincero que resultaba injustamente eficaz.

—Eres lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo.

Oh. Genial. Mi corazón empezó de inmediato a hacer parkour peligroso.

Incliné la cabeza, intentando parecer juguetona en lugar de emocionalmente vulnerable.

—Bueno, sí —dije—. Soy una delicia.

Él sonrió como si supiera exactamente lo que estaba haciendo y decidiera dejarme salirme con la mía.

Entonces se acercó. En un segundo estaba allí, y al siguiente su mano descansaba cálida contra mi mejilla, firme y cuidadosa, como si temiera que pudiera desaparecer si se movía demasiado rápido. Sus ojos buscaron los míos, con una seriedad que me revolvió el estómago.

Y entonces volvió a besarme, con sus labios sobre los míos, lento y seguro, como si hubiera estado pensando en esto tanto como yo.

Emití un pequeño sonido.

No iba a analizar ese sonido más a fondo.

El beso se intensificó, sin prisa, pero con absoluta certeza, y me olvidé de los horarios de la posada, de la dignidad y del concepto mismo del tiempo. Su mano se deslizó hasta mi cintura, anclándome, y de repente fui muy consciente de lo cerca que estaba. De todo.

Mis manos encontraron su espalda, cálida bajo mis palmas, y susurré contra su boca:

—Superpoderes.

Eso me valió un sonido grave de su parte que, desde luego, no ayudó a que pudiera pensar con claridad.

Me aparté apenas.

—Que conste que esto cuenta como una gran inauguración. Una celebración.

El tipo del torbellino se inclinó hacia delante, con el aliento cálido contra mi mejilla.

—¿Te refieres a celebrar… así?

Y volvió a besarme.

Aunque no era la primera vez que nos besábamos, su sabor seguía haciéndome gruñir como un animal. Su beso no fue suave. Fue feroz y posesivo, y me derretí en él. Su lengua rozó la mía, ansiosa y ardiente, y yo le devolví el beso con la misma intensidad, una y otra vez. Luego le besé el cuello, le mordisqueé la oreja y le di un mordisco.

Él gimió, lo que encendió mi interior.

—¿De cuánta celebración estamos hablando? —preguntó mientras se apartaba y empezaba a desabrocharse la camisa y luego los pantalones, hasta quedarse allí de pie con solo unos bóxer negros.

Mi cerebro casi se cortocircuitó ante esa visión. Primero, bueno, porque no había planeado venir aquí para un poco de acción de tango horizontal. Segundo, porque estaba más sexy sin su ropa, lo cual parecía excesivo. Tenía abdominales —demasiados para contarlos con responsabilidad—, pectorales perfectos y muslos que definitivamente no pertenecían a un hombre que comía comida normal.

¡Madre mía! ¡Este hombre estaba buenísimo!

Sonriendo como una idiota, me quité el abrigo y lo tiré al suelo.

—Estoy pensando...— dije, mientras me quitaba la camiseta y me sacaba los jeans— en una celebración del tipo que dura toda la noche.

Me quité los pantalones.

—Y se repite... una y otra vez. ¿Crees que puedes con eso, Alex?

Me quité el sujetador, me deslicé fuera de la ropa interior y me quedé allí de pie, desafiante en mi propia desnudez.

Sin embargo, por alguna razón, no me sentía avergonzada. Sí, mi ex me había llamado gorda, y eso había dañado mi autoestima, no voy a mentir. Pero entonces mis ojos se posaron en su deseo duro y extremadamente evidente por mí. Déjame decirte que *nada* levanta el ego más rápido que eso. Al diablo con mi celulitis. Malditos sean

mis brazos flácidos. Olvida mis pechos muy normales y el hecho de que me olvidé de depilarme las piernas.

Porque a él le gustaba lo que veía. ¡Yupi!

Eso es. Iba a dar rienda suelta a mis instintos más primitivos con él.

Los ojos de Alex brillaron con evidente deseo.

—Eres jodidamente sexy.

¡Despegue!

Me abalancé sobre él como una luchadora profesional con escaso control de sus impulsos, y caímos sobre la alfombra riendo, con nuestros miembros desnudos entrelazados.

Alex me agarró y me atrajo hacia él. La sensación de su peso sobre mí, el peso de un hombre despertó algo salvaje en mí, y me apreté más contra él. Sus manos ásperas y callosas se deslizaron por mi cuerpo, acariciándome y provocándome escalofríos. Me había sentido tan vacía durante tanto tiempo, y ahora quería llenarme de él. Recorrí con las manos los músculos marcados de su espalda, atrayéndolo hacia mí.

Y así, sin más, todas las inseguridades que aún me quedaban se marcharon.

Lo que siguió fue un torbellino de cercanía y risas mezcladas con calor, de besos que me hacían retorcer los dedos de los pies y momentos en los que olvidaba por completo cómo funcionaban las palabras. Él sabía exactamente lo que estaba haciendo, y lo peor… parecía muy satisfecho con ello.

Me aferré a él, lo besé y lo atraje hacia mí, decidida a quedarme justo donde estaba. Dondequiera que fuera eso. Con él.

Y cuando por fin nos unimos, por completo y sin vacilar, dejé de darle vueltas a las cosas y simplemente sentí. Lo cual, al final, resultó ser mi nueva cosa favorita.

Sí, ahora estaba lista para celebrar. A tope. Con entusiasmo. Con un hombre que me importaba y que pensaba que estaba buena.

Y, por primera vez en mi vida, no quería que se apagaran las luces.

Quería que estuvieran encendidas. *Todas.*

28

SARAH

A las ocho y media de la mañana, alguien ya se había quejado del café, de las escaleras y de la falta de leche de almendras.

Lo consideré una victoria.

—Para que lo sepas —dijo Jules Hollands, la mujer de la habitación 205, que se había teñido de rubio el vello del labio superior en un intento fallido de camuflaje. No había funcionado. Agarraba la taza como si desprendiera vapores químicos—, el café sabe… fuerte.

—Eso es porque es fuerte —dije—. Tiene que mantenernos emocionalmente a flote durante todo el día.

Me reí.

Ella no.

Lo cual estaba bien. No todo el mundo aprecia el humor antes de la cafeína. O simplemente mi humor.

—Mejora después del segundo sorbo —añadí—. Menos agresivo, más reconfortante.

Dio un sorbo, asintió una vez y se alejó hacia el comedor, ya distraída por una cesta de muffins de zanahoria.

Me giré y me recosté contra el mostrador de recepción, repasando mentalmente mi lista de la mañana. Sábanas cambiadas, desayuno, más o menos a salvo, la ventana del pasillo este seguía

atascada, pero al menos ya no silbaba como una tetera encantada. Dos escalones cerca del piso superior seguían tambaleándose, pero ahora lo hacían de forma predecible, y con eso podía vivir.

Abrí mi portátil y entré a la aplicación de reservas. Había pasado casi un mes desde la primera vez que puse un pie en esta posada. Un mes atrás, esta lista me habría enviado directo a una espiral de pánico. Ahora, al verla, solo significaba que necesitaba más café.

Progreso.

El progreso también significaba que había terminado el primer borrador de mi nueva novela romántica paranormal. Todavía necesitaba unas tres semanas para editarla antes de enviársela a Margarette, pero iba adelantada respecto a mi fecha límite, lo que básicamente me hacía sentir como una adulta responsable. Por un momento. Y lo que era aún mejor: sabía, en lo más profundo de mi ser, que este libro era lo mejor que había escrito jamás. Ah, y ya tenía planeados otros dos de la serie.

Margarette no estaba emocionalmente preparada para esto.

El sonido de unos tacones bajando las escaleras me hizo levantar la vista.

—Cariño, me encanta ese top que llevas —dijo Lola al pasar frente al mostrador—. Te favorece muchísimo la línea del escote.

—Vaya, gracias.

Sí. Siempre podía contar con Lola para ir directo al grano.

Llevaba un precioso vestido floral color durazno que le llegaba justo por debajo de la rodilla. Su cabello rubio caía en ondas sueltas y modernas. Del brazo iba un hombre más o menos de su edad, lo cual me sorprendió. Lo que no me sorprendió fue que fuera guapo y musculoso, como si levantara árboles en el gimnasio por diversión. Tenía el pelo corto y canoso, una barba bien recortada y llevaba un traje azul que se movía como agua.

—Espero que no te hayamos tenido despierta anoche —dijo ella con voz melosa, pasando una mano por el brazo del hombre—. Henry tiene la resistencia de un toro.

Ay, madre mía.

Henry sonrió y se inclinó para susurrarle algo al oído. Lola lo apartó con gesto juguetón.

—Nos vemos luego. Ah, y Henry, más te vale besarme con esa boca sucia que tienes.

Henry le lanzó un beso y salió por la puerta principal, con la campanilla tintineando alegremente al cerrarse detrás de él.

—Una noche divertida —dije, apoyándome en el mostrador de recepción.

Lola se giró lentamente, con una mano perfectamente arreglada aún apoyada en el mostrador y la boca curvada en una sonrisa de absoluta satisfacción.

—Una noche divertida —repitió—. Sí. Y un almuerzo aún mejor con Antonio más tarde.

Resoplé.

—Por supuesto que sí.

Ella se inclinó hacia el interior del mostrador, tomó un bolígrafo del soporte y lo hizo girar entre los dedos, como si estuviera considerando una lista de tareas muy agradable.

—Antonio hace un risotto excelente —añadió—. Y sabe escuchar. Cualidades muy importantes a la hora de comer.

Negué con la cabeza.

—No sé cómo te las arreglas con todos esos hombres. ¿Nunca los confundes?

Lola soltó una risa grave y encantada, que rebotó apenas en las paredes del vestíbulo.

—Cariño, no. Los hombres no son confusos. Son entusiastas.

—Si tú lo dices.

—Cada uno cumple una función —dijo con desenfado, tocando la campanilla una vez sin motivo alguno—. Henry es confiable y excelente por las noches. Antonio es encantador, atento y sabe pedir vino sin hacer preguntas. Y antes de que preguntes: sí, saben de la existencia del otro. No miento. Yo selecciono.

La miré fijamente por encima del mostrador.

—Tú manejas una rotación…

—Dirijo un estilo de vida —corrigió—. Y todos los involucrados están muy contentos, incluida yo. Especialmente yo.

Dejó caer el bolso sobre el mostrador, sacó su polvera, revisó el labial en el espejo y me miró a los ojos.

—La monogamia es encantadora, pero no es obligatoria.

Crucé los brazos.

—Yo apenas tengo energía para un hombre.

Lola me sonrió entonces, con más dulzura, pero sin perder esa seguridad tan suya.

—Eso es porque estás ocupada reconstruyendo tu vida. Cuando estés lista, recordarás que se supone que los hombres deben ser divertidos. No un segundo trabajo.

Suspiró y dijo:

—Me muero de hambre. Con todo ese ejercicio de anoche, este cuerpo glorioso necesita carbohidratos. Adiós, cariño.

Me lanzó un beso, con los tacones resonando en el vestíbulo mientras se dirigía al comedor.

Dottie apareció con el timing de alguien que vive para las entradas dramáticas, descalza y desenfadada, con una larga falda de mezclilla ondeando alrededor de sus tobillos. Llevaba un delantal que decía:

ME ACABÉ LA MASA DEL MOLDE, TRANQUILOS TODOS.

Lola se deslizó en una de las sillas del comedor como si fuera suya —lo cual, sinceramente, en cierto modo lo era gracias a su generoso cheque—, estiró las piernas y suspiró feliz.

—Ahhh. Silencio. Mesas. Posibilidades.

Dottie no dijo ni una palabra. Simplemente le sirvió a Lola una taza de café, generosa y oscura, y la dejó frente a ella con un pequeño y decidido movimiento de cabeza.

Lola levantó la taza e inhaló.

—Que Dios te bendiga, bruja descalza de la cocina.

Dottie sonrió.

—Sí, hago magia en la cocina.

Lola dio un sorbo y prácticamente ronroneó.

—Perfecto. Fuerte. Ligeramente crítico.

—Esa es la mezcla —dijo Dottie, pasando ya a otra cosa.

Lola se recostó en la silla, con el café entre las dos manos, observando la habitación como una reina ante su corte.

—Sabes —dijo con pereza—, este lugar realmente está tomando forma.

Oí el tintineo de una cuchara en la cocina y la voz de Dottie llegó flotando.

—Eso es porque Sarah está haciendo el trabajo.

Lola sonrió mirando su café.

Me reí justo cuando la puerta principal de la posada se abrió y se cerró de nuevo, dejando entrar una ráfaga de aire marino y el inconfundible sonido del pánico.

—¡Sarah! ¡Esto es un desastre!

Helen se abalanzó hacia mí, con el rostro enrojecido y los ojos oscuros agrandados detrás de sus gafas rojas. Llevaba una camisa azul marino al menos tres tallas más grande, unos jeans holgados que parecían sospechosamente haber pertenecido a un antiguo novio y unas zapatillas que sugerían que había corrido hasta allí sin detenerse a pensar en la dignidad. En la mano llevaba el teléfono, que agitaba como si fuera un arma.

Salí de detrás del mostrador.

—Tranquilízate y dime qué está pasando.

—Esto —dijo, acercándome el teléfono a la cara—. Mira.

Eché un vistazo a la pantalla.

—Es un correo electrónico —dije—. Y está dirigido a ti y a la dueña de la posada de… oye… esa soy yo. Pero nunca lo recibí.

—¿Y qué más da? —espetó Helen—. Lo importante es que yo recibí el correo. Yo soy la alcaldesa.

Entrecerré los ojos.

—Eso… no es así como funcionan las bandejas de entrada.

Ella me ignoró.

—Harbor & Hearth va a enviar a un crítico. Un crítico muy importante. Va a hacer un reportaje sobre pueblos costeros con "encanto tradicional y hospitalidad moderna".

Parpadeé.

—Está bien. Suena interesante.

—Se llama Michael Waverly —continuó Helen, ahora paseándose de un lado a otro—. Es influyente. Es exigente. Una vez escribió tres párrafos sobre unas toallas malas y, ¡puf!, el pueblo quedó desierto después de eso.

Puse los ojos en blanco.

—Vamos. Lo dudo mucho.

—Viene mañana.

Me quedé paralizada.

—¿Mañana?

—Sí. Mañana.

Dejó de pasearse el tiempo suficiente para señalarme.

—Va a hacer una reseña del pueblo. ¡Este pueblo! Y de la posada. Concretamente, de esta posada.

Volví a tomar el teléfono y eché otro vistazo.

—Está bien, pero… nunca reservó.

Porque eso lo recordaría.

Helen hizo un gesto con la mano para restarle importancia.

—Claro que no reservó. Es un crítico.

—Aun así, necesita una habitación —dije con calma—. Incluso los críticos necesitan una cama.

Helen abrió mucho los ojos.

—Necesita la mejor habitación.

Asentí.

—Sí, pero la mejor habitación está reservada.

Abrió la boca, la cerró y volvió a abrirla.

—¿Qué quieres decir con que está reservada?

—Tenemos que echarlos.

—No podemos echarlos bajo ningún concepto.

—Pero es Michael Waverly.

Me importaba un comino.

—Y esto es un negocio. Mi negocio.

Se quitó las gafas, se pasó una mano por los ojos y volvió a colocárselas sobre la nariz.

—Esto es una catástrofe. Así es como mueren los pueblos. Primero una mala crítica, luego un lento declive y, de repente, nos convertimos en una pregunta de trivia.

Antes de que pudiera responder, Lola apareció desde el comedor, con un café en la mano y las cejas arqueadas.

—¿Por qué sonó como si alguien acabara de gritar "catástrofe" como si estuviera pidiendo un cóctel?

Dottie la siguió, secándose las manos en el delantal.

—¿Por qué Helen parece estar a punto de sufrir un infarto? Sabes… tengo algo para calmar los nervios.

Metió la mano hasta el fondo del bolsillo del delantal y sacó un frasquito de cristal lleno de un líquido verde turbio.

—Spritz quita-ansiedad —dijo Dottie con orgullo—. Manzanilla, melisa, algo que encontré en el jardín trasero y un toque de vodka. Para que se absorba mejor.

Helen se giró hacia ellas.

—Mañana viene un crítico de élite y no tenemos dónde alojarlo.

Lola dio un sorbo a su café.

—Oh. ¿Eso es todo?

Helen la miró fijamente.

—¿Eso es todo?

—¿Es guapo? —preguntó Lola—. ¿Soltero? ¿Rico? ¿Sabe lo que hace en la cama?

Dottie volvió a guardar el frasquito en el bolsillo del delantal.

—Le daremos de comer. No te preocupes. A todo el mundo le encanta mi comida.

—Eso no es…

Helen me miró, esperando claramente que me sumara al pánico.

No lo hice. Crucé los brazos y me quedé pensativa durante medio segundo.

—Todo va a estar bien, Helen —le dije—. Yo me encargo.

Helen parpadeó.

—¿De verdad?

—Sí.

—¿Cómo?

Sonreí.

—Seré creativa.

La boca de Lola se curvó en una sonrisa encantada.

—Me encanta lo creativo. Sobre todo, cuando involucra a dos hombres que saben compartir.

Dottie dio una palmada.

—Empezaré a planear el desayuno de mañana. Algo nuevo que lo deje boquiabierto.

Helen nos miró a las tres, con el pecho subiendo y bajando.

—¿No estás… aterrorizada?

Ni de broma.

Negué con la cabeza.

—No. Yo digo: que venga.

Esta no era mi primera sorpresa, ni la más grande. Y sinceramente, me sentaba bastante bien.

—Mañana —dije con calma— le mostraremos exactamente quiénes somos. Y si no le gusta, que se vaya al cuerno.

Lola se atragantó con el café justo cuando la puerta de la posada se abrió de nuevo, esta vez más despacio.

Un hombre guapísimo, alto y sexy, con una cara digna de portada de revista y un cuerpo esculpido por la mismísima diosa, entró con paso firme.

Alex.

Echó un vistazo a la sala —los ojos muy abiertos, Helen medio desplomada contra el mostrador, Lola aun recuperándose de la tos, Dottie balanceándose sobre las puntas de los pies— y arqueó una ceja.

—¿Qué me he perdido? —preguntó.

Helen se enderezó de inmediato.

—El pueblo está al borde de la ruina.

Dottie asintió solemnemente.

—Ella está teniendo un infarto.

—No es cierto —espetó Helen.

—Emocionalmente —aclaró Dottie—, lo cual es peor.

La mirada de Alex volvió a posarse en Helen antes de pasar a Lola y, finalmente, a mí. La mantuvo allí, firme y tranquila, como si estuviera haciendo inventario.

—Crítico de la ciudad— añadió Dottie, servicial—Muy elegante, muy crítico y le gustan las toallas.

Alex lo pensó durante medio segundo y luego dijo simplemente:

—Sarah sabrá hacerse cargo de todo.

Helen balbuceó:

—¿Perdón?

—Ella puede— repitió, sin apartar la mirada de mí—. Si alguien puede, es ella.

Algo cálido se instaló en lo más profundo de mi pecho, a la vez molesto y agradable.

—Bueno —dijo Lola, ya recuperada por completo—. Si lo dice el hombre de los hombros anchos y el trasero firme...

—Entonces es verdad— añadí, sonriendo.

Alex dejó la chaqueta, se arremangó y, antes de que pudiera decir otra palabra, ya estaba allí: su boca sobre la mía, las manos firmes, un beso suave y luego nada suave.

Oh. Sí. Eso. Mmmm.

Se apartó con una sonrisa cómplice, de esas que dicen que sabe exactamente lo que ese beso le había hecho a mi jardín secreto, haciendo que latiera al ritmo de su propio deseo carnal.

—Si alguien me necesita, estaré en el segundo piso arreglando el cableado— dijo y desapareció subiendo las escaleras.

Solo llevábamos saliendo juntos un mes. Y en ese tiempo, no habíamos dormido separados ni una sola vez. O me quedaba en su casa, o él se quedaba en la posada. Sobre todo, en la posada, porque yo tenía que estar aquí por si algo salía mal, lo cual, seamos sinceros, solía pasar a menudo.

La mayoría de las noches, todas las noches, teníamos sexo apasionado, muy apasionado. Luego hablábamos. Nos reíamos. Nos quedábamos tumbados hasta que el sueño nos invadía y se apoderaba de nosotros. Sí, roncaba. Suavemente. Y no, no me molestaba.

No lo sabía todo sobre él —ni toda su historia, ni cada una de sus cicatrices—, pero sabía cómo funcionaba. Sabía cómo se comportaba, y eso me parecía suficiente para empezar.

El vestíbulo quedó en silencio durante un instante.

Helen finalmente exhaló.

—Sigo sin sentirme mejor.

—Ven a desayunar —dijo Dottie, tirando de Helen para llevarla de vuelta al comedor junto con Lola—. Puedo prepararte lo que quieras. Pide.

—Sí, la sasquatch que lleva dentro necesita comer —dijo Lola, riéndose.

—Deja de llamarme así —siseó Helen.

—Si te depilas esa ceja única y dejas de usar esa ropa, lo consideraré —bromeó Lola.

Observé cómo las tres se acomodaban en el comedor antes de bajar al salón, donde reinaba la tranquilidad.

Me vi reflejada en el cristal de la puerta principal mientras me movía: el pelo recogido, una leve mancha de café en la manga, los ojos un poco cansados, pero firmes. Parecía concentrada y satisfecha, como alguien que estaba exactamente donde debía estar.

Hace un mes, había estado sudada, furiosa y arrastrando una maleta por estas escaleras como si huyera de la escena de un crimen. Era un desastre con piernas. Estaba sin un centavo, desesperada, confundida y enojada, pero terca como el demonio.

Hablando de mujeres testarudas, entré en el salón, donde el retrato de Edna me devolvía la mirada, impasible como siempre.

—Bueno —le dije en voz baja—, no se vino abajo. Y no tuve que venderla. Supongo que no soy la perdedora que creías que era.

Edna me devolvió la mirada desde el marco, con los labios apretados y los ojos penetrantes, siempre impasible. Parecía exactamente alguien que insistiría en que eso no probaba nada y que probablemente mañana lo echaría todo a perder.

No me importaba.

No lo hacía por ella. Lo hacía por mí.

Había pensado en quitar su retrato muchas, muchas veces. Incluso había fantaseado con eso. Con sustituirlo por algo relajante. Un paisaje marino. Una planta. Literalmente cualquier cosa que no pareciera estar mirándome con desdén, juzgándome.

Pero cada vez que imaginaba el espacio vacío en la pared, algo se sentía… mal. Demasiado fácil. Como borrar las pruebas.

Así que lo dejé ahí como recordatorio de que la posada no había fracasado. Yo no había fracasado. Me había quedado cuando habría sido mucho más fácil huir.

Enderecé el marco apenas, más por costumbre que por cariño.

—Buen intento —le dije—, pero sigo aquí.

Y esta vez no necesitaba su aprobación para saber que había ganado.

Mi teléfono vibró con un mensaje y lo saqué.

Becca: *Hola. ¿Te apetece tomar una copa de vino y charlar esta noche? Necesito hablar con alguien.*

Fruncí el ceño ante la pantalla. Eso podía significar muchas cosas: problemas inmobiliarios o familiares. El tipo de drama que requería alcohol y sillones. O… algo más.

Mi cerebro, traidor como siempre, saltó de inmediato a la subasta del mes pasado, a la persona que Becca había visto, aquella sobre la que se había quedado extrañamente callada después. Lo había descartado con un encogimiento de hombros casual que no me había engañado ni por un segundo.

Interesante.

Le respondí antes de poder darle demasiadas vueltas y convertirlo en una investigación interna en toda regla.

Yo: *Claro. Te espero a eso de las 6 de la tarde.*

Me quedé mirando el celular un momento más después de enviar el mensaje y luego lo guardé de nuevo en el bolsillo.

El vino y una charla nunca significaban solo vino y una charla. Y algo me decía que esta noche iba a ser… reveladora.

Volví a sumergirme en el bullicio de la posada: los sonidos, el movimiento, el pequeño caos controlable. No era perfecto. No estaba terminado. Pero funcionaba.

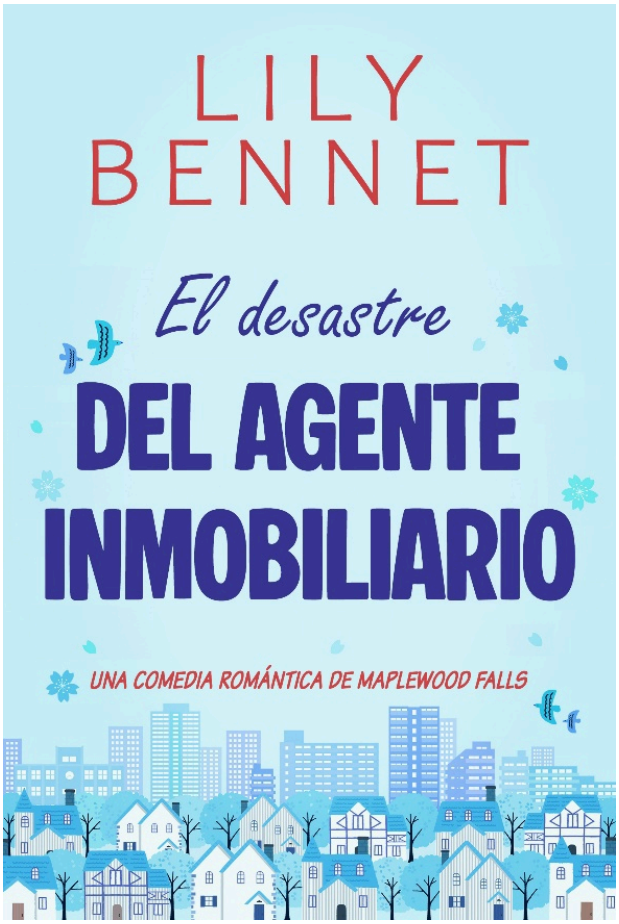
Y, por primera vez en mucho tiempo, yo también.

No acabé aquí por casualidad. Elegí este lugar, esta posada, esta vida.

Y eso lo cambiaba todo.

No me iba a marchar porque por fin estaba en casa.

¡No te pierdas el próximo libro de la serie Maplewood Falls!



LIBROS DE LILY BENNET

SERIE MAPLEWOOD FALLS

Una herencia inesperada

El desastre del agente inmobiliario

SOBRE LA AUTORA

Lily Bennet escribe comedias románticas sobre pequeños pueblos, segundas oportunidades y enamorarse de alguien de quien definitivamente no pensabas enamorarte. Le encantan los diálogos ingeniosos, los ambientes acogedores y las historias de amor en las que las cosas se complican un poco antes de encontrar su camino.

Cuando no está escribiendo, probablemente está dándole demasiadas vueltas a algo, café en mano.

Lily Bennet es el seudónimo de la autora superventas de USA Today, Kim Richardson.

Para obtener más información sobre la autora, visite:

https://www.lilybennet.com/